



FE

LEN

DEIGHTON

Lectulandia

En 1987, el agente secreto británico Bernard Samson recibe la orden de abandonar las comodidades de California y entregarse a la sordidez de las calles de una ciudad al otro lado del Telón de Acero, donde nada más llegar se ve envuelto en un tiroteo.

Lectulandia

Len Deighton

Fe

Fe - Esperanza - Caridad 1

ePub r1.0

Titivillus 01-05-2019

Título original: *Faith*
Len Deighton, 1997

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



más libros en lectulandia.com

NOTA DEL AUTOR

HAY dos etapas a la hora de escribir un relato. Primero se deciden los hechos, y luego el estilo y el orden en el cual se van a revelar esos hechos. Sin embargo son pocos los relatos que salen exactamente como se proyectaron. Los escritores tienen que rendirse ante elementos imprevistos de los personajes, de la motivación y del argumento.

El relato sobre Bernard Samson fue especialmente vulnerable a estas exigencias. Tenía que entretener las complicaciones domésticas de un hombre, de su mujer y de su amante, así como el peligroso trabajo que llevaba a cabo y todo el amplio abanico de amigos, enemigos, colegas y parientes con los cuales tenía que contender. Cuando hube terminado la doble trilogía —Juego, Set y Partido y luego Anzuelo, Sedal y Plomo— resultaba casi inevitable que el final no estuviera exactamente en el punto donde yo había pensado que estuviese. A pesar de su extraordinaria longitud, Plomo para espías no ataba todos los cabos sueltos. Quizá los cabos sueltos de cualquier relato no puedan nunca acabar de atarse a satisfacción de todos. Las numerosas cartas que recibí fueron —sin excepción— positivas y alentadoras. Algunas eran extraordinariamente perceptivas acerca de la construcción del relato. Los lectores, en su mayoría, me hacían preguntas adicionales sobre los personajes. Algunas de las cartas, garabateadas en tarjetas postales, eran portadoras de interrogantes tales como: «¿Qué le ocurrió a Gloria?».

El juego de Berlín, El set de México y El partido de Londres abarcan el período comprendido desde la primavera de 1983 hasta la de 1984. Anzuelo para espías recoge la historia de Bernard Samson al comienzo de 1987 y continúa adentrándose en el verano del mismo año.

Para aquellos que quieran saber cómo era Berlín cuando Tante Lisl era una linda jovencita y qué hacían los padres de Werner Volkmann o de Ingrid Winter en aquel estafalario Berlín de los «dorados años veinte» y en los espantosos años treinta de dominación nazi, para ellos, digo, escribí Winter: una familia berlinesa. 1899-1945.

Utilizando la narración en tercera persona, Plomo para espías comienza en septiembre de 1987. Proporciona un relato más amplio y completo y confía secretos que Bernard nunca llegó a conocer. Centrándose en Fiona Samson, el relato presenta la visión que ésta tiene de los acontecimientos que conducen la historia hasta ese mismo verano de 1987.

El presente volumen, Fe, continúa directamente desde el final de Plomo para espías. A medida que el verano de 1987 se vuelve frío, la recuperación de Fiona en California se acerca a su fin. Bernard está en el aeropuerto de Los Ángeles despidiéndose de ella, pues va a partir en una misteriosa misión hacia la Alemania Oriental comunista. Como todos los otros libros, Fe está pensado para ser una historia independiente, una historia que se puede leer sin que sea necesario referirse a los otros relatos.

1

—NO pierdas el avión, Bernard. Toda esta operación depende de que esté bien cronometrada.

Bret Rensselaer miró con atención a su alrededor buscando un tablero indicador de las salidas; pero aquél era el aeropuerto de Los Ángeles y no había ninguno a la vista. Al parecer hubiera echado a perder el concepto del arquitecto.

—Tranquilo, Bret —le dije.

Bret no habría sobrevivido ni cinco minutos como agente sobre el terreno. Incluso cuando era mi jefe y lo dirigía todo desde un despacho en la Central de Londres, ya era así: repetía siempre las instrucciones, se humedecía los labios, bailaba al apoyarse continuamente de un pie al otro y se le formaban surcos en la frente como si estuviera aguijoneando la memoria.

—El hecho de que el camarada Gorbachov bese a la señora Thatcher y extienda por Moscú ésa sensiblería *glasnost* no significa que esos cabrones de alemanes del Este se lo estén tragando. Todo lo que nos llega viene a decir lo mismo: que son más testarudos y rencorosos que nunca.

—Será como si me encontrase en casa —le dije.

Bret suspiró.

—Trata de verlo desde el punto de vista de Londres —me explicó con una paciencia exagerada—. Tu tarea consistía en traer a Fiona al otro lado de las alambradas lo más rápida y silenciosamente posible. Pero tú lo organizaste de tal manera que tu representación de despedida en aquella Autobahn pareciese el último acto de *Hamlet*. Disparas a dos mirones y tu cuñada resulta muerta en el tiroteo. —Lanzó una fugaz mirada a mi esposa Fiona, que aún estaba recuperándose de la impresión de ver morir a su hermana Tessa—. No esperes que en la Central de Londres estén esperándote con una medalla de oro, Bernard.

Bret había retorcido los hechos, pero ¿de qué serviría discutir? Se encontraba en uno de los estados de ánimo belicosos tan habituales en él y que yo conocía tan bien. Bret Rensselaer era un americano esbelto que había

envejecido como el buen vino: se había ido haciendo más delgado, más elegante, más sutil y más complejo cada año que pasaba. Me miró como si esperase una reacción acalorada a sus palabras. Al no obtenerla, miró a mi esposa. Fiona también había envejecido, pero no por ello estaba menos serena y hermosa. Con aquella cara de amplios pómulos, el cutis impecable y unos ojos luminosos, me tenía tan embelesado como me había tenido siempre. Cualquiera diría que se hallaba recuperada por completo de la dura prueba a que se había visto sometida en Alemania. Me contemplaba con amor y devoción y no daba señales de haber oído a Bret.

Enviarme a hacer aquel trabajo en Magdeburgo no había sido idea de Bret. Yo había tenido oportunidad de ver el mensaje que éste había enviado a la Central de Londres en el que decía que yo ya no me encontraba en condiciones de trabajar sobre el terreno, particularmente en Alemania Oriental. Les había pedido que me encadenasen a una mesa de despacho hasta que me llegase la hora de la jubilación. Eso era muy considerado por su parte, pero a mí no me complacía. Necesitaba hacer algo que me devolviera a Operaciones; ésa era mi única oportunidad de ascender y conseguir un puesto de categoría superior en Londres. A menos que mi posición mejorase, acabaría con una jubilación prematura y una pensión que no me permitiría pagarme ni una caja de cartón donde vivir.

Asentí con un movimiento de cabeza. Bret siempre tenía en cuenta los detalles de la hospitalidad. Nos había acompañado en coche al aeropuerto de Los Ángeles, bajo la lluvia de una tormenta invernal, para despedirnos. Así podrían ver cómo yo subía al avión con destino a Berlín y a mi misión. Luego dejaría a Fiona en el vuelo directo a Londres. El Muro seguía en pie y las personas morían al saltarlo. Bret me estaba repitiendo las cosas que ya me había dicho antes mil veces, como hace la gente cuando se despide en los aeropuertos.

—No pierdas la fe —me dijo; y en respuesta a mi mirada inexpresiva añadió—: No me refiero a horarios, a estadísticas ni a manuales de entrenamiento. Fe. Eso no está aquí dentro. —Se dio unos golpecitos en la frente—. Está aquí.

Suavemente se golpeó el corazón con la palma de la mano y al hacerlo el anillo de sello brilló en su mano, de manicura perfecta, y por detrás del almidonado puño de lino asomó un reloj de pulsera de oro.

—Sí, ya lo entiendo. No es un dolor de cabeza; se parece más a una indigestión —le apunté.

Fiona nos miraba y sonreía.

—Están llamando a los viajeros —dijo Bret.

—Cuídate, cariño —se despidió Fiona. La tomé en mis brazos y nos besamos decorosamente, pero luego sentí un dolor repentino cuando me mordió el labio. Dejé escapar un grito y me separé de ella. Fiona volvió a sonreír. Con cierto nerviosismo, Bret paseó la mirada de mí a Fiona y luego me miró otra vez, intentando decidir si debía sonreír o decir algo. Me froté el labio. Bret llegó a la conclusión de que, al fin y al cabo, aquello quizá no fuera asunto suyo; sacó del bolsillo de la gabardina una bolsa de papel rojo brillante y me la dio. Estaba atada con una cinta a juego formando un lazo de los de envolver regalos de lujo. El paquete estaba un poco flácido; como si fuera un libro de bolsillo.

—Lee esto —me pidió Bret al tiempo que me cogía la bolsa de mano y me guiaba hacia la puerta donde los demás pasajeros hacían cola.

Parecía que el avión iba al completo aquel día; había mujeres con niños que lloraban y muchachos de pelo largo que llevaban pendientes, mochilas muy tronadas y chaquetas con bordados de las que se pueden comprar en Nepal. Fiona venía detrás de nosotros y observaba a la multitud que nos rodeaba con ese divertido aire distante con el que ella realizaba la travesía de la vida. Con una llamada telefónica, Bret habría podido hacer que dispusiéramos de una de las salas de espera para VIP del aeropuerto, pero las directrices del Departamento exigían que los agentes que viajaban de servicio pasasen inadvertidos, así que eso es lo que hizo. Por eso había dejado al chófer en casa y había conducido él mismo el Accord. Como otros muchos americanos, tenía un respeto exagerado por lo que la gente de Londres consideraba la manera correcta de hacer las cosas. Llegamos a la puerta. Yo no podía traspasarla hasta que él me entregase mi bolsa de mano.

—Puede que estas prisas de Londres sean para bien, Bernard. Los días en que tú estés recorriendo Alemania Oriental le darán a Fiona la oportunidad de preparar el apartamento de Londres. Ella quiere hacerlo por ti. Quiere instalarse y empezar de nuevo desde el principio.

La miró y esperó a que Fiona asintiera con la cabeza para poner de manifiesto que estaba de acuerdo.

Sólo Bret podía tener la cara tan dura como para darme explicaciones en nombre de mi esposa mientras ésta estaba de pie a su lado.

—Sí, Bret —repuse.

No tenía sentido decirle que se estaba pasando de la raya. Unos cuantos minutos más y me vería libre de él para siempre.

—Y no vayas a la caza de Werner Volkmann.

—No —le dije.

—No contestes de forma rutinaria, para que me calle, con frases como «no, desde luego que no». Lo digo en serio. Sea lo que fuere lo que les hiciera Werner, los de la Central de Londres lo odian con una pasión desmedida.

—Sí, eso ya me lo habías dicho.

—No puedes permitirte el lujo de salirte de la raya, Bernard. Si alguien te ve tomando un café con tu viejo amigo Werner, todo el mundo en Londres dirá que formas parte de una conspiración o algo así. Sabe Dios qué les haría, pero ellos lo odian.

—No sabría dónde encontrarlo —le indiqué.

—Eso nunca te ha detenido. —Bret hizo una pausa y miró el reloj—. Compórtate como un empleado modelo. Deposita tu fe en el Departamento, Bernard. Trágate el orgullo y muéstrate servil. Ahora que están recortando tan drásticamente los fondos de la Central de Londres, andan buscando excusas para despedir a las personas en lugar de jubilarlas. Nadie tiene seguro el empleo.

—Ha quedado muy claro, Bret —le dije; e hice ademán de quitarle mi bolsa.

Sonrió y se humedeció los labios, como si estuviera intentando resistirse a darme más consejos y hacerme recordatorios.

—Me han dicho que Tante Lisl ha pasado un chequeo. Si le van a realizar un trasplante de cadera, o lo que sea, es una tontería intentar ahorrarse en ello unos cuantos pavos.

Aquella era su manera de decir que él había pagado las facturas del médico de la anciana Frau Hennig. Yo conocía bien a Bret. Habíamos tenido altibajos en nuestra relación, sobre todo cuando yo creía que andaba detrás de Fiona, pero luego tuve oportunidad de conocerlo mejor durante mi larga estancia en California. Por lo que yo sabía, Bret no era un traidor. No mentía, no hacía trampas ni robaba, a menos que le ordenasen que lo hiciera, y eso hacía que formara parte de una pequeña minoría entre las personas con las que yo trabajaba. Me entregó la bolsa y nos dimos la mano. Donde estábamos, nadie podía oírnos, ni Fiona ni ninguna otra persona.

—Ese ruso que anda preguntando por ti, Bernard —me dijo en voz baja —, asegura que te debe un favor, un gran favor.

—Eso dices...

—VERDI: ése es su nombre en clave, naturalmente. —Asentí solemnemente con la cabeza. Me alegré de que Bret me lo aclarara, pues si no quizá hubiera llegado esperando oír un aria de *La traviata*—. Un coronel —

añadió para halagarme—. Su padre era teniente en una de las primeras unidades del Ejército Rojo que entraron en Berlín en abril del cuarenta y cinco, y permaneció allí hasta convertirse en oficial de Estado Mayor del cuartel general del Ejército Rojo, a la larga un destino político en Berlín-Karlshorst. Se casó con una linda *fraulein* alemana, y VERDI se educó más como alemán que como ruso... así que la KGB echó mano de él. Ahora es coronel y quiere hacer un trato. —Después de hacer esa descripción, que llevó a cabo hablando atropelladamente, hizo una pausa—. ¿No eres capaz de adivinar de quién puede tratarse?

Bret me miró. Seguramente sabía que yo no iba a empezar esa clase de juego; ello abriría una lata de lombrices que yo deseaba mantener firmemente cerrada.

—¿Tienes idea de cuántos tipos hay por ahí que responden a esa descripción? —le pregunté—. Todos tienen historias parecidas. Al parecer unos cuantos Ivanos que fueron los primeros en llegar a la ciudad engendraron a la mitad de la población.

—Eso es cierto. Ve con cautela —me recomendó Bret—. Ése siempre ha sido tu estilo, ¿no?

Bret deseaba tanto estar en Londres y formar parte de todo aquello de nuevo, que en realidad me envidiaba. Era casi de risa. El pobre Bret estaba pasado; incluso sus amigos lo decían.

—Y tu amiga Gloria... —me susurró Bret—. Asegúrate de que eso ha acabado para siempre. —Su voz tenía ese matiz de indignada ira que todos sentimos por los flirteos de otros hombres—. Si intentas conservarlas a las dos, perderás a Fiona y a tus hijos. Y puede que también tu trabajo.

Sonreí sin alegría. La empleada de las líneas aéreas rompió por la mitad mi tarjeta de embarque y yo, antes de bajar por el túnel, me di la vuelta para decirles adiós con la mano. ¿Quién habría imaginado que mi esposa era una reverenciada heroína del Servicio Secreto de Inteligencia? Y con todas las probabilidades de convertirse en directora general, si había que atenerse a la opinión de Bret. En aquel momento Fiona parecía una foto de alguna revista de sociedad inglesa. La vieja gabardina Burberry con el cuello subido le enmarcaba la cabeza y, junto con el pañuelo de Hermes que llevaba anudado bajo la barbilla, la hacían parecer una madre inglesa de clase alta contemplando a sus niños en una *gymkhana*. Se llevó un pañuelo a la cara como si estuviera a punto de llorar, pero lo más seguro es que se tratase del resfriado de nariz que arrastraba desde hacía una semana y que no lograba quitarse de encima. Bret seguía allí, de pie, con su gabardina negra y corta;

tan quieto e inexpresivo como una estatua de piedra. El pelo rubio se le había vuelto blanco casi por completo y tenía el rostro de color gris. Me miraba como si estuviera imprimiendo aquel momento en su memoria; como si nunca más fuese a volver a verme.

Mientras caminaba por el pasadizo cerrado hacia el avión, una serie de ventanas de plástico rayadas, que chorreaban agua, me proporcionaron un atisbo de las palmeras azotadas por la lluvia, de la cubierta lustrosa de los motores, de la cola lisa y de una sección del fuselaje. La lluvia barnizaba el aparato y hacía que la pintura brillase como si se tratara de un enorme juguete nuevo; era un modo impresionante de decir adiós a California.

—¿Primera clase?

Las líneas aéreas arreglan las cosas como si no quisieran que uno descubriera que está subiendo a bordo de un avión, así que te salen con algo parecido a un restaurante de carretera abarrotado de gente que huele a café frío y a transpiración rancia y que tiene salidas a ambos lados del océano.

—No —respondí—. Turista.

Dejó que yo me buscara mi propio asiento. Coloqué la bolsa de mano en el armario superior, elegí un periódico alemán de los que se ofrecían y me acomodé en el asiento. Miré por la diminuta ventanilla para ver si Bret tenía la nariz pegada al cristal de la sala de embarque, pero no había ni señal de él. Así que me acomodé y abrí la bolsa roja que contenía su regalo de despedida. Era una biblia. Las páginas tenían el canto dorado y estaba encuadernada en piel suave. Parecía antigua. Me pregunté si sería alguna clase de reliquia de familia de los Rensselaer.

—Eh, Bernard.

Un hombre llamado Tiny Timmermann me llamaba desde el asiento que ocupaba al otro lado del pasillo. Lingüista de origen indeterminado —quizá danés—, era como un luchador de ciento diez kilos de peso, cara de bebé y ojos porcinos; llevaba el cabello casi rapado y gruesas joyas de oro. Lo conocí en Berlín en los viejos tiempos, cuando él era una especie de asesor bien pagado que trabajaba para el Departamento de Estado estadounidense. Corría el persistente rumor de que había estrangulado a un capitán de barco ruso en Riga y después había regresado a Washington con una caja llena de manifiestos y documentos que daban detalles sobre los vertidos nucleares que la marina rusa estaba llevando a cabo en el mar, frente a la costa de Arcángel. Sea lo que fuere lo que hubiera hecho para ellos, los americanos siempre lo habían tratado generosamente, pero ahora, si se hacía caso a los rumores, incluso los servicios de Tiny estaban en alquiler.

—Me alegro de verte, Tiny —le dije.

—*Hals und Beinbruch!* —respondió él, deseándome buena suerte como si me estuviera enviando a un recorrido particularmente arriesgado por el cielo.

Eso me causó cierta inquietud. ¿Habría adivinado que yo estaba cumpliendo una misión? Y si la noticia le había llegado a Tiny, ¿quién más lo sabría?

Le dirigí una aturdida sonrisa y luego nos abrochamos los cinturones mientras la azafata de vuelo hacía como que inflaba un chaleco salvavidas; después Tiny sacó del maletín un ordenador portátil y empezó a trabajar en él como si quisiera dar a entender que no tenía ganas de conversación.

El avión se había remontado en el cielo con gran estruendo, se había inclinado brevemente sobre el océano Pacífico y había puesto rumbo nordeste. Estiré las piernas todo lo que me permitía la clase turista y abrí el periódico. Al final de la primera página, un discreto titular, *Erich Honecker proclama que el Muro seguirá existiendo dentro de cien años*, iba acompañado de una borrosa fotografía del estadista. Aquel optimista punto de vista expresado por el secretario general del Comité Central del SED, partido gobernante en Alemania Oriental, parecían las palabras sinceras de un tirano abnegado. Yo lo creía.

No seguí leyendo. La letra del periódico era pequeña y la grisácea luz del día no mejoraba mucho con la ayuda de la bombilla de lectura que había encima de los asientos. Además me temblaba la mano al sujetar el periódico. Me dije que eso era natural debido a las prisas por llegar al aeropuerto y tener que transportar una tonelada de equipaje desde el coche mientras Bret se peleaba con la policía de tráfico. Dejé el periódico y abrí la biblia. Había un papel amarillo en una página para marcar un pasaje de san Lucas: «Porque yo os digo que muchos profetas y reyes han deseado ver las cosas que yo veo, y no las han visto; y oír las cosas que yo oigo, y no las han oído».

Sí, muy gracioso, Bret. La única inscripción en el papel era un garabato hecho a lápiz que decía en alemán: «¡Una promesa es una promesa!». No era la letra de Bret. Abrí la biblia al azar y estuve leyendo algunos pasajes, pero no dejaba de imaginarme la cara de Bret. ¿Era su inminente fallecimiento lo que yo veía en lo que había allí escrito? ¿O era la premonición que él tenía del mío? Y entonces encontré la carta de Bret. Era una cuartilla de fino papel cebolla, doblada y plegada con tanta fuerza que no abultaba en absoluto entre las páginas.

«Olvida lo ocurrido. Partes hacia una nueva aventura —había escrito Bret en el estilo enrollado y serpenteante que caracteriza la caligrafía americana—.

Igual que Kim cuando estaba a punto de separarse de su padre para dirigirse a la Grand Trunk Road, o que Huck Finn cuando iniciaba su viaje por el Mississippi, o que Jim Hawkins cuando le invitaron a navegar por el Caribe, estás empezando de nuevo, Bernard. Deja atrás el pasado. Esta vez todo será distinto, siempre que lo abordes de ese modo».

Lo leí dos veces buscando un código o un mensaje oculto, pero no debería haberme molestado en ello. Era puro Bret, todo reducido a clichés literarios y floridos y buenos deseos y ánimos. Pero ello no me dejó tranquilo. Tenía la sensación de que las promesas de nuevos comienzos en tierras lejanas eran el modo que tenía Bret de hacer que su adiós fuera realmente definitivo. Aquella nota no decía «vuelve pronto».

¿O acaso el mensaje de Bret se refería a Fiona y a mí, a que comenzásemos de nuevo nuestro matrimonio? La fingida deserción de Fiona hacia el Este estaba siendo calibrada según el valioso aliento que ella había dado a la Iglesia en oposición a los comunistas. Sólo yo veía el precio que Fiona había pagado. Durante las dos últimas semanas se había mostrado muy segura de sí misma y más animada de lo que yo recordaba que hubiera estado en mucho tiempo. Desde luego nunca iba a volver a ser la Fiona que yo había conocido por primera vez, aquella aventurera joven y ávida, educada en Oxford, que había formado parte de la tripulación de un yate oceánico y que era capaz de discutir de materialismo dialéctico en un francés casi perfecto mientras preparaba un *soufflé*. Pero si ella no era la misma persona que había sido, yo tampoco lo era. No había nadie a quien culpar de ello. Habíamos decidido traficar con secretos. Y si el trabajo secreto de Fiona era tan secreto que había permanecido oculto incluso para mí, entonces yo tendría que aprender que dicha exclusión no me pareciera mal. Cuando la azafata nos llevó champán y unas pequeñas galletas redondas, untadas con paté de hígado, lo engullí todo como hago siempre, porque tenía la cabeza en otra parte. Seguía sin poder dejar de pensar en Honecker, en Bret y en el Muro. Es cierto que las cosas estaban cambiando allí lentamente; los préstamos financieros y la presión política los habían convencido para hacer que la Stasi desenterrase y desechase las minas y algunos dispositivos de fuego automático de la franja de la muerte que se extendía a lo largo del Muro. Pero la artillería letal que aún quedaba era más que suficiente para desanimar la emigración espontánea. Supongo que los servicios secretos occidentales estaban cambiando con la misma lentitud: las personas como Tiny y como yo ya no viajábamos en primera clase. Al tiempo que me iba quedando dormido

me pregunté cuánto tiempo pasaría antes de que Erich Honecker se adaptase a los rigores de volar en clase económica.

—¿Ha podido dormir en el avión? —me preguntó el joven inglés que fue a recibirme al aeropuerto de Berlín.

Me condujo hasta su apartamento, dejó mi equipaje en el suelo y cerró la puerta. Era un hombre de unos treinta años, alto y delgado, con una agradable voz, el rostro de tez pálida, los dientes irregulares y esa especie de tímida torpeza que a veces aqueja a las personas altas. Entré detrás de él en la cocina del apartamento situado en Moabit, cerca de Turmstrasse U-Bahn. Era de esa clase de viviendas pequeñas y mugrientas que los jóvenes son capaces de soportar con tal de estar cerca de las luces de neón. Como había residido en aquella ciudad hacía mucho tiempo, conocía el lugar como uno de los bloques de apartamentos que se habían construido con prisas entre las ruinas justo después de la guerra, y ahora se les notaba la edad.

—Estoy bien.

—¿Quiere que haga un poco de té? —inquirió mientras llenaba de agua el aparato eléctrico. Le alcancé la tetera del estante y encontré en la tapa una etiqueta pegajosa con un mensaje garabateado en letra femenina: *No olvides la llave, Kinkypoo. Nos veremos el fin de semana.*

—Aquí hay un mensaje —le dije; y se lo di.

Sonrió tímidamente y dijo:

—Sabe que siempre hago té en cuanto llego a casa. Eso me recuerda... Me dijeron que le diera algo a usted.

Se acercó a un armario, cogió una caja y sacó de ella una hoja de papel con unas fechas, horas y números escritos a máquina. Era un buen ejemplo de las tonterías en las que pierden el tiempo las personas que están sentadas detrás de mesas de despacho en la Central de Londres: longitudes de ondas radiofónicas.

—¿De acuerdo? —dijo el muchacho observándome.

—Esto está escrito en una máquina Adler portátil de 1958 por un tipo pequeño y moreno de pelo rizado que tenía el dedo corazón vendado.

—¿Bromea? —dijo el muchacho reservándose un margen de pavoroso respeto por si yo hablaba en serio.

Arrojé el papel al cubo de la basura, donde revoloteó para ir a descansar entre las bolsas de té y estratos acumulados de cenas congeladas para consumir delante del televisor y cuyas arrugas estaban marcadas por el

rezumar de varias salsas de colores chillones. Aquél no era lugar para quedarse a pensión completa.

—Si nos vemos metidos en problemas cuando estemos allí —le dije—, no voy a andar perdiendo el tiempo intentando ponerme en contacto con Londres por radio.

Abrí la maleta y extendí mi traje sobre el respaldo del sofá.

Un gato grande y lanudo entró para investigar el cubo de la basura; estuvo olisqueando para comprobar que el mensaje que yo había tirado no era comestible.

—*¡Rumtopf!* —dijo el muchacho—. ¡Ven aquí y cómete el pescado! —El gato lo miró, pero renunció al pescado, se fue lentamente hacia el sofá, saltó encima de su almohadón favorito, se dejó caer con elegancia y se echó a dormir—. Usted le cae bien —me indicó el muchacho.

—Soy demasiado viejo para hacer nuevos amigos —le comenté mientras cambiaba de lugar el traje para que no se llenara de pelos de gato.

—No hay prisa —dijo el chico mientras servía té para los dos—. Conozco la ruta, las carreteras y todo lo demás. Le llevaré allí a la hora en punto.

—Muy bien.

Aún era de día en Berlín, tanto como llega a ser allí de día en invierno. No nevaba, pero el aire reverberaba lleno de copos de nieve que sólo eran visibles cuando se retorcían y giraban, mientras nubes de color gris oscuro se agarraban a los tejados como una vieja tapadera de cazuela de hierro.

Me miró los ojos enrojecidos y el rostro sin afeitar.

—El cuarto de baño es la puerta que tiene el letrero.

Señaló hacia un letrero esmaltado que decía *Ausgang*; sin duda había sido arrancado de una de las estaciones de tren abandonadas de Berlín. El apartamento tenía muchos letreros como aquél, junto con anuncios, maltrechas placas de matrículas americanas y algunas bonitas portadas enmarcadas de antiguas revistas *Popular Mechanics*. Había otros artefactos curiosos: armas raras y sombreros todavía más extraños procedentes de lejanas partes del mundo. La colección pertenecía a un joven director artístico alemán que compartía el alquiler del apartamento, pero que temporalmente se había ido a vivir con una modelo irlandesa pelirroja que estaba representada en una gran fotografía en color haciendo el pino en la playa de Wannsee.

—Los de Londres me han dicho que le proporcione cualquier cosa que necesite.

—¿No solamente té?

—Ropa, una pistola, dinero.

—No esperará que vaya a cruzar hasta allí con una pistola encima, ¿verdad?

—Me han dicho que usted encontraría el modo de hacerlo si se empeñaba. —Me miraba como si yo hubiera sido algo que acababa de salir de un zoo. Me pregunté qué le habrían dicho de mí; y quién se lo habría dicho—. Hay media docena de documentos de identidad para que elija. Y una pistola de gas, esposas, cinta adhesiva y demás ataduras.

—¿De qué está hablando?

—No necesitaremos nada de ello —se apresuró a decir al tiempo que empujaba la lista de longitudes de ondas de radio que yo había desechado para hundirla más entre la basura—. Él sólo quiere hablar con alguien que conozca; alguien de los viejos tiempos, ha dicho. Londres cree que probablemente nos ofrecerá documentos; quieren saber de qué se trata. —Al ver que yo no decía nada, continuó hablando—: Es un coronel de la Stasi... entrenado en Moscú. Hoy día podemos permitirnos elegir a quién aceptamos.

—¿Por qué ataduras?

—Londres dice que quizá necesite esposas y esas cosas.

—¿Londres dice eso? ¿Se están volviendo locos? —El muchacho prefirió no contestar aquella pregunta. Yo añadí—: ¿Usted conoce a ese «coronel de la Stasi»? ¿Lo ha visto de cerca?

—Sí.

—¿Es joven o viejo? ¿Inteligente? ¿Agresivo?

—No, no es joven, desde luego —contestó con énfasis.

—¿Mayor que yo?

—Más o menos como usted. De complexión mediana. Hablaremos con él en Magdeburgo. Y examinaremos el material, si es que tiene algo para enseñarnos. Pero si llega jadeante y dispuesto a marcharse, Londres me ha dicho que debemos tenerlo todo preparado. Y está preparado: una casa segura, una línea de escape y todo eso. Se lo mostraré en el mapa.

—Sé dónde está Magdeburgo.

Resultaba útil saber que yo me hallaba oficialmente en la categoría de «no es joven, desde luego».

—Un equipo de apoyo se lo llevará. Ellos serán los que realicen el paso al otro lado propiamente dicho.

—¿Ha recibido un informe de la unidad de campo de Berlín? ¿Qué dice Frank Harrington de todo esto?

Frank Harrington llevaba nuestra oficina en Berlín Oriental, y hacía el trabajo que en otro tiempo hiciera mi padre.

—A Frank se le mantiene informado, pero la operación se controla directamente desde la Central de Londres.

—Desde la Central de Londres... —repetí yo suavemente. Cada minuto se ponía peor la cosa.

El muchacho trató de darme ánimos.

—Si hay algún problema, también tenemos una casa segura en Magdeburgo.

—En Magdeburgo no existe nada parecido a una casa segura —le dije—. Magdeburgo es la ciudad de esa gente. Ellos operan desde Magdeburgo, es su *alma mater*. Hay más hombres de la Stasi corriendo alrededor del complejo de seguridad del Westendstrasse de Magdeburgo que en todo el resto de la República Democrática Alemana.

—Ya veo.

Terminamos el té en silencio. Luego cogí el teléfono y marqué el número de Tante Lisl, una mujer que había sido una segunda madre para mí. Quería transmitirle el mensaje de ánimo de Bret, y si la operación de artritis iba a resultar cara, yo quería ver el hospital y establecer con ellos mi propio arreglo financiero. Mientras tanto tenía pensado comprar un gran ramo de flores y acercarme a su gracioso hotelito para sostenerle la mano y leerle algo. Pero cuando respondieron a mi llamada, alguien de recepción me dijo que Tante se había ido en avión a Miami y se había embarcado en un crucero por el Caribe. Así que mis visiones sobre Tante Lisl espiraban en un sofá; probablemente estaría jugando al tenis en cubierta y ganando la competición de aficionados del barco con su inimitable rutina de golpe alto de *Bye Bye Blackbird*.

—Me ducharé, me afeitaré y me cambiaré de ropa —le comenté mientras revolvía en mi maleta. Por decir algo, añadí—: Estoy engordando demasiado.

—Debería entrenarse —dijo el muchacho solemnemente—. Cuanto mayores nos hacemos más falta nos hace el ejercicio.

Asentí. Gracias, muchacho, tomaré nota de ello. Aquello sí que era bueno. Mientras yo hacía de niñera para él, aquel muchacho iba a poner en duda todo lo que yo hiciera porque pensaba que yo no estaba en forma y que mi hora había pasado.

El cuarto de baño era un caos. Casi había olvidado cómo es el hábitat de un joven soltero: sobre una silla había colgada una camiseta sucia, un jersey grueso y una cazadora rota de tela vaquera. Evidentemente se había puesto en mi honor el único traje que tenía. Tres clases distintas de champú, dos aromas de lociones caras para después del afeitado y un espejo de aumento iluminado para examinar espinillas.

Me acerqué a la ventana del cuarto de baño, un artilugio anticuado con doble acristalamiento; los picaportes eran de bronce y estaban fuertemente cerrados y deslustrados por una capa verde, como si no se hubieran abierto en varias décadas. A lo largo del alféizar, entre las dos hojas de vidrio, yacían docenas de polillas y moscas apergaminadas de todas las formas y tamaños. ¿Cómo habían entrado allí si no pudieron salir vivas? Quizá hubiera allí un mensaje para mí que a lo mejor podía descifrar.

La vista desde la ventana suscitó en mí sentimientos encontrados. Había crecido allí; era el único lugar que podía considerar mi tierra. No hacía mucho, en California, había sentido continuamente ganas de volver a Berlín. Había sentido nostalgia de aquella ciudad de un modo que nunca había creído posible. Y ahora que estaba allí no había en mí sentimientos de felicidad ni de satisfacción. Algo inexplicable había ocurrido, a menos, naturalmente, que estuviera asustado por tener que ir al otro lado, cosa que para mí en otro tiempo no era más agotador que ir a la tienda de la esquina a comprar un paquete de cigarrillos. El muchacho pensaba que yo estaba nervioso, y no se equivocaba. Si él supiera lo que estaba haciendo, también estaría nervioso.

En la calle no había mucho movimiento. Los pocos peatones que se veían iban enfundados en gruesos abrigos, bufandas y gorros de piel, y caminaban con la cabeza agachada y encorvados contra el frío viento del este que soplaba procedente de las vastas y heladas tierras interiores de la Unión Soviética. A ambos lados de la calle se alineaban coches y furgonetas. Estaban sucios, cubiertos de una capa de barro y mugre de un invierno europeo, condición desconocida en el sur de California. En los cristales de los coches estacionados, la escarcha y el hielo habían formado caprichosos dibujos. Cualquiera de aquellos vehículos proporcionaría un escondite seguro para un equipo de vigilancia que estuviera observando el edificio. Lamenté haber permitido al muchacho que me llevase allí. Había sido una estupidez y un descuido. Seguro que él era conocido para la oposición, y además era demasiado alto para pasar inadvertido; por esa razón no duraría mucho como agente de campo.

Cuando me hube aseado y afeitado, y después de ponerme un traje, el muchacho extendió un mapa sobre la mesa y me mostró la ruta que se proponía seguir. Sugería que atravesáramos Charlie en coche, nos adentrásemos en el sector oriental de Berlín y después nos dirigiéramos al sur evitando las carreteras principales y las autopistas. Era una ruta que daba muchos rodeos, pero el muchacho me aseguró que lo habían asesorado oficialmente desde Londres e insistió en que aquélla era la mejor manera de

hacerlo. Me rendí ante sus argumentos. Me di cuenta de que era uno de esos fastidiosos fanáticos de los preparativos, y eso era bueno cuando se emprende una aventura de esa clase.

—¿Qué le parece? —me preguntó el muchacho.

—Dígame en serio. ¿De verdad le han dicho en la Central de Londres que quizá yo necesitase cuerdas para sacar a ese boxeador a la fuerza, aun en contra de su voluntad?

—Sí.

—¿Tiene *whisky*?

Como ocurre a menudo cuando se da el caso de que cruzar una frontera provoca una nerviosa premonición de desastre, pasamos por Checkpoint Charlie sin el menor contratiempo. Antes de salir de la ciudad pedí al muchacho que diera un pequeño rodeo para entrar en un pequeño bar de la Oranienburger Strasse a fin de que yo pudiera comprar cigarrillos y tomarme un gran vaso de la famosa cerveza Saxony's.

—Debe de tener usted la garganta de cuero para querer cigarrillos de Alemania Oriental —dijo el muchacho.

Estaba mirando fijamente a las únicas personas que había en el bar: dos mujeres más bien jóvenes que llevaban abrigos de pieles. Ellas lo miraron con expectación, pero una mirada rápida bastó para decirles que el muchacho no era una buena perspectiva, de manera que reanudaron su conversación en voz baja.

—¿Qué sabe usted de eso? —le pregunté—. Usted no fuma.

—Si lo hiciese no fumaría esos clavos de ataúd, desde luego.

—Beba la cerveza y cállese —le dije.

Detrás de la barra, Andi Krohn había estado siguiendo nuestra conversación. Miró a las chicas del rincón y se me quedó mirando como si estuviera a punto de sonreír. El local de Andi siempre había sido un lugar donde encontrar mujeres disponibles por cierto precio; dicen que ya tenía mala fama antes de la guerra. No sé cómo se habrían salido con la suya sus predecesores durante aquellos años, a menos que fuese por el hecho de que la familia Krohn siempre había sabido cultivar a las personas adecuadas. Andi y yo habíamos sido amigos desde que íbamos al colegio, y él era el atleta más apreciado del colegio. En aquellos días se habló de que llegaría a ser corredor olímpico. Pero no fue así. Ahora tenía canas, se había vuelto muy corpulento, usaba gafas bifocales y tardó varios minutos en reconocermme después de que entrásemos por la puerta.

Los abuelos de Andi habían pertenecido a la pequeñísima minoría étnica de los serbios, eslavos que desde los tiempos medievales habían conservado su propio idioma y su propia cultura. Habitaban en su mayoría en el extremo sudeste de la República Democrática Alemana, cerca de Polonia y Checoslovaquia. Es uno de los varios lugares llamados Dreilandereck —la esquina de las tres naciones—, una localidad donde se elaboran algunas de las mejores cervezas del mundo. Desde lejos venían forasteros en busca del bar de Andi, y no todos iban buscando mujeres.

Intercambiamos los consabidos saludos como si yo no me hubiera ausentado nunca de allí. Su hijo Frank se había casado con una farmacéutica de Dresde, y no me dio otra alternativa que mirar un álbum de fotos de boda, hacer exclamaciones de aprecio y beber cerveza y unos cuantos tragos de aguardiente mientras mi acompañante consultaba el reloj continuamente y se iba poniendo nervioso. No le enseñé a Andi fotografías de mi esposa y de mi familia, y él no me pidió que lo hiciera. Andi las cogía al vuelo, como le sucede con el tiempo a cualquier *barman*. Comprendía que, fuera cual fuese el trabajo al que yo me dedicara, no era ninguno que se hiciera con los bolsillos llenos de papeles de identidad.

Una vez que estuvimos de nuevo en la carretera, vimos que íbamos bien de tiempo.

—Fume si quiere —condescendió el muchacho.

—En este momento no me apetece.

—Creía que estaba usted desesperado por fumarse uno de esos clavos de Alemania Oriental, ¿no?

—Se me han pasado las ganas.

Miré el paisaje. Conocía bien la zona. Los bosques ayudaban a ocultar los campamentos militares, fila tras fila de cabañas que se complementaban con alambradas, rollos de alambre de espino y altas torres de vigilancia ocupadas por hombres con armas de fuego y prismáticos de campaña. Eran tan grandes esos campamentos, y tan numerosos, que no siempre se sabía con seguridad dónde acababa uno y dónde empezaba otro. Casi igual de abundantes durante los primeros ochenta kilómetros de nuestro viaje eran las minas de lignito a cielo abierto, de donde Alemania Oriental obtenía el combustible para producir electricidad, alimentar un millón de fogones domésticos y originar el aire más contaminado de Europa. El invierno había resultado bastante caprichoso aquel año, apretando y luego aflojando sus consecuencias sobre el paisaje. Los últimos días se había producido un deshielo prematuro y habían quedado parches de nieve que brillaban a la luz de la luna, resaltando los

bordes de los campos sembrados y de las tierras elevadas. Las carreteras secundarias que habíamos elegido estaban heladas en algunos lugares, y el muchacho mantenía el coche en una velocidad sensata y moderada. Estábamos a menos de veinticinco kilómetros de Magdeburgo cuando nos encontramos con un control de carretera.

Nos topamos con él al doblar una curva. El muchacho frenó, reaccionando al ondear de una porra luminosa, de esas que utiliza la policía alemana a ambos lados de la frontera.

—¿Papeles? —le pidió el soldado. Era un individuo mayor y fornido que vestía con uniforme de camuflaje y llevaba casco de acero—. Apague el motor y los faros principales.

Tenía un acento campesino perfecto; algo digno de poner en los archivos ahora que todos los jóvenes de Alemania Oriental hablaban como locutores de televisión.

El muchacho apagó los faros delanteros, y en la repentina quietud que se produjo oí el viento entre los árboles deshojados y una apagada música pop que procedía de la caseta de guardia. El hombre que había hablado entregó los papeles a otro soldado que llevaba galones de teniente en el traje de camuflaje. Los examinó iluminándolos con una linterna. Aquel lugar era un infierno para estar parado mucho tiempo. Un paisaje inhóspito de sembrados de nabos hasta donde —justo después del horizonte y semejantes a cruceros de altas chimeneas de la flota de combate alimentada por carbón del Káiser— se alzaba una larga hilera de chimeneas de unas fábricas que lanzaban al cielo nubes de humo multicolor.

—Salgan —nos pidió el oficial, un hombre bajo y delgado con un bigote pulcramente recortado y gafas de montura de acero. Salimos. No era buena señal—. Abran el maletero.

Cuando estuvo abierto, el teniente utilizó la linterna y se puso a rebuscar a tientas entre los trapos grasientos y la rueda de repuesto. Encontró una botella de vodka sueco. Todavía estaba dentro de la lujosa caja de colores que se utiliza para las bebidas alcohólicas que venden en las tiendas libres de impuestos de los aeropuertos a precios excesivos.

—Puede quedárselo —le dijo el muchacho. El teniente no dio muestras de oír el ofrecimiento—. Un regalo de Suecia.

Pero era inútil. El teniente parecía sordo a sobornos de aquel tipo. Miró de nuevo nuestros papeles, acercándoselos a la cara de manera que la luz se le reflejó en el rostro e hizo brillar los cristales de las gafas. Yo tiritaba de frío. Por la razón que fuera, el teniente no parecía tener interés en mí. Puede que

fuera por mi traje arrugado de inconfundible corte alemán oriental, o por el penetrante olor a matarratas del aguardiente de manzana de Andi Krohn que llevaba media hora repitiéndoseme y que sin duda se me hacía evidente en el aliento. Pero el muchacho usaba pasaporte sueco, y en la identificación que lo acompañaba se le describía como un ingeniero sueco que trabajaba para una empresa constructora que estaba a punto de construir un hotel de lujo en Magdeburgo. Era plausible, y de todos modos el alemán que hablaba el muchacho no era lo bastante bueno como para que se hiciera pasar por una persona de nacionalidad alemana. Los suecos se habían hecho un lugar construyendo hoteles en los que sólo se admitían extranjeros que pagasen en moneda fuerte, así que era una tapadera bastante razonable. Pero yo me preguntaba qué pasaría si alguien empezaba a interrogarle en sueco.

Me puse a dar patadas en el suelo para mantener activa la circulación. Los árboles eran atormentados por el viento y el cielo se había despejado lo suficiente como para traer consigo el descenso de temperatura que siempre acompaña a la visibilidad de las estrellas. No les envidiaba el trabajo a aquellos hombres. Mientras estábamos de pie allí, en aquel camino vecinal, el viento mordía con la crueldad que produce la humedad. Era excusa más que suficiente para estar de mal humor.

Los dos soldados rodearon el viejo Volvo abollado y lo miraron con la mezcla de desprecio y envidia que a menudo provocan los lujos occidentales en los fieles al Partido. Luego, mientras el capó seguía abierto, los dos soldados volvieron a la garita, dejándonos allí plantados en medio del frío. Yo ya había pasado antes por aquello: confiaban en que nos metiéramos en el coche y así poder volver y chillarnos. O que cerrásemos el capó, o incluso que nos marchásemos, y así poder llamar por teléfono al equipo de apoyo apostado en el siguiente control y decirles que abrieran fuego contra nosotros. No había que tomárselo como cosa personal. Todos los soldados tienen inclinación a volverse así después de estar de guardia demasiado tiempo.

Por fin parecieron cansarse de aquel juego. Regresaron y examinaron otra vez el coche, quizá preguntándose si sería distraído arrancar la tapicería de los asientos y luego asegurarse de que no hubiera contrabando dentro de los neumáticos. El teniente se quedó cerca de nosotros blandiendo en la mano nuestros papeles, mientras el viejo se subía al asiento de atrás y hundía todo lo que podía hundirse. Cuando hubo finalizado el examen, salió y volvió a mirar la parte de atrás. Se oyó un fuerte golpe cuando cerró con violencia el maletero. Cuando regresó traía consigo el vodka. El teniente nos dio los papeles.

—Pueden irse —nos dijo.

El viejo abrazaba la lujosa caja contra el pecho y observaba nuestra reacción.

Entramos en el coche y el muchacho encendió el motor y las luces. Yo volví la cabeza. Apenas visibles en la oscuridad, los dos hombres estaban de pie mirando cómo nos alejábamos.

—Vamos a llegar tarde —observó el muchacho.

—Milicias —comenté yo al alejarnos.

—Sí —dijo él poniéndose de pronto irritable, cuando el peligro parecía haber pasado—. El contable y uno de los hombres de la sección de embalaje jugando a los soldados.

—Tienen que hacerlo.

—Sí, tienen que hacerlo. Empezaron a apretar a las milicias de las fábricas hace dieciocho meses.

—Hemos tenido suerte.

—Normalmente las cosas van así hoy día —dijo el muchacho.

—Creí que íbamos a pasarnos toda la noche allí sentados —le indiqué—. Les gusta tener compañía.

—Últimamente, no. Está empezando a cambiar. Últimamente sólo les gusta el vodka.

Cuando llegamos a las afueras de Magdeburgo íbamos con veinticinco minutos de retraso; el muchacho habló de nuevo.

—La he fastidiado.

—¿Qué?

—¿Cree que estaremos de vuelta mañana?

—No lo sé —repuse con sinceridad.

—Se me ha olvidado dejarle la llave a mi amiga. No podrá darle de comer al gato.

Tuve ganas de decir que *Rumtopf* tenía grasa más que suficiente en el cuerpo para aguantar unos cuantos días sin comer, pero las personas pueden resultar muy impredecibles acerca de sus animales domésticos, así que solté un gruñido amistoso.

—Ese coronel, VERDI, dice que le conoce a usted. ¿Trabaja para nosotros?

—¿Porque tiene un nombre en clave? No. Todos lo tienen cuando hacemos tratos con ellos de un modo regular o los mencionamos en mensajes. Incluso Stalin tenía un nombre en clave.

—VERDI dice que le debe un favor; un gran favor.

Lo miré.

—¿Y qué va a decir? —Ya tenía bastante con las tonterías que me había dicho Bret sin necesidad de que el muchacho me viniera ahora con más de lo mismo—. ¿Qué quiere, que ese tipo diga que soy yo quien le debe a él un gran favor? Eso realmente llamaría la atención de los de la Central de Londres, ¿no?

—Supongo que sí.

—Claro que dice que me debe un gran favor. Así es como se hacen estas cosas; la persona que establece el contacto siempre dice que intenta devolver un favor, un gran favor. Así no es probable que nadie de Londres sospeche que yo voy a ir allí quebrantando las normas para hacer toda clase de cosas que los muchachos que se sientan detrás de las mesas de despacho han inscrito en su gran libro de cosas prohibidas encuadrado en bronce.

—No lo había pensado así —reconoció el muchacho.

—Es un hijo de puta —dije yo.

—¿VERDI? ¿Así que lo conoce?

—Cree que le debo un favor.

—¿Usted no? ¿Es eso lo que quiere decir?

Me quedé pensando en ello.

—Tiró una orden de detención a la máquina de romper papeles en lugar de meterla en el teletipo.

—Eso es un buen favor —observó el muchacho.

—Tenía otros motivos. De todos modos, los favores que se le hacen a la oposición son como dinero en el banco —dije con rencor. Y luego, antes de que el muchacho pensase que ésa era una moneda que yo me guardaba, añadí —: Para los tipos como él, quiero decir. Les gusta poder pedir que se les devuelvan los favores.

El muchacho me dirigió una mirada fugaz. Yo había ido demasiado lejos. Me dio la impresión de que él había percibido en mi voz una nota que decía que yo, de algún modo, estaba obligado con aquel cabrón. Y eso era algo que hasta entonces yo no había admitido ni ante mí mismo.

—¿Qué piensa usted? —me preguntó el muchacho—. ¿Cree que él quiere hablar?

—Todos hablamos —respondí—. Los agentes de campos opuestos siempre hablan. Uno está siempre topándose con estos tipos; en los aeropuertos, en los bares y en el trabajo. A veces hablamos. Puede resultar útil. Es así como se hace el trabajo. Pero nunca hacemos preguntas.

—Pero si VERDI quiere entrar en nómina podemos empezar a hacerle preguntas. Vale, ya lo comprendo. Pero ¿sabrá él algo que nosotros necesitemos oír?

—Siempre hay algo que merezca la pena oírse si ellos quieren ser útiles. Si nos proporciona unos cuantos blancos buenos; eso sería valioso.

—¿Qué son buenos blancos?

—Funcionarios encargados de descifrar los códigos de aquellos que practican juegos de azar o piden dinero prestado —dije—. Jefes de departamento que beben, analistas que se tiran a la secretaria, traductores que esnifan. Gente vulnerable.

—Éste le conoce a usted. Dice que sólo hablará con alguien a quien conozca.

—Sí, ya me lo ha dicho usted. Pero tendré que convencerme bien de que es de fiar.

El coche circulaba más despacio y el muchacho iba mirando los rótulos de las calles.

—Conozco la casa —me indicó—. Entregué un paquete allí el mes pasado. Dinero, creo.

—Vive usted peligrosamente —observé.

—Todo esto no durará mucho. Quiero tener un poco de emoción mientras pueda. Deseo poder contárselo a mis hijos.

Debía de haber estado hablando con Bret.

—Puede usted quedarse con mi parte —le dije; y sonreí.

Pero aquellos jóvenes tan motivados me preocupaban; y también me preocupaban aquellas personas que pensaban que todo estaba a punto de pasar a la historia. Una vez hubo un tipo en la escuela de entrenamiento que empezó la clase teórica el mismísimo primer día diciendo: «Nuestro trabajo aquí consiste en convertir a jóvenes e intrépidos caballeros en ancianas nerviosas». Al muchacho le hacía falta desesperadamente aquella lección.

2

MAGDEBURGO, hacia donde nos dirigíamos, es una de las ciudades alemanas más antiguas, una capital de provincia embutida en el meandro más occidental del río Elba, justo en el punto donde el río se divide en tres vías fluviales. Su emplazamiento dominante al borde de la llanura septentrional alemana la convirtió en blanco predilecto de ejércitos saqueadores. Devastada por la guerra de los Treinta Años, fue de nuevo arrasada por la segunda guerra mundial, y más tarde todavía lo fue más por los urbanistas y arquitectos soviéticos que vinieron después.

Magdeburgo ha sido la patria de hombres tan especiales como Otto el Grande, el arzobispo Urchard III y los miembros más refinados de la casa de Brandeburgo. Tan grande fue el poder otorgado a este lugar, que cuando planearon construir la línea ferroviaria que uniría París con Moscú desviaron el trazado para que pasara por Magdeburgo. Más de un siglo después, en la carrera por el desarrollo que trajo consigo la posguerra, la ciudad se transformó rápidamente en una de las zonas industriales más contaminadas del mundo, donde el proletariado se asfixiaba con los residuos tóxicos sin tratar y más de la mitad de la población infantil padecía bronquitis y eccemas. Después, mientras el imperio marxista se hundía y la privilegiada clase gobernante se veía amenazada por todas partes, la Stasi, policía secreta y servicio de seguridad de estilo moscovita del Partido, había escogido Magdeburgo para crear un complejo fortificado donde se guardaban documentos y artefactos secretos enormemente apreciados. Incluso los restos mortales de Hitler y de Goebbels se habían guardado en secreto en el complejo.

—¿Sabe usted dónde empieza el complejo Smersh? —le pregunté mientras atravesábamos en el coche el centro de la ciudad.

Casi se me había olvidado lo oscuras e inhóspitas que se vuelven las ciudades de Alemania Oriental después del atardecer. Había poco tráfico, menos peatones y ningún letrero publicitario. Dos policías que estaban parados debajo de una farola nos miraron pasar con interés.

El muchacho me echó una mirada rápida y sonrió.

—Entonces, ¿es verdad que lo llaman complejo Smersh? Creía que era algo que habían inventado los periódicos.

Pasamos lentamente junto a una pared de vallas publicitarias que rodeaban el emplazamiento de un edificio. Por lo menos dos docenas de carteles enormes afirmaban con ampulosidad tipográfica la lealtad, el reconocimiento y la amistad de la RDA a la poderosa URSS y a la aún más poderosa hermandad socialista. Pasamos junto a la catedral por segunda vez.

—Un lado es el Westring, eso lo recuerdo —comenté cuando llegábamos otra vez a las vallas publicitarias—. Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que estuve aquí.

Un semáforo nos detuvo; luego el muchacho torció y dijo que sabía dónde estábamos.

El muchacho tenía bajada la ventanilla y miraba hacia las sombrías calles iluminadas por la luz de la luna.

—Nuestro hombre vive aquí, a la izquierda.

Aminoró la velocidad y, una vez que divisó la Klausenerstrasse —en otro tiempo Westendstrasse—, puso el intermitente, giró y nos metimos en una calle tranquila, empedrada con guijarros pulcramente colocados y oscurecida por árboles maduros. Aquellas grandes y cómodas casas habían sobrevivido milagrosamente a los bombardeos nocturnos de los aviones de la RAF, a los bombardeos diurnos de los aviones americanos y a todo el fuego de artillería que vino después.

Es una curiosa paradoja que el Tercer Reich de Hitler y los sucesivos gobiernos comunistas hubieran conservado Alemania Oriental como el último país europeo que quedaba con criados domésticos. Sólo en la RDA existían casas tan grandiosas que funcionaban al estilo antiguo. Oficiales de alta graduación de la Stasi y destacamentos afortunados de oficiales de enlace de la KGB, como VERDI, se habían mostrado dispuestos a instalarse en aquella clase de confortabilidad burguesa, y ahora esa élite inexpugnable ocupaba selectas calles de las ciudades alemanas, calles bordeadas de árboles y completadas con jardines, garajes y alojamientos en la parte de atrás para serviciales doncellas, chóferes, cocineros y jardineros. Sólo en los últimos tiempos habían empezado a presentar desconchados en la pintura, lo que, junto con los setos que estaban sin podar y algunas roturas en los cristales de las ventanas, indicaba ciertas apreturas económicas.

—Ésta es la casa donde vive VERDI —dijo el muchacho bajando la voz hasta convertirla casi en un susurro—. La comparte con otros dos oficiales y

sus familias.

Las cancelas de hierro forjado estaban cerradas. Estacionó junto al bordillo y bajamos del coche. Era una casa grande de dos plantas, algunas de cuyas habitaciones superiores tenían acceso a una larga terraza decorativa a través de ventanales que iban del suelo al techo. No se veía ninguna luz encendida, pero quizá se debiera a las gruesas cortinas.

Un jardín delantero de la antigua casa estaba protegido por una valla de tela metálica de dos metros de altura que se había instalado más recientemente. Estaba anclada a postes de piedra y a un par de puertas muy antiguas y elaboradas. El muchacho iluminó con la linterna la placa de bronce que llevaba inscrito el número de la casa. Por encima de la misma, un rótulo más reciente de plástico blanco indicaba cuál de los dos timbres deberían usar los visitantes y cuál los repartidores. Era de esa clase de casas.

El muchacho quitó el pestillo de la puerta de la verja y entramos sin pulsar ninguno de los dos timbres. En el aire flotaba el olor de basura de jardín quemada.

—Sólo llegamos media hora tarde —comentó el muchacho—. Seguro que esperará.

Magdeburgo estaba muy silenciosa. Ni siquiera se oía el ruido del tráfico, sólo el rumor de un avión lejano que zumbaba ininterrumpidamente como una avispa atrapada. En aquel silencio todo parecía producir ruidos desmesuradamente fuertes, por lo que nuestras pisadas crujían en la grava como una compañía de soldados marchando sobre un cuenco de copos de maíz tostados.

Tres escalones de piedra nos llevaron al porche de entrada, donde una puerta principal artesonada y con un montante de abanico estaba flanqueada por dos pequeñas ventanas de vidrio alambrado que proporcionaban a los residentes la oportunidad de asegurarse de que el repartidor no utilizase la entrada que no debía.

—¿Se encuentra bien? —me preguntó el muchacho mirándome de un modo extraño.

—¿Ha estado aquí antes?

—Sí, y siempre dejan la puerta principal sin cerrar. No pasa nada.

Como para demostrarme que estaba familiarizado con aquello, empujó la pesada puerta, la abrió y entró. Le seguí. La casa estaba a oscuras, y sólo la sedosa luz de la luna que entraba por el montante nos permitía ver un poco. Una amplia escalera con barandilla de madera tallada descendía hasta un grandioso vestíbulo pavimentado con grandes baldosas cuadradas blancas y

negras. A uno de los lados, un reloj de pared se alzaba quieto y silencioso, mientras sus agujas sin vida se aferraban al número doce. Ocupando la mayor parte de la pared de enfrente se veía un enorme cuadro pintado al óleo que representaba, a tamaño natural, a un general prusiano que miraba serenamente al artista mientras rugían los cañones humeantes y un ensangrentado revoltijo de hombres y monturas proporcionaban un fondo multicolor. El efecto de conjunto —de mansión de algún noble del siglo XIX— estaba sólo ligeramente mancillado por un penetrante olor a ácido carbólico y pulimento perfumado que invadía aquellas dimensiones institucionales.

Oí el ruido que hacía el muchacho al accionar los interruptores, pero no se encendió ninguna luz.

—No hay corriente —sentenció después de varios intentos—. O a lo mejor la han cortado en el abastecimiento principal.

Durante unos instantes pensé que se limitaría a esperar allí de pie a que algo pasase, pero hizo acopio de decisión, se dirigió a la puerta de una de las habitaciones delanteras y la abrió lentamente, casi como si esperase que alguien le diera una voz protestando desde dentro.

Lo seguí. La luz de la luna que entraba por las altas ventanas reveló una habitación grande con sillones y sofás rellenos en exceso y algunos muebles antiguos que habían conocido tiempos mejores. Se veía también una estufa decorada y un gran espejo que hacía que la habitación pareciera el doble de su tamaño.

—¡Mire! —me dijo el muchacho.

Pero yo ya lo había visto: un hombre se encontraba sentado en un sofá y estaba un poco caído hacia un lado, torcido en un ángulo imposible, como un muñeco abandonado. El muchacho dirigió la linterna hacia aquella figura.

—Apague la luz. Pueden verla por las ventanas.

Me acerqué al sofá. El hombre estaba muerto. Resultaba obvio por aquella postura forzada. La luz de la luna hacía que todo apareciera descolorido, pero la gran mancha oscura que tenía en el pecho era de sangre, y había otras en el sofá y también en la alfombra. Tenía la cabeza echada hacia atrás y el rostro era un caos terrible; tenía el cráneo abierto como un cascarón de huevo.

—Estese quieto un momento —le dije al muchacho.

—¿De dónde ha sacado esa Makarov?

—Estese quieto. Es sólo un juguete —le expliqué; pero el largo silenciador hacía que aquel cacharro resultase tan llamativo como un Colt.

Rápidamente registré los bolsillos del muerto. El cuerpo todavía estaba caliente. La sangre, húmeda, se iba volviendo pegajosa. Olisqueé el aire, pero

no advertí el olor a aceite o a pólvora quemada que dejan los disparos de las armas de fuego. Aun así, era obvio que los disparos se habían hecho justo antes de que nosotros hiciésemos acto de presencia. Yo no era un experto, pero era improbable que el asesino hubiera abandonado los alrededores.

—Del tipo del bar —dijo el muchacho cuando cayó en la cuenta de dónde había sacado yo la pistola—. Debí adivinar que usted no quería cigarrillos... Él se la dio...

—Cierre la boca —le ordené. Aquélla era la clase de descuido estúpido que pone en aprietos a hombres buenos—. Domínese. Compruebe las ventanas y el pasillo.

Debió de darse cuenta de lo que había dejado escapar impulsivamente, porque comenzó a mirar a su alrededor, como si quisiera descubrir un micrófono o cables. Fue el nerviosismo que sintió al pensar que alguien pudiera oírle lo que hizo que se fijase en la ventana rota.

—El disparo ha venido del exterior —me indicó.

Sujetaba abierta la cortina y señalaba hacia un gran agujero redondo que se veía en el vidrio. Estaba aproximadamente a la altura adecuada para que un merodeador le disparase a un hombre que se encontrara sentado en el sofá.

—Apártese de la ventana... y cierre la cortina. ¿Puede cortarse la corriente desde el exterior?

—Sí. Los fusibles están en la escalera del sótano.

—Cierre la cortina. —El muchacho seguía junto a la ventana mirando hacia el jardín. Entonces, sin previo aviso, le oí emitir un profundo sonido de arcadas, y a continuación vomitó abundantemente, salpicándolo todo. Vaya, aquello era lo único que me hacía falta—. Vámonos, Kinkypoo —le dije con rencor mientras él seguía tosiendo, escupía y se limpiaba la cara con un pañuelo.

Oí que venía detrás de mí cuando salí al pasillo y abrí la puerta principal. Miré por el jardín. No había signos de movimiento, pero aquellas grandes sombras oscuras eran suficientes para ocultar a un batallón.

—Corra hacia el coche. Le cubriré lo mejor que pueda. Suba al asiento de atrás. Yo conduciré.

Supongo que era la manera que tenía de asegurarme de que no se fuese sin mí, pero para entonces ya tenía la desagradable impresión de que un grupo de recepción nos estaría esperando junto al coche.

—Lo siento —dijo.

No respondí.

—Váyase —le pedí.

Echó a correr por la hierba, abrió la puerta de hierro forjado de la verja y se lanzó a toda velocidad hacia la oscura calle. Lo seguí, aplastándome contra la pared al salir. El viento sacudía los árboles y producía sombras sobre los guijarros. No se veía a nadie en ninguna dirección, únicamente se veían los silenciosos coches estacionados junto a la acera. Tranquilizado, subí al asiento del conductor, cerré la puerta y puse en marcha el motor. El muchacho dio un portazo al cerrar la puerta con todas las fuerzas de que pudo hacer acopio, lo que produjo un ruido que se oyó a dos o tres manzanas de distancia.

—¿Qué sucede? —me preguntó con ansiedad.

Yo me cubría la cara con ambas manos, buscando un momento de oscuridad para poner en orden mi ingenio. Comprendí la ansiedad que había en la voz del muchacho. Cuando yo era joven había visto a algunos de los viejos agentes de la época de la guerra recurrir a aquella clase de gestos, y los había considerado casos perdidos, personas quemadas e inútiles.

—Estoy bien —le indiqué.

Arranqué con suavidad y avancé. Volví la cabeza para echar una mirada al asiento de atrás. El muchacho tenía manchas y marcas en toda la parte delantera del abrigo. Me miró y se limpió la boca, avergonzado. Apestaba a vómito agrio.

—Vaya embrollo. Pobre VERDI. ¿Cree usted que saldremos bien de ésta? —me preguntó.

—Quédese en el asiento trasero y vigile la carretera detrás de nosotros. Probablemente nos seguirán y nos detendrán en el puesto de control. Es así como les gusta trabajar. Querrán ver qué hacemos.

—¿Qué hacemos ahora? —quiso saber—. ¿Quién le ha matado?

—¿Cómo sabe que VERDI vivía ahí?

—¿Cree que me recibía allí pero que ésa no era su casa? No lo sé. Sólo lo suponía.

—¿Siempre le recibió en esa misma habitación?

—Sí, siempre en esa habitación. Creo que estaban sobre él. Lo dejaron acudir a la cita y luego lo mataron.

—Es posible.

—Puede que me vieran la última vez que vine —dijo el muchacho. Luego añadió con voz más aguda—: Hay un coche...

—Ya lo veo.

—Un gran Mercedes oscuro. Giró cuando lo hicimos nosotros.

—No lo pierda de vista.

No quería cometer un error. Es muy fácil creer que le siguen a uno. ¿Qué porcentaje de coches que atravesaban el centro de la ciudad se dirigirían a la rampa de la Autobahn? Muchos, diría yo.

—Dé la vuelta a la manzana —me sugirió el muchacho.

—Eso les pondrá sobre aviso de que los hemos descubierto, y hará que parezca que estamos huyendo.

—Reduzca la velocidad y pare.

—No. Vamos a ver qué hacen.

—Redúzcala velocidad poco a poco.

—¿Para qué nos adelanten y bloqueen la carretera delante de nosotros?

—Tiene razón —reconoció el muchacho—. Entonces, ¿qué piensa hacer?

—Quiero que crean que se han equivocado de coche. Quiero ser muy inocente... muy respetuoso de la ley.

Al tiempo que lo decía me di cuenta de que sonaba como un plan basado en la desesperación; y lo era.

—Siguen detrás de nosotros. Y más o menos a la misma distancia.

Ya estábamos fuera de la ciudad, y viajábamos por un paisaje iluminado por la luna. La situación era desastrosa. Era más de medianoche. No era aquél un lugar para estar, allí, en medio de los nabos. Se podía extender una cortina de fuego de artillería y traer un par de excavadoras para enterrar los cadáveres sin peligro de atraer a ningún testigo.

—Voy a elegir un tramo de carretera apropiado y enfrentarme a ellos —le dije al muchacho—. Cuando me detenga y salga del coche, quiero que salte por encima del asiento y se ponga al volante en el asiento delantero. Mantenga el motor en marcha, pero no acelere. Mantenga la cabeza agachada. Cuando yo grite «vámonos», queme neumáticos... ¿Sería capaz de hacer eso por mí?

—Apueste lo que quiera a que sí.

—Me detendré. Luego echaré a caminar hacia ellos, dirigiré la luz de la linterna a sus ojos y actuaré como si fuera un turista algo bebido. Si son la clase de personas que yo creo que son, se bajarán del coche.

—¿Por qué?

—Porque no se puede hacer puntería disparando a través del parabrisas. Y asomarse por la ventanilla de un coche y disparar un arma es algo que sólo aprendió a hacer Humphrey Bogart.

—¿Va usted a parar, ir hacia atrás y salir de este lío hablando?

—Obsérveme y no espere demasiado tiempo.

—De acuerdo.

—Y no tome la ruta de la Autobahn. ¿Ve esa colina ahí delante, en el horizonte? Me detendré cerca del puente que hay al pie de la misma. Cuando yo grite «vámonos», meta una velocidad corta... tuerza bruscamente y gire cuando arranque. ¿Entendido?

—Lo haré bien —me aseguró.

La carretera era estrecha. Cuando llegamos a un puente de piedra que cruzaba un arroyo, aminoré la velocidad y me detuve; dejé el coche estacionado de tal modo que no había sitio para adelantarlo. Ellos también se detuvieron. Escondí la pistola en el bolsillo de la gabardina y luego, haciendo tanto ruido y barullo como me fue posible, abrí con energía la puerta del coche, me puse en pie, miré con los ojos entornados hacia los faros delanteros del coche que nos seguía y agité un brazo como si fuera un viajero inocente que no era capaz de encontrar la Autobahn y quisiera preguntar el camino hacia Helmstedt, el punto de cruce hacia el oeste. El suelo estaba helado, pero el agua del arroyo todavía corría: yo la oía a pesar del sonido de los motores de los coches.

El conductor del otro coche saltó inmediatamente de su asiento. Pude ver que había alguien en el asiento de atrás, pero las puertas traseras permanecieron cerradas.

Mientras caminaba hacia ellos, iluminado de lleno por el haz de luz de los faros delanteros, les pregunté a voces:

—¿Cuántos kilómetros faltan para Helmstedt?

Hablé con un estridente acento austríaco que no habría engañado a la mayor parte de las personas que se sentaban debajo de los árboles del Wiener Wald, pero que allí, entre los «prusianos», lo más probable era que resultara bastante convincente.

Articulé la pregunta para causar una confusión momentánea, y obviamente así fue, porque el conductor se inclinó para decirle algo al pasajero del asiento de atrás.

Cuando estuve lo bastante cerca como para ver lo que hacía, me tumbé sobre el vientre y disparé al neumático delantero que tenía más cerca, apuntando de manera que la entrada y la salida de la bala arrancase un fragmento de la banda de rodaje lo bastante grande como para desinflar incluso el mejor de los neumáticos resistentes a los pinchazos. Como todas las pistolas rusas, la que los alemanes orientales llaman Pistola M es una maquinaria toscamente diseñada con un sencillo sistema de retroceso y un ángulo de culata en forma de letra L, pero sus diseñadores soviéticos le dieron una exactitud legendaria que en situaciones apuradas compensa todas las

deficiencias. ¡Bang! El ruido fue ensordecedor, pues el antiquísimo silenciador no proporcionó reducción alguna de sonido. Era demasiado tarde para quitarlo. Apreté el gatillo y se produjo la rigidez habitual justo antes de que el arma se encasquille. Lancé una maldición y tiré del gatillo con más fuerza. Debía de tratarse de falta de aceite, porque la pistola funcionó y vi arrancarse un trozo del segundo neumático.

El sonido del aire al escapar pareció durar eternamente. Me puse en pie de un salto y corrí hacia mi coche. El muchacho aceleró el motor. Los disparos habían hecho salir del coche al pasajero del asiento de atrás, que se agachó en un intento de ver los neumáticos. El conductor seguía en la misma posición: de pie, con los pies separados, y mirándome como petrificado por los repentinos acontecimientos. Me detuve y, para mantenerlos con la cabeza baja, disparé un último tiro para que pasara por encima de la cabeza del conductor. Pero mi mano no estaba firme y lo que intentaba ser un susto lo tumbó. El pobre cabrón giró sobre sí mismo y cayó apretándose el pecho con las manos; luego rodó por el suelo gimiendo, pataleando y meciéndose boca abajo, apretándose contra la helada carretera como si eso pudiera aliviarle el dolor.

—¡Mierda! —exclamé—. Vámonos, vámonos.

Me lancé sobre el asiento del lado del conductor. El coche pegó un bote y salió disparado antes de que yo hubiera cerrado la puerta, y cuando lo hice de un portazo me golpeé la cabeza contra el cristal de la ventanilla, lo que produjo un agudo crujido. El muchacho oyó el ruido y me miró fugazmente para ver si seguía consciente. Pero yo tengo la cabeza dura; es una de las pocas cualificaciones que se requieren para el trabajo que hago.

—¡Pisa a fondo! —le dije.

El motor rugió cuando el muchacho apretó el pedal con el pie y salimos colina arriba en velocidad corta, lo que produjo un gran estruendo.

—El pasajero está subiendo al asiento del conductor. Nos está siguiendo —me informó el muchacho a voces.

—Mantenga los ojos puestos en la carretera —le dije.

El segundo hombre estaba haciendo un valeroso intento por perseguirnos, a pesar de las chispas que salían de la superficie de la carretera mientras los neumáticos aleteaban alrededor de las llantas.

Cuando el Volvo culminó la colina el muchacho cambió de marcha. Miré hacia atrás y vi que el Mercedes se atravesaba en la carretera sin control, mientras negras serpientes de caucho revoloteaban al hacerse pedazos los neumáticos. A pesar de los desesperados esfuerzos del conductor del

Mercedes, el coche se fue parando, titubeó y luego rodó lentamente hacia atrás hasta dar contra una zanja. El coche quedó inclinado hacia arriba de manera que los faros brillaban hacia el cielo. Más allá, al pie de la colina, vi al otro hombre, que seguía retorciéndose en el suelo sin dejar de apretarse el pecho. Pero mientras lo observaba sus movimientos fueron haciéndose más lentos. Luego la cima de la colina me impidió seguir viendo aquella horrible escena.

—¡Ha estado usted fantástico! —me dijo el muchacho, presa de una gran excitación—. ¡Qué demonios, ha estado increíble! Se lo ha cargado.

—Sí, hay que ver qué listo soy. Eso era exactamente lo que trataba de evitar.

—¿Qué intentaba evitarlo? ¿Qué?

—Ellos no nos lo perdonarán —le dije en tono fúnebre—. Y hay un testigo que sigue vivo. Con toda seguridad se trata de hombres de Moscú, no alemanes. Usted no sabe hasta dónde son capaces de llegar con tal de hacérselo pagar.

—¿Quiere volver y matarlo?

Me humedecí los labios. Durante unos instantes estuve a punto de decir que sí. Era lo más lógico y sensato, aunque fuera la clase de solución que pasan por alto en la escuela de entrenamiento. Pero en aquel momento yo no estaba seguro de estar preparado para matar a un hombre a sangre fría. Me sentía agotado, y la experiencia me decía que el muchacho no sería capaz de hacerlo.

—Siga adelante —le dije.

Viajamos a toda velocidad a través de la noche, como atracadores de banco borrachos; el muchacho tomaba las curvas de las estrechas carreteras secundarias a velocidades peligrosas. Estaba sofocado y excitado, y conducía muy por encima de sus habilidades. De pronto dijo:

—¿Qué le parece si echamos un vistazo por la Autobahn?

Era tentador, desde luego. Estábamos cerca de la ruta principal que va desde Berlín hasta los rútilos luminosos de la libertad. En la Autobahn habría muchos alemanes occidentales, viajantes de comercio y camiones que rodaban pesadamente por lo que nosotros llamábamos «la zona soviética» en su ruta normal entre el sector oeste de Berlín y Alemania Occidental. Pero aquel atajo era demasiado tentador, demasiado lógico, demasiado conveniente para que fuera seguro.

—No. Es el primer lugar que bloquearán.

—Tengo más papeles —me indicó el muchacho—. En una cajita soldada a la parte inferior del coche.

Era el señor Supereficiente.

—No —le dije—. Y vaya más despacio. A su gato pulgoso no le pasará nada porque esté un día sin comer. Olvídense de la Autobahn. No vale la pena correr el riesgo. El ordenador de tráfico de la parte oeste capta a los conductores que tienen multas de hace cinco años impagadas en su ciudad de residencia.

—Tiene razón.

Se serenó un poco.

—Siga el plan —le pedí.

—El plan se ha deshecho. VERDI está muerto; un hombre de la oposición está muerto... puede que sean dos. No tenemos a ningún tráfuga que necesite papeles falsos y un medio de transporte.

—Siga el plan —repetí—. Suponga que VERDI no sea el muerto; suponga que VERDI haya escapado.

—Está loco. Nos vamos a jugar el cuello para nada.

—Puede que esté loco. Usted no ha estado nunca ahí fuera, donde todos nos volvemos locos; si no, estaría loco también. —Recordé las muchas veces que las cosas se habían puesto mal para mí. El agente de campo siempre confiaba desesperadamente en que la operación pueda salvarse. Se agarra como a un clavo ardiendo a la esperanza de que los hombres asignados a encontrarse con uno no corten por lo sano y echen a correr—. Iremos al piso franco y esperaremos una hora hasta que los equipos de alerta de la Stasi hayan realizado los controles preliminares. Viajar en coche a estas horas de la madrugada por carreteras rurales hace que me sienta muy llamativo. En cualquier momento mandarán un helicóptero para que vuele por encima de nuestras cabezas.

—Hay una iglesia rural a unos doce kilómetros de aquí. El pastor es uno de los nuestros, un hombre con experiencia.

—De acuerdo —le dije—. Salgamos de la carretera. Volveremos a ella cuando empiece el tráfico de la gente que se dirige al trabajo. Aquí, en un lugar tan apartado y de noche, resultamos demasiado llamativos.

Antes de la guerra aquella aldea había sido pulcra y próspera, una perspectiva deslumbrante de paredes blanqueadas, flores, granjas bien cuidadas y la iglesia en su mimado centro. Ahora era un pequeño racimo de casas miserables. La antigua iglesia había sido destruida, al igual que la mitad

de la aldea, por un bombardeo de la RAF en 1944. Cuando la guerra terminó, el comandante de la guarnición del Ejército Rojo permitió a los aldeanos construir una cabaña en el mismo lugar y continuar celebrando los servicios. Los políticos comunistas alemanes de posguerra fueron bastante más hostiles hacia la Iglesia de lo que lo habían sido las tropas rusas, y aquella estructura temporal —parcheada y apuntalada— seguía siendo el único lugar de culto de los aldeanos.

Aparcamos el Volvo en el granero, al lado de un tractor oxidado, y el muchacho encontró unas llaves escondidas en las entrañas del motor del tractor. Debajo de la cabaña provisional se había vuelto a poner en uso la cripta de la vieja iglesia. Me hizo bajar con él por un tramo de escalones de piedra, y cuando encendió las luces apareció a la vista toda la cripta, una extensa zona subterránea abovedada. Una parte se había convertido en capilla, con un altar permanente y un extraño surtido de sillas que probablemente se habrían reunido durante aquellos años, donadas por la congregación. Al parecer, un altar grande y austero y un candelabro se habían salvado del naufragio de la iglesia arrasada; los habían reparado y puesto allí de nuevo para convertirse en la pieza central de aquel improvisado santuario.

El pastor llegó cinco minutos después. Saltar de la cama completamente despierto y despejado en mitad de la noche forma parte del trabajo de un buen pastor, igual que para un agente, un bombero o un policía.

El viejo pastor me resultaba extrañamente familiar: el rostro curtido, con arrugas, y unas anticuadas gafas de montura de acero. Recordé que lo había visto un par de veces en Berlín, en casa de conocidos mutuos. Exhibía una ilimitada energía mientras daba zancadas por la habitación encendiendo luces y colocando en su lugar tazas de café, panfletos, libros de oraciones y flores secas con la dedicación que despliegan los neuróticos cuando necesitan tiempo para pensar. Llegó una mujer que llevaba una bata sin mangas y con un estampado de flores, y sin decir palabra nos preparó una jarra de café maloliente mientras el pastor hablaba de naderías sobre la aldea y resistía cualquier tentación de hacernos preguntas.

—Hemos perdido a nuestro contacto —le explicó el muchacho mientras tomábamos el café—. No creo que nuestro hombre haya revelado, lo más seguro es que a él no se lo dijeran, que ésta sería nuestra primera parada, pero yo quería actuar de acuerdo con las reglas.

Se dio la vuelta hacia mí para incluirme en su discurso, como si yo pudiera contradecirle y contarle al pastor que nuestro hombre estaba muerto en un sofá empapado de sangre en Magdeburgo. Y que éramos fugitivos que

acabábamos de matar a un funcionario del gobierno y que lo más probable era que trajésemos el merecido castigo pisándonos los talones.

—Pobre diablo —dijo el pastor sin mostrar una preocupación realmente convincente. Se volvió por completo, como si hubiera llegado el momento de prestarnos toda su atención—. Si está ahí fuera mientras una alarma general le suena en los oídos, espero que Dios le proteja.

Me pregunté cuánto le habrían dicho al pastor. Me fijé en un traje oscuro y ropa de abrigo colgados de una silla, que olían fuertemente a naftalina. Si aquellas ropas estaban destinadas a disfrazar a nuestro desaparecido tráfuga, al pastor debían de haberle contado muchas cosas, incluso el número de zapatos que usaba VERDI.

—Han matado a una persona —dijo el muchacho—. Podría ser nuestro contacto... Y hemos tenido problemas en la carretera. Deben estar preparados para posibles registros casa por casa.

—No es frecuente que las cosas salgan según lo planeado —dijo el pastor, que permanecía demasiado tranquilo, de un modo poco natural en aquellas circunstancias. La única muestra de ansiedad se manifestó en el modo en que sacó un paquete de cigarrillos y encendió uno con la firme determinación del adicto. Exhaló el humo—. Está dentro de la naturaleza del trabajo clandestino que muy a menudo ocurra lo inesperado. Se hacen planes para cubrir tres eventualidades diferentes, pero ocurre la cuarta. —Sonrió y cogió la jarra de café—. Lo dijo Moltke; lo dijo hablando de la guerra.

—No quiero más café.

Puse la mano sobre la boca de la taza de porcelana.

—Aquí tiene lugar una guerra —continuó diciendo—. De nada sirve negarlo. Los hombres siempre están en guerra. Siempre estamos en guerra porque cada hombre está en guerra consigo mismo.

—¿Es otro dicho de Moltke? —pregunté.

Me había estado mirando con intriga y ahora, con la jarra en la mano, se aventuró.

—Nosotros ya nos conocíamos. ¿Se acuerda? Nos vimos en una especie de celebración en una casa particular, en Kopenick... No, espere... fue en un hotel cerca del Ku-Damm, en una fiesta de disfraces. ¿Conozco a su esposa?

Lo formuló como una pregunta.

—Es posible —repuse con cautela.

—Sí, trabajé con ella. Es una gran mujer.

Lo dijo con tal reverencia y respeto que me sobresaltó.

—Sí —convine.

Quizá mi apagada respuesta lo animó a seguir.

—Ella nos puso en marcha en nuestros primeros pasos hacia la libertad. Desde luego, nos queda aún mucho camino por recorrer, pero fue su esposa quien nos enseñó que debemos luchar. Nunca habíamos luchado. Fue una lección difícil de aprender.

Yo debía de parecer desconcertado. No era un secreto que mi esposa había desertado hacia el Este en un elaborado plan, que tuvo éxito y que había alentado una extensa oposición popular a los gobernantes comunistas. Yo había oído hablar a otras personas de los profundos logros de mi esposa, y siempre había dado mi aprobación sin más. Pero esta vez no lo hice.

—¿Qué hizo ella? —le pregunté.

El pastor sonrió. Tenía por cara una de esas máscaras de goma que se relajan de un modo natural al sonreír. Era una cara anticuada, del tipo que Hollywood suele utilizar para los personajes de sacerdotes que tocan la armónica y le dicen cosas profundas a Bing Crosby.

—Tiene usted que comprender cómo han sido siempre las cosas para la Iglesia en Alemania Oriental —dijo—. Incontables y pequeños principados, cada uno de cuyas religiones era decidida por el príncipe o el obispo gobernante. Eso aseguraba que la Iglesia y el Estado fueran indivisibles. Incluso en la época nazi los funcionarios que cobraban los impuestos del Estado recogían también los derechos de la Iglesia de todos los ciudadanos y se los pagaban a la Iglesia. No es de extrañar que a nosotros, los hombres de la Iglesia, nos resultase tan difícil enfrentarnos a los nazis. Y luego, después de la guerra, fue aún más difícil resistirse al institucionalizado anticristo del comunismo. Nos independizamos del Estado. Pero su esposa les dijo a las Iglesias de todas las denominaciones que si alguna vez había que resistirse e intentar derrocar a ese monstruoso régimen que sufríamos, los lugares de la resistencia deberían ser santuarios ofrecidos por la Iglesia: los templos alemanes. —Dio un sorbo al café. El muchacho y yo asistíamos en silencio a aquel despliegue de emoción. El pastor añadió—: Lenin dijo: «Quienquiera que controle Alemania será el dueño de Europa». Éste va a ser el último lugar al que renuncien los comunistas.

Aquel apasionado discurso me había llenado de intranquilidad, pero cualquiera que se enfrentase a los comunistas en su estado policial necesitaba albergar ese tipo de sentimientos en lo más profundo del corazón. Porque últimamente los políticos locales habían empezado a darse cuenta de lo que les estaba ocurriendo a sus colegas —los comunistas corruptos que

gobernaban los países vecinos—, y comenzaban a identificar a las Iglesias como el más peligroso de los enemigos.

—Yo rezo por ella —concluyó el pastor—. Toda mi grey reza por ella. Cuídela.

—Sí —dije yo.

—Pronto amanecerá —intervino el muchacho.

Había estado paseando sin dejar de arrastrar los pies, como si aquella conversación de altos vuelos le hubiera hecho sentirse incómodo.

—Usted es demasiado joven para comprenderlo —le indicó el pastor con suavidad—. Sólo los viejos sabemos lo bastante para llorar.

De pronto recordé dónde había visto al pastor por última vez. Él había asistido a una gran fiesta de disfraces en el hotel de Lisl Hennig, en Berlín Occidental. Fue la noche en que todo pareció estropearse. A mi mujer la trajeron del Este aquella misma noche. Nos vimos implicados en un estúpido tiroteo en la Autobahn y vi cómo asesinaban a mi cuñada Tessa. Aquella noche salí de Alemania e hice la solemne promesa de que no volvería nunca. Nunca.

—Sí, ahora lo recuerdo a usted —le dije al pastor—. La fiesta en el hotel cerca del Ku-Damm.

En medio de aquella frenética colección de juerguistas, yo había tomado al pastor —que iba vestido con el traje de clérigo y el alzacuello— por un invitado más que había decidido ponerse aquel disfraz. Quizá su presencia allí aquella noche constituía una de las piezas que faltaban en el rompecabezas, que distaba mucho de estar completo.

—Sí, yo estaba allí aquella noche —admitió.

Había estado a punto de añadir algo más, pero se detuvo de pronto cuando oímos el sonido de unos vehículos que se acercaban por la carretera. Eran varios. Redujeron la velocidad y se metieron en el patio de la iglesia, empedrado con guijarros, donde estaba el granero en el que habíamos dejado el Volvo. Confié en que no se les ocurriera registrar por allí, porque si veían el Volvo con matrícula de Alemania Occidental empezarán a destrozarlo todo.

—¡Recen! —nos recomendó el pastor, al tiempo que se postraba de rodillas. Ahora yo oía con mayor claridad. Eran dos vehículos: uno con motor diésel, muy pesado, y otro de gasolina. Se oyeron fuertes chirridos y el rechinar de los frenos hidráulicos. La puerta de un coche se abrió y se cerró de golpe. Eso significaba una persona. Mala señal. No me cabía la menor duda de que el camión pesado contenía un equipo armado de asalto de la

policía, cuyos componentes estarían sentados en silencio y alerta en espera de órdenes—. ¡Recen! —repitió el pastor; y me hundí de rodillas delante de él; lo mismo hicieron el muchacho y la mujer que había preparado el café.

El pastor comenzó una sibilante letanía de plegarias mientras las tachuelas de metal de las botas resonaban en los escalones de piedra. Sofocando un gemido de dolor, la mujer se puso en pie, se frotó la rodilla artrítica y salió al encuentro del visitante con un saludo suave y deferente en los labios y una taza de café caliente en la mano.

—¿Ocurre algo? —le preguntó.

—Sí —respondió el policía sin dar más explicaciones. Tomó un sorbo de café.

—Una noche de continua oración —dijo la mujer.

Explicó nuestra presencia allí diciendo que éramos feligreses afligidos de un pueblo vecino. Tenía un fuerte acento local, y cuando continuó dando explicaciones tuve graves dificultades para entenderla.

Con los ojos entrecerrados conseguí ver al policía; estaba de pie con las piernas separadas y nos miraba fijamente. El uniforme revelaba que se trataba de un policía local, al que sin duda habían enviado para guiar a un equipo de forasteros de Magdeburgo —quizá reclutas— que no conocían los distritos rurales. Impacientes bocinazos de uno de los coches hicieron que el policía mirase el reloj. Luego se oyó el sonido de otra puerta de coche y el estruendo apresurado de botas al acercarse.

—No hay tiempo para una taza de café —le gritó alguien desde lo alto de los escalones de piedra.

El invisible comandante, desconcertantemente acertado en lo referente al café, tenía la voz dura y con un acento parecido al berlinés, el que los hombres cultos de ciudad utilizan para dar órdenes a los que consideran unos palurdos campesinos.

Sobresaltado por aquella observación, el policía volvió a poner bruscamente la taza de café en la mano a la mujer.

—Aquí todo está en orden, capitán —voceó el policía.

Y echó a andar para ir a reunirse de nuevo con su jefe. La República Democrática Alemana —que más bien era una dictadura no democrática gobernada por los soviéticos— estaba cambiando. Allí, en los distritos rurales, algunos de los oficiales más cautos habían empezado a hacer apuestas sobre el día en que ocurriría lo impensable y su competencia empezara a formar parte de una república verdaderamente democrática, con todas las

peligrosas consecuencias que semejante giro pudiera acarrear para los que se encontraban en aislamiento rural.

—No hace falta que sigan fingiendo que rezan —nos indicó el pastor cuando el ruido de los dos vehículos se hubo apagado por completo.

—Yo no estaba fingiendo —observé.

El viejo me miró y se puso en pie.

Había sólo una fina línea púrpura en el horizonte cuando volvimos a salir a la carretera. Conducía el muchacho; yo quería mirar el entorno.

—El pastor es un viejo decente. Su familia tenía grandes propiedades aquí. Eran terratenientes desde sabe Dios cuándo. Durante la guerra se alistó voluntario en los submarinos alemanes —me explicó el muchacho—. Una vez que acabó la guerra, cuando lo liberaron del campo de prisioneros de Inglaterra, regresó y se encontró con que habían confiscado, sin compensación alguna, las propiedades de la familia. Fue realmente mala suerte. Los rusos sólo se apoderaban de las granjas que tenían más de cien hectáreas y la suya sólo tenía unas cuantas más.

—Y entonces encontró a Dios —observé.

—No, eso es lo más curioso. Al principio se convirtió en un ferviente comunista. Fue más tarde cuando regresó a la Iglesia y empezó a trabajar contra el régimen.

—Esas cosas pasan.

—Decía que antes pensaba que Karl Marx era economista. Pero que cuando se dio cuenta de que Marx era un moralista empezó a ver que sus teorías tenían muchos defectos. —Al ver que yo no decía nada, me preguntó —: ¿Ha leído usted a Marx?

—Karl Marx era un chiflado —repuse—. Debió mantener la boca cerrada, como Harpo.

—Llegaremos temprano a Berlín. ¿Quiere devolverle la pistola a su amigo?

—¿No le he dicho que se olvide de la pistola?

Había dejado que se me notase el enfado.

—Perdone, jefe.

—Tengo que librarme de ella. Gracias por recordármelo.

—¿Es por el tiroteo por lo que está preocupado?

—¿Quién ha dicho que estoy preocupado?

—Lo ha hecho todo a la perfección —dijo con un calculado énfasis para darme ánimo—. Ha sido fantástico.

—Pero huele como si todo hubiera salido mal —dije—. ¿Quiénes eran aquellos matones?

—¿Los del Mercedes SEL 500 nuevo? Debían de ser de la Stasi, rezagados de la KGB o algo parecido. No eran inocentes campesinos de camino hacia la iglesia, si eso es lo que le preocupa.

—No hacían más que transitar por una carretera pública. Y yo les disparé.

—¿No hablará en serio?

—Lo que me preocupa es que no respondieron a los disparos. Éste es su territorio. En un coche así siempre meten toda clase de armas... y gorilas como aquéllos, siempre disparan primero.

—Pero...

—Me da la impresión de que nos han tomado el pelo. Tengo la desagradable sensación de que, aparte de dispararle al conductor, hemos hecho todo lo que los de la otra parte querían que hiciéramos desde el mismo momento en que nos detuvieron en el control de la milicia.

—Pues si está usted en lo cierto, la hemos hecho buena.

El muchacho no pensaba privarse de su jubilosa satisfacción.

—Y no mencione en su informe el bar de Krohn ni la maldita pistola.

—Puede fiarse de mí, viejo.

—Puedes ahorrarte lo de viejo, Kinkypoo.

3

—TENGO tu informe —dijo Frank Harrington—. Lo he leído con detenimiento.

Frank Harrington era el jefe de la unidad de campo de Berlín. Como los rusos llaman «rezidentura» a las unidades equivalentes a las nuestras, a él solía llamársele el «rezidente» de Berlín, y eso había pasado al uso oficial. Frank, aunque ya no era joven, tenía porte de soldado, el rostro muy pálido y un bigote cerdoso y romo, de modo que a menudo lo tomaban por un oficial de la guarnición británica. Había sido uno de los mejores amigos de mi padre.

No respondí. Dicky Cruyer, controlador de los puestos en Alemania y provisionalmente a cargo de las operaciones en Londres, había acudido presuroso a Berlín. Presumiblemente quería estar allí cuando llegase VERDI. Estaba de pie junto a la ventana, mirando por entre las persianas hacia el extenso jardín trasero de Frank Harrington, mientras chupaba la punta de su pluma estilográfica Mont Blanc e intentaba no interrumpir. Aunque últimamente se hacía cada vez más difícil distinguir a los militares de los demás, la de soldado no era la primera profesión que a uno le venía a la cabeza si trataba de adivinar la ocupación de Dicky Cruyer. Tenía el pelo rizado muy poblado, le gustaba llevar ropa vaquera descolorida y de marca y el tipo de botas de *cowboy* profusamente decoradas como las que llevaba puestas aquel día.

En otra parte de la ciudad, las oficinas de Berlín estaban temporalmente ocultas tras un capullo de andamiaje, pues disfrutaban de un proceso de restauración que se tenían bien merecido desde hacía tiempo. Para alejarse de los gritos de los obreros de la construcción, del regular estruendo que producen las varas de metal cuando caen desde lo alto hasta la acera y del penetrante olor a pintura, Frank había decidido quedarse en su casa, y utilizaba el despacho que había instalado en una de las habitaciones del piso superior de la grandiosa y antigua mansión berlinesa que tenía en Grunewald. No estaba encendida ninguna de las luces de la habitación, y sólo la luz diurna tenue y melancólica se filtraba por las rendijas de las persianas. La sombría

luz del entorno doméstico, la quietud y el silencio en que habían caído los dos hombres producían la impresión de que compartían una pena casi abrumadora en la cual me resultaba difícil irrumpir. Estaba esperando a que uno de los dos hablase.

Miré a mi alrededor. Aquella era la mansión que se le había proporcionado a Frank en su calidad de *rezidente*; yo conocía la habitación de cuando mi padre ocupaba aquel codiciado cargo. Todavía estaba allí el mismo sofá de cuero acolchado lleno de arañazos, descolorido y gastado, pero que me era tan familiar como un viejo amigo. La pared estaba adornada con cabezas cornudas de veloces cuadrúpedos. Resultaba difícil creer que Frank hubiera disparado contra alguna de aquellas afligidas bestias, porque Frank — a pesar de su melancólica actitud hacia la profesión de las armas— siempre había mostrado una curiosa aversión por las armas de fuego. Conseguir que le proporcionase a uno cualquier clase de pistola era una lucha tal que la mayoría de los agentes encontraban más fácil hacerse con una por su cuenta. En medio de los trofeos de caza había un retrato oficial de la reina, de color sepia. Estaba colgado inmediatamente por encima de un cofre militar de madera de alcanfor en el cual estaba encerrada la máquina de escribir antigua de Frank Harrington; un tótem del papel ascendente que el papeleo había tenido al servicio de la Corona.

Algo inolvidable, aquél fue también el día en que la calefacción de la mansión de Frank tuvo una avería que desafió todos los esfuerzos de decididos especialistas en calefacción; ésa era la causa de que los tres llevásemos puestos los abrigos. La antigua estufa, de casi dos metros de altura, que se alzaba en un rincón, estaba recubierta con baldosas antiguas de un bonito estampado en colores azules, y hacía ya muchas décadas que se había puesto en uso por primera vez. El bienestar que proporcionaba era por completo ilusorio. A pesar de los esfuerzos llevados a cabo por los criados de Frank con haces de astillas y páginas arrancadas de *Der Spiegel*, seguidas de las hojas más inflamables de *Die Welt*, no se veía la menor señal de llama a través de la puerta —apagada y descolorida— de mica, pero el inconfundible aroma de papel quemado me producía espasmos en los orificios de la nariz.

—El informe es una obra maestra —dijo Frank, hablando como si aquel veredicto fuera el resultado de una larga y profunda reflexión. Estaba sentado delante de la estufa, muy erguido en una silla de madera, y llevaba puesto un abrigo de espiga de lana suave, con un tejido y corte tan hermosos que, de no haber conocido a Frank tan bien como lo conocía, habría sospechado que aquél era el motivo por el que habían apagado la calefacción—. Lo

incorporaremos a las clases teóricas de la escuela de entrenamiento y algún futuro director general citará de memoria páginas del mismo.

Aquel pesado sarcasmo no era algo que formara parte de la naturaleza de Frank, amigable y más bien dado a curar las heridas que a frotarlas con sal.

El silencio que siguió sólo fue roto por el sonido que producía Dicky al dar golpecitos con la cara pluma contra sus dientes, todavía más caros. Reconocí la expresión de aquel rostro: Dicky estaba pensando, perdido en un mundo de sueños, planes y ambiciones. Al darme cuenta de que se esperaba de mí una respuesta, y con el reciente ascenso de Dicky —aunque fuera provisional—, que me recordaba que el Departamento se inclinaba a valorar el esfuerzo por encima de los resultados, dije:

—He pasado mucho tiempo escribiéndolo.

—Estoy convencido de ello —dijo Frank, al tiempo que soltaba un bufido—. Y yo he pasado mucho tiempo leyéndolo. La primera vez que lo leí quedé maravillado. Allí había un informe que, al parecer, era razonado, agudo, reflexivo e informativo.

No dije nada. Con una perversidad que le atormentaba, y que yo siempre había sospechado que era producto de los años que había pasado en un colegio privado, Frank, que estaba intentando dejar de fumar, jugueteaba sin cesar con la bolsa de hule que contenía la pipa y el tabaco preferido.

—Lo leí dos o tres veces más —indicó Frank, al tiempo que se levantaba y dejaba caer la bolsa encima de la mesa—. Para cerciorarme de hasta qué punto todo es evasivo, ambivalente y poco comprometido.

—Trato de ser empírico —observé.

—Arrogante, diría yo. Incluso cuando te encuentras con un pastor luterano lo llamas «un hombre con traje de clérigo». ¿En qué punto se convierte en evasiva una observación cauta?

Sólo porque en gran medida la irascibilidad de Frank se debía a que había renunciado al tabaco, no me resultó más atrayente ser el blanco de sus amargos comentarios. Lo miré con amable atención y no contesté.

—Sí, ya sé que has estado ausente —continuó diciendo Frank—. Sé qué opinas que el Departamento te ha tratado mal. Y que estás resentido por no habértelo dicho todo acerca de la decisión de enviar a tu esposa al otro lado con doble...

—Nada —le corregí con suavidad—. No se me dijo nada.

Dicky había estado mirando fijamente hacia el jardín sin dar muestras de haber estado siguiendo el interrogatorio de Frank ni mis respuestas. Frank

hizo una pausa lo bastante larga como para que Dicky se diera la vuelta y dijera:

—¡Por el amor de Dios! ¡Un poco de discreción! Ésa es la esencia del negocio en el que estamos metidos. —Llevaba puesto un abrigo corto de cuero negro de diseño cruzado que se completaba con muchas hebillas, botones y trabillas en los hombros. Al moverse, el forro de seda de color rojo vivo quedó a la vista. Al parecer acababa de estrenarlo. Supuse que lo habría comprado en una de las elegantes tiendas de hombre del Ku-Damm; todos los que visitaban la ciudad encontraban tiempo para hacerles una visita—. Se supone que eres agente secreto, Bernard. ¿Cómo es posible que te quejes del modo en que se guardan los secretos?

Vi que Frank hacía un movimiento como si estuviese remando con la mano hacia que le colgaba a un costado. Era una seña que le hacía a Dicky para que se callase y le dejase a él llevar la situación. Luego dijo:

—Todavía nos sigues *juzgando*, Bernard. Y eso no es sano.

—No, a no ser que prefieras quedarte de forma permanente detrás de una mesa de despacho en cualquier parte —dijo con voz arrastrada Dicky. Y sólo por si aquello me sonaba como la amenaza que era realidad, añadió, como si él no tuviera nada que decir en lo referente a cargos y destinos—: Ya sabes cómo son en Londres.

—Me gustaría que fueras un poco más explícito —me pidió Frank.

—Nos la jugaron —le dije.

—¿Por qué no os metieron en el saco?

—¿No sería eso lo que intentaban hacer? —le pregunté.

—¿Los hombres del coche a los que disparaste? Hum... —Frank se frotó el mentón como si se quedase pensando en lo que yo había escrito—. No parece un esfuerzo muy serio aunque se te hubiera pasado algo por alto.

—¿Ah, no? ¿Y qué tenían que haber hecho para que el esfuerzo pareciera más serio? —le pregunté sin poner de manifiesto la irritación que sentía.

Ninguno de aquellos dos hombres de despacho habían oído nunca un disparo hecho con ira, así que no me gustó que menospreciaran una acción que, en las raras ocasiones en que les ha ocurrido a hombres de mayor rango, ha sido ensalzada con floridos cumplidos y ascensos. Sonreí.

—El servicio de monitorización no oyó nada: ni órdenes de bloquear la Autobahn ni instrucciones de poner controles en Berlín. Nada.

—El coche de aquellos individuos cayó en una zanja —les expliqué—. Puede que acabaran inconscientes y los llevaran a un hospital.

—Quizá sea eso —dijo Frank en un tono que indicaba que aquella probabilidad no era de las primeras que él tenía en su lista de explicaciones posibles—. Pero VERDI... ¿por qué esperaron fuera y le dispararon por la ventana? ¿Por qué no desde dentro? ¿Por qué no en un lugar más discreto?

—Yo no he dicho que sea un hecho que le disparasen por la ventana —observé.

—Ya lo he notado —dijo Frank. Dejó que las páginas de mi informe revoloteasen en la cálida corriente que producía un calefactor de aire que uno de los criados había colocado para que se nos calentasen los pies—. ¿Por qué?

—El agujero de la ventana no lo había hecho una bala.

—¿Estás seguro?

—Sí —respondí—. Es algo que uno aprende a reconocer. No entraré en detalles.

—Pues entra en detalles —me pidió Dicky, que de repente había decidido intervenir en la conversación—. Me interesa saber cómo es posible que te muestres tan categórico sobre eso y aun así lo omitas en el informe.

Miré a Frank, que levantó una ceja.

—Un proyectil a gran velocidad que atraviesa un cristal —les expliqué—, la bala de una pistola, por ejemplo, produce fracturas radiales y varias fracturas concéntricas. En ese caso no había nada de eso. Además, el agujero hecho por una bala produce polvo de vidrio, que queda alrededor del orificio. Un proyectil que no alcance excesiva velocidad, como una piedra, arranca un pedazo de cristal y deja el borde más suave y limpio.

—¿Me estás tomando el pelo, Bernard? —me preguntó Dicky, al tiempo que movía la cabeza de un lado al otro para reforzar su incredulidad. Frank miró primero a uno y luego al otro y adoptó su papel favorito de árbitro imparcial—. ¿Esa teoría es tuya o la has sacado de algún manual de reparaciones caseras?

—Desde luego, Dicky, hasta el más torpe colegial sabe que el vidrio es un líquido superenfriado que, bajo el impacto de un proyectil que se mueva a gran velocidad, se dobla hasta romperse en largas grietas que irradian desde el punto del impacto. Continúa doblándose hasta que acaba por producir una serie de grietas concéntricas a partir del punto del impacto. Además, un proyectil a gran velocidad produce un tipo de agujero completamente diferente. Fragmenta o pulveriza el vidrio al salir, lo cual revela la dirección del proyectil. El grado de fragmentación suele dar una idea aproximada de la distancia desde la que se ha producido el disparo; cuanto más cerca, más fragmentación.

Frank sonrió.

—Vale, listo de mierda —dijo Dicky—. Entonces, ¿por qué no dijiste que, definitivamente, el asesino no estaba esperando fuera? ¿No dijiste que estaban esperándolo fuera?

—Porque el asesino pudo dispararle por un agujero que ya estuviera hecho —observé.

—Eso tampoco lo dijiste —se quejó.

—No puedo estar seguro de lo que dije. —Si hacía falta alguna prueba para decirme que estaba metiendo la pata, allí estaba el mal momento que había elegido para dar una conferencia sobre cristales rotos. En los viejos tiempos habría tenido más cuidado al restregarle por la cara la arena de la ciencia a una *prima donna* como Dicky, sobre todo en presencia de Frank, un veterano al que todos respetaban o decían respetar—. El hecho es que no me quedé allí para averiguarlo.

Dicky había estudiado en la Universidad de Oxford y había salido de allí con una indiscutida fama de inteligente. Esa fama había perdurado. La inteligencia no se mide ni se cuantifica del mismo modo que los exámenes aprobados o el hecho de que uno reme con tenacidad, de manera que no constan en los archivos. La inteligencia es una vaga característica no siempre respetada por los ingleses de la clase de Dicky; sugiere astucia y la clase de trabajo duro y determinación que señala al trepador social. Y así la inteligencia de Dicky quedó como una amenaza siempre presente, pero como una promesa aún no cumplida. Me miró y esbozó una sonrisa agria.

—Pero ¿por qué cortar por lo sano y huir, Bernard? Tenías contigo a un hombre competente.

—Un muchacho inexperto.

—Intrépido —me corrigió. Aquello me sugirió que quizá el muchacho fuera uno de los protegidos de Dicky, algún amistoso graduado que habría conocido en una de las frecuentes alcohólicas visitas a su *alma mater*—. Ya lo habíamos utilizado en un par de trabajos anteriores; es verdaderamente intrépido.

—Un hombre verdaderamente intrépido es más de temer como camarada que como enemigo —observé.

Frank se echó a reír antes de que Dicky hubiera asimilado aquello. En la mano de Frank, junto con el informe que le había presentado de nuestra fracasada misión, vi también el informe que le había entregado el muchacho. Subrayada con rotulador amarillo divisé una frase referente a los disparos que yo había hecho con la pistola. Al margen había un largo comentario escrito a

lápiz. Aún no me habían dicho nada de la pistola que yo había obtenido de Andi. Eso todavía estaba por llegar.

—El coronel muerto... ese tal VERDI... nos pidió que quería verte a ti —dijo Dicky—. ¿Qué es eso de que alguien le debía a alguien un favor? ¿Qué favor te debía a ti ese desgraciado?

—Siempre dicen eso —le expliqué—. Es el procedimiento habitual cuando pretenden hacer un trato con el otro bando.

—¿Cuándo lo viste por última vez? —me preguntó Dicky.

—No sé nada de él. El que preguntase por mí no fue más que una treta.

—Intenta recordar —insistió Dicky con una voz que indicaba con toda claridad que no me creía—. Desde luego él te conoce.

—Más de temer como camarada que como enemigo —repitió Frank como para aprendérselo de memoria; luego soltó una risita—. Eso ha estado bien, Bernard. Bueno, si no te acuerdas de VERDI quizá sea mejor dejar así las cosas. Querrás volver a Londres a ver a tus hijos. He oído que tu mujer va a reunirse allí contigo.

—Así es.

Dicky me disparó una fugaz mirada. No le gustaba el modo como Frank me estaba desenganando del anzuelo, y durante un instante creí que iba a sacar a colación a Gloria, la mujer con la que yo había estado viviendo durante el tiempo en que estuve convencido de que mi esposa era una desertora que trabajaba para el Este.

—Entonces, ¿por qué hay un asiento reservado a nombre de Samson en el vuelo a Zúrich? —me preguntó Dicky.

Me puse en pie.

—Samson es un nombre bastante corriente, Dicky —respondí sin alterarme.

—Los agentes secretos son todos unos taimados. —Frank sonrió y agitó una mano lánguida en el aire—. El trabajo los hace así. ¿Cómo podría Bernard ser tan bueno en su trabajo si no se mostrara precavido constantemente?

—¿A quién conoces en Zúrich? —me preguntó Dicky como si el hecho de conocer a alguien en Zúrich fuera de por sí una situación siniestra.

—A mi cuñado. —Frank miró a Dicky como si se esperase alguna reacción ante aquello, pero éste se limitó a asentir con la cabeza—. Se mudó allí después de que asesinaran a su esposa. Tendré que acabar viéndolo... Hay asuntos familiares que tendrán que resolverse. Tessa asignó propiedades y una parte del fideicomiso a Fiona.

Frank sonrió. Por supuesto, él sabía por qué iba yo a Zúrich. Sabía que cotejaría con Werner Volkmann todo lo que el Departamento me había contado. Y Dicky también lo sabía. A ninguno de los dos le gustaba la idea de que hablase con Werner, pero Frank era bastante más sutil, capaz de disimular sus sentimientos.

Dicky había estado paseando por la habitación, y de pronto giró sobre sus talones y se fue diciendo que volvería al cabo de un momento.

—Dicky dio una pequeña fiesta anoche en un restaurante nuevo que encontró en Dahlem. Por lo visto sirven comida india, y sospecha que el *bhindi bhaji* le ha sentado mal —me contó confidencialmente Frank una vez que Dicky hubo salido—. ¿Sabes lo que es un *bhindi bhaji*?

—No, no estoy muy seguro, Frank.

Éste asintió con un gesto de aprobación, como si tal conocimiento nos hubiera separado.

—¿Te dijo Bret Rensselaer que fueras a ver a Werner en Zúrich?

Titubeé, pero el hecho de que Frank hubiera esperado a que Dicky saliera me animó a confiarme a él.

—No, Bret me dijo que me mantuviera alejado de Werner. Pero Werner consigue oír las cosas que se rumorean por ahí mucho antes de que nosotros llegemos a saberlas por nuestros conductos. Quizá me diga algo útil.

—Dicky ha invertido mucho tiempo y trabajo para conseguir que VERDI viniese a Londres y se pusiera a cantar de plano para nosotros. VERDI muerto significa que todo lo que Dicky había planeado se ha acabado con él. Andará buscando a alguien a quien echarle la culpa; asegúrate de que no seas tú.

—Yo no estaba allí —expliqué por enésima vez—. Ya estaba muerto cuando llegamos.

—El padre de VERDI fue un famoso veterano del Ejército Rojo; uno de los primeros en entrar en Berlín cuando cayó la ciudad.

—Eso me dice todo el mundo. —Miré a Frank—. ¿A quién le importa? Eso fue hace más de cuarenta años, y él no fue más que uno entre miles.

—No —dijo Frank—. El padre de VERDI era el comandante de la Bandera Roja número 5.

—Ahora sí que me has pescado —confesé.

—¡Vaya, vaya! El experto de Berlín admite una derrota —dijo Frank con aire presumido—. Permite que te cuente la historia. A mediados de abril de 1945, cuando avanzaba sobre Berlín, el 79º Cuerpo de Fusileros recibió órdenes del Consejo Militar del Tercer Ejército de Choque de que había que plantar una bandera roja en lo alto del Reichstag. Y Stalin había ordenado

personalmente que debía estar colocada el primer día de mayo. El treinta de abril, con el plazo a punto de expirar, nuestro hombre y un equipo de sargentos de infantería se abrieron camino a tiros hasta el interior del edificio del Reichstag: fueron de habitación en habitación, planta por planta, hasta que treparon al tejado y, con sólo cuatro hombres todavía con vida, completaron la tarea cuando sólo quedaban setenta minutos para el uno de mayo.

—No, si ya he visto la película —comenté.

—Haz chistes si quieres. Para los bebés de la guerra como tú, puede que eso no signifique nada, pero te garantizo que los comunistas de todas partes habrían quedado sumidos en la tristeza al enterarse de que el hijo de un hombre así, un símbolo muy importante de los logros estalinistas, se pasase a nuestro bando.

—¿Sí? ¿Lo bastante hundidos como para matarlo con tal de impedirselo?

—Eso es lo que queremos saber, ¿no es cierto?

—Yo lo averiguaré —le aseguré con poca seriedad.

—No te vayas corriendo a Suiza para preguntárselo a Werner —me dijo Frank—. Ya conoces a Dicky; seguro que habrá pedido a los de la oficina de Berna que asignen a alguien que vaya a esperar el avión y averigüen discretamente adónde vas. Trata con cuidado a Dicky, Bernard. No puedes permitirte crearte más enemigos.

—Gracias, Frank —le dije.

Y lo decía de corazón. Pero aquellas promesas dejaron a Frank insatisfecho, y me dirigió una mirada penetrante como si intentase ver el interior de mi mente. Mucho tiempo atrás, Frank había prometido a mi padre que cuidaría de mí, y se tomó aquella promesa en serio, igual que se tomaba en serio todo, y eso era lo que hacía que resultase tan difícil de complacer. Y como un padre, Frank era propenso a tomarse a mal que yo tuviera una mente propia y disfrutase de pensamientos íntimos que no compartía con él. Supongo que todos los padres tienen la idea de que cualquier cosa que no sea un acceso abierto y sin obstrucciones a los pensamientos y emociones de sus retoños es un equivalente al parricidio.

—En cuanto Dicky supo que VERDI había muerto aseguró que alguien debía de haber hablado —me dijo Frank.

—A Dicky le gusta pensar que la gente conspira contra él.

—¿No eres capaz de ver lo que resulta obvio? —me preguntó Frank con un inusitado despliegue de exasperación—. No han enviado aquí a Dicky en calidad de mensajero. Dicky es un hombre importante hoy en día. Cualquier

cosa que piense se convertirá inevitablemente en la opinión que prevalezca en Londres.

—Nadie habló en Londres ni en ninguna parte. Es absurdo. Acabarán por descubrir que están en un error.

—Oh, no, no lo harán. Los de Londres nunca descubren sus propios errores. Ni siquiera los admiten cuando los descubren otros. No, Bernard, ellos harán que sus teorías se conviertan en verdaderas, cueste lo que cueste en tiempo, problemas y engaños.

Hice una mueca.

—Y eso significa —continuó diciendo Frank— que a ti te pondrán ante el microscopio. A no ser, naturalmente, que tú consigas llevarte aparte a Dicky y convencerle de que está equivocado. —Hundió un dedo en la bolsa de hule donde guardaba el tabaco, como si le pareciera mal el tormento que le ofrecía—. El contrato de Werner fue rescindido, y comenzaron a acosarlo sólo porque, por lo visto, a alguien de arriba le resulta molesto. Por lo poco que he oído, Werner está muy resentido por todo ello. Pero no trabaja para nosotros. No permitas que te convenza de lo contrario.

—Ya sabes cómo somos nosotros, los agentes secretos —comenté.

—No estoy seguro de haberte convencido.

—Vuelve a decírmelo, Frank.

Éste tenía todavía en la mano la bolsa de hule. Le dio la vuelta.

—Admítelo. Alguien ha hablado, ¿no es así? No fue sólo una coincidencia que tú llegases a Magdeburgo y hubiera un cadáver caliente esperándote.

—¿Ha hablado de lo de VERDI?

—No seas tan estúpido. Pues claro. Le tendieron una trampa y lo mataron. Y si lo hubieran exprimido antes de matarlo, te habrían cogido a ti también.

—¿Eso es lo que piensa Dicky?

—¿Tienes otra teoría?

Tenía la bolsa de tabaco en la mano; la sostenía en alto como si estuviese admirando sus líneas, pero manteniéndola al alcance del olfato.

—Es una manera de considerarlo —reconocí de mala gana.

—Sí, lo es —dijo Frank mientras olía la bolsa de tabaco—. Alguien prefería que VERDI estuviera muerto antes que vivo y hablando con nosotros.

—Puede ser.

—¿Cuánto tiempo estuvisteis retenidos en aquel control de la milicia a las afueras de Magdeburgo?

—Una media hora.

—¿Dirías que cuando vosotros llegasteis VERDI llevaba muerto una media hora?

—¿Adónde quieres ir a parar? ¿Estás sugiriendo que el retraso fue un montaje para que VERDI pudiera llegar a la cita, y así interceptarlo y matarlo antes de que nosotros llegásemos?

—Todo encaja, ¿no? —dijo Frank.

—No. —Me miró y yo dudé—. Bueno, es posible. Pero no hay ninguna prueba que apoye esa teoría. A menos que tengas alguna prueba que añadir.

—O... considerar este asunto desde otro punto y fingir que no conocemos a los agentes involucrados... —La voz de Frank se apagó—. ¿Comprendes lo que quiero decir, Bernard?

—Sí, me doy perfecta cuenta. Quieres decir que si ese muchacho y yo nos inventamos lo de la retención en el control, podríamos haber llegado allí y haber matado a VERDI nosotros mismos.

—Utilizando para ello una pistola que salió de la nada —añadió Frank por si fuera poco—. La cosa podría ponerse fea si alguien quisiera echaros barro encima.

—Pregúntale al muchacho. Él es un hombre de Dicky, ¿no?

—Muy de Dicky —convino Frank en tono amistoso—. Y quiere complacer a Dicky; éste no hace más que decirle que con el tiempo habrá un lugar para él en Londres.

—Es un muchacho íntegro. No creo que mintiera. En una investigación diría la verdad y destrozaría por completo la teoría de Dicky.

—Me alegra que tengas tanta confianza en ello —dijo Frank—. Eso tranquiliza mis inquietudes. Pero, desde luego, no se le puede garantizar a nadie un puesto en Londres. Hoy día un joven como ése puede encontrarse destinado en cualquier lugar dejado de la mano de Dios, en Asia o en África. Algunos permanecen fuera de escena durante años.

Abrió la portezuela de la estufa y empujó delicadamente el papel con un atizador. Durante un momento pensé que iba a echar allí mi informe. Gestos tan teatrales no eran raros en Frank. Pero en lugar de eso trató de nuevo de encender el fuego utilizando pedazos de papel arrancados de un periódico. Se vio recompensado por una súbita llama y empujó hacia ella una astilla.

—Entendido, Frank —le dije.

Levantó la mirada y esbozó una fugaz sonrisa, quizá complacido con el éxito obtenido con el fuego.

—Por supuesto he mantenido este asunto bajo la más absoluta discreción. Sólo estamos enterados Dicky, tú, yo y, naturalmente, ese joven que fue

contigo, como quiera que se llame.

—Más las secretarías, los descifradores de códigos y los mensajeros... cualquiera de ellos podría haber sido el autor de la filtración —añadí, decidiendo tomar parte en aquel juego tonto, en un esfuerzo por demostrar hasta qué punto era absurda la teoría que sostenía de una conspiración—. Y además está VERDI. Él sabía que íbamos, ¿no?

—Claro que lo sabía. Y cualquiera sabe quién más llegó a enterarse. No tengo intención de empezar una caza de brujas, Bernard. Ese asesinato quizá no tuviera nada que ver con los deseos de VERDI de desertar. Un hombre así, que está profundamente al tanto de los secretos de la KGB y de la Stasi, seguro que tiene muchos enemigos. Por lo que nosotros sabemos, el motivo por el que deseaba pasarse a nuestro bando era que su vida estaba en peligro, un peligro que procedía de quienquiera que sea el que lo ha matado.

—Exactamente —dije. Me levanté dispuesto a marcharme.

—Sé que no puedo impedirte que vayas a ver a Werner —me dijo Frank —, pero será mejor que controles tu lengua cuando estés con él. Si Londres llega a enterarse de que has compartido con él secretos del Departamento, aunque sean de poca importancia, te acusarán de todo lo que puedan.

—Tendré cuidado, Frank. De verdad.

Cuando me dirigía hacia la puerta, Frank desató la bolsa y se llevó a la boca la pipa vacía mientras manoseaba el tabaco. Percibí el olor del mismo cuando cogió un puñado. Me quedé mirándolo, convencido de que iba a llenar la pipa, pero no lo hizo. Abrió la portezuela de la estufa y echó al fuego todo el contenido de la bolsa. El tabaco ardió, siseó y una serpiente de humo gris de olor penetrante retrocedió hacia la habitación.

—Esta vez estoy decidido —dijo Frank mirándome por encima del hombro con los ojos muy abiertos, semejantes a los de un ave.

Yo ya estaba del lado de fuera de la puerta, a punto de cerrarla, cuando Frank me llamó y volví a mirar hacia dentro.

—La pistola, Bernard. No te he preguntado todavía por la pistola. —Frunció los labios. En opinión de Frank, cualquiera que usase una pistola traicionaba al Departamento y a todo lo que representaba—. Les destrozaste a tiros los neumáticos, según dice el informe. Pero ¿de dónde salió la pistola?

—Pensaba que te lo había contado el muchacho —respondí con cautela.

—No, él estaba tan sorprendido como nosotros —dijo Frank mientras me miraba con gran interés.

—La encontré en el cadáver —dije.

—¿Completamente cargada? —me preguntó Frank con formalidad, como si estuviera a punto de anotarlo y pedirme que lo firmase.

—Así es, completamente cargada. Una Makarov de fabricación alemana; una Pistola M, para ser precisos. Me la guardé en el bolsillo y es la que utilicé cuando nos persiguieron en el coche.

—No recuerdo haber visto nada de eso en tu informe.

—Pensé que el muchacho ya se habría ocupado de esa clase de detalles.

—Vuélvelo a escribir todo —me sugirió Frank—. Incluye unos cuantos de esos detalles que faltan... la Pistola M, lo del vidrio que se dobla y esas cosas. Ya sabes cómo son los de Londres. Podrían pensar que la pistola te la proporcionó uno de tus amiguetes de Berlín Oriental. Y entonces no me dejarán en paz hasta que averigüe quién pudo haber sido.

—Tienes razón, Frank —reconocí mientras me preguntaba con cuánta rapidez podría cerrar la puerta y salir de allí sin ofender a Frank, y cuánto tardaría en volver Dicky con varios miles de preguntas más.

—Fíjate cómo huele el tabaco —observó Frank regodeándose con el humo que salía de la estufa—. Estoy empezando a pensar que es mejor que fumar.

4

—DÉJELO de mi cuenta, señor Samson —dijo el alegre teniente de artillería.

El ejército siempre está ahí cuando se le necesita. La lealtad de mi padre hacia el ejército perduró no importa cuánto tiempo trabajase en el Foreign Office después de cumplir el servicio militar. Y la devoción de Frank Harrington por el ejército era bien conocida. El ejército cuida de sí mismo y siempre está dispuesto a acoger bajo sus alas a aquellos que comprenden las obligaciones que esto acarrea. Ahora era un joven teniente del ejército quien, sin ningún papeleo, ni siquiera una llamada telefónica, me había metido en la cabina de uno de sus camiones que circulaban por la Autobahn. Los soldados volvían a su cuartel. Era un convoy cuyo destino era Holanda, y se dirigían al ferry que salía para Harwich, en Inglaterra. Pero yo iba de camino hacia Suiza.

—Nosotros llegamos cerca del lugar al que usted quiere ir, señor —me explicó el conductor sin más preámbulos—. Desde allí hará usted autostop hacia el sur. —Tenía un acento de Newcastle tan espeso que podía cortarse con un cuchillo, y como yo me había criado en Alemania me resultaba imposible comprender las hablas regionales británicas más pronunciadas—. A casa —añadió esforzándose por hacerse entender—. Todos nos vamos a casa.

—Sí —repuse.

En el rostro de aquellos soldados se veía reflejada la alegría.

—¿Y usted, señor?

—Sí, yo también me iré a casa pronto —repuse mecánicamente.

La verdad era que yo no tenía casa; no en el sentido en que aquellos hombres tenían su casa, su patria, en Gran Bretaña. Mis padres eran ingleses y me habían educado en Berlín; me habían enviado a un colegio del barrio, recordándome con frecuencia lo afortunado que era por tener dos idiomas y dos países, dos tierras en las cuales podía pasar por nativo, dos nacionalidades. Pero al hacerme mayor descubrí cuán trágicamente equivocados estaban. En realidad incluso mis más íntimos amigos alemanes

—chicos que habían sido los mejores compañeros de colegio— nunca me habían considerado más que un forastero. Mientras que los británicos — incluidos los que se sentaban detrás de las mesas de despacho en la Central de Londres— me consideraban también como un forastero que no resultaba de fiar. Yo no tenía ninguna de las credenciales esenciales para cualquiera que quisiera alistarse en sus filas. No llevaba la corbata de ningún colegio ni universidad, ni de ningún regimiento elegante. No cabalgaba formando parte de ninguna partida de caza, no ganduleaba en ningún club de la calle Jermyn, no tenía ningún sastre famoso que me persiguiera para que le pagase las facturas. Ni siquiera sabía el nombre de ningún *pub* de mala muerte donde poder jugar a los dardos con asiduidad y beberme una pinta de cerveza fiada.

—Le hará falta dinero —me advirtió el cabo—. Hoy día se espera que los autostopistas paguen una tarifa. Así son las cosas.

—Tengo suficiente.

—Debería haber comprado un par de botellas de alcohol libre de impuestos. Eso es lo que hacen la mayoría de los muchachos. ¿Me comprende?

—Claro —dije—. Ojalá se me hubiera ocurrido.

El ejército destinado en Alemania —exprimido cada vez con más fuerza por una prosperidad alemana que hundía la libra esterlina— había aprendido mucho en lo referente a ahorrar dinero. El conductor se lo sabía todo acerca de ir en autostop en uno de los camiones que fluyen desde Holanda, como un río interminable, en dirección al sur, atravesando Suiza para entregar la carga en los almacenes que tiene en Italia la Comunidad Europea.

—Buena suerte —me deseó el cabo—. Y persevere. No será fácil. Creerán que es usted soldado, y esos civiles desprecian a los soldados rasos hasta que hace falta que desactiven una bomba o hasta que les secuestran un avión. Insista; al final, alguien lo llevará.

Helaba aquella noche y el viento se colaba por el forro apolillado de mi vieja trenca. Durante un momento lamenté haber dejado mi equipaje personal —los útiles de afeitar, la ropa interior y un traje de repuesto— en el apartamento del muchacho, pero era necesario para darle esquinazo a la oficina de Berlín. La reserva de asiento que tenía en las líneas aéreas los mantendría contentos hasta la mañana siguiente; los de la oficina de Berlín eran unas almas encantadoramente cándidas.

La noche era glacial y oscura. El cielo, sin luna, sin estrellas e incansablemente negro.

—Hace buen tiempo —añadió el cabo—. Llegará en seguida a Italia. Vaya bien aseado. No le llevará nadie si le ven mugriento.

Supongo que hacía buen tiempo desde el punto de vista de un conductor. La carretera estaba seca, sin perspectivas de hielo ni de nieve, y había visibilidad hasta donde alcanzaba la luz de los faros delanteros.

El cabo me dejó en el que decía que era su cruce favorito: dos grandes carreteras principales que atraviesan Europa y que se encuentran y entrelazan en una extensión desolada de la Alemania rural. El complejo estaba iluminado como un estadio de fútbol, el feroz resplandor iluminaba una neblina blanca de polución de diésel que entraba y salía retorciéndose como madejas de seda de las bombas de gas y de los edificios. De lejos el complejo parecía un enorme y malévolos vehículo interplanetario que hubieran hecho aterrizar por la fuerza en el desierto y negro paisaje alemán. Pero al llegar a él se veía que no era más que un oasis de plástico, una tierra olvidada ocupada por amodorrados y alicaídos *Gastarbeiter*, emigrantes extranjeros. Nadie vivía allí, nadie dormía allí, ningún peatón estaría lo bastante loco como para ni siquiera intentar llegar hasta allí. Era simplemente una «parada», un lugar donde viajeros cansados y apretujados pagaban precios desorbitados por las necesidades básicas de la vida viajera —combustible, comida caliente, cigarrillos y aspirinas— antes de continuar viaje.

Después de comprar jabón, una maquinilla de afeitar desechable, un cepillo de dientes, ropa interior limpia y una camiseta en la silenciosa tienda, iluminada por tubos fluorescentes, adquirí una bolsa de plástico brillante con bandolera que estaba adornada, por razones que sólo conocen las tortuosas mentes de los expertos en mercado, con un rascacielos toscamente dibujado y las palabras *New York New York*. Me afeité y me lavé. Luego, siguiendo el consejo del cabo, entré en una cantina especial reservada para camioneros de largo recorrido. Era un lugar sin alegría, con largas mesas con mantel de plástico, para hombres con monos sucios que querían no perder de vista el aparcamiento para camiones profusamente iluminado, y asegurarse así de que sus cargamentos estaban a salvo.

Allí, en el mostrador del autoservicio, el Este se encontraba con el Oeste. Un enorme surtido de idénticos estofados condimentados y solidificados con harina se salvaba del anonimato solamente por las exóticas etiquetas que prometían curry de Madrás, goulash húngaro, estofado irlandés y chile mexicano. Como no tenía deseos de emprender un viaje hacia un mundo culinario desconocido, cogí un tazón de sopa de fideos y un sándwich de queso antes de trasladarme de mesa en mesa solicitando que me llevaran. Al

cabo de un rato tuve suerte. Después de recibir media docena de respuestas negativas, un holandés de pelo ondulado me hizo señas con un dedo desde la otra punta de la sala, indicándome con un gesto casi imperceptible que me acercase.

—¿Adónde se dirige, forastero?

El uso que hacía de la lengua coloquial americana era forzado y poco convincente. Se trataba de un hombre musculoso con la cara hinchada y la piel rubia enrojecida en las mejillas y en la nariz a causa del viento y de las inclemencias del tiempo. El pulcro bigote y las cejas, igual que el ondulado pelo, eran rubios, así que de lejos parecía un ángel regordete que hubiera bajado revoloteando desde el desván de alguna iglesia barroca. Debajo de la desgastada cazadora de cuero marrón llevaba lo que reconocí como una cara camisa de seda a rayas con los colores del arco iris. Delante de él, encima de la mesa y alineados como para pasar una inspección, había un manojito de llaves, una bolsa de cuero, una linterna y una carpeta de plástico rojo que contenía un montoncito de albaranes, registros y documentos de aduanas que necesitaba para llevar el camión y su cargamento por la Europa «sin fronteras».

—Al sur. A Suiza. A cualquier parte de Suiza —repuse.

—¿Y después pagará el viaje? —me preguntó en tono de burla.

—Le pagaré —ofrecí—, si no es demasiado.

—Guárdese la pasta en el bolsillo. Siéntese y descanse. Me llamo Wim. Transporte coches a Milán. Me viene bien la compañía; charlar me mantiene despierto.

Me senté frente a aquel hombre y me tomé la sopa y el sándwich mientras él se acababa un bistec.

—No se me permite recoger autostopistas —me comentó, al tiempo que echaba una mirada furtiva por encima del hombro—. Esta noche hay mucho bocazas por aquí. Será mejor que me espere a la salida del aparcamiento de camiones.

Partió en dos un panecillo, rebañó el plato con la corteza y luego se puso en pie para beberse lo que le quedaba de café. En la mano llevaba un grueso anillo de sello y un tatuaje que mañosamente incorporaba los dedos en un diseño continuo que hacía resaltar el reloj de pulsera de oro. Conducir camiones pesados de largo recorrido era un trabajo bien pagado. No era extraño ver a aquellos nómadas gastándose el sueldo semanal en lujos personales en lugar de equipar las casas que apenas veían.

De pie, se sacudió las migas de la pechera de la camisa y cogió la linterna después de guardar el resto de sus pertenencias en la bolsa de cuero.

—Vámonos —me dijo—. Montemos el espectáculo en la carretera.

Tenía el suave acento de estilo americano que a menudo adoptan los que se educan hablando holandés y alemán. Después yo habría de descubrir que toda su educación y experiencia procedían de las películas de Hollywood. De ellas era capaz de repetir sin esfuerzo, al pie de la letra, episodios y diálogos con la misma seguridad con que un predicador recita textos de la Biblia. Supuse que iba a utilizarme para obtener algunas clases de conversación de inglés, pero me parecía un trato justo.

—Usted váyase ahora. No tendrá problemas para encontrarme. Conduzco esa plataforma que lleva encima los Saab nuevecitos.

Jugueteaba con la linterna, y la encendió para asegurarse de que funcionaba. Lo hizo de modo automático, más como una costumbre neurótica que para probar las pilas.

Aquel inmenso transportador de coches se balanceó y gimió a medida que avanzaba cruzando el aparcamiento hacia el lugar donde yo me encontraba, a la salida. Se detuvo con un chirrido de frenos y yo subí, cerré la puerta de golpe y miré a mi alrededor. Aquél era el mundo de Wim, y venía completo, con aire acondicionado, cojines de seda bordados y *pin-ups*. Fue cambiando de marcha y giró el volante con un solo dedo, sonriéndome mientras avanzábamos a toda velocidad por la rampa y nos deslizábamos entre la corriente de tráfico que se dirigía al sur. No tenía que preocuparme porque él fuera a interrogarme o a pretender que le entretuviera con la historia de mi vida. El tal Wim no era así; su idea del entretenimiento era tener una audiencia para la historia de su vida.

Era la clase de cuento que se oye en los bares de casi todas las grandes ciudades del mundo moderno. Con dificultades para la lectura, confesaba que solía hacer novillos cuando iba al colegio y que era un poco ladrón, que era capaz de defenderse en inglés hablado y también en alemán y en italiano, según me contó. Con la misma desenfadada facilidad manejaba el enorme camión de transporte. Condenado a tres años de cárcel por robos de coches a gran escala y atacar, armado, a un policía, había cumplido siete meses de condena antes de que le pusieran en libertad debido a un tecnicismo, y le habían borrado los antecedentes policiales y carcelarios. Con treinta y un años de edad, tenía cinco hijos de dos madres diferentes. «Un pedazo de culo dispuesto y complaciente en Estocolmo y otro en Turín», era como el impenitente Wim describía su situación actual. Se había casado con ambas,

pero no entregaba dinero a ninguna de las dos familias porque pensaba que era deber del Estado correr con todos los gastos. «¿O acaso no pago mis impuestos?», me preguntó retóricamente.

—Ella es capaz de hacerte una súplica que te parte el corazón a fin de pedirme dinero para alimentar a los niños. Yo le dije: «Dales comida para perros, así por lo menos tendrán un buen pelo y unos buenos dientes». —Se echó a reír al recordar aquella ocurrencia—. No se case nunca —me aconsejó—. Una vez que uno se casa, ellas lo exigen todo; y nunca, haga uno lo que haga, dicen una palabra de gratitud. Las novias esperan muy poco o nada. Y se deshacen en amor y besos cuando les llevas una caja de bombones.

Yo lo escuchaba con la cabeza recostada en el asiento e intentando amodorrarme durante sus largos monólogos acerca de los fallos de la sociedad en cuidar de sus víctimas, entre las que se contaba él mismo. Su monótona voz resultaba soporífera, pero sus cáusticos chistes me producían sobresaltos que me despertaban de vez en cuando. A pesar de mis reservas acerca de casi todo lo que él decía, Wim tenía una personalidad atractiva; yo comprendía por qué tantas mujeres habían caído bajo su hechizo. Y sin embargo su diatriba me causó una creciente concienciación de cuánto había cambiado yo desde aquella noche fatídica en que salí de Alemania en dirección a California. No me había desmoronado como el médico me advirtió que podía ocurrirme, pero el forzoso tedio de la época que pasé allí, en el extremo más remoto del mundo occidental, y las despiadadas repeticiones de mis informes, habían amortiguado mi mente y habían hecho más lentas mis reacciones, como había observado que les ocurre a menudo a aquellos que sobreviven al psicoanálisis. Peor, yo estaba tomándome la vida día a día... tomándome las cosas como venían. Y siempre había despreciado a las personas que se toman las cosas como vienen.

Por supuesto, Frank Harrington se había percatado del cambio producido en mi persona. Lo leí en sus ojos en cuanto hubimos intercambiado los saludos. El cambio de actitud hacia mí que yo había percibido en Frank durante la incómoda entrevista que acababa de celebrar en Berlín tenía su origen en algo nuevo e inadecuado que Frank detectaba en mí.

Y los líos domésticos de Wim no dejaban de tener eco en mi conciencia.

—¿Y usted vive en Londres y se dirige al sur? —me preguntó utilizando ese instinto animal que informa a esa clase de semianalfabetos callejeros.

Quizá la expresión que yo tenía en la cara reflejaba en cierto modo la confusión que había en mi cabeza.

—¿Huye usted de su mujer y va al encuentro de otra? —quiso saber—. ¿O va huyendo de las dos, como yo?

Respondí con una suave risa irónica, pero en cierto modo Wim tenía razón. Quizá yo estuviera haciendo aquella excursión a Zúrich para obtener información vital de Werner. Quizá fuera allí para posponer el terrible momento en que llegara a Londres y tuviera que empezar a poner en orden mis asuntos personales. ¿Qué me quedaba de mi relación con las dos mujeres que amaba, con Fiona, mi esposa, y con Gloria, que había recompuesto con paciencia una vida para mí cuando me encontraba con el ánimo bajo? ¿Y qué quedaba de mis relaciones con mis dos hijos, que sin duda estaban tan confusos como cualquiera de nosotros?

—Pórtese como un verdadero hombre —me animó Wim al tiempo que flexionaba el brazo en un gesto obsceno de machismo—. El hombre es el que toma las decisiones; y las mujeres esperan a que él decida. Eso es lo que dicta la naturaleza. Así es la vida. —Me ofreció un trago de una botella de Old Jenever que llevaba en el interior de una caja de herramientas situada detrás de su cabeza. Lo rechacé y volvió a guardar la botella—. Beber y conducir son dos cosas que no se llevan bien —observó con ese aire presumido de satisfacción con el que todos usamos los clichés en una lengua que no es la nuestra.

Estaba empezando a llover. Gruesas gotas de lluvia golpeaban el cristal y luego resbalaban lentamente hacia abajo, aplastadas por el aire que les hacía formar dibujos ondulados. Wim puso en funcionamiento los enormes limpia-parabrisas, que empezaron a deslizarse por el cristal con un sediento sorber y un satisfecho chirrido procedente del motor. El tiempo había cambiado. Ya no hacía buen tiempo para conducir, para hacer autostop ni para ninguna otra cosa.

La calefacción estaba puesta al máximo en la cabina del camión. Me fui amodorrando y, con los ojos cerrados, cada vez me resultaba más difícil contestar los comentarios de Wim y las preguntas que me hacía de vez en cuando. Quizá él también estuviera sucumbiendo al calor, porque cuando le pregunté a qué hora le parecía que cruzaríamos la frontera suiza, repuso:

—Vuelva a dormirse, todavía falta mucho. —Metió una marcha más corta para afrontar la larga pendiente que teníamos delante—. A la primera oportunidad que se presente pararé y comprobaré el cargamento. Me parece que oigo un traqueteo. A veces se abren las puertas de los coches. Sólo me llevará un par de minutos.

Aminoró la velocidad cuando vio un lugar apropiado y llevó el camión hasta uno de esos amplios espacios para emergencias que proporcionan las autopistas. Apagó el motor. Estaba oscuro, la lluvia golpeaba contra la carretera y corría en torrentes desde los altos abetos, tamborileando ruidosamente contra el techo de la cabina como si se tratase de dedos impacientes.

—Quédese ahí, así no se moja —me recomendó al tiempo que metía los brazos en un corto impermeable de plástico provisto de capucha.

Abrió la puerta y saltó al suelo sin dejar de soltar tacos. Vi el haz de luz de la linterna y le oí dar una vuelta alrededor del largo vehículo, comprobando si los seis Saab sin estrenar estaban bien asegurados. Al cabo de un rato volvió a subir a la cabina por el lado del conductor, agitó la linterna, la apagó y dio un suspiro de satisfacción.

Noté la corriente de aire frío y algunas gotas de lluvia cuando se quitó el impermeable. Con los ojos medio cerrados, yo estaba arrellanado en el rincón, con la cabeza descansando en el respaldo del asiento, cuando Wim se inclinó sobre mí como para comprobar que la puerta de mi lado estuviera bien cerrada. Fue la tensión y el repentino movimiento de su brazo lo que me hizo mover la cabeza. Rodé hacia un lado y el golpe que hubiera debido dejarme inconsciente sólo me arrancó el lóbulo de la oreja. La pesada linterna de metal que Wim blandía descargó casi toda la fuerza en el reposacabezas tapizado, aterrizando allí con un golpe sordo.

—¡Cabrón! —gritó Wim, cuya rabia yo ya hacía mucho que me había figurado que podía estar dirigida contra cualquiera que se interpusiera entre él y sus deseos inmediatos.

Lancé golpes a diestro y siniestro para defenderme cuando se abalanzó de nuevo contra mí. Era diestro, y desde la posición que ocupaba en el asiento del conductor, en el lado izquierdo de la cabina, aquello era una desventaja. Descargué el puño derecho y le golpeé con tanta fuerza como pude. Luego lo golpeé de nuevo. Pero en aquel espacio reducido resultaba difícil moverse. El primer puñetazo sólo le dio en el hombro y el otro hizo poco más que despellejarme los nudillos con el pendiente que Wim llevaba. Los dos lanzábamos golpes enfurecidos mientras nos debatíamos en los confines de la cabina, aporreando, empujando y agarrándonos como luchadores de lucha libre. Dos veces traté de sujetarle los brazos, pero era un hombre fuerte y no pude sujetarle más que un momento antes de que él se soltase de nuevo. Trató de golpearme con la cabeza, pero yo lo vi venir, levanté el puño y le di de lleno en la cara, lo cual le hizo bufar y sacudir la cabeza.

Cuando se tambaleó hacia atrás a causa del puñetazo le vi la cara ensangrentada y los ojos brillantes y enloquecidos. Se volvió contra mí y me lanzó un golpe con todas sus fuerzas alzando la linterna desde su hombro izquierdo, de manera que me propinó un certero golpe. Hizo que la cabeza me zumbase y me dejó paralizado de la conmoción. Oí un lejano grito de dolor sin darme cuenta de que era yo quien lo producía. La ira se apoderó de mí. Lancé un puñetazo a aquella cara de tonto. Mi puño le acertó, pero Wim era un muchacho curtido en la calle y había alcanzado esa etapa de locura en las peleas en que los golpes no significaban nada para él. Wim ya había pasado antes por todo aquello; se le notaba en la confiada persistencia.

Alargué los brazos para agarrarlo por la garganta.

—¡Cabrón inglés! —me espetó.

Logró agarrarme de la chaqueta, cogiendo la tela con fuerza para poder darme el golpe decisivo con la linterna. Como estaba hecha de metal pesado, resultaba un arma contundente, pero dentro del espacio reducido de la cabina, y con el estorbo del volante, no pudo echar el brazo lo bastante atrás como para poner en ello la fuerza necesaria. Le asesté un golpe con el brazo levantado y luego le di un golpe seco en la garganta con el canto de la mano. Pero él ya había vuelto la cabeza lo suficiente como para que el músculo del cuello le protegiera la tráquea. Durante unos instantes ambos hicimos una pausa, vencidos por el esfuerzo. Wim respiraba pesada y ruidosamente, y tenía una mancha de sangre en la sien, y más sangre que le salía de la nariz. Tenía la boca entreabierta y un hilo de baba espumosa se le había formado en los labios. ¡Lo que no habría dado yo por la pistola Makarov de 9 mm que había tirado a la zanja en Alemania Oriental sólo veinticuatro horas antes!

El primer pródigo intercambio de golpes había terminado y yo había conseguido sobrevivir. Ahora Wim se mostraba más cauto, y estaba decidido a no cometer más errores de apreciación. Utilizó la linterna como empuje y arremetió para golpearme la cara. Conseguí desviarlo dos veces, y al darme la vuelta para esquivarlo busqué algo que usar como arma, pero no había nada a la vista. Cuando se lanzó contra mí por tercera vez, golpeé la linterna con ira y con temerario descuido, y le di con la fuerza suficiente para que se le cayera de la mano. Cayó ruidosamente al suelo y rodó debajo de mi asiento, un lugar en el que ninguno de los dos podía cogerla sin volverse completamente vulnerable. Wim se limpió la sangre de la boca con el revés de una mano y me dirigió una fugaz sonrisa.

Moví la espalda para alejarme de él y meterme en el rincón, donde me enrollé formando una bola. Mi postura —con las rodillas dobladas hasta la

barbilla y los brazos cruzados sobre el pecho— le indicaba a Wim que yo ya daba por perdida toda esperanza y resistencia. Quizá fuera eso lo que había ocurrido con sus anteriores víctimas, que se habrían retirado acobardadas suplicando clemencia. Pero Wim no era de los que se apiadan de nadie.

—Voy a matarte —me dijo a gritos.

Y a pesar de la ira que hervía en mi interior, me fue fácil imaginar el modo en que esa clase de amenaza habría acabado efectivamente con el último asomo de resistencia de cualquier asustada muchacha o de algún muchacho delgaducho, que sin duda eran la clase de víctimas que él buscaba.

Se acercó a mí con las manos extendidas y los dedos separados. Tenía intención de estrangularme. Si me estrangulaba no habría derramamiento de sangre. Y si se deshacía del cuerpo tirándolo entre la maleza y los helechos en aquel tramo solitario de la carretera, ¿quién iba nunca a imaginar dónde había desaparecido la víctima, o qué había ocurrido? Sólo Wim lo sabría, y él tendría en el bolsillo dinero en metálico y todas las cosas de valor que un autostopista pueda llevar encima.

—¡Socorro! —grité con voz estrangulada y con una nota de terror que era fácil simular.

Wim esbozó una amplia sonrisa. Era un sádico, y la perspectiva de una víctima aterrorizada y paralizada por el miedo era exactamente lo que le excitaba. Eché los codos hacia atrás y me afirmé contra el asiento. Mi lloriqueo bastó para relajar la tensión que le había causado a Wim su ensangrentado rostro. Yo necesitaba que se acercase más, y se acercó más. Me dijo en un susurro:

—Aquí no hay nadie para socorrerle, jefe.

No acabó la frase, porque al pronunciar la última palabra le disparé la patada más fuerte que había dado nunca, más fuerte incluso que las que daba cuando jugaba en el equipo de fútbol que mi padre había organizado para los niños alemanes y en el que me obligaba a jugar. La suela del grueso zapato alemán oriental que yo llevaba —con tacón de metal— dio de lleno en el sonriente rostro de Wim. El momento que elegí fue el adecuado, y también la distancia. Salió lanzado hacia atrás, la columna vertebral dio contra el volante y la cabeza chocó contra el cristal de la ventanilla con un ruido lo bastante fuerte como para que la cabina metálica tintinease con el sonido.

Entonces me eché sobre él. Busqué la linterna bajo mi asiento y, tomándome todo el tiempo que hizo falta, le golpeé en un lado de la cabeza. Supongo que durante unos instantes me volví loco. La liberación del miedo que había pasado me hizo perder el control. Al segundo golpe cerró los ojos al

tiempo que gritaba de dolor. No me detuve. Seguí golpeándole una y otra vez hasta que sus gritos se convirtieron en gemidos; luego se hizo el silencio y el cuerpo de Wim se derrumbó, quedando con las rodillas en el suelo de la cabina y el cuerpo inclinado de lado sobre el asiento mientras los brazos seguían atrapados en el volante, lo que hacía que pareciera un hombre postrado en oración.

Entonces me detuve y me recosté en el asiento para poner en orden mis pensamientos. ¿Qué me pasaba? Todo lo que había aprendido lo había olvidado en un momento de rabia. Lo último que necesitaba era verme involucrado en la investigación de un asesinato. Cogí el brazo del holandés; tenía el pulso débil, pero se le iba haciendo más firme. Probablemente acabaría por volver en sí; era difícil precisar cuánto tardaría. Tenía la cara ensangrentada, la mandíbula rota, había perdido varios dientes y tenía cortes profundos. Lo toqué con mucho cuidado, evitando mancharme de sangre la ropa.

Abrí la puerta del lado del conductor. Empujé lentamente con el pie el cuerpo inconsciente, hasta que perdió el equilibrio y cayó al suelo. Luego le registré los bolsillos para buscar las llaves. Las cogí y me cercioré de que todas las puertas de la cabina estuvieran firmemente cerradas y la alarma antirrobo conectada antes de lanzar el manojito de llaves entre la maleza lo más lejos que pude. No sería fácil encontrarlas a menos que los policías utilizaran un detector de metales.

Le registré los demás bolsillos. A la altura de la cadera llevaba un billetero. En él encontré un par de carnets de conducir, unos cuantos billetes en dinero holandés, alemán e italiano, una carta escrita a mano en holandés, cuatro fotografías de diferentes mujeres desnudas —sin duda conquistas recientes de Wim— y algunas tarjetas de crédito. Le quité todo aquello que pudiera revelar su identidad y lo enterré en el barro. El dinero me lo embolsé. Motivo: el robo. Luego le quité a Wim los tejanos, la cazadora de cuero y la camisa de seda, hice un fardo con todo ello y también lo escondí. Cuando volví vi que se removía, pero no recuperó el conocimiento. Lo arrastré hasta sacarlo del asfalto y lo dejé en un charco frío y lleno de fango.

Después de hacer todo lo que pude para retrasar el regreso de Wim al mundo real, me colgué del hombro la bolsa, salí a la carretera y empecé a hacer señales con la linterna a los coches y a los camiones que pasaban.

La lluvia me empapaba la piel, y los coches y los camiones, que ni siquiera reducían la velocidad al verme, me salpicaban de agua con barro al pasar. Empecé a creer que me quedaría allí plantado para siempre. El hecho

de pelearme con Wim y el haber escapado de la muerte por los pelos me habían causado una conmoción. La fría lluvia me golpeaba la cabeza y la decisión que mostraba unos momentos antes estaba disminuyendo hasta casi desaparecer. Me encontraba magullado y maltrecho; la cabeza todavía me zumbaba como resultado de los golpes de la linterna de metal. Pero todavía peor era el golpe mortal que se me había asestado en la confianza en mí mismo. ¿Cómo había podido dejarme coger desprevenido tan fácilmente por un cerebro de pájaro forrado de músculos como Wim? Sólo un año antes yo habría reconocido a primera vista a un bestia de aquella especie y lo habría dejado seco antes de que él pudiera levantar una mano contra mí.

Quizá por primera vez en mi vida vi a Bernard Samson como tantos otros lo habían visto siempre. No estoy hablando de ninguna clase de simbolismo: mi desesperación era práctica, no filosófica, como lo había sido siempre mi alegría. Pero me encontraba en aquella situación apurada únicamente porque me había salido de mi camino al desobedecer las órdenes de la Central de Londres en lo concerniente a contactar con Werner. Había golpeado a Wim con más ferocidad de la necesaria para escapar de él, y sin duda había dejado pruebas suficientes para que una enérgica investigación policial me siguiera el rastro hasta el momento en que emprendí viaje desde Berlín. Y peor aún era el hecho de que no tenía a nadie a quien recurrir en busca de ayuda. ¿Quién iba a estar dispuesto en Londres a arriesgar su carrera para encubrirme? Ni siquiera Frank iría tan lejos. Las dos mujeres que había en mi vida no tenían nada que agradecerme, y Werner parecía haberse tomado muchas molestias para hacer que contactar con él me resultara difícil. Me hallaba totalmente solo, metido en profundos problemas y sin amigos. Pero a pesar de todo tenía que llegar hasta Werner; él era la única persona que comprendería el apuro en que me encontraba. El hecho de que no se hallase en posición de ayudarme era una consideración secundaria.

Los codazos, los guiños, las indirectas y las calumnias que yo había oído durante las últimas semanas acerca de la súbita salida de Werner de la nómina del Departamento no me habían engañado. Si alguna de aquellas historias, que hablaban de que Werner había malversado dinero o lo había echado todo a perder de algún modo, fuera cierta, el Departamento habría dado la alarma en todo el mundo, lo habrían encontrado y le habrían hecho pagar sus delitos. Pero no habían hecho eso, lo habían dejado en Suiza para que se marchitase en la cepa. Y eso sugería una cosa por encima de todas las demás. Yo sólo sabía de un pecado con el que Londres contemporizase, transigiese y por el que estuviese dispuesto a negociar: la traición. Werner debía de haber dejado

escapar algo cuando estuvo allí en uno de sus últimos viajes de negocios. Era fácil hacerlo. No me gustaría nada que me llamasen para rendir cuentas por todas las veces en que había corrido el riesgo de provocar un escándalo. Pero de momento Werner no estaba en disposición de ayudarme en mi carrera, ni siquiera aunque se sintiera inclinado a hacerlo.

La lluvia me lavaba la cara, magullada y ensangrentada, y chapoteaba dentro de mis zapatos. La carretera estaba completamente silenciosa y el acre y apestoso olor de los humos de los motores diésel se hacía más débil a medida que la lluvia los alejaba. A aquella hora de la noche incluso los conductores de largo recorrido se sienten tentados a buscar un lugar a propósito en la carretera para cerrar los ojos una hora. No me quedaba otra alternativa que esperar, pero estaba pasando tanto tiempo que decidí retroceder hasta más allá del tramo de carretera que conducía al camión de Wim. Varias veces se me antojó que lo veía dando la vuelta a pie bajo los árboles, pero no eran más que sombras conjuradas por mi conturbada imaginación. De todos modos, como no quería correr el riesgo de que Wim me viera al lado de la carretera, caminé un trecho más, por el mismo camino por el que habíamos venido. Todavía iba caminando cuando un coche me iluminó con el haz de luz de los faros delanteros y redujo la velocidad para recogerme.

Era un Audi abollado que conducía un alemán de mediana edad; llevaba una gabardina empapada. Cuando bajó la ventanilla el humo de un cigarrillo me llegó formando ondas hasta la cara.

—¿Qué hace usted aquí a estas horas de la noche? —me preguntó en tono peleón.

—He tenido una avería —le dije—. ¿Podría llevarme hasta el próximo pueblo?

—Suba —me indicó.

Pero no subí. De pronto, en aquel preciso momento, la mente me hizo explosión, y los acontecimientos de la última hora asumieron una nueva y aterradora faceta. ¿Cómo había podido tomar a Wim por un psicópata que mataba a muchachos debiluchos y a chicas temerarias sólo para divertirse, o para apoderarse del escaso dinero en efectivo o de las pertenencias que llevaban? Había escapado por los pelos de un golpe dado por un profesional de la KGB. A Wim lo habían enviado para matarme. Todo encajaba. Me había estado esperando en el cruce preciso de la Autobahn a la hora precisa, y me había elegido en la cantina de conductores. Me había hecho señas para que me acercase, y cuando me hizo subir a bordo del camión se había detenido en

la rampa, en un lugar donde estaba seguro de que ningún testigo andaría por allí para ver que me recogía. Todo estaba cuidadosamente planeado: el ofrecimiento de un trago de la botella de ginebra y la calefacción encendida al máximo para que me amodorrara. Nada de armas de fuego: las balas dejarían agujeros y demasiada sangre.

Sentí un estremecimiento. Había escapado por los pelos. Si no hubiera tenido tan buena suerte, Wim habría acabado por enterrarme en una tumba poco profunda al lado de la carretera, donde un cadáver puede yacer sin que lo descubran durante años, quizá para siempre. Wim no era un maníaco homicida; era un asesino profesional.

El conductor del Audi miraba el abrigo gastado que yo llevaba puesto y la bolsa barata con el dibujo del rascacielos.

—¿Quiere que lo lleve yo o prefiere esperar a que pase un Rolls-Royce?

De pronto caí en la cuenta de que estaba plantado en medio de la intensa lluvia y miraba a aquel hombre con los ojos inexpresivos.

—Sí. Sí, gracias —le dije.

—Suba —me repitió.

Eché la bolsa dentro del coche y luego me subí a él.

—Ya pensaba que nadie pararía —le comenté.

El hombre no contestó. Tendría unos cuarenta años, un poco pasado de peso, y tenía el pelo alisado hacia atrás y un bigote pulcramente recortado.

—Usted no es alemán —me dijo en tono acusador.

—Sí lo soy.

Me temblaban las manos al acordarme de Wim y de los hombres que quizá lo habrían enviado. De no haber estado pensando en otra cosa, no habría afirmado que era alemán. Me habría resultado más fácil hacerme pasar por un soldado británico de permiso.

—Puede que sí. ¿Y de dónde ha sacado ese acento? —me preguntó mientras me examinaba la cara con atención. Demasiado confiado, yo había cometido un descuido. Aquel hombre había oído una nota falsa, y con una sola nota falsa bastaba. Entornó los ojos—: ¿No le conozco a usted de alguna parte?

—No, no me conoce. He estado en Canadá.

Si a Wim le habían encargado matarme después de recogerme con el camión, seguro que tendría algún apoyo, algún refuerzo. Si el lugar elegido para atacarme había sido concertado de antemano, ¿por qué no podía ser que este otro gorila viniera siguiéndonos por la misma carretera para asegurarse de que todo había salido de acuerdo con el plan? Y si no había salido todo

según lo planeado, si yo seguía vivo, el tipo de apoyo podía detenerse y ofrecerse para llevarme y así poder encargarse de mí.

—Tonterías —dijo el hombre—. Canadá. Tonterías. ¿Y qué demonios ha estado usted haciendo en Canadá? ¿Peleándose?

A pesar de la oscuridad podía verme la cara, las señales y magulladuras. Un ojo se me estaba hinchando tanto que me impedía la visión.

—Pero he vivido en Berlín la mayor parte de mi vida.

Ahora me esforzaba mucho en el acento. Sabía que él estaba poniendo atención en mi voz y examinando cada sílaba con la precisión de un osciloscopio.

—¿Cuál es la verdadera historia? ¿Por qué está usted temblando? No ha tenido una avería. No se veía ningún coche.

Tenía la voz ronca de un fumador empedernido.

—Es que ahí fuera hace un frío de cojones, por eso estoy temblando.

Para entonces yo ya había tenido tiempo de echar un vistazo al interior del coche: una maltrecha radio transmisor-receptor, ceniceros a rebosar de colillas y ceniza. ¡Aquel tipo era policía, un policía de paisano! Una mirada al coche y al aspecto descuidado de aquel tipo habrían debido bastar para identificarlo como un vehículo policial sin distintivos. Pero eso no excluía la posibilidad de que fuera el apoyo de Wim en el intento de matarme.

—No, no fue una avería —admití—. Un camionero... un camionero de largo recorrido me ha dejado tirado en la carretera.

—¿Porqué?

—Es una larga historia.

—Tengo tiempo de sobra.

Sin quitar los ojos de la carretera cogió un paquete de cigarrillos, se puso uno en la boca y apretó el mechero.

—Quería dinero —dije.

—¿Y usted no quiso dárselo?

Me echó otra mirada furtiva. Tenía los ojos rodeados de un cerco rojo; eran pequeños y brillantes, negros y recelosos. El encendedor saltó y el hombre encendió el cigarrillo.

—Ya le había dado doscientos marcos.

—¿Era maricón? —No era de la clase de hombres que emplean eufemismos al hablar—. ¿Se trata de eso? —Y se le ocurrió de pronto otra idea—: ¿Se prostituye usted?

—¿Quiere que le dé un puñetazo en la nariz?

—No, ya veo que no lo es. —Me miró y dejó escapar unas volutas de humo—. De no ser así no habría parado para recogerle. Puedo distinguir a un homosexual a cien metros. Odio a esos pervertidos, y le aseguro que no se cruzan en mi camino dos veces. ¿Dice usted que es berlinés?

—Al principio fui allí para evitar que me reclutasen —le dije—. Y luego me quedé.

Eso no me granjearía las simpatías de aquel tipo, pero yo nunca conseguiría salir airoso si me hacía preguntas acerca del servicio militar obligatorio en el Bundeswehr.

—Prófugo.

Golpeó con un puño la salida de la calefacción.

—Supongo que eso es lo que soy —concedí, aturrullado por el modo como aporreaba el coche—. Hace mucho tiempo de eso. A veces me arrepiento de no haber ido al ejército. ¿Estuvo usted en el ejército? —le pregunté para dar la vuelta al interrogatorio.

No contestó. Como un horno ardiendo en el bosque, un segmento de sol rojo oscuro dibujaba una línea a lo largo del perfil de aquel hombre. Sacó un pañuelo del bolsillo y limpió el vaho del interior del cristal del parabrisas.

—Algo le ha pasado al clima —dijo como si intentase empezar una discusión—. Normalmente, en esta época del año tenemos un metro de nieve por estos parajes.

—Son las pruebas de las bombas lo que lo produce.

—Muy gracioso. Así que usted es de esos fanáticos que están a favor de prohibir las bombas, ¿no es así?

—No, a mí me gustan las bombas.

—Hum... ¿Por qué no echa un sueñecito?

—No estoy cansado —respondí.

Dio una chupada al cigarrillo, exhaló el humo, tosió, se golpeó el pecho y luego se quedó mirando la colilla como si tratase de leer la marca.

—¿Lleva usted encima algo... algo que haga más corto un largo viaje? Algo que fumar, ¿sabe a qué me refiero?

—Sí, sé a qué se refiere —le dije—. Pero yo no uso drogas, *crack*, ni *smack* ni ninguna de esas mierdas. Ni llevo encima una pistola ametralladora ni medio kilo de Semtex. Usted y yo nunca nos hemos visto antes. Y no vendo el culo. No soy nada más que un obrero hijo de perra que intenta que lo lleven al sur en coche. ¡Así que déjeme en paz! ¿Vale?

Durante largo rato viajamos en silencio. El sol se volvió anaranjado y luego amarillento; parecía que incendiase todo el paisaje boscoso. Ese efecto

se vio aumentado por el hecho de que mi compañero, fumando sin parar, había llenado el interior del coche con una asfixiante neblina de acre humo azul.

—Soy policía —dijo de pronto y sin preámbulos—. Inspector de policía.

—¿De veras?

—Hay una estación de autobuses de largo recorrido cerca del lugar al que me dirijo. Le dejaré allí. —Lo dijo como si, de mala gana, estuviera renunciando a la alternativa de llevarme a la comisaría y matarme de una paliza—. A partir de ahí seguirá usted solo. Pero permítame decirle algo: si uno de mis muchachos le agarra por holgazanear, por importunar o por molestar a los automovilistas para que le lleven gratis lo llevarán a la comisaría, y yo haré que se arrepienta de haber pasado por aquí.

—Vale —gruñí.

—¡Hable más alto! ¿Es eso una forma de dar las gracias o ha sido sólo un eructo de borracho? Voy a desviarme un kilómetro de mi camino para llevarle a esa maldita estación de autobuses. ¿No le parece que soy un detective?

—Sí —respondí—. Parece demasiado blando de corazón para ser inspector de policía.

5

HUBO una época en que Zúrich era como el patio trasero de mi casa. Recoger bolsas de soberanos de oro de la oficina del cajero en Hannover y transportarlas a un banco privado en Zúrich bajo tapadera diplomática fue uno de los trabajos oficiales que mi padre me permitió hacer. Werner y yo entrábamos paseando en aquel magnífico banco de la Bahnhofstrasse y dejábamos caer de golpe el oro encima del mostrador del cajero para depositarlo en la cuenta de madame Xavier. Si les resultaba extraño que dos jóvenes desaliñados estuvieran contribuyendo con tanta generosidad a los recursos de madame Xavier, el personal del banco era demasiado suizo como para permitir que se les notase lo que sentían. No me corresponde a mí señalar que en Zúrich había oro en abundancia: a los banqueros nunca les basta. En aquellos tiempos, a mí me encantaba Zúrich. Era una isla de paz y prosperidad en medio de una Europa empobrecida y exhausta por seis años de guerra.

Un lugar lleno de vida con brillantes letreros de neón, donde los pasteles de crema contenían crema, las muchachas se reían sin que hubiera que pagarles por ello y los peligros a los que se enfrentaban los hombres estaban principalmente en el mercado de la bolsa.

Yo tenía veintiún años y era parroquiano asiduo y cándido del famoso Café Odéon, donde Lenin y Trotski se habían sentado a hacer planes para destronar al zar, donde Mussolini se había sentado a incubar su «marcha sobre Roma», donde James Joyce se había sentado a escribir *Ulises* y donde en aquella época yo podía sentarme a ver *strip-tease*, un espectáculo prohibido en la mayoría de los cantones de Suiza en aquella época. Fue maravilloso mientras duró, pero inevitablemente los hombres de Londres encontraron un método de pagar a sus agentes secretos más conveniente, más práctico y presumiblemente más clandestino, de manera que nuestras juergas con los gastos pagados en Zúrich se acabaron.

Desde aquellos lejanos días, Zúrich y yo habíamos cambiado irreversiblemente. Para ambos, la dignidad, el refinamiento, la reticencia y la

gracia pausada se habían perdido en favor de una indigna pelea por una vida de plástico. El monte Cervino se ha escalado diez mil veces, y Zúrich se ha convertido en un lugar de paso donde hacen noche las excursiones baratas de turismo en grupo que van de camino hacia otro sitio. En esta ocasión llegué a primera hora de la tarde y el Hauptbahnhof de Zúrich estaba tan bullicioso como un mercado oriental. Me abrí paso entre grupos de personas que llevaban mochilas y anoraks gastados y pasé junto a grupos de escolares eufóricos y de bronceados esquiadores de glaciares ataviados con futuristas atuendos de brillante colorido. A la salida saqué un billete de la máquina expendedora y salté a bordo del tranvía número 11 justo cuando las puertas estaban a punto de cerrarse. Traqueteando con estruendo, recorrimos la Bahnhofstrasse y pasamos frente a bancos, tiendas de moda, grandes almacenes y más bancos. Allí estaba la famosa tienda de juguetes de Carl Weber, donde mi hijo Billy se cayó del caballo mecánico. A Billy siempre le suceden esas cosas. ¿Por qué será? ¿Será por algo que ha heredado de mí?

Vistosa lencería de seda y sobrios trajes de chaqueta de Chanel, bolsos de Hermes y zapatos de cocodrilo de suela delgada... todos los grandes nombres pasaban en medio del traqueteo. Al final de la calle el tranvía tuerce hacia donde los hoteles de lujo se extienden a lo largo del río Limmat, que se abre de repente para convertirse en el frío y gris Zurichsee, y cruzamos el puente del Quai hasta Bellevue, un Zúrich diferente donde los atuendos van menos a la moda, los zapatos son robustos, uno se come un *würstli* envuelto en papel de pie en la calle y soporta ese cruel y constante viento que sopla por encima del agua helada.

El tranvía subió por la colina desde Bellevueplatz, escalando suavemente hasta los suburbios, en Balgrist, donde pequeñas tiendas de antigüedades venden polvorientas porcelanas modernas a precios de museo. El sol estaba ya bajo cuando me apeé del tranvía y crucé la calle, poniendo cuidado en evitar los potentes Mercedes que, conducidos por médicos adinerados, hormigean entrando y saliendo de las cercanas y caras clínicas, las *Klinike*. Allí es posible obtener de todo, desde «baños de lodo radiados» hasta corazones de segunda mano, y los enfermos más ricos del mundo llevan allí sus esperanzas desde lugares lejanos, como peregrinos camino de un santuario.

Aquél era el lugar que yo buscaba. Los hombres como Werner Volkmann no se fían de los apartados de correos ni de direcciones adonde enviarles las cartas. En cambio confían en una red de amistades a las que revelan el sagrado conocimiento de su paradero. Café Ziegler. Era un local pequeño y

oscuro que olía a café torrefacto, a humo de tabaco y a queso caliente. Había aproximadamente una docena de mesas pequeñas con manteles rojos, y en el alféizar de la ventana unas macetas con flores luchaban por ganarse un rayo de luz tenue y desvaído. La única luz potente se encontraba colgada encima de una mesa, al fondo de la habitación, en la que cuatro hombres de edad avanzada estaban sentados bajo una pizarra en la que se había garabateado el menú del almuerzo. Jugaban a las cartas, bebían cerveza y fumaban de manera que el cono de luz amarilla estaba poblado de volutas de humo de tabaco. Yo nunca he dominado el juego del *tarok*, pero lleva consigo muchos gritos y risas y siempre va acompañado del estallido que producen las cartas cuando las golpean de canto sobre la mesa. Los hombres hablaban en Schweizerdeutsch, no en la variedad común que se habla en los restaurantes y en los bancos del centro de la ciudad, sino en una variedad tan rápida como un trabalenguas y que quedaba más allá de mi comprensión. Ante mi intrusión, los hombres levantaron la vista, y las voces y las risas se acabaron de repente.

—Está cerrado —me indicó el hombre de más edad de los cuatro—. Volvemos a abrir a las seis y media.

Lo reconocí. Benjamín había nacido y se había criado en Zúrich, como ponía en evidencia su marcado acento. Nos habíamos visto en un par de ocasiones; eso había sucedido hacía más de una década, cuando aquel hombre, al que llamábamos Benny, había hecho de intermediario en una transacción que proporcionó cien rifles hechos por encargo para una asociación de acaudalados cazadores canadienses. Sólo más tarde se supo que los «rifles» eran en realidad metralletas, y que explosivos, detonadores y fusibles de radio formaban parte del trato. Se recibió un soplo de alguien, se llevó a cabo una redada, que no dio resultado alguno, en una casa situada junto a un lago y se publicó en el periódico local un artículo criticando la ineptitud oficial. Los canadienses, que después resultaron ser una compañía fantasma con sede en las Bahamas perteneciente a unos traficantes de droga colombianos, se evaporaron, lo mismo que los «rifles» y el dinero, y Benjamín se retiró discretamente y se convirtió en propietario de aquel pequeño café.

—Estoy buscando a un amigo —le dije—. A Werner. Vengo de Berlín y necesito hablar con él.

—No conozco a nadie que se llame Werner —repuso Benjamín con voz aburrida.

No levantó la vista y echó una carta como si la partida de *tarok* fuera lo único que le importase.

—Me llamo Bernd —le indiqué.

En circunstancias como aquélla, los apellidos nunca se dicen ni se preguntan. Me acerqué un poco más a la luz para que pudiera verme y mirarme a la cara. El hombre cerró el abanico de cartas y se quedó mirándome fijamente, pero no dio muestras de reconocerme. La identificación era elemento esencial en el procedimiento. Preguntar por teléfono no habría conducido a ninguna parte. Hombres como aquéllos sólo exponen a sus amigos a otros amigos conocidos e identificados.

—¿Bernard, de Berlín? —me preguntó.

—Eso es —concedí.

Los otros tres hombres miraban las cartas como si no nos estuvieran oyendo.

—Muy bien, Bernard-aus-Berlin. Preguntaré a algunas personas que conozco. Vuelve mañana más o menos a esta misma hora.

—Gracias —le dije.

—¿Dónde te hospedas?

—He reservado una habitación en el Savoy.

—¡El Savoy! —Levantó una ceja sin mirarme—. ¡Eso tiene clase, Bernard-aus-Berlin! —Al no responder yo nada, añadió—: Dudo que pueda ayudarte. Pero preguntaré por el barrio.

Cuando salí a la calle era casi de noche. Las *Klinike* de piedra gris estaban perforadas por rectángulos azules de luz semejantes a cien pantallas de televisión, donde médicos, enfermeras y pacientes representaban sus sangrientos dramas. Llegó el tranvía número 11. En el interior, potentemente iluminado, había un puñado de pasajeros que iban absurdamente apretados, como invitados ebrios en un cóctel. Junto con otra docena de personas me abrí paso con los hombros para subir. Las puertas se cerraron y bajamos traqueteando por la colina. Estaba deseando llegar al hotel para darme el lujo de regodearme en un baño caliente y curarme las magulladuras, pero me sorprendí preguntándome cuántas veces tendría que volver a subir al Café Ziegler antes de que Werner decidiera salir de la madriguera.

Me bajé en Paradeplatz, un cruce de tranvías que quedaba a sólo unos pasos del Savoy. Cuando estaba cruzando la calle a sólo unos metros del hotel, alguien me llamó.

—¡Bernard!

Era una voz de mujer. Me di la vuelta.

—¡Zena!

De todas las personas con las que podía haberme encontrado mientras buscaba a Werner Volkmann, la irrefrenable Zena, su primera esposa, era la última persona que me habría pasado por la cabeza. No la había visto desde que se habían separado. No había cambiado mucho: un cutis pálido con ojos intensos, resaltados por el uso discreto de máscara para pestañas, un poco de sombra justo en los lugares precisos y los labios cuidadosamente maquillados. La naricilla puntiaguda seguía siendo la misma; a veces me sorprendía a mí mismo mirándola y preguntándome qué clase de arreglos podrían hacerse en aquella nariz y cómo la cambiaría. Zena llevaba puesto un abrigo largo de piel de zorro plateado, pero incluso vestida de arpillera, y con o sin arreglo de nariz, Zena habría sido una mujer de aspecto impresionante.

—¡Qué casualidad! Pero ¿qué te has hecho en la cara?

Me estaba mirando los cortes y las magulladuras con la clase de interrogante desapasionado con que lo miran a uno cuando compra tiritas en una farmacia.

—Me he caído dentro de un xilófono —respondí.

—Creo que he oído las campanillas —dijo Zena.

Y esbozó una risa disimulada que le arrugó la nariz y que en otras circunstancias habría resultado cautivadora. Nunca nos habíamos caído bien mutuamente. Ya era demasiado tarde para pensar de otro modo, pero hacía mucho tiempo que habíamos acordado un armisticio que nos resultaba conveniente a ambos; inclinaciones de cabeza, apretones de mano y miradas a los ojos con el comedimiento cortés que los coreanos perfeccionaron en Panmunjom.

—Ven a tomar un café. —De pronto adelantó una extremidad zorruna y aquella elegante mano, enfundada en guante de napa, tiró de mí. Todo lo depredador que había en Zena se ejemplificó en aquel gesto—. ¿Acabas de llegar de Berlín?

—No —dije.

—¿Cómo le va últimamente a Frank Harrington?

Zena ignoró olímpicamente mi negativa y me preguntó por el enérgico mujeriego que no hacía tanto tiempo había sucumbido dolorosamente víctima de sus encantos.

—Tienes buen aspecto —observé.

—Será mejor que vengas y hablemos, Bernard.

La miré. No tenía que decir nada más. Comprendí por el tono de su voz y la expresión de sus ojos que Benjamín ya había hablado con ella. No había perdido tiempo en llevar a la acción lo que él le hubiera dicho. Yo había mencionado el Savoy y, mientras esperaba el tranvía y traqueteaba por los raíles, ella había ido en coche hasta allí para salirme al encuentro.

—Como tú digas, Zena.

—Hay un café maravilloso ahí enfrente —dijo—. Y conozco tu debilidad por la *pâtisserie*, Bernard.

Una vez sentados en el café, uno frente a otro y entre ambos las tazas de café y una selección de milhojas cargados de crema y *éclairs*, la observé con más detenimiento. Zena había dejado que el abrigo de pieles le resbalase de los hombros y cayera sobre la silla de tal manera que la etiqueta quedaba a la vista. Debajo llevaba una blusa camisera a rayas con un broche de oro y jade y un collar a juego. En cualquier otra ciudad hubiera podido parecer ligeramente por encima del límite, pero no en el centro de Zúrich. No había cambiado mucho desde que yo la viera dos años antes en la capital de México. Las Zenas de este mundo conocen cuáles son sus prioridades, y la prioridad número uno de Zena era ella misma. Tenía veintiséis años, y cuando representaba su papel de niña inocente con los ojos muy abiertos podía pasar perfectamente por alguien unos cuantos años más joven. Un régimen estricto de tratamientos faciales, ejercicios, tratamientos capilares y toda una serie de brujerías parecían haber dado buenos resultados. Yo admiraba el control del que Zena hacía gala. Ojalá yo pudiera mutilar mis pasteles de crema sin comérmelos, tal como hacía Zena; así, también yo estaría en mejor forma.

—Volvemos a estar juntos —comentó con aire de triunfo. Sabía lo que yo opinaba acerca de lo mal que ella había tratado a Werner, y eso formaba parte de su triunfo—. Mi pobre cariñito simplemente no puede pasarse sin mí. — Me miró y entornó los ojos, como si estuviera a punto de sonreír, pero la sonrisa no llegó a aparecer—. Por lo menos eso es lo que me dice.

—¿Dónde está? —le pregunté.

—¿Te das cuenta de que yo estaba en nómina? —Eché una rápida ojeada por encima del hombro—. ¿Que la Central de Londres me tenía en nómina?

¡La Central de Londres tenía a Zena en nómina! Yo no tenía ni idea. Me dieron ganas de saltar por encima de la barandilla de bronce, meterme en el escaparate y revolearme en los merengues. Pero hice todo lo que pude por disimular mi sorpresa.

—Sí, algo había oído.

—Me ocupaba de controlar a Werner. Ellos nunca confiaron en él plenamente. Seguro que sabes que en Londres nunca confiaron en él, ¿verdad?

Por lo menos en eso estaba en lo cierto. Eso era lo que me fastidiaba de la situación. La Central de Londres nunca había confiado plenamente en Werner. Muy bien. Pero ¿cómo había podido alguien de la Central tener confianza en Zena? Ella había demostrado de forma evidente su instinto de conservación y su filosofía de que «el diablo se lleve al último». ¿Quién en el Departamento había podido considerarla una empleada apropiada?

—¿Está Werner en Zúrich? —le pregunté—. Tengo que hablar con él. Es oficial.

—¿Oficial? —Se echó a reír y bebió un poco de café. Tomaba el café muy fuerte: negro como la melaza y casi igual de espeso—. Siempre con tus chistecitos ingleses, Bernard. A Werner lo han despedido. Le han dado la patada del modo más vengativo que esos cabrones podían hacerlo. No finjas que no lo sabías.

—Tengo que verlo, Zena. Es muy importante para los dos.

—¿Para los dos? ¿Para ti y para mí, quieres decir? ¿O para ti y para Werner?

Era esa clase de juego del gato y el ratón que tanto le gustaba a Zena y con el que tanto disfrutaba. Ella sabía cómo mantener a Werner oculto. Si estaba decidida a que yo no lo viera, Werner preferiría quedarse alejado de mí con tal de no disgustarla. De las rabietas de Zena hablaban en voz baja todos los que habían tenido que sufrir una de ellas.

—Para todos nosotros —repose con voz serena—. Han matado a un agente. Quiero cambiar impresiones con Werner antes de ir a Londres a hablarles de ello. Podríamos ahorrarnos un montón de problemas si todos estamos de acuerdo en lo que vamos a decir.

Procuré mantener cierta vaguedad en todo lo que le decía, pues no estaba seguro de si Zena continuaba trabajando para Londres.

—Se trata de VERDI, ¿verdad? —afirmó con calma—. Bueno, eso acabó para siempre.

Dios mío, aquella mujer lo sabía todo. ¿Quién más lo sabría? No era de extrañar que cuando llegamos a Magdeburgo nos encontrásemos un cadáver.

—Es mejor que hable con Werner —insistí.

Zena se tomó tiempo antes de contestar. Terminó el café, consultó el Cartier con brillantes incrustados y se miró en un diminuto espejo que sacó del bolso de piel de cocodrilo.

—Iré a buscarlo —me dijo mientras cerraba con un chasquido el espejo y lo guardaba—. Tú espera aquí.

—Gracias, Zena —le dije.

—Y límpiate esa gota de crema de la barbilla —me indicó.

Siempre haciendo de niñera.

—¿Fue Frank Harrington quien te puso en nómina? —le pregunté.

—Es un hombre encantador —repuso.

—¿Y tú archivaste informes falsos e hiciste que a Werner lo echasen de Berlín de un puntapié?

—Claro que no —me aseguró; al cabo de unos instantes me sonrió.

—¿Para poder quedarte aquí con él?

Zena apartó la mirada de mí.

—Si se te ocurre contarle algo así a Werner, le diré que no te vuelva a hablar nunca más. —Me quedé esperando para ver si ella negaba las acusaciones, pero no lo hizo—. Y Werner hace todo lo que le digo —añadió, como si yo no lo supiera.

—¿Cuánto tardará Werner en venir, Zena?

—Está esperando en mi coche. Y no quiero que coma pasteles. Me enfadaré si lo hace. Díselo.

—Se lo diré, Zena, no te preocupes. ¿Te parece bien que le eche azúcar al café?

—Siempre tienes que decir la última palabra, ¿verdad, Bernard? Nunca aprenderás a cerrar la boca.

Que Werner Volkmann permitiese que Zena lo manipulase de aquella manera tan absoluta no significaba que él fuera en modo alguno un apocado o un pobre hombre. Las personas que cometían el error de creerlo así se enteraban de la verdad pagando las consecuencias. Aparte de su relación con Zena, Werner era un hombre que no pertenecía a nadie más que a sí mismo. Era testarudo y metódico. Intentar convencerle de que hiciera algo contra su voluntad era siempre un esfuerzo vano, aunque Zena fuera capaz de hacer con él lo que quisiese con sólo mover un dedo. Pero cuando lo vi llegar vestido con un traje formal de color azul oscuro, corbata de lunares y un suave abrigo negro de cachemir con un cuello de pieles negras, hubiera jurado que Zena había elegido todo lo que él llevaba puesto. Quizá el bastón de empuñadura de plata no hubiera sido idea de ella; aquella clase de elaboración olía a Werner.

—Podrías haberme mandado unos renglones, Werner —le dije después de que él hubiera colgado el magnífico abrigo y hubiese tomado asiento.

Le trajeron café reciente; yo estaba dándole un bocado al segundo *éclair* de crema.

Werner sacó una hojita de agenda de su cartera de piel y escribió un número de teléfono en ella con un lápiz de plata antes de pasármela.

—Necesitaba tiempo para pensar —me explicó en tono defensivo—. ¿Tú nunca necesitas tiempo para pensar?

—No, yo no, Werner —respondí—. Si empiezo a pensarlo todo, todo lo que hago y lo que digo, y las órdenes estúpidas que a veces me veo obligado a obedecer, me empezaría a salir por las orejas vapor a presión y no sabría cómo detenerlo.

—¿Eso es lo que sucedió la última vez?

—¿La última vez que me puse a pensar? Sí, eso es.

—Lo siento, Bernie. Tienes razón, debería haberte escrito, pero quería mantenerme alejado de todo el mundo, no sólo de ti.

Seguía siendo el viejo Werner de ojos somnolientos, poblado cabello negro, cejas desordenadas y fuerte acento de Berlín. Hijo de un dentista, Werner había nacido en la época en que los nazis mandaban inexorablemente a los judíos a los campos de exterminio. Werner era «su nombre para el exterior». Yo nací el mismo año que Werner; fuimos al colegio juntos y crecimos juntos. Werner era lo más parecido a un hermano que yo tendría nunca, y él medía todo lo que yo hacía o decía con esa imparcialidad endiosada y superior con que los hermanos se juzgan unos a otros.

—Entré allí para recoger a VERDI —le expliqué.

—Ya lo he oído decir.

—Lo liquidaron antes de que pudiera hablar.

—¿Cómo se lo ha tomado Dicky?

—¿Dicky Cruyer?

—VERDI es su protegido, ¿no es así?

—No especialmente.

—¿No especialmente? ¿Cuánto tiempo has estado ausente, Bernie? ¿No sabes que Verdi es un hombre importante últimamente?

—Querrás decir que era un hombre importante.

—¿Ah, sí? Vale... pues era un hombre importante. —Sacó un pañuelo y se limpió la nariz. Durante un momento pensé que se disponía a obsequiarme con todo aquel galimatías acerca del grupo de la Bandera Roja número 5 escalando el Reichstag, pero se apiadó de mí, pasó por alto ese episodio y me

proporcionó lo que sonaba más como la verdadera causa del disgusto de Dicky—. VERDI fue a trabajar a Moscú hace algún tiempo. Cuando regresó a Berlín lo pusieron a cargo de la seguridad de comunicaciones... de la protección de las comunicaciones de la KGB. No sólo de la de la Stasi. ¿Me escuchas?

—Te escucho, Werner.

—Un trabajo así pone a un hombre en contacto con los códigos, con las máquinas criptográficas y con toda una serie de artilugios importantes.

—Bien, en realidad nunca fue muy útil que estuviera en situaciones peligrosas —dije al recordar a VERDI y un par de notables chapuzas de las cuales yo me había aprovechado cuando él estaba en activo.

—Sí, bien, pero no dejes que se te suba a la cabeza, Bernie. El trabajo de Verdi como jefe supremo de todas las comunicaciones lo hizo cien veces más importante de lo que tú o yo podremos llegar a ser nunca.

—¿Y reclutarlo fue idea de Dicky? —le pregunté reflexionando en voz alta mientras me acordaba del enredado nudo en que se había convertido la cara de Dicky durante la reunión que mantuvimos en el despacho de Frank.

—No, yo creo que el ofrecimiento surgió en principio del propio VERDI, pero ya sabes cómo son esas cosas. Es muy difícil saber cómo empiezan. En Londres lo tenían todo decidido. Corren rumores de que incluso habían vendido una participación a Washington.

—Hoy en día todo tiene que llevarse como si fuera un negocio, Werner — comenté con sarcasmo—. Incluso la Central de Londres.

Werner esbozó una sonrisita con los labios apretados. Le gustaba encender la mecha y mirar cómo yo estallaba.

—¿Qué te ha pasado en la cara?

—Me peleé con un hombre de la KGB cuando venía de camino hacia aquí. El hijo de perra casi me mata.

—¿Qué utilizaba ese matón? ¿El bolso de mano o los zapatos de tacón alto?

—Muy gracioso, Werner. Me recogió en un camión y esperó a que yo estuviera medio dormido.

Werner señaló con el tenedor una lasca de almendra.

—¿La quieres? —me preguntó.

—No, cómetela tú.

De haber mostrado Werner un poco más de preocupación, quizá yo no hubiera estado tentado de contarle al detalle el ataque que había sufrido. Pero

al verle allí sentado, comiéndose la almendra y sonriendo como un Buda de bronce, le describí exactamente lo que había ocurrido.

—¿Crees que era un matón de la KGB? —me preguntó Werner una vez que hube acabado el relato, sin demostrar la menor lástima ni tampoco alarma.

—O de la Stasi.

—Estás loco, Bernard. Ellos no reclutan a la gente entre los gamberros fanáticos del fútbol; al menos de momento. Aquel camionero no era nada parecido a un matón profesional. Y, si eres sincero, tú lo sabes.

—¿Por qué?

—¿A quién hemos conocido alguna vez que anduviera sacudiendo y forcejeando por ahí de ese modo? Ponme un ejemplo en que la otra parte haya enviado alguna vez a un lunático musculoso para deshacerse de un agente experimentado. Un profesional con una pistola podría haberse librado de ti en un minuto.

—¿Dejando agujeros en la cabina?

—Pues antes te dice que te bajas... o quizá utiliza una pistola de vapor de ácido prúsico y el forense jura que has muerto de un infarto. Ya conoces a esa gente, Bernie. No son como ese chalado del que me hablas.

—Entonces, ¿quién era?

—¿Cómo voy a saber yo quién era? Supongo que te cruzaste en el camino de un loco. Hay muchos por ahí sueltos en estos tiempos, asesinos patológicos que sólo quieren mutilar y matar a voleo, y no por un motivo especial.

—¿Tú crees que ésa es la respuesta?

—Sí, eso creo. Las Autobahnen son peligrosas para los autostopistas. ¿No lees los periódicos?

—Me hace falta un poco de Valium antes de enfrentarme a los periódicos hoy día. ¿Va a volver Zena?

—Tenía que ir al salón de belleza o algo así.

—¿Puedes prestarme algo de dinero suizo?

—Creo que iba a la peluquería, eso es —puntualizó Werner.

Echó una mirada furtiva por encima del hombro antes de sacar la cartera y poner sobre la mesa alrededor de una docena de billetes de cien francos suizos.

—Gracias, Werner. ¿Puedes esperar una semana? Te mandaré un cheque.

—Crees que soy tonto, ¿no?

—Tu vida personal no es asunto mío, Werner.

Cogí el dinero y lo guardé en la cartera.

—Sé sincero.

—Parecía que eras muy feliz dirigiendo el hotel con Ingrid. Dabais la impresión de estar hechos el uno para el otro. Dijiste que estabas enamorado de ella, y que Ingrid te quería, ¿no?

—¿Yo te dije que amaba a Ingrid?

Su voz se elevó llena de incredulidad.

—No contestes con evasivas, Werner. Volvimos juntos de Londres. Me lo dijiste entonces.

—Quizá estuviera enamorado de Ingrid durante algún tiempo. Ingrid todavía me gusta. Pero Zena me comprende. ¿No es mejor tener a una mujer que te comprenda?

—No —respondí—. Desde luego que no. Es lo peor que le puede pasar a un hombre.

—Eres un cabrón —dijo Werner—. ¿Qué vas a hacer tú con tus dos mujeres? ¿Vas a divorciarte de Fiona?

—Fiona todavía no está recuperada del todo —puntalicé recordando el modo como me había mordido al despedirnos—. Creí que iba a tener un ataque de nervios. Todo el mundo lo creyó así, incluso el médico. Fiona no desea el divorcio. Quiere darle otra oportunidad a nuestro matrimonio, y yo también. En California nos ha ido estupendamente. Soy reacio a abandonarla. Fiona no sabe afrontar un rechazo.

—¿Y Gloria sí?

—Tranquilo, Werner.

—Tendrás que enfrentarte a ello.

—Gloria es más joven y más sexy. Los hombres hacen cola para casarse con ella; siempre ha sido así. Ella no tiene que preocuparse por eso.

—Lo cual resulta muy conveniente para ti —observó Werner—. ¿Quieres más café?

—No.

—Si quieres un consejo, deberías dejar de preocuparte tanto por Fiona y empezar a preocuparte por ti. —Levanté la vista—. ¿Te has mirado al espejo últimamente? Parece que acaben de rescatarte del Atlántico después de haber pasado diez días en un bote salvavidas. No te preocupes porque Fiona haya estado a punto de caer en una depresión nerviosa. ¿Por qué no te decides y te haces un chequeo médico completo? Creo adivinar que necesitas atención médica.

—Estoy bien.

—Te preocupan tus hijos. Te preocupa tu trabajo. Y te preocupan las mujeres. No me gustaría estar en tu pellejo... por nada del mundo. —Werner hizo una seña a una camarera y pidió dos cafés más. Él era así. Se volvió para observarme de nuevo y añadió—: No puedes afrontar el regreso a Londres, ¿verdad? Sólo has venido aquí para posponer el momento de enfrentarte a esas dos mujeres.

—¡Bobadas! Y te agradecería que dejaras de llamarlas «esas dos mujeres». Tienen nombre.

—Entonces, ¿por qué has venido?

—Quería que me dijeras si el trato con VERDI estaba a la altura de las circunstancias, si era de fiar.

—¿Qué quieres decir?

—Estaban esperándonos en Magdeburgo. Y cuando estuvimos en un tramo conveniente de la carretera se pusieron desagradables.

—¿Y crees que todo eso lo habían preparado para ti?

—O para cualquiera a quien la Central de Londres enviase para establecer contacto.

—Pero VERDI preguntó por ti.

—¿Sí?

—Tú me has dicho que lo hizo.

—Yo no he dicho que VERDI preguntase por mí.

—Pero ¿lo hizo o no?

—En realidad, sí. Pero eso también pudo estar amañado.

—Y al no poder cazarte la primera vez, ¿crees que mandaron tras de ti a ese holandés lunático?

—Es posible, ¿no?

—Te estás volviendo viejo y paranoico, Bernie.

—Tú no estabas allí, Werner. —Llegó el café—. No debería tomar más café; me produce indigestión.

—Antes el café no te daba ningún problema —observó Werner.

—¿Qué quieres oírme decir? ¿Que me estoy volviendo viejo?

Empujé el azúcar hacia Werner y éste automáticamente lo cogió y, con la cuchara, se sirvió en el café.

—La Central de Londres ha enviado un mensaje de alerta para buscarte. —Miró el reloj—. Hoy a mediodía.

—¿Cómo lo sabes?

—El mensaje de alerta decía que se te esperaba en Londres y que no llegabas.

—Dicky Cruyer sabía que yo iba a venir a Zúrich. Comprobó las listas de pasajeros de las líneas aéreas.

—¿Has vuelto a hacerlo? —Werner se echó a reír—. ¿Y Dicky se lo ha tragado? Ese Dicky no aprende, ¿verdad? No me extraña que se cabrease y enviase ese mensaje de alerta.

Volvió a reírse. Mi subterfugio pareció ponerle de mejor humor. Ahora se parecía más al Werner que yo había conocido en Berlín en los viejos tiempos.

—No personalicemos —le indiqué—. Puede que sea sólo cosa del ordenador. Así funcionan las cosas en Londres hoy en día: los relojes hacen tic-tac, los chips hacen lo que quiera que sea que hacen los chips y el ordenador emite un mensaje de alarma o una orden de detención, un billete de avión, una medalla o unas vacaciones de un mes con paga completa.

—Una alerta a todas las posiciones —repitió Werner con aire funesto—. Dicky está cabreado y se está cagando en ti.

—Puede ser.

—Echaste a perder el contacto con VERDI y ahora Dicky se está tomando el desquite.

—Yo no eché a perder nada. Llevaba conmigo uno de esos memos protegidos de Dicky. Todo había terminado mucho antes de que nosotros llegásemos.

—Míralo del modo en que lo ve Dicky.

Werner estaba tenso. Se sirvió crema en el café, arriesgándose a las iras de Zena.

—Dicky sabía que yo iba a venir aquí.

—A mí no me metas en esto —me dijo Werner—. Te ayudaré todo lo que pueda, ya sabes que lo haré, pero no me utilices para apalea a Dicky.

—¿Crees que lo de VERDI fue un ofrecimiento auténtico?

—Ya sabes lo que creo.

—No, sólo acabo de oír que eludes la pregunta.

—Has estado ausente demasiado tiempo, Bernie. —Werner removi6 el café con la cucharilla y se encorvó para observar los remolinos que dibujaba la crema. Sin mirarme, añadió—: La KGB y la Stasi están pasando por malos tiempos, las cosas se ven ahora de manera distinta. Los matones más cínicos, despiadados y ambiciosos que clavaron las garras, traicionaron y a veces asesinaron a sus iguales y superiores para conseguir trabajos importantes y alto rango, son exactamente los que ahora están dispuestos a destruir a sus iguales y superiores con tal de hacerse ricos y tener éxito trabajando para Occidente.

—¿Así que tú crees que VERDI era de verdad?

—¿Cómo voy a saberlo?

—¿Y por eso lo mataron?

—¿De qué sirve quedarse sentado haciendo adivinanzas, Bernie?

—Si te enteras de algo nuevo, házmelo saber.

—Claro que lo haré. ¿Tiene Gloria un fax en su apartamento? —me preguntó astutamente.

—Déjame en paz, Werner. Los dos tenemos problemas con las mujeres, ¿no?

Durante unos instante pensé que Werner iba a negarlo.

—¿Quieres que pague los cafés?

—No tengo suelto, Werner, ya lo sabes.

Esbozó una sonrisa afectada, miró la cuenta y dejó unas monedas sobre la mesa.

—Ha sido duro para Fiona —observó—. Perder a su hermana de ese modo debió de ser algo devastador.

—Ésa es la palabra, desde luego.

—Iba en mi coche por la Autobahn de Múnich cuando me dijeron que habían matado a Fiona —me explicó Werner—. Eso fue lo que me dijeron al principio. Fue mucho después cuando descubrí que Fiona estaba contigo en California. Todos decían que tú habías huido con Tessa. La gente incluso decía que os habían visto juntos en Australia y cosas así... ya sabes cómo circulan los rumores en nuestro mundo.

—Yo vi cómo mataban a Tessa —le dije.

—¿Los de la República Democrática Alemana se equivocaron al identificar el cadáver? ¿Fue eso lo que pasó?

Werner me estaba sondeando.

—Ya sabes con qué lentitud trabajan allí.

—Supongo que eso le vino muy bien a Londres —dijo Werner astutamente—. Les proporcionó tiempo para hacer uso del material secreto de Fiona, mientras la Stasi creía que los secretos habían muerto con ella. Y Dicky también. En aquellas primeras horas decían que le habían disparado a Dicky.

—¡Dicky! ¡Ojalá alguien hubiera disparado contra él! Fue culpa suya. Él llevó a Tessa a Berlín. Él compartió con ella una habitación de hotel y se registró a mi nombre.

—Pero... ¿Dicky no estuvo en el tiroteo?

—No. Fue otro hombre de Londres. Un torpe aficionado. Todo el asunto ese fue una típica jodienda de la Central de Londres —le comenté.

—O un plan muy mañoso —comentó Werner.

Se levantó y pagó. Los dos nos pusimos los abrigos y en silencio franqueamos la puerta y salimos al frío de la calle.

—Va a nevar —observé.

—¿Cómo vas a manejar a Dicky Cruyer? —me preguntó mientras caminábamos hacia el hotel.

—Al infierno con Dicky.

—Sigues sin entenderlo, ¿verdad? —dijo Werner; y dejó de andar.

—¿Sin entender qué?

—Mira —comenzó a decir a punto de estallar por la irritación contenida—. La Central de Londres te envía para que contactes con VERDI. TÚ vuelves a Dicky y a Frank y les cuentas que está muerto. ¿Qué se supone que van a pensar ellos?

—¿Qué van a pensar?

—Dios mío, Bernie. ¿Eres tonto? Van a pensar que tú lo mataste, o por lo menos que organizaste su muerte.

—¿La muerte de VERDI?

Desde luego era de eso exactamente de lo que Frank me había advertido, pero yo lo había desechado como una manifestación más de su protagonismo.

—Y luego vienes a Zúrich para buscarme y hablar conmigo. ¿No sabías que la Central de Londres le dice a todo el mundo que yo soy agente doble, que trabajo en Berlín y vendo los secretos a Londres?

—Nadie se cree eso, Werner.

—Dicky sí, y Frank también. Todos esos zombies de coordinación e investigación de Londres se lo creen. Todos piensan que yo soy un agente doble. Y ahora creerán que tú también lo eres.

—¿Sólo porque he venido aquí a hablar contigo?

—Pregúntatelo a ti mismo. Dirán que yo soy tu oficial y que has venido para darme informes. Todo encaja, ¿no?

—No, para mí no encaja.

—Bueno, tú no trabajas en la Central de Londres.

—Pero trabajaré —le aseguré.

—No cuentes con ello, Bernie —me dijo Werner con tristeza—. Dicky hace mucho tiempo que sueña con el día en que pueda librarse de ti, y ahora tú le has servido en bandeja de plata las excusas que necesita.

—¿Por qué iba yo a querer asesinar a VERDI en lugar de llevármelo conmigo de vuelta? No hay motivos, Werner.

Éste emitió un gruñido enojado y dijo:

—Guárdate esas historias para Frank, Dicky y esos desgraciados que están atados a las mesas de despacho de Londres. Yo estaba allí el día en que te trajeron, Bernard. Aquel día en Berlín. ¿Te acuerdas?

No dije nada.

—VERDI fue el canalla de sangre fría que hizo que te arrojasen del expreso Varsovia-Berlín. Eso no vas a negarlo, ¿verdad, Bernard?

—Será mejor que no resucitemos viejos contratiempos.

—¿Contratiempos? Yo estaba presente cuando te llevaron. Tu padre estuvo a punto de volverse loco. El cirujano pidió a una de las enfermeras que averiguase qué religión tenías para buscar a un sacerdote.

—Siempre exageras, Werner. No hay evidencias concluyentes de que VERDI tuviera nada que ver con aquel asunto. Y si los de la Central de Londres se ponen a pensar que tuvo algo que ver, realmente empezarán a creer que yo podría haberlo liquidado. —No contestó. Le di una palmada en la espalda y me despedí de él—: Ya nos veremos, Werner.

Lo dejé en la Paradeplatz, de pie en la acera, como un oso abandonado que contempla a Ricitos de Oro robándole su tazón de *porridge*. Aunque los semáforos estaban en mi contra, me apresuré a cruzar la calzada, echando una rápida mirada atrás para decirle un último adiós con la mano. Ya casi estaba en la acera cuando un estúpido muchacho montado en una motocicleta de pequeña cilindrada dobló la esquina rugiendo y pasó junto a mí lo bastante cerca como para hacerme perder el equilibrio y tener el tiempo justo para poder saltar y ponerme a salvo. Al incorporarme le chillé al hombre de la motocicleta, que me devolvió los gritos y resultó ser una estridente y enfadada mujer. Luego me alisé el abrigo, me coloqué bien el sombrero y miré hacia atrás con la esperanza de que Werner no hubiera presenciado el accidente.

—Siguen intentándolo —me gritó Werner; y sonrió.

Parecía divertirse que casi me hubieran derribado. De no haberle conocido tan bien, podría pensar que Werner estaba fanfarroneando. Pero ése nunca había sido el estilo de Werner, y nuestra camaradería se remontaba demasiado en el pasado para eso: desde la época en que éramos niños. Pero no había duda en el hecho de que el porte de Werner, la figura fornida, los pies separados y una mano metida profundamente en el bolsillo del abrigo y la otra sujetando el bastón, mostraba ciertas reservas de poder y confianza hasta un punto que yo no recordaba. Yo siempre había sido el dominante en nuestra

relación. Yo siempre había sido el que tenía la fuerza, y Werner el cauto, el contemporizador, el que me necesitaba como niñera. Sentí pesar al descubrir lo contrario. Werner estaba calmado y divertido y era el que llevaba la voz cantante, y yo estaba ansioso, pidiendo consejo y escapando por poco de morir en un accidente de tráfico.

6

—DÍGAME... ¿le duele aquí?

Noté que la sonda dental me tocaba la muela.

—No —respondí.

—Pues ya está —me indicó el dentista—. No hay nada que esté mal. —Sostuvo la sonda en alto durante unos instantes, como hacen los prestidigitadores con la varita mágica, antes de volver a colocarla en la bandeja junto a los demás instrumentos. Luego apartó el cristal de aumento iluminado del sillón de dentista—. Ahora haga el favor de enjuagarse la boca.

La muchacha, con la inescrutable máscara profesional que se ponen las enfermeras en el trabajo, tendió la mano para darme una toalla de papel, una toalla de color rosa para que no se notase en ella la sangre.

Yo no tenía deseo alguno de enjuagarme la boca, pero lo hice con mucha aplicación, sin duda igual que los pacientes suizos se enjuagaban cuando el dentista se lo ordenaba. Parece ser que los dentistas de Zúrich tienen la agenda muy llena; éste sólo había accedido a visitarme porque le había dicho que se trataba de una urgencia. Y en mitad de la noche, en la habitación del hotel, verdaderamente me había parecido una urgencia. Me había despertado presa del pánico, incapaz de recordar dónde estaba. Me dolía la mandíbula y pensé que estaban a punto de caérseme todos los dientes.

—Siento mucho haberle molestado —me excusé al recordar las malas caras y las miradas llenas de odio que los pacientes de la sala de espera me dirigieron cuando se me hizo pasar a la consulta antes que a ellos.

—Los dientes están en buen estado —sentenció el dentista mientras se lavaba las manos—. Eso sí, les hace falta una limpieza y quitarles el sarro. También hay dos empastes que habrá que renovar pronto. —Le hizo una seña con la cabeza a la enfermera y añadió en alemán-suizo—: ¿Quién hay ahí afuera?

Al verme así despedido, salté del sillón de dentista y saqué la billetera con un antiquísimo gesto de arrepentimiento.

—Frau Metter es la siguiente, Herr Doctor; la de la fisura.

—¿Cómo se ha hecho esa herida, señor Samson? —me preguntó el dentista.

—Me atracaron —repuse.

—No le cobraré nada —me dijo mirándome primero la cara, la magulladura que se había vuelto negra y púrpura y se me había extendido por las mejillas hasta llegar casi a las orejas, y mirando luego el dinero de Werner.

—Doctor, estoy seguro...

—Ha escuchado demasiadas historias sobre los dentistas suizos, señor Samson. Lamento que haya tenido una experiencia tan mala en mi país. Que tenga unas buenas vacaciones.

—Gracias —respondí—. Pero me ha ocurrido en Alemania.

—En ese caso son cien francos —me indicó.

Desde la recepción de la consulta del dentista llamé otra vez por teléfono a la agencia de viajes, pero mi situación en la lista de espera no había variado. Seguía confirmado en el último vuelo para Londres. Llamé a Fiona y le dije que me esperase tarde.

Con un día entero a mi disposición, decidí ir en busca de mi cuñado y de ese modo hacer realidad la explicación que le había dado a Frank Harrington para justificar mi visita a Suiza.

No era un trayecto largo el que llevé a cabo hacia el sur bordeando el lago, pero el taxímetro iba avanzando y la tarifa creció hasta alcanzar un total alarmante, pues hice que el taxista condujera por carreteras secundarias que terminaban en el lago para poder ver la ribera. Por fin divisé el lugar que estaba buscando: una casa moderna y pulcra, y al lado, amarrada a un característico embarcadero, la lustrosa lancha de motor con cabina de la cual en otro tiempo George se sintiera tan orgulloso.

Llamé al timbre y mi cuñado acudió a abrir la puerta; mostró sorpresa al verme.

—¿Vienes solo? —me preguntó.

—¿Qué esperabas, George? ¿Un grupo turístico de la American Express?

Durante unos instantes guardó silencio, sin responder. George estaba atisbando por encima de mi hombro, y no volvió a hablar hasta que el taxi que me había conducido hasta allí hubo dado la vuelta y se hubo alejado.

—¿No viene nadie contigo?

—¿Qué ocurre, George?

—¿Qué te ha pasado en la cara?

—Un malentendido.

Asintió con la cabeza y decidió no insistir en el tema.

—¿Cómo has conseguido esta dirección? ¿Te la he dado yo alguna vez?

Parecía molesto de que lo hubiera encontrado, y un llano acento *cockney* se hacía notar de vez en cuando entre el inglés afectado que hablaba.

—No sé la dirección. Pero me acordaba de la casa cuya fotografía tenías enmarcada en la pared de tu despacho. ¿Vas a invitarme a entrar o no?

—Entra, Bernard —me dijo mecánicamente—. ¿Mi despacho?

—El despacho de Southwark.

—Oh, aquel basurero. ¿Tenía una fotografía de esta casa en la pared?

—Una gran fotografía en color enmarcada.

—Claro. —Chascó los dedos; era muy dado a chascar los dedos—. Me he preguntado muchas veces dónde habría ido a parar esa foto. —Se rascó la cabeza con la punta de un dedo, como para demostrar su extrañeza—. Aquel idiota de director debió de dejársela olvidada cuando nos trasladamos.

—Sí —conviene.

George era un londinense bajo y enérgico de origen polaco. Llevaba unas gruesas gafas de montura de pasta que le gustaba apoyar en el extremo de la nariz. Tenía el pelo canoso y ondulado, y siempre lo llevaba cortado con pulcritud, lo mismo que las camisas y los trajes que vestía. Porque George era una de esas personas dignas de envidia para las cuales la forma de hacer dinero no representaba ningún secreto.

—¿Y has encontrado la casa sólo por lo que recordabas de aquella foto?

Me daba cuenta de que no acababa de creerme.

—No ha sido demasiado difícil, George —le expliqué—. Además de verla en aquella foto aérea que tenías enmarcada, la había visto en las fotografías de tus vacaciones. El tejado verde, la embarcación y el embarcadero han sido fáciles de divisar desde la orilla del lago. Y con las puertas del garaje abiertas, tu Rolls, con matrícula británica, se ve perfectamente desde la calle.

—Olvidaba que eres un puñetero detective —dijo al tiempo que esbozaba una amarga sonrisa—. No te quedes ahí de pie. Y, por Dios, quítate el abrigo. ¿Quieres beber algo? ¿No me has telefoneado? ¿Whisky? ¿Ginebra? ¿Vodka?

—¿Qué tal una taza de café? —le pregunté mientras él me ayudaba a quitarme el viejo abrigo y se lo daba a una joven con delantal de criada que apareció de la nada.

—Claro —repuso George—. Dos tazas de café, Ursi. ¿Sabes cómo funciona esa máquina nueva, querida? —La muchacha respondió que sí—. Acabo de comprar una máquina enorme de café exprés. —Se había dado la vuelta hacia mí para explicármelo—. Pensé: «Heme aquí cada mañana

cogiendo ese maldito coche y conduciendo siete kilómetros para conseguir una taza de café decente. Me compraré una máquina como es debido, como las que tienen en los hoteles». Ahorra tiempo. Ahorra dinero.

—Y es mejor para el medio ambiente —dije yo.

—¿Por qué? —Frunció el ceño, como sospechando que aquél era un comentario sobre la bonita doncella rubia—. Ah, sí, la polución, el tubo de escape del coche y todo eso. —Se relajó—. Tienes razón, Bernard.

Se estaba relajando, pero seguía buscando un motivo oculto detrás de mi aparición no anunciada.

George y Tessa Kosinski habían sido los dueños de aquella casa durante varios años, pero hasta hacía poco había sido sólo un lugar para pasar las vacaciones. George se había marchado de Inglaterra para siempre y había anunciado su intención de quedarse en aquella casa. Nos encontrábamos en un gran salón, con una pared de cristal que proporcionaba una vista panorámica del lago y del embarcadero donde estaba amarrada la lancha motora de George. El muelle era moderno, y sobre el bien cuidado parque había alfombras de lino, de brillantes colores, toscamente tejido. Las únicas conexiones visibles con su vida anterior eran algunos muebles antiguos que yo ya había visto en el piso de Mayfair que George había dejado inmediatamente después de la muerte de su esposa.

También había una chimenea, donde un brillante tronco marrón, semejante a un cigarro puro olvidado y con un extremo vuelto hacia la ceniza gris, perfumaba el aire con un humo tan dulce como el incienso. Sobre la chimenea había un gran cuadro al óleo: una impresión modernista de los Alpes realizada con grandes y apresurados trazos que entonaba exactamente con los colores de las alfombras y de las cortinas. Dos sofás de piel formando ángulo, cubiertos con piel de cebra de imitación, estaban colocados a ambos lados de una gran mesa de café de obra donde había dispuestos varios libros y revistas en forma de abanico. Me senté y acerqué las manos al fuego. George paseaba a zancadas por la habitación, pero yo ya estaba habituado a aquellos despliegues de energía sobrante, que supongo era la misma que él canalizaba hacia la acción en los tratos de negocios cuando quería hacer dinero. Por lo menos eso era lo que en una ocasión había dicho Tessa de él cuando se quejaba de que la tenía descuidada.

—¿Has venido sólo por si acaso? —me preguntó—. ¿A ver si por casualidad yo estaba en casa?

—Sí, eso es. Tengo reserva en el avión de esta noche. He ido al dentista esta mañana, y cuando me dijo que no me hacía falta tratamiento alguno se

me ocurrió venir a ver si te encontraba.

—No tengo residencia oficial —dijo—. La he solicitado al cantón, pero en estos tiempos no es fácil conseguir el permiso de residencia. Quieren estar seguros de que no eres un cabecilla del tráfico de drogas o un terrorista.

—Cosa bastante razonable —observé.

—Así que te dijeron que me tienen intervenido el teléfono, ¿no es eso?

—No. ¿Acaso es verdad? ¿A quién te refieres? ¿Quién me iba a decir eso?

—Esos tipos para los que trabajas. Por eso no me has llamado, ¿no es así?

—Esta visita no tiene nada que ver con la gente para la que trabajo —le indiqué—. No saben que estoy aquí.

—¿No se lo has dicho?

—Pues sí, en realidad lo mencioné.

—¿Por qué?

—Porque tu nombre salió en la conversación. Yo estaba buscando una excusa para venir, pues no quería decirles cuál era el verdadero motivo.

Llegó la doncella y puso una bandeja sobre la mesa. George interrumpió su intranquilo paseo a zancadas para inspeccionar la alta capa de espuma que la leche formaba sobre el café exprés en las tazas de fina porcelana. Cortó la espuma con una cuchara para probar la textura. Luego cogió una Brunli, las pequeñas y sabrosas galletitas de chocolate que los suizos comen en invierno, y mordió un trocito. Satisfecho, dejó caer todo su peso en el sofá de cuero que quedaba frente a mí y estiró las piernas para poner los mocasines Ferragamo cosidos a mano encima de la mesa.

—Gracias, Ursi —dijo sin volver la cabeza hacia ella y con una indiferencia tan malhumorada que me pregunté si aquello no iría dedicado a mí—. Desde dos semanas después de llegar yo aquí —añadió en tono acusador con las manos entrelazadas detrás de la cabeza—. Se pueden oír los chasquidos. —Se introdujo el resto de la galleta en la boca—. Sírrete tú mismo, Bernard.

—Puede que ése no sea el motivo, George. Se consiguió eliminar los chasquidos en los teléfonos intervenidos hace más de una década. Y los suizos no son gente que use tecnología anticuada. ¿Te has fijado en las pistolas que les dan a los soldados y a los policías? SIG. Son el Rolls-Royce de las pistolas. El ejército de Estados Unidos se puso de rodillas para pedir las y sustituir los Colt, pero el tío Sam compró pistolas Beretta por la cuarta parte del precio que pedían los suizos. No, no oirás ningún chasquido si los muchachos de Berna te han pinchado el teléfono.

George no se dejaba distraer con tretas como aquélla.

—Sé lo que está pasando, Bernard. Si no son los suizos, serán los rusos, o los alemanes, o los de tu pandilla. Pero hay alguien escuchando.

—¿Y crees que yo formo parte de ello? —le pregunté poniendo en evidencia la suficiente cantidad de guasa como para resultar fastidioso.

—Dime, ¿es así?

—Pues claro que no.

—¿Sabes cuánto tiempo tuve que esperar antes de que alguien me dijera que Tessa estaba muerta?

—Créeme, George...

—Un mes. Más de un mes. Treinta y dos largos y miserables días. E incluso entonces se negaron a decirme dónde había muerto o quién lo había hecho.

—Murió en Alemania Oriental, George. En la Autobahn de Berlín. Los comunistas lo hacen todo a paso de caracol. Lo más probable es que las investigaciones aún continúen. Pero eso no es algo siniestro en sí mismo.

—Insinuaron que Tessa había huido contigo. ¿Lo sabías?

—Sí —respondí.

—Otros dijeron que se había ido a Berlín con ese tal Cruyer. Llegaré al fondo de ese asunto aunque tenga que emplear toda mi vida y gastarme hasta el último penique en hacerlo.

—No digas esas cosas, George —le dije.

—Pues las digo. Lo prometo. Los haré caer, quienquiera que sea el responsable, los encontraré. Y si has venido aquí para disuadirme, estás malgastando tu tiempo.

—No he dicho que no lo hagas, George. Te advertía que no vayas por ahí diciendo que lo estás haciendo.

Dejé que asimilara lo que le decía. George cogió la taza y, poniendo la otra mano para proteger de las gotas la camisa de algodón, comenzó a sorber el café con aire reflexivo. Yo también me tomé el café.

—¿Has comido? —me preguntó George.

No había manera de pasar por alto el significado de aquella pregunta. Era un armisticio. Había conseguido tocarle la fibra sensible.

—Peso casi noventa kilos —le dije—. Estoy a régimen.

—Ursi nos hará algo que no engorde: *muesli* casero con manzanas ralladas y copos de avena. Una receta de la madre de Ursi... O un sándwich de ese jamón enlatado tan malo que venden en una tienda del barrio; no podrás comer una gran cantidad, créeme.

—Eso es muy considerado, George. Jamón. Sí, gracias.

—¡Ursi! —la llamó a gritos.

Cuando se oyó la voz de la muchacha, George le dijo que nos preparase unos sándwiches, y que después podía llevarse el Honda y tomarse un par de horas libres.

—Es mejor que comamos aquí —me explicó George—. No puedo hablar en el restaurante del barrio ni en ningún otro sitio de comidas de por aquí. La gente está escuchando todo el tiempo. En estas comunidades pequeñas todo el mundo quiere enterarse de los asuntos de los nuevos vecinos.

Nos tomamos el café y estuvimos hablando de lo buena que era la espuma de la leche, de cuánto tiempo tardaba George en llegar al aeropuerto, de qué tiempo había hecho, del buen aspecto que teníamos ambos. Escuchamos los ruidos del abrelatas eléctrico, del cuchillo de pan eléctrico, de la tostadora y del microondas donde se ablandaba la mantequilla. Cuando llegó la comida continuamos hablando de cosas sin importancia mientras masticábamos los sándwiches tostados de jamón. Yo quería observar a George. Quería saber cómo se estaba tomando la muerte de Tessa.

—Adiós —nos dijo a gritos la doncella.

—No es lo que imaginas —me indicó George después de que hubiéramos visto al Honda evitar por poco la puerta de la verja, salir a la carretera y alejarse con las luces de freno encendidas—. Úrsula y yo. No es lo que crees.

—No he venido a espiarte, George.

—Entonces, ¿para qué has venido?

—Fiona está de vuelta en Londres. Los dos queremos agradecerte que estés de acuerdo en que utilicemos el piso de Mayfair.

—No me lo agradezcáis a mí. Ése fue el legado que Tessa le dejó a su hermana.

—Pero tú compraste el contrato de arrendamiento —le recordé.

—Se lo di a Tessa como regalo de cumpleaños, de modo que estaba en su derecho de disponer de él como deseara. Cogí los muebles, que eran de mi propiedad. —Luego, de pronto, añadió—: De todos modos me gusta que lo tengáis, Bernard. Espero que Fiona y tú seáis muy felices viviendo allí.

—Es muy generoso de tu parte, George. Fiona tiene pensado guardar una de las habitaciones exclusivamente para tu uso, para cuando vengas a Londres.

—No hagáis eso, Bernard. —George estaba tan alarmado que se inclinó como si fuera a levantarse, pero luego se relajó y volvió a recostarse en el sofá—. No. A mi contable le daría un ataque. Me he ido de Inglaterra para siempre. No me permiten volver allí... cuestión de impuestos, quiero decir.

—El padre de Fiona quiere convocar una reunión familiar para hablar del fideicomiso de Tessa. Tú, yo, todos.

—Ya lo sé. Hablé con él por teléfono. Pero no puedo ir a Inglaterra. —Se inclinó ligeramente y añadió—: El día después de que llegase la notificación oficial, por fin se decidió a enviarme un abogado a la calle Mount exigiéndome que le dijese dónde estaba enterrada Tessa. Yo le dije: «¿Qué cree usted que he estado preguntándole cada día al puñetero Foreign Office, con una docena de cartas a modo de recordatorio y más llamadas telefónicas de las que puedo contar? Dese la vuelta y vaya a exigírselo a esos cabrones del Foreign Office». Aquel hombre consiguió sacarme de quicio. Pero no sirve de nada gritarle a un abogado.

—Supongo que el viejo estaba fuera de sí —comenté para mitigar la ofensa, aunque mis sentimientos hacia nuestro suegro común eran tan vehementes como los de George.

—Lo único que le preocupaba era el certificado formal de defunción. Supongo que había puesto a Tessa en las juntas directivas de algunas de sus empresas ficticias y en toda clase de embrollos. Ya sabes que raya la delincuencia. Lo odio, pero acabó por ver las cosas a mi manera.

Mientras George decía esto noté que la mano le temblaba. Dejó la taza de café en la mesa, pero no sin derramar un poco en el plato.

—Tranquilízate, George —le dije.

—No me digas que me tranquilice. —Tenía los ojos, centelleantes y medio cerrados de ira, fijos en mí—. Tú no has perdido nada ni a nadie. Por lo que sé, te han ascendido. ¿Qué hice yo para merecer que me la quitaran? Me pasé la vida trabajando sin parar y lo único que conseguí fueron problemas. —Se limpió los labios con la servilleta de lino—. Tessa se metía en la cama con el primero que encontraba —me confió; y me di cuenta de que aún no me había eliminado de la lista de sospechosos.

—Creía que habíamos dejado eso claro, George —protesté—. Nunca hubo nada entre Tessa y yo. Nunca.

—Y cuando ya estaba convencido de que sus traiciones habían llegado a su fin, me la quitaron.

Nunca había visto tan disgustado a mi cuñado.

—Debes esforzarte por mirar hacia adelante —le dije con la esperanza de que quizá unas cuantas perogrulladas le ayudarían a recuperar el equilibrio—. No puedes pasarte el resto de tu vida llorando por Tessa.

—Puedo y lo haré —me dijo—. Y también los demás.

—¿Los demás?

—Fiona y el viejo.

—¿Fiona?

—¿No es por eso por lo que estás aquí? —me preguntó George; y durante unos instantes no supimos qué decir; ambos estábamos confusos.

—¿Fiona? —repetí.

—¿No has visto las cartas?

—¿Qué cartas?

—Fiona ha accedido a ayudarme a seguir el rastro del asesino. Nos hemos escrito largas cartas sobre ello y estamos en contacto por teléfono. Esta mañana he hablado con ella, y me ha asegurado que, ahora que vive en Londres de nuevo, mantendrá a su padre informado.

—Espera un momento, George. ¿Tú has hablado con Fiona esta mañana? ¿Quieres decir que Fiona te está animando en esta cruzada para vengar la muerte de Tessa?

—¿Cruzada? —Durante unos instantes pareció que fuera a ofenderse, pero luego añadió—: Muy bien. Cruzada. Sí, llamémoslo cruzada. Es la hermana de Tessa, ¿no? Cuando me has dicho que no habías venido oficialmente pensé que Fiona te había enviado con un mensaje. Por eso me he librado de Ursi.

—Nadie me ha enviado. Ya te lo he dicho.

—El viejo está dispuesto a poner cien de los grandes en el sombrero.

Convencer a mi suegro para que contribuyese con una cantidad tan grande en un proyecto que no tenía perspectivas de recuperación era una hazaña asombrosa. Ahora me sentía aún más confuso.

—¿Cómo recompensa?

—Recompensa, soborno, cabildeo, cualquier tipo de presión política. Hará falta dinero. Tenemos que intentarlo todo. La muerte de Tessa no fue un accidente. Las autoridades no jugarán limpio a menos que se les presione. Tú ya sabes eso, Bernard.

—¿A quién te piensas dirigir?

George no me oyó.

—Sí, Fiona tiene tanto interés como yo. —Hizo una pausa para reflexionar sobre aquella exagerada afirmación—. Al menos no está poniendo demasiadas objeciones.

—Pero ¿a quién vas a abordar?

De pronto se mostró cauto.

—No puedo darte nombres ni otros detalles, Bernard. Estoy seguro de que lo comprenderás. Pero tenemos un abogado muy competente trabajando para

nosotros en Berlín. Fiona me proporcionó los contactos y yo acabé encontrando un hombre con experiencia, de modo que eché la pelota a rodar. Le he prometido cincuenta de los grandes si hay un testigo, un culpable con nombre y pruebas convincentes.

—Estás jugando con dinamita, George. ¿Cómo sabes que no van a estafarte?

—Fiona sabe quién es quién. Trabajó en el Este, ¿no? Estamos utilizando a un hombre con el que ella trabajó.

—¿Un hombre con el que trabajó? Espero que no, George. He pasado toda mi vida tratando con esa gente: la KGB, la Stasi y todos esos gorilas. Juegan duro, George. No es un juego para que se meta en él un aficionado.

Sonrió.

—Ya lo sé, Bernard. Lo he visto en el cine.

—Sí, pero estos tipos no utilizan especialistas con salsa ketchup en vez de sangre.

—Me crié en el East End de Londres, Bernard. Sé cuidarme.

Se pasó una mano por la cabeza, como alisándose el cabello, que no estaba desordenado. Ahora estaba más tranquilo, pero yo sabía que era inútil intentar hacerle ver las cosas con sensatez.

—Tengo que irme ya —le dije—. ¿Puedes pedirme un taxi?

—No hay ningún problema. —Marcó un número de teléfono—. En cinco minutos estará aquí —me informó—. ¿Quieres una tirita para ese corte tan feo?

—Yo me curo de prisa —le dije—. Mira, si las cosas se ponen feas, llámame. Pienso estar en Londres en las próximas semanas.

—Gracias, Bernard. Y como parece que Fiona me ha tomado al pie de la letra en lo de no decírselo a nadie, quizá deberías esperar hasta que ella te informe de algo.

—Sí, tal vez sea mejor así. —Miré a George y me sentí preocupado—. Y olvídate de lo que te he dicho acerca de los chasquidos, George. Puede que tengas razón.

—Ya lo había olvidado, Bernard. De todos modos, pasado mañana va a venir un experto en electrónica para comprobar la línea.

Se echó a reír. Hablar de sus planes parecía ejercer un efecto muy saludable en él. Ahora parecía estar muy animado, relajado y confiado, pero en sus circunstancias ése era el peor modo en que podía estar.

A Fiona le encantaba irse a acostar ridículamente temprano y luego pasarse horas leyendo en la cama. Recuerdo incontables veces en los viejos tiempos en que yo llegaba a casa tarde y la encontraba profundamente dormida: sentada en la cama con las luces encendidas, la cabeza ladeada y sujetando con fuerza algún grueso tomo de tedioso material oficial que su conciencia le había exigido leer. Así que cuando volví de Zúrich, ya muy entrada la noche, estaba preparado para encontrármela metida en la cama. Pero no podría haberme equivocado más; nunca la había visto más animada.

Como no tenía una llave de nuestro nuevo y lujoso hogar en la calle Mount, tuve que llamar al timbre. Fiona me abrió la puerta; llevaba puesto un delantal blanco de *chef* sobre un suéter de color azul cobalto muy vivo con escote en forma de uve y una falda plisada azul oscuro. Calzaba zapatillas, y llevaba el pelo prendido hacia atrás en un peinado severo que yo le había visto emplear cuando trabajaba en Berlín Oriental. Pero ahí acababa el parecido con la mujer que había tenido ocasión de ver en su despacho comunista, porque aquella noche Fiona estaba radiante y rebosante de gozo.

—Es realmente una delicia, Bernard —me dijo—. Una pura delicia. Dos plantas. Se me habían olvidado las habitaciones del piso de arriba. Es enorme.

Nos abrazamos y nos besamos.

—Te he echado de menos —le dije.

Sabía que Fiona se había fijado en las magulladuras de mi cara, pero no hizo ningún comentario. Ella sabía que yo hablaría de ello cuando me sintiera dispuesto a hacerlo; nos comprendíamos muy bien.

—Tenía muchas ganas de que nos sentáramos a cenar juntos —me confió—. Aunque probablemente habrás cenado en el avión.

—¿A qué huelo? ¿No es a *ossobuco*?

Colgué el abrigo en una percha y miré nuestro nuevo hogar.

—Me creerás una imbécil, Bernard —me dijo Fiona sin soltarme la mano mientras se apartaba de mí—. Es una cocina tan divina que, sencillamente, tenía que ponerme a guisar algo. ¿De verdad puedes comer otra vez?

—Sí —respondí.

Fiona nunca se excitaba de la manera frenética en que lo hacía su hermana, pero pude darme cuenta de que estar en Londres y en aquel piso ejercía un poderoso efecto sobre ella.

—Tenemos que dar una fiesta aquí —me dijo—. Una fiesta para celebrar que estrenamos casa. Mira el comedor. George ha sustituido la mesa que se llevó por otra mucho mejor.

Movió hacia atrás la puerta para poner a la vista el comedor con suelo de baldosas donde yo había disfrutado de más de una cena espectacular. Había dos cubiertos puestos, como para una cena de etiqueta.

—Se llevó la mesa porque había pertenecido a sus padres —le indiqué—. Tiene recuerdos para él.

—No he podido resistirme a usar la preciosa vajilla de china de Tessa. ¿Cenamos aquí?

—Es una idea estupenda.

—Abre una botella de vino —me pidió—. Hay un misterioso armario con control de temperatura para botellas de vino. George ha dejado seis cajas de vino, otras bebidas alcohólicas, montones de preciosa lencería y muchísima porcelana.

La seguí hasta la cocina. Fiona sacó del doble horno panecillos calientes, los dejó caer en un cesto y me lo entregó.

—Llévalo y ponlo en la mesa, en uno de los portaplatos de cerámica para poner encima fuentes calientes.

—Qué bien has calculado el tiempo.

—Llamé al aeropuerto. Sabía que ya habías aterrizado.

Mientras yo abría una de las botellas de Barolo Riserva Speciale de George y lo servía, Fiona abrió el segundo horno y, utilizando guantes de cocina, sacó una fuente de hierro de color naranja de la que emanaba un rico aroma de ternera, limón, anchoa y todos los demás ingredientes exóticos de los que se componía la receta especial que había preparado.

La colocó sobre el portaplatos de metal que estaba sobre la mesa y se sentó.

—Sírvelo tú, cariño —me pidió.

Cogió la copa de vino y bebió un pequeño sorbo. Cuando empecé a servir, ella utilizó un interruptor oculto para amortiguar las luces del salón contiguo, de manera que la única iluminación procediera de los pequeños puntos de luz que había situados por encima de la mesa.

—Así es más romántico —me explicó.

Y se inclinó para darme un beso en la mejilla. Vi la imagen de los dos reflejada en el gran espejo del fondo del salón, que estaba a oscuras; era como encuadres de la película que había sido nuestra vida.

—Qué sorpresa —dije mientras la miraba a los brillantes ojos—. Si hubiera sabido lo feliz que ello iba a hacerte, hace años que te habría comprado un apartamento de lujo en Mayfair. —Utilicé un cucharón de plata para servir las rodajas de ternera. Una para cada uno—. ¡Vaya! ¿Cuánto tiempo hacía que no probaba esto?

Serví también el arroz y la col.

—¿Cuántos años hemos desperdiciado, cariño? —me preguntó Fiona retóricamente.

Probó un bocado de ternera, pero parecía tener más interés en observarme mientras yo comía, como si su satisfacción la proporcionase por entero mi placer, como una madre le daría de comer a su hijo predilecto que vuelve a casa tras una larga ausencia.

—He visto a George —le comenté—. Tuve que ir a Zúrich, así que fui a hacerle una visita.

Bebí un poco del espléndido vino. George siempre servía vino caro. Nos íbamos a llevar una desilusión cuando se terminaran las botellas con que nos había obsequiado.

—Querido George... —dijo Fiona—. Es un londinense típico; no consigo imaginármelo instalado en aquella casita tan graciosa de Suiza.

—Tiene un consuelo —observé.

—¿En qué forma?

—En la exuberante forma de una veinteañera rubia llamada Úrsula. — Como respuesta a las inquisitivas cejas levantadas de Fiona, añadí—: Jura que ella sólo está allí para removerle el *muesli*.

—¿Y tú no le crees?

—Creo que está mojando en la *fondue* de esa muchacha —comenté con solemnidad.

—Te odio —dijo Fiona; e hizo amago de darme un juguetón tortazo, pero se reía mientras lo hacía—. En serio —añadió—, ¿se encuentra bien George?

—No. Dice que está estupendamente, pero cualquiera puede darse cuenta de que lo está encajando mal. Muy mal.

—Es un hombre apasionado —observó Fiona—. Pero su religión debe de ser un consuelo para él.

—Pues no me ha hablado de religión para nada. —Me acordaba de las irrefrenadas promesas de venganza de George—. ¿Te ha escrito? —le

pregunté.

—¿George? Oh, sí.

—¿Sobre Tessa?

—Claro.

—Me ha hablado de cierta locura acerca de llevar a cabo una especie de *vendetta*.

—Tessa era muy joven, Bernard. Quizá no tanto de edad, pero sí muy joven en su forma de ser. Hacía que todos nos sintiéramos un poco protectores.

—George jura que seguirá el rastro de los asesinos.

—Pobre hombre —dijo Fiona.

La miré, pero no conseguí leer sus pensamientos. ¿Pensaría Fiona que una de las balas que yo disparé aquella noche fue la que mató a su hermana? ¿O habrían quedado sus recuerdos arrinconados y le resultaba imposible recordar?

—Dice que tú le estás ayudando —le comenté para intentar sonsacarla.

—Claro que sí —respondió Fiona con suavidad—. Haría cualquier cosa por él. Al fin y al cabo es mi cuñado.

—Sí, bueno, también es cuñado mío —observé—. Pero yo no me he puesto a animarle para que declare la guerra a Moscú sin ayuda de nadie.

—No le pasará nada.

La miré sin apenas creer lo que oía. Allí estaba Fiona, una de las personas más maduras que yo había conocido. Rara vez la había visto de otro modo que no fuera profesional y comedida, reticente y cauta. Aquélla era la mujer de la que constantemente se me había hablado como posible directora general, y ahora toleraba un alocado embrollo ilegal llevado a cabo por un hombre que no sabía nada de los peligros a los que se enfrentaba.

—Mira, Fiona, ¿lo has puesto en contacto con alguno de esos tipos de la KGB que los dos sabemos?

—Deja de darle tanta importancia, Bernard. Se te está enfriando la cena.

—Está deliciosa —dije mientras mojaba pan en la salsa.

Fiona dedicaba toda su atención a partir en pedazos el panecillo. Pronto todo alrededor del borde del plato estuvo cubierto de migas de pan.

—¿Qué esperas que haga? —me preguntó de pronto—. Tessa era mi hermana.

—Llorar por ella, cariño. Todos lo hacemos. Pero no tiene sentido animar a George en sus extravagantes ideas.

—Dale tiempo —dijo Fiona—. Confío en que tú no lo hayas puesto más nervioso. Es mejor dejar que piense que puede vengarse. Se irá calmando. Lo conozco mejor que tú.

—Espero que sea así. Me asustó mucho.

Después continuamos cenando en silencio. Me tranquilizó ver que Fiona se lo comía todo.

—Ha sido maravilloso, cariño —comenté al terminar; y le di un beso—. ¿Has llorado?

Se tocó la mejilla con un dedo y sonrió valientemente.

—¿Lo dices por los ojos? Han sido las cebollas.

—El *ossobuco* tarda horas en hacerse. ¿Cuánto tiempo hace que picaste las cebollas?

—Oh, por Dios, Bernard. No voy a quedarme aquí sentada para que me interrogues.

—Me preocupo por ti. Quizá este piso no sea el mejor lugar para ti.

—¿A causa de Tessa, quieres decir? —Cogió un pedazo de pan y, alargando la mano, empezó a mojarlo en la salsa que quedaba en el fondo de la fuente—. Sí, antes de llegar aquí estaba preocupada. Creía que la idea de que todo lo que había aquí era suyo, sus muebles, sus cuadros, todo, sería quizá más de lo que podría soportar. Pero no ha sido así. La primera noche no pude dormir, por supuesto, pero luego me dije que no tenía nada que temer del fantasma de Tessa. Ella no va a volver para hacerme daño, ¿verdad, Bernard?

Después de mojar el pan en la salsa innumerables veces, se lo metió en la boca y lo masticó con aire distraído.

—Claro que no, cariño —le dije.

Y sonreí, sin estar seguro de hasta qué punto aquella metafísica era señal de que Fiona se estaba desmoronando.

—Desde luego su fantasma está aquí. La veo en todas partes. Me está vigilando. Incluso la oigo reírse...

Fiona frunció el entrecejo.

—No hay nada que temer, cariño —le indiqué.

—Eso le dije a ella —observó Fiona.

—Tessa no querría que George partiera a una cruzada en su nombre, ¿no?

—¿Por qué no? Tú no conocías a Tessa tan bien como yo. Eso es exactamente lo que ella querría. Piénsalo. ¿Crees que podría descansar alguna vez si su muerte quedase sin venganza?

—Espera un minuto, cariño —le dije—. Tessa está muerta. Está muerta y no podemos hacer nada para devolverle la vida. Es imposible que la oigamos reír, ni sabes qué quiere a modo de venganza. No puede oírnos, y nosotros no podemos oírla a ella. Tienes que aceptar que ésa es la realidad.

—Pero es que sí puede, Bernard.

—Estar sola en un lugar como éste puede hacer que la imaginación nos juegue malas pasadas —continué—. Este edificio es muy viejo. Hay ruidos extraños. Tuberías de agua caliente que se enfrían, maderas que crujen y esas cosas. Puede ser engañoso. Deja que Tessa descanse en paz.

Fiona se puso en pie.

—De eso se trata precisamente, Bernard. Hasta que se vengue su muerte no podrá descansar. Eso es exactamente lo que me dijo George y estoy de acuerdo con él.

No dije nada. Fiona fue a la cocina a buscar un recipiente de fruta fresca.

—¿A ti te fue bien todo? —me preguntó Fiona cuando volvió con la fruta.

—Todo se fue a pique —respondí—. El hombre que íbamos a buscar estaba muerto. Todavía están recogiendo los pedazos. Y a mí me dieron una patada en la cara.

Me miró y asintió.

—Tienes que ir a ver un médico mañana por la mañana.

—Ya he ido a un médico. Estoy bien.

—Sabía que algo habría salido mal —dijo Fiona—. Dicky llegó a la oficina echando chispas y diciendo que alguien había traicionado la operación. Te vio en Berlín, pero dijo que te habías largado. ¿Qué pasó?

—Cuando Dicky tiene que afrontar las consecuencias de su incompetencia, siempre ruge diciendo a voces que lo han traicionado.

—Convocó una conferencia inmediatamente. Y entró como una tromba en una reunión del comité de presupuestos en la sala de conferencias, les dijo que había una emergencia y los echó de allí. Tuvieron que celebrar la reunión en la antesala del director general. Era el único lugar disponible. Cogieron un cabreo de narices.

Fiona me contaba todo aquello sin concentrarse en Dicky. Hablaba de él como si fuera alguien a quien apenas conociera. Y sin embargo estaba seguro de que ella culpaba a Dicky por haber llevado a Tessa a Berlín. Si Tessa se hubiera quedado en casa con George, aún seguiría viva, Fiona me lo había dicho más de una vez.

—¿Cuándo fuiste por primera vez a la oficina?

Fiona se dio la vuelta y me miró.

—Bernard, tienes que hablar con ella.

Yo no tenía que preguntar con quién. Se refería a Gloria Kent, con la que yo había estado viviendo hasta que descubrí que el hecho de que Fiona desertara al Este era todo parte del plan a largo plazo del que nunca me habían hablado.

—Sabes que tengo intención de hacerlo, cariño —le prometí una vez más.

—Creía que ella iba a la universidad.

—El Departamento la abandonó. Le prometieron seguir pagándole mientras estudiaba, pero luego cambiaron de opinión.

—Debe de haber muchas otras clases de becas —dijo Fiona, pensativa.

—Estoy seguro de que la situación actual... contigo aquí, se le hace igualmente difícil a ella —observé.

—Está esperando a que te cases con ella —comentó Fiona con una valiente sonrisa que le resultaba difícil sostener.

—Claro que no. Sabe que estoy casado contigo.

—Si papá no le hubiera quitado a los niños...

Se interrumpió, pero yo rellené los huecos que faltaban. Estaba pensando en la situación en que se encontraría ahora teniendo que pedirle a Gloria que le permitiera ver a sus propios hijos. Probablemente había pasado mucho tiempo pensando en eso.

—No seas ingrata, cariño —le dije—. ¿Qué habría sido de los niños si Gloria no los hubiera cuidado?

—Papá quiso tenerlos desde el principio.

Apreté los labios con fuerza. Lo cierto era que David Timothy Kimber-Hutchinson, el padre de Fiona, se había mostrado reacio a cooperar, como siempre, cuando le pedí que me ayudase con los niños. En cualquier caso, si Fiona llegase a admitir la verdad tendría que reconocer que entre tener a sus hijos al cuidado de Gloria Kent o exponerlos a la influencia de aquel viejo loco malhechor que tenía por padre, no había elección posible.

—Podría haber hecho cosas peores que dejarlos al cuidado de Gloria.

—Me dijo que se estaban volviendo cerriles.

—Lo dudo. Gloria estaba intentando trabajar en la oficina y cuidar a los niños a la vez —le indiqué con suavidad—. Lo hizo lo mejor que pudo.

—¿Eso es lo que ella te dijo?

—No he hablado con ella, sabes que no lo he hecho. Una vez que me enteré de que tu padre le había arrebatado los niños como un ave de presa, no había nada que hablar.

—Como un ave de presa —repitió Fiona—. Por lo que veo estamos en deuda con Gloria por haberlos cuidado, pero cuando mi padre los rescata, les consigue plaza en un buen colegio privado sin tener casi tiempo para solicitarla, paga las mensualidades y hace todo lo que puede, se dice de él que ha arrebatado a los niños como un ave de presa.

—No discutamos acerca de los niños —le dije. Volvía a dolerme la cara, supongo que tendría algo que ver con la magulladura y con la circulación de la sangre—. Los dos queremos lo mejor para ellos.

—Igual que mi padre.

—Sí, desde luego —convine. Fiona me miró. Sabía que yo estaba a punto de estallar de ganas de añadir que Gloria también quería únicamente lo mejor para ellos. Conté hasta diez y luego añadí—: Pero debes admitir que fuiste tú quien abandonó a los niños. No fuimos ni Gloria ni yo quienes creamos el problema.

—¿Cómo te atreves a decir que los abandoné? Los tenías a tu cargo. Fuiste tú quien se los dio a una extraña.

Los dos estábamos incapacitados, con esa incapacidad inglesa para discutir cualquier cosa que sea verdaderamente importante. Quizá yo hubiera debido ser más brutal y decirle que ahora ella tendría que vivir con las consecuencias de su heroica escapada, aunque ello supusiera ser una extraña para sus propios hijos. Le rodeé los hombros con el brazo, pero Fiona se puso rígida.

—Todo se arreglará —le dije—. Cuando vayamos a ver a los niños este fin de semana lo resolveremos.

Fiona bebió un sorbo de vino y luego se limpió los labios.

—Lo siento, Bernard. Me he pasado todo el día diciéndome que cuando llegases no entablaríamos una pelea acerca de papá y los niños.

Se puso en pie y empezó a quitar la mesa, recogiendo los platos y los cubiertos.

—Todo el mundo actúa con buena intención —le dije—. Todos intentan ayudar.

—Yo no puedo trabajar junto a esa mujer —comentó Fiona—. Y no quiero hacerlo.

—No tendrás que hacerlo.

—¿Y si me destinan al departamento de Hungría?

—Sí, bueno... Hungría es el lugar donde va a ocurrir todo —le dije—. Si logramos que los húngaros abran la frontera, la República Democrática Alemana tendrá que fortificar esa frontera de cabo a rabo para evitar que sus

habitantes la crucen. Ésa podría ser la gota que colmase el vaso para el régimen.

—Es una hipótesis que está en el aire —observó Fiona, decidida a no dejarse animar—. Y mientras tanto la señorita Kent dirige el departamento de Hungría.

Dejó los platos y los cubiertos y se quedó allí de pie, como si se le hubiera olvidado lo que estaba a punto de hacer.

—¿No...?

—No, en realidad no ha conseguido la plaza; sólo trabaja allí. Pero habla húngaro como si fuera nativa. ¿Qué oportunidad tengo yo, que trabajo en un departamento con un jefe ya establecido? Mientras que Gloria es una enciclopedia viviente sobre Hungría y todo lo húngaro.

—Dile a Dicky que quieres trabajar en otra parte —le recomendé—. Él es el jefe supremo de momento; podría ponerte donde quisieras.

—Solicité ir a Irlanda del Norte, pero Dicky dijo que de eso no quería ni oír hablar.

—¿Por qué? Según tengo entendido, esa plaza la puede solicitar cualquiera.

—Ya sabes por qué. Forma parte de la red del viejo. Allí irá a parar algún borrachín que tenga compañeros de borrachera en el ejército y en la Policía Real del Ulster. En los tiempos que corren, Belfast está reservada para candidatos políticos.

—Puede que sea mejor así. No me gustaría verte metida en todo el alboroto y la violencia irlandeses. Belfast es demasiado peligroso para una mujer.

—Hablas igual que Dicky.

—Dicky debe de tener razón alguna vez, aunque sólo sea por la ley de las probabilidades.

—Sí. Y ojalá te esforzaras más en ver eso. Te metes en problemas tú solito al poner de manifiesto abiertamente tu desprecio hacia él. Ello mina su autoridad.

—Hablaré con Gloria mañana —le dije—. Lo prometo.

—La encontrarás en el centro de datos. Están trabajando duro para enterrar los errores dentro de uno de esos informes muy densos para el ministro, con la esperanza de que éste no tenga tiempo de descubrir los fragmentos que ellos necesitan ocultar.

—Dondequiera que esté, la encontraré y hablaré con ella. Lo prometo.

—Visita a los niños todas las semanas. ¡Todas las semanas! Les lleva regalos y les envía postales. A veces su padre la acompaña; los niños lo llaman «tío».

—¿Va a casa de tu padre a verlos?

—Papá no consiente que se diga una palabra contra ella —observó Fiona—. Se lo ha ganado por completo.

—Vaya, vaya.

El padre de Fiona se volvía totalmente gagá en presencia de una muchacha, pero era fácil comprender por qué Fiona se sentía aislada.

—Dile que todo ha terminado, sencillamente. Agradécele que haya cuidado a los niños. Pero asegúrate de que se entere de que todo ha terminado. Tú estás felizmente casado. Casado conmigo. Y yo no quiero que ella visite a mis hijos.

Asentí. Las historias de Fiona referentes al fantasma de Tessa puede que hubieran sido meros espejismos pasajeros o puede que no, pero sus sentimientos hacia Gloria eran inconfundiblemente sinceros.

—Dime una cosa, cariño —le pregunté—. Cuando Tessa hizo testamento y te asignó a ti este piso y su contenido, tú estabas en Berlín trabajando para la República Democrática Alemana. ¿Qué habrías hecho tú con un apartamento en Londres?

—Venderlo, supongo —respondió Fiona mirándome con precaución.

—¿Y habrías echado a George?

—Es posible que Tessa supiera que George no querría quedarse aquí si a ella le ocurría algo. Quizá hubieran hablado de ello. O quizá fuese un abogado quien dispusiera los términos del testamento. De todos modos, ¿quién habría podido imaginar que Tessa moriría antes que George y que yo? —Fiona me ofreció el frutero—. Las peras están maduras. ¿Quieres que te traiga un plato limpio?

—No, gracias —le dije—. ¿De modo que a Tessa sí le habías dicho que tu deserción era un truco? ¿Le insinuaste que con el tiempo esperabas volver a tu trabajo y a tu vida normal en Londres?

—Y sin embargo a ti no te conté mi secreto. ¿Es eso lo que te molesta?

—Bueno, ¿se lo dijiste?

Cambié de idea sobre el postre, de modo que cogí el plato que había utilizado para la carne del lugar donde ella lo había apilado; luego escogí una pera y empecé a mondarla con el mismo cuchillo que había utilizado para la ternera.

—Te hace falta un plato limpio y un cuchillo de postre.

Fiona había dejado preparados dos platitos, y cogió uno de ellos y me lo dio junto con un cuchillo de postre. Me cogió la pera de la mano, la puso en el plato limpio y luego quitó el plato de la carne. Fiona lo planeaba todo con cuidado y se atenía a sus planes, ya se tratase de peras en platos de postre o de cualquier otra cosa. Me miró.

—Claro que no se lo dije. Casi nadie lo sabía. Fue el secreto mejor guardado que había tenido nunca el Departamento. Ojalá dejaras de darle vueltas a ese asunto.

—No le doy vueltas a ese asunto... ni a ningún otro —le contesté haciendo un esfuerzo para no preguntarle por qué yo no debía seguir dándole vueltas a la traición de ella, aunque ella sí podía hacerlo sobre las consecuencias de su traición.

—Oh, hay unas cartas para ti.

Las cogió de un soporte de plata para tostadas que había sobre el aparador y que George siempre había utilizado para la correspondencia.

—¿Quién conoce esta dirección?

—No seas tan reservado.

—Yo no le he dado esta dirección a nadie —observé.

—Abre el correo y quizá lo averigües —me dijo Tessa; y empezó a quitar la mesa.

Las cartas eran una colección de circulares y facturas de teléfono y gas, y también una carta informal de mi tío de Chicago. Cosa que no tendría mayor importancia de no ser porque yo no tenía ningún tío en Chicago.

—¿Buenas noticias, querido? —me preguntó Fiona mientras llevaba los platos a la cocina y empezaba a llenar el lavavajillas.

—Sí, van a cortar el teléfono.

—Pues lo he pagado —me dijo Fiona desde la cocina.

Miré la carta de Chicago. Al cabo de dos páginas de palabrería banal había dos renglones de números de teléfono. La caligrafía era apretada y angulosa, supongo que para disimular la identidad, pero yo ya había adivinado de quién se trataba antes de llegar a la lista de números.

—Me parece que voy a darme un baño —le indiqué a Fiona—. ¿Hay agua caliente?

—Sírvete tú mismo. Hay montañas de toallas nuevas y te he comprado una maquinilla y crema de afeitar por si llegabas sin la maleta.

—Piensas en todo.

Mi «tío», naturalmente, era Bret Rensselaer. Los falsos números de teléfono constituían un mensaje. Había utilizado el código más tosco de todos,

y sin embargo, como tantos inventos toscos —desde las bombas caseras hasta el truco de las tres cartas—, podía ser lo bastante efectivo como para derrotar gran cantidad de esfuerzo sofisticado. El primer número era la página, el segundo número el renglón y el tercer número indicaba de qué palabra se trataba. Lo único que se necesitaba para leer el mensaje era tener la misma edición del mismo libro que el remitente había utilizado. Puesto que el código estaba basado en palabras y no en letras, no se proporcionaba frecuencia de letras, que es lo que resquebraja por completo los códigos de aficionados. En una era en que había infinidad de libros impresos al alcance de todo el mundo, estos códigos no eran fáciles de descifrar. Y yo tenía el libro adecuado: la biblia de Bret. La había llevado conmigo como Bret me había recomendado que hiciera. Supongo que algún instinto me había dicho que alguna vez la necesitaría.

En cierto modo me sentí como un tonto al llenar la bañera en un cuarto de baño lleno de vapor mientras contaba las páginas de la pequeña biblia, unas páginas tan delgadas que eran casi transparentes. No había descifrado un mensaje codificado desde que dejara los *boy scouts*. O quizá desde que salí de la escuela de entrenamiento; no había mucha diferencia entre una cosa y otra.

Cada página de la pequeña y viejísima biblia tenía dos columnas, pero pronto me di cuenta de que Bret sólo utilizaba la columna de la izquierda. Iba pasando las páginas y las palabras emergían una tras otra en extraña secuencia, proporcionándome la misteriosa sensación de que Bret hablaba desde más allá de la tumba; algo así como si las palabras fueran una comunicación espiritual que salía de un tablero de ouija.

Muerto desconocido no obstante resulta reconocible como servidor esposa.

Imaginé a Bret recorriendo la biblia buscando las palabras que necesitaba. Debió de ser una tarea frustrante, y además allí no disponía de los nombres de las personas y de las ciudades. Era típico de Bret que, habiendo prodigado un «no obstante» en su texto, al final se hubiera impacientado lo suficiente como para usar números en lugar de palabras.

«No me llames por teléfono —decía mi tío en la carta—. No estaré en casa». Pero yo más bien pensé que aquello era para recordarme que el teléfono de Bret no era del todo privado. Pobre Bret. Era el último de los guerreros del piso superior, y había abandonado sus esperanzas de regresar al servicio activo en Londres.

—¿Está caliente el agua? —me preguntó a gritos Fiona desde el otro lado de la puerta.

—Sí, ya estoy metido en ella —le respondí con énfasis; luego tiré de la cadena para que el mensaje de Bret desapareciera por el retrete.

8

DICKY llegó al trabajo sólo treinta minutos después que yo. Llegaba más temprano desde que había obtenido el control temporal de Operaciones. Cuáles eran los elementos de su rutina diaria —practicar el *jogging* y atravesar Hampstead Heath para volver a casa a desayunar— que había abandonado, no lo sé, pero iba ganando peso de manera constante. Supongo que llegar temprano formaba parte de su campaña para conseguir que el nombramiento en Operaciones llegase a tener un carácter permanente.

—Pasa, Bernard —dijo con brusquedad mientras entraba en la antesala y pasaba apresuradamente junto a la secretaria al tiempo que extendía una mano para coger el montoncito de correspondencia abierta que ella le tendía.

Entró en el despacho, donde se veía la alfombra de piel de león con las extremidades extendidas, la melena enmarañada y los ojos de vidrio centelleando malévolamente. Dicky evitó pisar su león —ya me había fijado en eso otras veces— y lo rodeó para situarse de pie detrás de la mesa de palisandro que utilizaba en lugar de escritorio.

Dispuestas muy juntas, y ocupando gran parte de la pared que quedaba detrás de él, se veían fotografías en blanco y negro pulcramente enmarcadas, en todas las cuales un sonriente Dicky estrechaba la mano a alguna persona rica e importante. En la otra pared se alzaba una reproducción de vitrina Chippendale con el frente de vidrio que contenía algunos libros que Dicky había comprado por sus impresionantes encuadernaciones en piel. La mantenía cerrada porque si se miraban desde más cerca se veía que eran volúmenes tales como *Gloriosos días de imperio* e historias incompletas de la guerra de Crimea y de Vickers Armstrong. El único que yo le había visto abrir era un gastado ejemplar de *Quién es quién* que Dicky solía utilizar para buscar los antecedentes de las personas que había conocido en alguna fiesta.

—¡Ajá!

Barajó rápidamente la correspondencia antes de arrojarla en una bandeja. Luego se quitó la cazadora, una réplica de las de piloto de combate de la segunda guerra mundial, y la lanzó al otro lado de la habitación hasta los

brazos de su asistente, que la estaba esperando. Dicky se quedó allí de pie mientras yo tenía ocasión de admirar su jersey de punto; era el de color verde hierba, con un dibujo de manzanas, naranjas y plátanos a tamaño natural en la parte delantera.

Dispuesto delante de él, sobre el secante de color rojo brillante, había un vaso de agua y media docena de píldoras de diferentes formas y colores. Todavía de pie, Dicky cogió las píldoras una a una y se las fue tragando con un sorbo de agua.

—¿Tomas vitaminas, Bernard?

—No —respondí.

Daba la impresión de que le faltaba un poco el aliento, pero no hice comentario alguno al respecto.

—Yo tengo que tomar vitaminas en esta época del año.

Se metió una gran píldora roja en la boca.

—¿Qué debilidad te ataca en esta época del año? —le pregunté con genuino interés.

—Las obligaciones sociales, Bernard. Cenas, ceremonias en Whitehall, banquetes, reuniones oficiales, borracheras del personal y todas esas cosas. Es todo muy exigente. —Esta vez se puso un cilindro moteado de color naranja en la lengua—. Es vitamina B 12 —me explicó.

—Es duro —comenté—. Nunca me había dado cuenta de lo que supone estar en lo alto.

—Todo ello forma parte del trabajo —sentenció filosóficamente—. Es el trabajo que se hace detrás del escenario lo que mantiene en marcha este departamento. —Cuando hubo tragado la última de las píldoras, se terminó el agua y pidió a voz en grito—: ¡Café, esclavos! ¡Café!

En la antesala, al otro lado de la puerta, oí cómo la infortunada joven que trabajaba allí empezaba el frenético ajeteo de preparar el café de Dicky. Dicky les prohibía que molieran el café por adelantado; decía que perdía los aceites esenciales.

Se sentó detrás de la mesa.

—Siéntate, Bernard, y toma un poco de café. —Parecía estar practicando la sonrisa encantadora y el porte servil que solía reservar para el director general. Una invitación de Dicky para que se le acompañara tomando café era algo que no hacía de manera impulsiva, así que comprendí que quería algo—. ¿Me has traído el informe revisado?

—No —respondí.

Me senté en el sillón Charles Eames. Ahora que Dicky había tomado posesión de un extraordinario sillón de nueva «postura» que había visto anunciado en *Casa y jardín*, el Eames había quedado relegado como asiento para las visitas. Me hundí profundamente en el blando sillón mientras él, que observaba cómo me instalaba, centró la mirada en mi rostro. Las magulladuras habían perdido sus iniciales tonos de color morado oscuro y tenían ahora vetas carmín y naranja, como una puesta de sol.

—¿Qué demonios te ha pasado? —me preguntó con una voz llena de temor y de asombro que me hizo pensar que las magulladuras eran peores de lo que en realidad eran.

—Un borracho idiota intentó robarme.

—¿Dónde?

—En un *stube* en Kreuzberg.

—Deberías mantenerte alejado de ese tipo de cucarachas grasientas —me dijo Dicky. Y con encomiable preocupación por los asuntos de la nación, añadió—: Suponte que hubieras llevado encima papeles de primera categoría.

—Los llevaba —le indiqué—. Pero me los tragué.

Después de una tensa sonrisa condescendiente, Dicky dijo:

—Frank me ha dicho que habías retirado el primer informe y que estabas redactando otro.

—Sí, pero regresé ayer por la noche y no he tenido tiempo.

—¿De dónde regresaste, amigo?

No era más que una burla, desde luego. Me estaba demostrando lo bien que se le daba mantener la tapadera puesta sobre la ira que sentía mientras permitía que una pequeña cantidad echase vapor y se desbordase por la parte externa de la olla.

—Fui a Zurich.

—A Zurich. ¿Y qué asunto tan apremiante te llevó allí?

Comprendí entonces que los corresponsales de Dicky en Berna habían fracasado en su intento de localizarme en Suiza, y obtuve un placer infantil al haber sido más listo que él y sus fisgones.

—Estuve hablando con Werner.

—¿Con Werner? ¿Con Werner Volkmann? Ojalá no lo hubieras hecho, Bernard.

—¿Por qué, Dicky?

—Es estos momentos tu viejo compañero es persona *non grata* para nosotros. —Se oyó el chirrido súbito de un lejano molinillo de café eléctrico. Dicky dirigió la mirada hacia la puerta, levantó un brazo y gritó con aquella

rabia fingida que, según él, tanta gracia hacía a sus subordinados—: ¡Café! ¡Café, por el amor de Dios!

—Se trataba de un asunto particular —le informé—. Me tomé dos días de las vacaciones que se me deben y pagué el viaje con mi dinero. Había ciertos asuntos de los que tenía que ocuparme.

—Tu cuñado. Sí, me he enterado de que se ha convertido en exiliado a causa de los impuestos.

Entonces llegó el café. Beber café era un ritual que le proporcionaba a Dicky uno de los momentos más apreciados del día. No era un café cualquiera: se trataba de un café selecto, de importación, que le traían de la tienda del señor Higgins, el famoso comerciante de café de Londres. Se lo traía a gran velocidad en motocicleta uno de nuestros mensajeros oficiales, y se molía en la misma antesala de Dicky sólo unos minutos antes de hacerlo, utilizando para ello un molinillo eléctrico especial que Dicky había encontrado en Berlín. Todo ello merecía la pena, desde luego. El café de Dicky gozaba de renombre. No había posibilidad de que le reprendieran por utilizar a los mensajeros para sus asuntos personales. Todo el personal del piso de arriba, incluso el viejo director general, acudía a toda prisa por el pasillo para compartir el café con Dicky.

Puso ante mí una taza del mismo y se quedó mirando con desprecio cómo le echaba crema.

—Eso estropea el café —me aseguró—. Éste es el mejor grano de café que se puede comprar. El sabor es tan delicado como el de un buen clarete. ¿Sabes? Me parece que empiezo a distinguir una plantación de otra.

Después de servirse café, no volvió a situarse detrás de la mesa, sino que se apoyó en el borde de la misma y se quedó mirándome inquisitivamente.

—Asombroso —repuse—. Incluso la plantación, ¿eh?

—Siempre he tenido el paladar delicado. —Me miró—. El café realmente bueno, como éste, se estropea por completo si se le añade crema o azúcar.

—Azúcar. Sí, muy bien. ¿Tienes azúcar?

Se llevó la mano detrás de la espalda y, sin necesidad de buscarlo, alcanzó el azúcar que había en la bandeja; Dicky ya sabía lo que yo iba a decir.

—Aquí tienes, bárbaro.

Quizá me hubiera tomado el café solo y sin azúcar, como Dicky tomaba el suyo, pero ello le habría privado de la oportunidad de explicarme el paladar tan delicado que poseía.

—Tendrás que volver allí otra vez, Bernard —me indicó—. Tendrás que volver para ver qué pasa.

—Acabo de llegar a Londres —me quejé—. Y aquí hay muchísimo que hacer.

—No tengo a nadie más.

—¿Y el muchacho que vino conmigo?

—Esto no es para él.

—¿Por qué?

—Te diré por qué, Bernard. Porque no me estás diciendo toda la verdad, por eso. Estás jugando conmigo.

—¿Yo?

—Frank opina que te muestras reacio a decirnos lo que realmente crees que ocurrió la semana pasada. ¿Quiénes eran aquellas personas del coche que os persiguieron? Sé que tienes una teoría, Bernard. Compártela conmigo. No perdamos el tiempo dando rodeos. ¿Quiénes eran?

—Es posible que uno de ellos fuera VERDI.

—¡En el coche que iba detrás de ti! —Yo sabía que mi sugerencia serviría para encender a Dicky y no quedé decepcionado. Dejó el café, derramando parte del mismo a causa de la excitación. Luego me miró, esbozó una amplia sonrisa infantil y se golpeó la palma de la mano con el puño—. ¡VERDI! — Se acercó a la ventana y miró hacia el exterior—. Entonces... ¿el muerto era otro?

—Deberíamos mantener la mente abierta.

—¿Lo dices por algo que encontraste en sus bolsillos? —me preguntó apresuradamente—. Me fijé en que no hiciste una lista de lo que encontraste en los bolsillos del muerto.

—No tenía nada en los bolsillos.

—¿Nada? —Todo el fuego que inflamaba a Dicky se enfrió de repente y éste se desinfló; empezó a roerse la uña del dedo meñique buscando consuelo—. ¿Nada de nada?

—Eso es lo que me pareció más raro —le dije.

Asintió un par de veces con la cabeza.

—Todavía estaba caliente, pero alguien había encontrado tiempo suficiente para vaciarle por completo los bolsillos —comentó Dicky meditando en voz alta.

—Es difícil hacer eso, Dicky —observé con intención de conducir con suavidad sus pensamientos—. Es más probable que ese alguien misterioso le obligase a vaciar los bolsillos previamente.

—Y luego le dispararon. Sí, en efecto.

—Es todo negativo —admití; e intenté pensar en alguna otra cosa que le complaciera—. Pero eso me llenó de turbación en aquel momento. Es algo que no recuerdo que me sucediera otras veces. Siempre hay algo en un traje viejo... billetes usados, una moneda, un lápiz, un pañuelo...

—A menos que alguien se haya tomado grandes molestias para asegurarse de que no haya nada —gruñó Dicky con la llama de su corazón ardiendo vivamente otra vez—. Sí, claro que sí. ¿Y los tipos del coche?

—No contestaron a los disparos —le dije.

—Quizá no fueran armados.

Sonreí.

—Tú nunca has estado allí, Dicky; de lo contrario no sugerirías siquiera esa posibilidad.

Fruunció el entrecejo mientras buscaba otra explicación.

—Esos tipos no disparan. ¿De manera que se trata de VERDI?

—No es seguro, Dicky. Por supuesto que no. Pero uno no dispara contra el otro bando cuando está intentando negociar.

No sonrió, pero aquella línea de pensamiento le complacía y estaba dispuesto a reconocerlo.

—Tú no eres sólo una cara bonita, Bernard.

Me pregunté si yo no habría ido demasiado lejos en mi improvisación, aunque entre los secuaces de la Central de Londres existía la teoría de que, al retorcer la realidad para complacer a los superiores, no era conveniente pasarse de la raya.

—Esto es más que una difusa suposición, Dicky. No es una teoría según la cual debemos fijar nuestro modo de actuar. Por eso no quise ponerla por escrito.

Dicky estaba perdido en sus pensamientos.

—Sí, por eso le dispararon en la cabeza. Ninguna identificación. Luego Verdi te persigue. Tú crees que es... y le disparas. Todo encaja.

Yo no quería decirle que no, que no encajaba, porque eso habría enturbiado la evidente satisfacción que él sentía. Pero una vez que alguien empezase a dar golpecitos en aquella frágil hipótesis y utilizase algún razonamiento, la hipótesis se rompería en mil quebradizos fragmentos. Pero de momento mi teoría era lo único que mantenía aquella sonrisa en el rostro de Dicky, y yo necesitaba de su buena disposición para lograr introducirme en el centro de datos.

—Deberíamos guardar esta idea entre nosotros dos —le dije—. Si acaba por resultar errónea no nos conviene quedar en ridículo.

—No te preocupes, Bernard, hijito —dijo Dicky al tiempo que me palmeaba el hombro en un nada característico gesto de apoyo y se reía entre dientes de lo que pensaba era el motivo que había detrás de mi aprensión—. No te robaré el mérito de tu teoría.

—No es eso lo que me preocupa, Dicky —le dije—. Tú eres bien venido a la teoría, pero creo que de momento deberíamos guardarla entre nosotros.

—Siento haberte puesto en ese despacho encajonado rodeado de esos archivadores —me indicó Dicky con lo que casi parecía auténtica contricción—. Ya te buscaremos algo mejor... algún sitio que tenga ventana... cuando me confirmen en el cargo al frente de Operaciones.

—No importa —le dije.

Aunque resultaba difícil pasar por alto el hecho de que la oficina de Dicky, con dos ventanas y vista sobre el parque, era una de las más grandes del edificio, y además se le había añadido el grandioso despacho contiguo como antesala para su secretaria, junto con otra zona dividida en compartimentos que los visitantes podían patearse arriba y abajo mientras esperaban a que él los recibiera. No existía la menor posibilidad de que en el suelo de mi pequeño *sancta sanctorum* yo tuviera una alfombra de piel de león como la del despacho de Dicky, por la sencilla razón de que mi cuartito era más pequeño que el espacio que suele ocupar un león de tamaño normal con la patas extendidas.

—Supongo que no tendrás más intuiciones.

—Ahora mismo no, Dicky.

—Entonces, ¿qué hacemos?

—Me gustaría pasar un par de horas en el centro de datos —le sugerí.

—¿Para qué?

—Tengo interés en probar una cosa con el ordenador.

—¿Sobre Verdi?

—Sí. Puede que haya algo que tenga que ver con eso.

—Muy bien, Bernard. Mi secretaria te dará un pase para el centro de datos. Ahora tenemos racionado el tiempo que podemos pasar allí. Supongo que ya te has enterado.

—Sí, lo he oído decir.

—¿Más café?

Era una señal para que me fuera.

Me puse en pie.

—No. Está exquisito, pero mi ración es una taza.

Sonrió. Su capacidad para beber litros de café era algo de lo que a Dicky le gustaba alardear.

Cuando llegué a la puerta y la abrí, Dicky vino corriendo a grandes zancadas detrás de mí. Agarró la puerta y la empujó cerrándola con un gesto de confidencialidad, aunque no había nadie detrás de la puerta que pudiera escuchar.

—Lo que tú no sabes —me dijo Dicky— es que lo que me acabas de decir encaja con lo que yo sé.

—¿Qué sabes?

—Por lo que respecta a la oposición, VERDI ha desaparecido por completo. No hemos oído nada en ningún sitio acerca de que le hayan disparado a alguien en Magdeburgo, y VERDI no ha respondido a ninguna de nuestras señales.

—Pero eso no es una confirmación, Dicky.

—Claro que lo es, no seas tonto. Hemos cuidado a ese hombre como a nuestra más querida posesión; hemos asignado códigos de despedida, escondrijos para correo secreto y pisos francos. Lo único que tiene que hacer es levantar una ceja. Pero hasta el momento lo ha ignorado todo.

—¿Se me permite saber por qué VERDI es tan importante para nosotros? —le pregunté—. ¿Es que sabe algo especial?

Abrí la puerta, pero Dicky puso en ella una mano y la cerró de nuevo. Cuando estaba determinado a algo podía hacer acopio de una cantidad de fuerza considerable.

—Sí —repuso Dicky seriamente—, VERDI sabe algo muy especial. Lleva consigo un montón de datos. Tenemos que conservarlo con vida y de una pieza porque es él quien tendrá que descifrarlo todo. Hemos hecho planes especiales para él. Los jefazos me preguntan cuánto va a tardar todo el asunto.

—¿Y tú qué les dices? —le pregunté, pues sospeché que fuera lo que fuese lo que Dicky les había prometido a los jefazos, alguien como yo sería quien se iba a partir el pecho para conseguirlo.

—Yo no les prometo nada, Bernard.

Solté un suspiro de alivio.

—La única cosa sensata que se puede hacer es esperar a que VERDI se considere lo suficientemente a salvo como para volver a establecer contacto.

—¡Ja! —exclamó Dicky como si yo intentase hacerle una jugarreta—. Y seguiremos esperándole en Navidad.

—No lo presiones, Dicky. A lo mejor estás hurgando en un nido de avispas.

—Le concederé un par de días —me comunicó Dicky como si estuviera regateando conmigo—. Luego tendrá que ir alguien a seguirle la pista y a ver qué ocurre.

¡Un par de días! La sangre se me heló en las venas.

—Un café estupendo, Dicky —dije cuando por fin conseguí abrir la puerta—. Pero dicen que algunas personas, si toman demasiado, se ponen nerviosas.

—Pues yo no —dijo Dicky mordiéndose una uña—. Estoy acostumbrado.

El dinero para construir el centro de datos de Londres había sido aprobado cuando la URSS estaba en su momento más belicoso. Se habían sugerido varias sumas como presupuesto; quinientos millones de libras fue uno de los cálculos más modestos.

El «submarino amarillo» ocupaba tres niveles recientemente excavados bajo los sótanos de Whitehall. La entrada estaba en el Foreign Office, así que era difícil que algún intruso pudiese ver o filmar a aquellos que visitaban regularmente el gran ordenador. Entregué mi pase debidamente firmado al guarda de seguridad. En aquella época el guarda no sólo debía identificarme como usuario autorizado pasando por la pantalla de vídeo mi fotografía y mi descripción, sino que además tenía la obligación de apuntar mi nombre en un registro de entrada, de manera que el tiempo que yo pasara en el centro de datos se cargaba en horas y minutos al tiempo asignado al Departamento.

—¿Ha estado de vacaciones en algún lugar bonito, señor Samson? —me preguntó el guarda de seguridad cuando la pantalla de vídeo me confirmó como persona grata, al tiempo que me indicaba con la mano que pasara.

—No, es que ganamos en el bingo una lámpara solar —repuse.

Me prendí en la solapa la gran placa roja en la que se veía mi fotografía, cuyo borde rojo vivo anunciaba que yo tenía derecho a estar en el tercer nivel, el más profundo y secreto. Desde el vestíbulo tomé el ascensor, reluciente y nuevo, y pasé por los ordenadores centrales y por el almacén de *software* hasta que llegué abajo, al acceso a los datos secretos. Salí y me vi obligado a parpadear ante el fiero e implacable resplandor que procedía de la iluminación oculta en el techo. Había despachos alrededor de todo aquel nivel. El acceso a ellos se hacía desde un pasillo cuyas paredes eran de vidrio transparente. A través de la pared de vidrio se veía una zona abierta donde sesenta lugares de trabajo, que zumbaban, tarareaban y producían chasquidos, estaban dispuestos en cubículos cuya altura llegaba hasta la cintura, cada uno de ellos a la altura justa como para proporcionar intimidad a quien estuviera allí sentado. Casi

todos los cubículos estaban ocupados, y su estado quedaba indicado por las diminutas luces rojas que brillaban en lo alto de cada una de las consolas ocupadas cuando el ordenador estaba encendido.

Seguí caminando hasta que vi a Gloria. Ocupaba uno de los mejores cubículos, los que había en los rincones, y lo había convertido en una especie de gabinete privado. Estaba encaramada en una de las primitivas sillas de mecanógrafa que los contables insistían en que eran muy buenas para la espina dorsal, aunque ellos no las utilizaran. Los sillones del departamento de cajeros eran blandos, caros y nocivos para la salud.

En el regazo, Gloria sostenía en equilibrio un par de libros de consulta y un cuaderno engalanado con banderas amarillas. La papelera rebosaba hojas impresas desechadas y había memorandos, informes, vasos de café de papel, latas de Cola-cola y bolígrafos esparcidos alrededor como si hubiera estado trabajando allí sin parar durante una semana.

Era la primera vez que la veía desde hacía muchas semanas, y ahora, al mirarla, recordé. Gloria debió de sentir mis ojos puestos en ella, porque levantó la mirada repentinamente. Cargada aún con los libros, levantó el brazo y agitó la mano en el aire, ondulando los dedos en un gesto que me sorprendió y me causó un súbito dolor al reconocerlo.

Me acerqué a ella.

—Hola, Gloria —la saludé con timidez.

Al decirlo, un movimiento en la fila contigua me reveló los inquisitivos y hostiles ojos de un hombre llamado Morgan que curioseaban por la parte superior del cubículo. Morgan era un ocupante del último piso; trabajaba para sacarse un doctorado en Filosofía y estaba especializado en cotilleos.

Gloria puso los libros en el suelo y se levantó.

—¡Bernard! ¡Es maravilloso! Esperaba... había oído decir que habías llegado. —El saludo era cálido, pero sus modales eran reservados. Aunque luego se suavizó un poco—. Pobre cara. ¿Qué has hecho, Bernard? —Se inclinó hacia adelante y me tocó las magulladuras con ternura, acercando mucho el rostro al mío de manera que pude oler su perfume y sentir su aliento y el calor de su cuerpo—. ¿Te duele mucho?

¿Es que tenía que acercarse tanto? ¿Era aquello una especie de test de mi pasión? ¿O lo que estaba poniendo a prueba era su propio control? Aún indeciso acerca de sus motivos, y sabedor de que Morgan nos estaba mirando, opté por darle a Gloria un breve y fraternal beso en la mejilla. Sonrió y se tocó la cara en el lugar donde yo había puesto los labios. Tenía los dedos

esbeltos y elegantes, pero la punta estaba manchada de tinta, lo que me recordó a la colegiala de sexto curso que había sido hacía muy poco tiempo.

—Tienes muy buen aspecto —le dije.

Era una estupidez decir aquello, pero dudo que me oyera; todo lo que estaba ocurriendo entre nosotros tenía lugar en la intimidad de nuestros recuerdos.

Gloria era esbelta y pasmosamente joven, ambos atributos enfatizados por los tejanos negros ajustados y el jersey blanco igualmente ceñido. Apenas podía creer que aquélla fuera la misma criatura con la que me había acostado y con la que había vivido como si fuera mi esposa. No era de extrañar la consternación que el reajuste doméstico había causado entre mis amigos y colegas. Gloria sonrió con nerviosismo y dio la impresión de que estuviera a punto de tenderme la mano para estrechármela. Había en ella cierta torpeza. Tenía la cara suave y sin arrugas, y la expresión que se le reflejaba en el rostro era más de perplejidad que de confianza; y por encima de todo rezumaba atracción sexual. Parecía por completo ajena al efecto que producía en mí, aunque eso quizá tuviera una explicación más racional como medida de mi incapacidad de toda la vida para entender a las mujeres. Así que mientras me encontraba sucumbiendo ante aquella embriagadora atracción sexual, había otra mitad de mi cerebro, sobria, que veía lo que estaba sucediendo y se preguntaba por qué, aconsejándome en contra.

Quizá Gloria se diera cuenta de que Morgan se encontraba en un cubículo cercano, porque bajó la voz hasta convertirla casi en un susurro.

—Iba a ir a California a rescatarte —me dijo con una sonrisa—. Creí que te tenían prisionero.

Llevaba el cabello rubio bastante corto y lo sujetaba con un clip de plástico barato. Aquello aumentaba su aspecto de colegiala. Me pregunté si ella lo sabría.

—No estaba prisionero —repuse.

Aunque, pensándolo bien, supongo que Gloria tenía razón. No creo que me hubiera sido fácil abrirme camino para salir de allí, gritarle adiós a Bret y marcharme.

—Te mandé una postal. ¿La recibiste?

—No.

—Van Gogh. El cartero del uniforme azul.

—No la recibí.

—Me permiten trabajar en el departamento de Hungría.

—Eso me han dicho. Supongo que te estás haciendo un nombre.

—Trabajo mucho —me dijo Gloria—. Pero casi se me ha olvidado el húngaro. La gramática. Mi padre me está ayudando.

—¿Vuelves a vivir con tus padres?

—No me escribiste nunca —dijo ella, aunque sin hacerlo en tono de acusación ni de reprimenda.

—Lo siento. Intenté hacerlo...

—Las esposas son lo primero, Bernard. Las «otras mujeres» sabemos eso. En el fondo de nuestro corazón, lo sabemos. —Seguía sin haber rencor perceptible en aquella voz, pero Gloria echó hacia atrás la cabeza e hizo un breve puchero, aunque luego se acordó de sonreír—. Te fuiste aquel viernes por la mañana y me dijiste que sólo te ibas durante el fin de semana. Dijiste que volverías el lunes o el martes... y nunca regresaste. Todavía tengo maletas con tu ropa y otras cosas.

—No me dijeron que planeaban sacar a Fiona de allí aquel fin de semana. No me quedó más remedio que ir. Dijeron que ella sabría que no era una trampa si yo estaba allí.

—No te culpo, Bernard, de verdad que no. Es el trabajo. Son los hombres que dirigen este puñetero y podrido Departamento. Nos tratan a todos como basura.

—Pero ¿estás bien? —le pregunté—. He metido algo de dinero en tu cuenta.

—Tú te comportaste de una forma bastante decente, Bernard. Pero ellos estaban decididos a separarnos. Primero renegaron de su promesa de mantenerme en nómina con la paga completa si lograba obtener una plaza para realizar estudios eslavos en Cambridge. Nada de dinero, dijeron. Cuando vieron que tú y yo seguíamos juntos, convencieron definitivamente a papá.

—¿Qué quieres decir?

—Lo intimidaron hablándole de nosotros. Odiaban que tú y yo viviéramos juntos. Ya puedes comprender por qué, ahora que sabemos que la deserción de Fiona era un ardid. Sabían que ella iba a volver. Y atemorizaron a mi padre con ello.

—¿Quién?

—¿Cómo pueden ser tan hipócritas? ¿Qué daño le hacíamos a nadie? Éramos felices juntos, ¿no es cierto, Bernard?

Miró por encima del tabique de separación para asegurarse de que nadie la oía.

—¿Quién? —repetí—. ¿Quién sabía que Fiona iba a volver y que todo era una treta?

—Papá no quiere hablar de ello.

—Entonces, ¿cómo lo sabes tú?

—Mi padre estaba contento haciendo trabajos para el Departamento hasta que tú y yo nos pusimos a vivir juntos. Luego, de repente, pierde el arriendo de la consulta y le cierran el taller que tenía en casa.

—¿Por qué?

—No sabes hasta dónde son capaces de llegar. Y el poder que tienen es sobrecogedor. Papá recibió la visita del funcionario, inspector o lo que sea, de Salud Medioambiental. Dijo que el taller de papá contravenía la normativa de edificios de viviendas. Le dijeron que estaba en una zona residencial.

—¿No había solicitado tu padre un permiso de construcción cuando edificó?

—El Departamento le recomendó que no lo solicitase por escrito. No querían que se llamase la atención hacia el modo en que papá realizaba en casa trabajos secretos para el Departamento, por si la KGB se daba cuenta y se ponía a fisgonear. El Departamento le dijo que adelante, que lo construyera, y le prometieron arreglarle un permiso especial a través del ministerio.

—No es una conspiración. Parece más bien como si se tratase de un hijo de puta de cualquier oficina en alguna parte. ¿Lo sabe el director general?

—Entraron en la consulta y se lo sacaron todo; desde las escayolas hasta las fresas, el torno, el instrumental y toda la documentación. Todo. Mi padre no quiere hacer nada para enfrentarse a ello. Aceptó la indemnización que le ofrecieron. Pero le han arruinado la vida, Bernard. Es joven y todavía le gustaba trabajar de dentista.

—Puede empezar de nuevo.

—No, eso forma parte del trato. Perderá la pensión que le pasa el Departamento si vuelve a trabajar para alguien.

—Pero eso no puede haber sido sólo porque nosotros viviéramos juntos —le dije—. Es absurdo.

Me miró, me cogió la mano y la retuvo en la suya.

—Quizá no, Bernard. No te culpes.

—En serio, Gloria. No tiene sentido.

—Tiene sentido y mucho, Bernard. Tu mujer dirige este Departamento. No podría tener más poder ni aunque la hicieran directora general. Lo único que tiene que hacer es levantar el dedo meñique y todo el mundo sale corriendo a cumplir hasta el menor deseo que tenga.

—Tonterías —dije.

Y me eché a reír ante aquella exageración. Pero me daba cuenta de que era natural que a la pobre Gloria le pareciera que las cosas eran así.

—No son tonterías, Bernard. Si tú fueras un humilde empleado, un don nadie como yo, verías la clase de reverencias que Fiona recibe en el Departamento. La tratan como a una santa. No iban a permitir que una muchachita tonta como yo les echara a perder todos los planes. Por eso te enviaron a California, para que estuvieras con tu esposa. Y en cuanto estuviste allí me quitaron a los niños, hicieron una víctima de mi padre y se aseguraron de que yo quedase sin ningún poder.

—No es una conspiración, Gloria. Ya conoces a mi suegro. Debes comprender lo entrometido que puede ser el viejo idiota. Y no tiene relación alguna con el Departamento.

—Tú me dijiste que era como una especie de pariente.

—Del tío Silas. Sí, es primo suyo, pero lejano. Son amigos, aunque no íntimos. No podría haber confabulación entre ellos, créeme.

Con aire distraído pasó los dedos por el teclado y sacó un directorio de nombres en clave.

—Ojalá no te hubiera hablado de ello —me confió—. No pensaba decírtelo.

—Pues me alegro de que lo hayas hecho. Iré a ver a tío Silas y le diré lo que ha ocurrido.

—No balancees la barca, Bernard. Papá dice que es mejor dejar las cosas como están.

—Le pediré a tío Silas que me dé consejo sin hablarle de ti ni de tu padre.

—Te meterás en problemas. Me meterás a mí en problemas y no conseguirás hacer nada por ayudar a papá —predijo ella con aire de fatalidad. Se agachó, cogió uno de los libros del suelo y buscó una página que estaba marcada—. Además disgustarás a tu mujer. A ella no le gustará.

—Iré a la casa de campo de tío Silas y hablaré con él —repetí—. ¿Vienes aquí cada día?

—Vendré un par de días o más. Tengo mucho trabajo que hacer.

—Y por lo demás, ¿todo va bien?

Me miró un largo rato antes de responder:

—Sí, estoy en un equipo de rallies de automovilismo. Soy copiloto, navegante. Tengo como pareja a un conductor realmente soberbio. Es divertido.

—¿Rallies de coches? Siempre fuiste una conductora un poco alocada, Gloria.

—Eso solías decirme. Pero nunca he tenido un accidente, ¿no es así?

—No, en efecto, he sido yo quien ha tenido todos los accidentes — reconocí.

Permanecimos indecisos durante unos instantes, ninguno de los dos tenía nada más que decir y tampoco ninguno sabía cómo despedirse. Por fin le envié un beso con la mano, me fui a un puesto de trabajo situado al otro lado del pasillo y me puse a hurgar en el ordenador central. Desde donde estaba sentado podía ver cómo trabajaba Gloria. Supongo que esperaba que se volviera o hallase algún modo de echarme una mirada con disimulo. Pero quizá Gloria se daba cuenta de que yo la estaba contemplando, porque no dio la menor muestra de ser consciente de que yo estaba allí hasta el momento en que, tras recoger los libros y los papeles, se fue. Al pasar junto a mí me saludó con la mano moviendo los dedos del mismo modo en que lo había hecho a mi llegada.

—Mañana quizá —me dijo.

—Sí, mañana.

No había modo de fingir ante mí mismo o ante nadie que me hubiera olvidado de sacar el tema de las visitas que Gloria realizaba a los niños. Lo tuve en la cabeza, en primer plano, durante todo el tiempo que estuve sentado ante la consola. Intenté con todas mis fuerzas que se me ocurriera algún modo de pedirle que se mantuviera alejada de ellos, pero no conseguí encontrarlo. Cualquiera que la hubiera visto con los niños sabría que ella los quería tanto como pudiera quererlos cualquier otro. Supongo que eso precisamente era lo que había convencido a mi insensible suegro de que las visitas de Gloria eran buenas para los niños.

Hasta que Gloria se marchó del centro no empecé mi auténtica investigación. Sólo tardé diez minutos en descubrir que el ordenador no me proporcionaría la información que estaba buscando. Inicialicé y respondí a la petición de menú de programa con KABOG, la sección de datos de la KGB. Puse otro menú y apreté el ratón en PAÍSES ROJOS para obtener las biografías. Pero cuando tecleé VERDI, la pantalla me respondió con el siguiente mensaje: «Todos los nombres en clave de agentes requieren una contraseña para obtener el acceso».

¡Maldición! Nunca pasaba un mes sin que los datos estuvieran mejor guardados que el anterior. Pronto sólo el director general tendría permiso para entrar allí. Probé con un par de contraseñas que había utilizado para obtener datos en mis visitas anteriores al ordenador, pero a la máquina no se la engañaba tan fácilmente. Naturalmente yo sabía cuál era el verdadero nombre

de Verdi, lo había sabido desde el principio. Pero la primera lección que había aprendido de mi padre era que proporcionar la verdadera identidad de un agente estaba absolutamente *verboten*. Aunque fuera el nombre de un agente enemigo. Yo recordaba a VERDI demasiado bien, exactamente igual que lo recordaba Werner. Mi padre lo había detenido en los años setenta, pero Verdi había alegado inmunidad diplomática y lo habían soltado en menos de una hora. Su apellido era Fedosov y el nombre de pila Andrei, Aleksei o quizá Aleksandr. Cuando regresé al primer menú, tecleé el nombre de Fedosov y pedí un «Global», la máquina tardó mucho en responderme, por lo que creí que iba a tener suerte, pero finalmente me dijo: «Archivo retirado en el traslado de referencia con fecha 1-1-1865».

Apreté la tecla para salir. Vale, ordenador. Una buena broma. Tú tienes la última palabra. Y aquella fecha errónea no era el único error que se había encontrado en los datos del ordenador. Cuando se inauguró el centro de datos no existían cosas como máquinas ópticas de lectura de salida, así que durante semanas y semanas todas las mecanógrafas acreditadas de Whitehall estuvieron allí en un momento u otro trasladando los expedientes mecanografiados al ordenador central. Las mecanógrafas se iban a casa con los sobres de la paga bien abultados, pues algunas de ellas trabajaban setenta horas a la semana. No creo que Whitehall haya conocido nunca semejante despliegue de energía en el lugar de trabajo. Pero había que pagar un precio, y éste era la inexactitud, y ahora todo el mundo se había acostumbrado a errores de aquel tipo, como que las fechas tuvieran cien años de retraso respecto a la realidad, además de muchísimas otras cosas al servicio del gobierno.

Me acordé de cuando algunos quejicas iban diciendo por ahí que había millones de páginas de material mecanografiado y escrito en aquellos montones de abultados expedientes, y profetizaban que la tarea de introducirlos en el ordenador no acabaría nunca. Se equivocaban, por supuesto. Finalmente todo el material estuvo metido en el disco, en los chips o dondequiera que sea que van a parar las palabras cuando las engulle el ordenador. Y ahora todos los expedientes antiguos estaban abandonados acumulando polvo, abajo, en la planta que servía de almacén. Naturalmente, nunca se había añadido nada a aquellos viejos expedientes, pero quizá el joven VERDI se hubiera procurado un lugar en nuestros archivos antes de la conversión.

Bajé al subsuelo, donde se encontraba el almacén. Era un lugar tenebroso de hormigón, desnudo, en el que constantemente resonaba el eco de bombas y generadores. Aparte de la maquinaria, sólo se utilizaba para guardar mesas y

sillas que no se necesitaban, archivadores abollados y paquetes de papel, todo ello sobre estantes que llegaban hasta el techo. Hubo una época en que se empezó a triturar aquellos antiguos documentos secretos, pero cuando las fichas atascaron las cuchillas de las máquinas rompepapeles, habían decidido detener temporalmente el proyecto. Y después las máquinas rompepapeles se habían necesitado en los pisos superiores y los expedientes habían sido convenientemente olvidados. Ahora sólo los guardas de seguridad y los ingenieros bajaban allí, y ni siquiera ellos se quedaban mucho tiempo.

No tuve que buscar mucho los expedientes antiguos. Estaban sobre los mismos anaqueles de metal donde se colocaron cuando fueron almacenados en el registro. Estaban rotos y polvorientos. Algunas carpetas se habían reventado, y las habían vuelto a atar como papel de desecho listo para la máquina de reciclaje. Allí no existía nada parecido a la moqueta de lujo de color plateado y antiestática que cubría el suelo del nivel 3, por lo que mis pisadas hacían eco en las paredes grises.

Me costó un poco de tiempo orientarme por entre los estantes, pero en los viejos tiempos había utilizado mucho los expedientes. Allí estaba la historia de posguerra del Imperio Británico escrita con sangre. ¿Palestina? No. ¿Kenia? No. ¿Chipre? No. ¿Malasia? No. ¿Suez? No. Me había pasado un año en la Central de Londres haciendo de todo, y traer y llevar cosas del registro era la tarea que todo el mundo quería adjudicarle a los demás.

Encendí otra luz. Berlín. Allí había algunos expedientes que reconocí. Naturalmente, los dichos expedientes de los agentes estarían en el estante de más arriba. Fui a buscar una escalera y trepé por ella para alcanzarlos. Mientras caía el polvo de algunos expedientes secretos que no se habían tocado desde hacía décadas o tal vez más, me sentí como Howard Carter al profanar la cámara interior de la tumba de Tutankamon.

Los expedientes estaban colocados por orden alfabético. Pero no según el nombre de los agentes o de los nombres en clave que tenían. Estaban colocados por el nombre de los funcionarios que se habían encargado de los casos, o más exactamente de las personas que mandaban a los agentes. Suspiré. Si necesitaba alguna prueba del valor de un ordenador y de las facilidades de acceso que representaba, aquella tarea era esa prueba. Era lógico que los expedientes estuvieran organizados de aquel modo, porque cada director encargado de varios agentes los protegía celosamente —igual que los policías cuidan con cariño a sus informadores— y ocultaba los expedientes a sus colegas y superiores. Miré la larga fila de carpetas que tendría que repasar para localizar a Fedosov, aunque bien podría ser que no

figurase en ningún sitio. Allí había más de cuarenta carpetas con expedientes, y algunas tenían un peso capaz de romper la espalda.

Bajé la primera de ellas y la puse en una mesa, bajo la luz. Peter Andrews. Me acordaba de él, un amistoso antiguo agente de SOE que en 1944 sobrevivió a un interrogatorio de la Gestapo en Lyon. Aún más sorprendente era que hubiera sobrevivido a los tribunales de selección del Servicio Secreto de Inteligencia; porque los artríticos intransigentes del antiguo Foreign Office estaban decididos a mantener fuera de «su» servicio a aquellos «aficionados de los tiempos de guerra». No era un expediente muy largo. Había tenido a su cargo a cuatro agentes en Alemania Oriental, pero como yo entonces era un niño, lo que más vívidamente recordaba era que en la pared de su despacho tenía enmarcada la portada de una revista satírica de preguerra: «El archiduque Francisco Fernando vivo. ¡La Gran Guerra, un error!». En 1963, una orden procedente de Whitehall lo envió repentinamente a Iraq para llevar diez mil dólares de plata al grupo revolucionario encabezado por el coronel Aref. Cuando llegó, al comienzo de la rebelión, envió un mensaje en el que decía que había establecido contacto. Pero Andrews era demasiado viejo para ser un revolucionario. El siguiente mensaje decía que su cuerpo, mutilado, estaba enterrado en el desierto, a ciento cincuenta kilómetros al norte de Bagdad, y preguntaba si el gobierno de Su Majestad querría pagar por su traslado a la patria.

A medida que avanzaba por los expedientes me volví más hábil para encontrar las listas de agentes sueltos. Pero, por lo que pude ver, no había ningún Fedosov y tampoco ningún VERDI, así que a VERDI debía de habersele asignado otro nombre a modo de tapadera después de que se hubieran transcrito los datos. Cuando miré el reloj me encontré con que había tardado dos horas en registrar sólo la mitad de los expedientes, pero intentar que Dicky accediera a que yo bajase allí al día siguiente llevaba consigo toda clase de discusiones absurdas, así que continué con la tarea que me había impuesto y terminé el último expediente a las nueve cincuenta y dos de la noche. Tenía hambre y sed, las manos sucias y los pulmones llenos de polvo y porquería.

La luz parpadeante me había producido dolor de cabeza, y el fuerte zumbido de un fluorescente que funcionaba mal, lo mismo que los sonidos del resto de aquella maquinaria martilleante, me perforaban el cerebro cuando me acerqué al final del último archivo. Billy Walker, otro hombre que yo recordaba muy bien; siempre iba pulcramente vestido con oscuros trajes londinenses, y llevaba un alfiler de corbata de brillantes y un grueso reloj de

pulsera de oro. Era un poco mayor que mi padre, y cuando el cargo de *rezident* de Berlín quedó vacante se convirtió en uno de los rivales más feroces de mi padre. Algunas personas decían que Billy Walker había seguido a uno de sus agentes en un trabajo imposible, pues pensaba que cierto reconocimiento a la valentía le ayudaría a lograr la posición que anhelaba más que ninguna otra cosa. Otros contaban que su ostentoso estilo de vida homosexual estaba salpicado cada cierto tiempo de peleas con hombres jóvenes y peligrosos. Fuera cual fuese la verdad que había en todo ello, a Billy lo sacaron del canal Landwehr tras haber muerto a causa de múltiples heridas de arma blanca. Según aquel expediente, al mejor agente de Billy Walker no se le volvió a ver nunca más.

La cabeza me daba vueltas llena de recuerdos mientras subía con el expediente por la escalera de mano y volvía a ponerlo en el estante correspondiente. Rozaba con la cabeza las tuberías y los conductos de metal llenos de telarañas. A pesar de lo avanzado de la hora no pude resistir la tentación de bajar uno de los expedientes personales de mi padre. Ver su caligrafía en aquellos viejos y aburridos informes me trajo recuerdos de las cartas que solía escribirme. Se sentía culpable de no haberme presionado más para que fuera a la universidad. De no haber sido porque a él le disgustaba tanto, quizá yo no hubiera pensado tanto en ello. Le había dicho que no lo habría pasado bien si tenía que irme de casa, y que probablemente no habría conseguido plaza. Pero mi padre insistía en que toda la culpa era suya. Me había permitido que empezase a trabajar en el Departamento, donde una formación universitaria, por poco oportuna e inadecuada que fuese, era el único camino para llegar al piso más alto.

Pensaba en esto mientras hojeaba el relato escrito de los tiempos que mi padre pasó en Berlín. Fedosov. ¡Santo cielo! Allí estaba: Fedosov. No Fedosov el más joven; éste era Valery Fedosov, nacido en 1910, un capitán que trabajaba en el cuartel general del Ejército Rojo, en el Karlshorst de Berlín. Según aquellos informes, este hombre le había proporcionado a mi padre información secreta de los expedientes soviéticos durante la época en que los rusos bloqueaban Berlín. Las Fuerzas Aéreas de Estados Unidos y la RAF se combinaban para efectuar un puente aéreo, ampliando el potencial de naves mediante la adición de todos los aviones de tamaño grande que pudieran comprarse o alquilarse en cualquier lugar del mundo occidental. Allí había fotocopias de los cálculos soviéticos sobre los suministros que llegaban y sus estimaciones de cuánto tiempo se podría mantener en funcionamiento el puente aéreo. Saber lo que los soviéticos pensaban día a día era algo vital.

Incluso Londres y Washington albergaban en secreto la creencia de que el puente aéreo no podría ser más que un breve alivio para la escasez antes de que la ciudad sucumbiese bajo el estrangulamiento ruso. A las tripulaciones aéreas se les había dicho que llevasen «equipo suficiente para diez días».

Tal como resultó después, los aviones llevaron cargamento suficiente para mantener abastecidas tanto a la población civil como a las fuerzas aliadas. Fue un triunfo. Aquello sirvió para unir a los alemanes y a los angloamericanos de un modo que ninguna otra cosa habría podido conseguir. Y tambaleó la confianza de los rusos en sí mismos en una época en que esa confianza parecía inexpugnable.

No había confusión posible en la firma de mi padre que aparecía en la tarjeta de pagos ni error posible en el nombre de su informante. Además se trataba de información muy valiosa. No era de extrañar que mi padre lo guardase todo para sí, en secreto, y dirigiera a aquel agente en persona. En aquellos tiempos no existía el Muro y mi padre podía cruzar a pie la ciudad sin llamar la atención y visitar descaradamente a Fedosov en el piso que éste tenía en Pankow. No hacía falta preguntarse por qué aquello no se había introducido en el ordenador. En la cubierta delantera del expediente había un gran sello negro de caucho: «Datos no transcritos por motivo:» Alguien había escrito a mano el motivo: «Expediente interrumpido en 1950 sin continuación». Y debajo de eso, en un recuadro, se veía el garabato que era la firma de un supervisor. Aquél era motivo suficiente para no introducir aquel material en el ordenador en una época en que costaba tanto tiempo y esfuerzo meter en la máquina las cosas esenciales de aquel momento.

El bloqueo soviético de Berlín se levantó el 12 de mayo de 1949. Los pagos a Fedosov continuaron durante otros tres meses, pero luego cesaron sin explicación alguna. No era raro que los informadores fueran y vinieran de aquel modo; la mayor parte eran *prima donnas* veleidosas que buscaban el amor y el dinero que no obtenían en su propio bando. En aquellos días todo era ocasional. A Fedosov lo había dirigido personalmente mi padre, y, por lo que revelaban aquellos archivos, nunca se le había proporcionado un nombre en clave. Cogí la tarjeta de pago, la doblé y me la guardé en el bolsillo. Y me pregunté si aquel Valery Fedosov, padre de VERDI y héroe del Grupo de la Bandera Roja número 5 de la Unión Soviética, seguiría viviendo en el piso de Pankow, en Berlín.

Razoné que Dicky Cruyer tomaría pronto la decisión de que mi visita a Berlín era urgentemente necesaria. Y si Dicky no llegaba pronto a esa

conclusión, tendría que ocurrírseme a mí alguna manera de meterle aquella idea en la cabeza.

9

EL martes por la mañana, como para confirmar la teoría de Gloria de que el Departamento estaba dirigido en secreto por los más mínimos deseos y caprichos de Fiona, el piso superior era un verdadero alboroto. A media mañana, escritorios, archivadores y demás muebles subían y bajaban y eran acarreados por doquier a fin de proporcionarle a ella un despacho contiguo al de Dicky.

Comparado con el miserable cuartito que se me había asignado a mí, el despacho de Fiona era espléndido, pero estar al lado de Dicky era un precio muy alto para pagar semejante comodidad. Esa proximidad al despacho de Dicky era muy importante para éste, y era también la razón por la cual al viejo Flinders Flynn, el mago de la estadística, le habían relegado sin contemplaciones a un ruidoso cuarto en el piso de abajo junto a los ascensores.

—¿Verdad que tengo suerte, cariño? —me preguntó Fiona cuando entré en su despacho para llevarla a comer.

—Anoche no me dijiste nada de este nuevo empleo.

Yo ya estaba al corriente de que ella había estado ayudando a Dicky en su trabajo, pero lo había interpretado como un decidido intento para permanecer apartada de las garras del departamento húngaro.

—Llegaste muy tarde. De todas maneras, Dicky sólo me había dicho que se lo estaba pensando. Y a mí siempre me gusta estar segura del todo.

—¿Cuál es tu etiqueta oficial?

—Soy la adjunta de Dicky —repuso—. Pero no será oficial hasta el día uno del mes que viene.

—¿En Operaciones?

Fiona sonrió con aire de conspiración y echó una rápida ojeada a la puerta que comunicaba con la antesala donde la secretaria y el ayudante de Dicky acechaban, incansablemente alertas, en espera de su próxima orden.

—Astutamente, eso no se ha especificado.

—¿De manera que Dicky espera seguir en el cargo de supervisor de Destinos en Alemania y en Operaciones al mismo tiempo?

—Me ha dicho que sólo es un arreglo temporal. Si lo sacan a él, yo también me voy.

—¿Por qué el supervisor de Europa no designó a Harry Strang para que guardase el fuerte de nuevo, como hizo durante las vacaciones de verano?

—No se lo he preguntado, cariño —repuso Fiona con altanería.

Aporté yo la respuesta:

—Teniendo a alguien tan enérgico como tú para apoyarlo, Dicky confía en separar los dos empleos y conservarlos.

—Exactamente —dijo Fiona—. Y tú crees que es tonto.

Arrugó la cara, cogió un pañuelo y estornudó en él.

—No en lo que respecta a la política de cargos —observé—. ¿Todavía estás resfriada?

—No, es el polvo.

Paseé la mirada por el despacho.

—¿Ése es el antiguo escritorio de Bret?

—Estaba en el almacén —respondió Fiona—. A todo el mundo le daba miedo reclamarlo.

Miré el extraordinario escritorio de sobre de cristal y me acordé de alguien del personal subalterno que solía decir que el escritorio de Bret era igual que sus mujeres: ultramoderno, con las extremidades brillantes, vestidos interiormente de negro y por encima un *top* transparente. En su momento aquello no me había hecho demasiada gracia, quizá porque yo no había eliminado a Fiona de la lista de los posibles amoríos de Bret.

—¿Y la alfombra también? —le pregunté, al tiempo que miraba la lujosa alfombra gris que había contribuido a que el despacho que Bret se había hecho diseñar fuese totalmente monocromo.

—Éste es el antiguo despacho de Bret, cariño. ¿No te habías dado cuenta? Han reformado las paredes, pero la alfombra ha estado aquí todo el tiempo.

—Ya veo.

Sólo por un instante tuve la curiosa sensación de estar recordando a Bret y a las cosas que a otros y a mí nos habían sucedido en aquella habitación. Las decisiones que se habían tomado, las operaciones que se habían aprobado, las carreras que se habían forjado, la sangre que se había derramado y las reputaciones que se habían destruido.

—¿Vas a raptarme para ir a comer? —quiso saber Fiona.

Cogió una carpeta del escritorio. A pesar de que no había ninguna indicación en la tapa, yo estaba seguro de que era la que contenía mi informe; el ayudante de Dicky le había estampado un gran letrero de «Alto Secreto», y en el recuadro de distribución se veían las iniciales de Dicky y también las de Fiona. También distinguí la tenue marca circular de una taza de té que habían dejado encima de la cubierta delantera. Un veterano llamado Riley me había enseñado en una ocasión que hacer un pequeño doblez o dejar una mancha en los documentos que uno entregaba era una manera muy útil de identificarlos llegado el caso, por ejemplo cuando se encontraban sobre el escritorio de un superior. En el caso de Riley, yo sospechaba que éste había sido un medio para recuperar aquellas cosas de las que era autor y a las que el tiempo recomendaba que era mejor que desaparecieran de la vista. De esta manera podía meterlas en la máquina de triturar papeles.

Fiona se fijó en que la estaba mirando mientras ella guardaba la carpeta en un archivador de metal.

—¿Por qué le llenas a Dicky la cabeza con esas historias tan absurdas? — me preguntó al tiempo que cerraba el cajón y giraba la combinación de la cerradura.

—¿Lo has leído?

—Me refiero a lo que le dijiste acerca de VERDI. Lo del traje con los bolsillos vacíos —puntualizó con sorna—. ¿Han suprimido allí todas las tintorerías desde que me marché?

—Yo no hacía más que pensar en voz alta. Y así se lo dije a Dicky.

—Ha ido a la sede del Consejo de Ministros a darles una conferencia y a comunicarles la buena noticia: al ministro permanente, a todos sus acólitos y sabe Dios a quién más.

—¿A decirles qué?

—Que el muerto no es VERDI. Les está diciendo que VERDI sigue vivo.

—Oh, eso no tiene mayor importancia —le dije sin ocultar mi alivio.

—Si al acabar este asunto Dicky queda como un tonto, te acosará.

Enfatizó la advertencia con el tono de voz y la expresión del rostro.

—No pasa nada —repetí.

—¿Cómo lo sabes, cariño? ¿Sólo porque los bolsillos del muerto estaban vacíos?

—No te pongas pesada, Fi. Lo sé y basta.

—Pues dime por qué lo sabes.

—Sé el aspecto que tiene VERDI. Lo conocí bastante bien en los viejos tiempos. Lo reconocería en cualquier parte. El muerto no era VERDI.

En el rostro de Fiona se reflejó la consternación.

—Dijiste que no lo conocías. Le dijiste a todo el mundo que no te acordabas de él.

—A mí también me gusta estar siempre completamente seguro —le dije.
Fiona asintió discretamente con la cabeza.

—*Touché*, Bernard. Pero ¿en serio?

—VERDI sólo adquirió ese nombre cuando se puso en contacto con nosotros. Verdi es el nombre en clave. Así es como debe funcionar, ¿no? Nombres en clave de músicos para aquellos hombres acreditados a los que se ha reclutado o alistado, pero cuya lealtad no se ha puesto a prueba en ningún caso. Pero VERDI no es en modo alguno amigo mío; es más, tengo serias dudas sobre Verdi. Necesitaría que me convencieran de que verdaderamente quiere pasarse a nuestro bando. Yo tuve ocasión de conocerlo. Y cuando lo conocí él se estaba esforzando mucho en hacer cosas desagradables para probar así su lealtad a Moscú.

—¿Y reconociste al hombre que iba en el Mercedes como a VERDI? ¿Es eso?

—Estaba oscuro. Pero adiviné que era VERDI por el contexto.

—¿Por qué eres siempre tan difícil, Bernard? —me preguntó Fiona al tiempo que dejaba escapar un suspiro—. ¿Por qué hay que sacártelo todo con pinzas?

—Lo vislumbré ligeramente en una oscura carretera vecinal mientras yo estaba tendido en el suelo, con la cabeza escondida debajo de un radiador y apuntaba a una rueda con una pistola de juguete.

—Dicky cree que puede ser un paso enorme para nosotros —me confió Fiona.

—¿El qué?

—Este asunto de VERDI. Esto es extraoficial hasta que Dicky te lo diga. El año pasado la Stasi empezó a informatizarlo todo: detenciones, objetivos, incluso a su propio personal. Si Verdi nos ayudara, quizá pudiéramos piratear su sistema principal por teléfono... sin salir de este despacho.

—Te escucho.

—No habrá mucho material acumulado. Se remontará sólo hasta enero... Bueno, verás...

—Pero cuando VERDI se pase a nosotros cambiarán todos los códigos y artimañas electrónicas, ¿no te parece?

—No van a tirar a la basura varios millones de dólares en equipo informático. Sólo cambiarán los códigos y las contraseñas. VERDI tendrá a

alguien allí para que le proporcione los nuevos. ¿Lo entiendes ahora?

—Sí, claro que lo entiendo. De eso es de lo que están hechos los títulos nobiliarios.

—No todo el mundo está convencido. Al director general no le parece nada bien. Sólo cuando Dicky invitó al adjunto a una larga comida y medio lo emborrachó en White's logró el permiso para seguir adelante. Tenía que ponerse a ello rápidamente porque el adjunto nos deja antes de Navidad.

—¿Y quién lo notará? —observé.

—No seas tan duro con él —dijo Fiona—. Su mujer está enferma. E intenta dirigir su bufete de abogado al mismo tiempo que el despacho que tiene aquí.

—¿Por qué está en contra el director general?

—Es demasiado viejo para que esos artilugios modernos como los ordenadores le caigan simpáticos. Nunca ha permitido que su secretaria disponga de uno; ni siquiera para llevar la correspondencia. Tiene miedo de que esas cajitas negras se apoderen de su precioso y anticuado departamento.

—Conozco esa sensación.

—Harry Strang también tiene sus dudas. No hace más que decir que los datos electrónicos se pueden manipular. Cree que en general es posible ver si se ha alterado o falsificado un documento impreso o escrito a mano. Pero las hojas hechas por una impresora a partir de datos electrónicos siempre son recientes y limpias. Y en ese caso resulta difícil distinguirlos.

—¿Y tú? —le pregunté, aunque era evidente que su carrera dependía del éxito de aquella nueva operación.

—Estoy impulsando la operación VERDI con todas mis fuerzas.

—¿De veras? —le pregunté, un poco sorprendido al percibir en aquella voz un tono de devoción que iba mucho más allá de su lealtad hacia Dicky.

—Los datos de la Stasi alcanzarán hasta enero pasado. Eso bastará para proporcionarnos todos los informes y cualquier material relevante sobre la muerte de Tessa.

De modo que aquello era lo que Fiona seguía teniendo metido en la cabeza en primer plano.

—No contengas la respiración —le dije—. Intervenir las comunicaciones es el sueño de toda persona que se sienta detrás de una mesa de despacho. Acumular información sin tener que correr con todos los gastos, las molestias y los problemas que comportan los agentes independientes. Debe de ser una idea preciosa para todos los que están arriba.

—Es comprensible —dijo Fiona—. Las personas que están en la zona de peligro siempre son difíciles e intransigentes. Pero intervenir las comunicaciones no es algo que no se haya hecho nunca antes, hay precedentes. ¿No excavaron debajo de la carretera que va a Berlín-Karlshorst allá en los años cincuenta y conectaron con las líneas telefónicas del ejército soviético?

—Sí, la Operación Príncipe. Y en Viena, en 1950, cuando el cuartel general del Ejército Rojo estaba en el Hotel Imperial; la Operación Señor.

—¿Y no se hicieron así algunas reputaciones?

Adiviné que Fiona ya lo había consultado.

—Pero conseguir el material de grabación que se necesitaba en Berlín fue el trabajo que se le encomendó a George Blake, quien, mientras trabajaba para nosotros, había estado haciéndolo al mismo tiempo como agente de la KGB. Y se lo contó a Moscú.

—Y George Blake era agente. ¿Es eso lo que quieres decir?

—Fiona, por favor. Claro que no. Eso contravendría la Ley de alabanza del enemigo de 1836, ¿no es así?

—Pero nosotros no necesitaremos material de grabación —dijo Fiona, que no sabía encajar los chistes acerca de los fracasos del Departamento—. Lo recibiremos todo por la línea telefónica, y las hojas impresas facilitarán la valoración, la clasificación y la evaluación.

—Pero ¿queda eso dentro de nuestras atribuciones en el Departamento? Los del cuartel general dirán que las comunicaciones son trabajo suyo. Se pondrán furiosos.

—Ésa será una decisión del más alto nivel, Bernard. Y eso es lo que Dicky está haciendo en estos momentos. Me he pasado los últimos días preparando su informe.

Así que yo estaba en lo cierto al pensar que Fiona había estado leyendo los libros de historia.

—¿Y Dicky va a asegurarse de que nuestros colegas del cuartel general queden definitivamente a un lado?

—A nivel interno ya se ha aprobado en todos los ámbitos; incluso lo han aclarado con el tío Silas. Esta mañana el asesor del Foreign Office acompaña a Dicky para exponérselo al subsecretario y al presidente del JIC. Si ellos dan la aprobación, será ya un asunto político.

Yo estaba impresionado. Así era como iban las operaciones importantes. En lugar de estar sujetas sólo a decisiones internas, tenían que gozar del beneplácito del Servicio Civil. Eso significaba la aprobación de

vicesecretarios, secretarios, del titular del gabinete y de todos los altos cargos del comité conjunto. Pero sólo las operaciones realmente delicadas se convertían en «asuntos políticos», y necesitaban la aprobación de los propios políticos. Por eso había muchos éxitos insignificantes, pero en general se lograban muy pocas cosas de importancia.

—¿Has tenido ocasión de ver una muestra de ese material? —le pregunté.

—Todavía no. Pero será bueno, muy bueno, créeme.

Fiona había trabajado allí; sabía qué clase de material meterían en el ordenador. Pero también tenía que saber que aquella gente era la más paranoica del mundo. No debía de haberles pasado inadvertido que el módem proporciona formas de piratear ordenadores de muchos millones de dólares sólo dejando caer una moneda en cualquier cabina telefónica de cualquier calle. En lo referente a proteger el material de inteligencia, se mostraban perceptivos y eficientes hasta límites temibles.

—Y ese idiota de Dicky añadirá esta operación a largo plazo a sus deberes oficiales en otros puestos, ¿no es así? —le dije—. Dios nos ayude.

—Tú podrías estar dirigiendo este Departamento desde hace años si hubieras hecho unas cuantas concesiones a personas que no te son simpáticas —apuntó Fiona.

—¿Quieres decir que ya es demasiado tarde?

—A ti todo el mundo te hace muchísimas concesiones, cariño. No creo que seas consciente de cuántas personas hay aquí que te las hacen.

—La semana que viene empezaré a tomar vitaminas —observé.

—Y te convertirás en el doctor Jekyll. Suena muy bien, pero yo seguiré siendo la señora Hyde, ¿no? ¿Adónde vamos a comer?

Cogió el bolso, lo puso en la mesa que tenía delante y comenzó a revolver en su interior.

—Podríamos ir a casa —sugerí—. Ahora que vivimos en la ciudad, nos queda muy cerca.

Se echó una rápida mirada en el espejo de la polvera y luego la cerró.

—En casa no hay nada de comer —dijo.

—¿Quién quiere comer?

Cinco minutos nos habrían salvado. Cinco minutos más y habríamos estado en el ascensor camino del vestíbulo de la entrada principal. Pero cuando Fiona estaba cogiendo el abrigo, Dicky irrumpió por la puerta de comunicación al tiempo que pedía a gritos café por encima del hombro.

—¡Fiona, cariño! Hombre, Bernard, también estás tú —dijo mientras nos miraba—. ¡Magnífico! Precisamente las dos personas que deseaba ver.

Llevaba una gran carpeta de lona, de esas que usan los artistas, que dejó caer encima de una silla; luego comenzó a frotarse las manos. La carpeta era la que utilizaba Dicky para llevar sus presentaciones: grandes tarjetas de colores con diagramas, gráficos redondos divididos en porciones, mapas con flechas encima, ideas simples reducidas a un eslogan e individualizadas y numeradas de manera que incluso los hombres a los que informaba en el despacho del Consejo fueran capaces de comprenderlo todo. No es que Dicky se sirviera de aquellos informes preparados con esmero para revelar cuánto fuera posible; al contrario, el objetivo era siempre vender la idea. Dicky me había explicado eso muchas veces cuando le había hecho notar algunos errores en sus palabras y dibujos.

—Hola, Dicky —lo saludó Fiona sumisamente, al tiempo que volvía a colgar el abrigo en el perchero.

—¿Ibais a alguna parte? —preguntó Dicky como si no fuera la hora de comer.

—No —repuso Fiona—. Sólo estaba cogiendo el pañuelo.

—Estás resfriada —observó Dicky—. He notado que estornudabas.

—Es el polvo —dijo Fiona; y, cogiendo un pañuelo que había sacado del abrigo, se sonó ruidosamente la nariz para demostrar que no es que estuviéramos a punto de salir a comer.

—Es un virus; todo el mundo lo pilla. Deberías tomarte un *whisky* escocés bien grande y meterte en la cama —dijo Dicky.

—Eso es precisamente lo que le estaba diciendo cuando has entrado —le indiqué.

Fiona frunció los labios y me dirigió una mirada asesina.

—¿Dónde está el chiste? —preguntó Dicky mirando inquisitivamente a Fiona, luego a mí y luego otra vez a Fiona. Al ver que ninguno de los dos respondíamos, se encogió de hombros, como proclamando al mundo su perplejidad—. Bueno, me alegro de que estés aquí, Bernard —dijo sonriendo y haciéndome una inclinación con la cabeza con un desacostumbrado despliegue de buena voluntad que a veces es resultado de una gran excitación. Se puso a pasear arriba y abajo con su abrigo nuevo de invierno (una prenda que le llegaba hasta los pies) de piel de oveja de color crudo pálido y coronado con un gran cuello de pieles—. Hace un frío del demonio en la calle —comentó mientras se desabrochaba el abrigo; luego, con ambas manos en los bolsillos, comenzó a aletear ruidosamente por la habitación como un polluelo de albatros que aprendiera a volar. Cuando llegó hasta la puerta de comunicación sin elevarse en el aire, la abrió de golpe y gritó—: Tráiganos el

café aquí: tres tazas y unas galletas. —Cerró la puerta y volvió a abrirla—. Y crema —añadió a voces—. El señor Samson lo toma con crema y azúcar.

—Entonces, ¿ha ido todo bien? —le preguntó Fiona cuando Dicky se dio la vuelta hacia nosotros. Ninguno de los dos estábamos pendientes de la respuesta de Dicky, porque estaba claro que todo había ido bien. Dicky se hallaba en un estado de euforia que yo imaginaba que solamente le podía ocasionar un título nobiliario o un nuevo álbum de Lloyd Webber.

—¿Se lo decimos a tu maridito? —le preguntó a su vez a Fiona—. Sí, todos creen que es una oportunidad maravillosa. —Arrojó el abrigo sobre una silla y se quedó parado en una pose de estatua, con los pulgares metidos en el cinturón de piel—. En cierto modo tengo que agradecerse a Bernard —anunció—. Después de recabar de él informes en Berlín, me pareció correcto hacer circular un memorando para informar a todo el mundo de que a VERDI había que darlo por muerto. —Esbozó una sonrisa astuta—. Eso debió de quitarles el viento de las velas a mis oponentes más gárrulos, porque hoy, cuando anuncié que un agente había regresado con la noticia de que Verdi estaba vivito y coleando, volví a pasar por la misma rutina. Esta vez, al final prácticamente se pusieron en pie para darme una ovación.

—Bueno, esperemos que VERDI esté vivo —dije.

—Estoy exagerando, desde luego —admitió Dicky—. Nuestros amos mantienen abierta cualquier opción. Siempre lo hacen; así es como llegan a la cima. Pero si después de todo resulta que VERDI está muerto, nadie va a sacarme de Operaciones mientras esto siga en marcha.

Fiona lo miró con admiración manifiesta. Dicky tenía razón, desde luego. Mientras mantuviera en el hervidero la operación VERDI, nadie querría trastocar las cosas sustituyéndole. Y si Dicky conseguía llevarse un éxito significativo con VERDI durante su período de prueba, no les quedaría más remedio que confirmarlo en el cargo. La confianza en sí mismo y el poder crecientes se ponían en evidencia por la ropa que llevaba puesta: cazadoras y pantalones vaqueros hechos a medida. Hubo un tiempo en que Dicky reservaba sus disfraces para la oficina y para sus iguales y subalternos. Ahora era un hecho que había ido a ver a aquellos tipos estirados de la sede del Consejo de Ministros llevando puesta aquella ropa vaquera gastada y descolorida.

Volvió la cabeza hacia mí y añadió:

—Hay mucho trabajo que hacer, Bernard. No es sólo cuestión de que el viejo Verdi cruce a pie el control con el número de teléfono de la Stasi garabateado en su agenda. Estos ordenadores son animales altamente

excitables. Ellos tendrán en comunicaciones gorilas de seguridad que pondrán toda clase de protección en las líneas. Habrá códigos, desafíos y todo un montón de conjuros electrónicos. Y todo ello lo estarán cambiando muy a menudo. VERDI debe tener a alguien allí que nos ponga al día y nos dé los detalles de los cambios en el equipo para que podamos seguir adelante con el plan.

Como a Dicky se le iban agotando los conocimientos técnicos, la voz se le fue apagando hasta que acabó haciendo una pausa y se puso a mirar por la ventana como si se le hubiera olvidado lo que estaba a punto de decir.

—La mejor manera de hacerlo sería conseguir todo el material complementario y los cambios a través de tu nuevo hombre en la embajada de Londres —observé.

Durante un momento se hizo la clase especial de silencio que le indica a uno que se ha tirado una plancha.

—¿Cómo es que tienes noticias de su existencia? —me preguntó Dicky.

—Porque he asistido a las reuniones de Notting Hill. Órdenes escritas tuyas, Dicky.

—Oh, sí, tienes razón. Se me había olvidado. —Se humedeció nerviosamente los labios—. Bueno, guárdalo debajo del sombrero, Bernard. «Cinco» todavía está quejándose y lamentándose de la última vez que entramos en una embajada. «Cinco» reclama como territorio suyo todas las embajadas y consulados del Reino Unido. De todos modos nuestro nuevo muchacho de la embajada es demasiado nervioso para una cosa tan importante como ésta.

—Está nervioso porque se ha asustado de que vayamos a estropearle las cosas.

—Sólo es inexperto —dijo Dicky.

—Hemos utilizado ese piso franco demasiadas veces —le indiqué—. En principio no estaba pensado como piso franco; no era más que un lugar para que el personal extranjero y las personas que no queríamos traer aquí pasaran la noche. La verdad es que nunca ha sido algo secreto. Estoy seguro de que los del otro bando conocen su existencia, y tu nuevo muchacho tiene motivos para estar nervioso.

—No voy a utilizarlo a él —me aseguró Dicky en tono petulante—. Así que dejémoslo correr. Quiero hacerlo a través de Berlín. Es mejor y más limpio que se dirija a los nuestros en Berlín.

—A mí se me conoce demasiado en Berlín —me apresuré a decir.

—No te preocupes, Bernard. No estaba pensando en que te encargases tú. Debe hacerlo alguien que esté allí todo el tiempo. Alguien que conozca la ciudad y tenga instinto en el supuesto de que las cosas salgan mal. A ti se te necesita para otras cosas, Bernard. Quiero que estés libre para ir y venir. Además deberías estar aquí con tu esposa.

Dirigió una sonrisa a Fiona.

—Podríamos volver a poner en nómina a Werner Volkmann —apuntó Fiona—. Reúne todos los requisitos.

—No, no, no —repuso Dicky.

Entonces llegó el café, que trajo Jennifer, una joven nerviosa y desgarbada cuya venerable familia de terratenientes la había protegido para que no aprendiese ortografía, mecanografía ni a tomar escritos al dictado. Pero con encomiable celeridad había aprendido el arte de hacer café de la manera que más le gustaba a Dicky. Aquel día había decidido rápidamente que el tono de triunfo que se reflejaba en la voz de Dicky merecía la porcelana Spode y la jarra de plata para la crema.

—Eso está muy bien —le dijo Dicky al tiempo que examinaba la bandeja—. Diez sobre diez, Jenni.

La muchacha sonrió radiante.

—Huele bien —observó Fiona.

—No es más que Nescafé —dije yo, molesto porque Fiona tuviera también que unirse a aquellos absurdos juegos para calentarle el corazón a Dicky—. Se les ha acabado el café de Higgins —añadí en tranquilo tono desenfadado—. Jennifer ha pedido prestado café instantáneo en la cantina.

—No, no es café instantáneo de la cantina —repuso Dicky con calma. Ya le había gastado ese tipo de bromas demasiadas veces como para que surtieran el efecto deseado—. Es *chagga* ligeramente tostado. A tu marido le gustan las bromas juveniles, Fiona. —Luego, volviéndose hacia mí, alargó una mano, me alborotó el pelo y añadió—: Pero a pesar de todo lo queremos igualmente, ¿verdad, Bernard? —Supongo que lo miré con mala cara; volví a ponerme el pelo en su sitio—. No importa, Bernard. Pronto será Navidad. Piensa en todas la bromas que encontrarás en los paquetes sorpresa y en los anuarios de los chiquillos.

—Gracias —dijo Fiona cuando Dicky le pasó la taza de café.

—Mejor será que te sirvas tú el tuyo, Bernard —dijo Dicky—. Ya que te gusta ponerle tanto azúcar y crema...

Yo no quería aquel asqueroso café, pero rechazarlo habría parecido infantil, así que me serví una taza, me senté en el viejo sofá de Bret y lancé un

suspiro. A diferencia del escritorio con el sobre de vidrio, el sofá de Bret había recibido un buen vapuleo desde que él nos dejara. Lo habían puesto en la sala de espera, y allí era donde el guarda nocturno de servicio se tumbaba, a altas horas de la noche, cuando todo estaba tranquilo. Le faltaban la mitad de los botones y tenía rascaduras y quemaduras en los brazos, en los lugares donde algunos cigarrillos abandonados se habían caído de los ceniceros.

—No tardarán mucho en caer en la cuenta de que les estamos leyendo el ordenador central —comenté—. Buscarán a VERDI. Registrarán hasta los confines de la Tierra para encontrarlo y le darán en el cogote.

—No lo creo así, Bernard —dijo Dicky, que estaba preparado para eso y que quizá había tenido que afrontar la misma cuestión en la reunión—. Cuando descubrieron que habíamos tendido un cable por debajo de la calle en Berlín para acceder a sus secretos de Karlshorst, hicieron circular el rumor de que era propaganda, rumor dirigido a todos sus amigos y aliados, y también a sus enemigos. Y esto será igual. Lo utilizarán en todo el mundo para poner en evidencia las cosas tan malvadas que hacemos.

Fiona me miró antes de decir:

—Suena bien, Dicky. Va a ser un gran adelanto.

Supongo que cualquier otra reacción habría hecho parecer que la preocupación que Fiona pudiera sentir por mí se interpondría en su camino para hacer bien su auténtico trabajo, que era apoyar a Dicky contra viento y marea.

Éste me miró y esperó mi reacción.

—Es ingenioso, Dicky —admití—. Podría funcionar.

—Bueno, gracias —dijo Dicky—. En realidad, viniendo de ti, eso es un elogio, Bernard.

Agitó ante mí una cucharilla de plata.

—Deberíamos dejar que Bernard lo pensara —indicó Fiona—. Quizá pueda recordar algo más acerca de quién es ese VERDI.

—¿Por ejemplo? —quiso saber Dicky al tiempo que me dirigía una mirada—. ¿Qué es lo que no recuerdas acerca de VERDI?

—Será mejor que compartas conmigo los verdaderos hechos, Dicky. Todo este asunto acerca de que VERDI esté desesperado por pasarse a nosotros no me lo acabo de creer. Esas historias de que quiere hablar con algún viejo amigo que conozca, y que está rabiando de ganas de desertar con una caja llena de disquetes. Todo eso son tonterías, Dicky. ¡Admítelo! La verdad es que tú has puesto a VERDI en el punto de mira porque tiene todos esos conocimientos electrónicos. Puede que no demuestre interés por desertar.

Puede que tenga una oferta mejor de los americanos. Tú has estado mandándole cajas de bombones, haciéndole la pelota y todo lo que les haces a esos memos, pero no es Verdi el que nos está camelando a nosotros, somos nosotros quienes lo estamos camelando a él. ¿Admites que eso es así? Necesito saberlo.

Dicky se puso nervioso; le estaba haciendo precisamente todas las preguntas que no debía hacerle. Se acercó a la carpeta de lona como si estuviera a punto de sacar de allí todos sus diagramas y gráficos y dedicarme una representación digna de Broadway en toda su amplitud.

—VERDI está indeciso —admitió Dicky cediendo un poco de terreno—. Es algo paranoico. Sólo hará tratos con personas a las que reconozca.

—Ya veo —dije.

—Tiene miedo de que la KGB envíe a un par de gorilas a verle haciendo ver que son de los nuestros. —Luego se volvió hacia Fiona y añadió—: ¿No me dijiste que ésa es la táctica que la KGB emplea normalmente para probar la lealtad de un hombre? Por eso él preguntaba por Bernard.

—¿Eso es lo que él te ha estado vendiendo? —le pregunté—. Escucha, Dicky, un hombre así, un alto oficial de la Stasi entrenado en Moscú, tiene cada mañana encima de la mesa de su despacho una lista de todos los empleados contratados, de los contactos, de los informadores y de los parásitos utilizados por la oficina de Frank. Con nombres y direcciones; con los nombres de sus novias y de sus esposas; con sus costumbres y preferencias. Y todo ello acompañado de fotografías e informes médicos. —Desde luego estaba exagerando. Dicky se había puesto pálido ante aquella idea—. No tiene que preocuparse en absoluto porque le enviemos a visitarle a alguien que él no reconozca.

—Está nervioso —insistió Dicky—. Ya hemos pasado por esto antes, ¿no es cierto?

—Puedes apostar a que sí —le dije.

Un tipo duro de la KGB llamado Stinnes se había dirigido a nosotros con una bolsa llena de material publicitario y todos se lo habían tomado en serio. Tan en serio que el MI5 había enviado a un equipo K-7 de registro y arresto para detener a Bret. No hay que decir el daño que se habría cometido, de no ser porque Bret consiguió escapar a Berlín y, ayudados y protegidos por Frank Harrington, provocamos un encuentro para poner en claro las cosas.

Supongo que Dicky adivinó lo que pasaba por mi cabeza, porque dijo:

—VERDI es la persona adecuada, Bernard. Hemos hecho averiguaciones con los americanos; no están negociando con él ahora, ni tienen intención de

hacerlo. Lo compartiremos con los yanquis. Créeme, él es lo que necesitamos y está dispuesto a ponerse de nuestro lado.

—Espero que tengas razón, Dicky —observé—. Porque algunas personas que saben distinguir me dicen que es una especie de cabroncete desagradable dispuesto a morder jugosos bocados de cualquiera que se le acerque. Creo que nos llevará al huerto todo lo que pueda, y luego hará sonar el silbato.

—No lo creo así —dijo Dicky.

—Cogerá nuestro dinero y se reirá de nosotros en nuestras narices. Y a cualquiera que tenga la desgracia de encontrarse al otro lado del Muro cuando ello ocurra, lo enviarán hasta aquí metido en una caja.

—No será así, Bernard.

—No, para ti no —le indiqué—. Tú no estarás allí.

Vi que la cara de Fiona se ponía tensa. Ella odiaba las disputas, y supongo que le pareció que se había visto atrapada injustamente en medio de aquélla.

Pensé que Dicky se enfrentaría a mí con un ultimátum de lo tomas o lo dejas. Pero Dicky no solía precipitarse en los momentos de la verdad en los que quizá tuviera las de perder. Aunque sólo fuera a perder por puntos.

—Piénsalo bien, Bernard —me dijo con un ademán suave y amistoso. Luego, como si de la nada se le hubiera ocurrido de pronto la idea, añadió—: Creo que Werner Volkmann y tú trabajando juntos en este asunto formaríais un equipo perfecto.

—¿Y cómo funcionaría eso exactamente? —le pregunté.

—Necesitaríais una nueva red. —Era evidente que Dicky estaba utilizando sobras y recortes desechados de la conferencia que había dado—. Pero que sean personas de confianza; personas que tú y Volkmann conozcáis desde hace mucho.

Dicky me dirigió una mirada burlona. ¿Qué se pensaría que iba a hacer yo? ¿Ponerme a saltar encima de la mesa? ¿Ponerme firme y silbar *Rule Britannia*? La idea de darle en bandeja a Dicky mis viejos contactos me resultaba aterradora sólo de pensarlo. Le devolví aquella mirada fija sin permitir que se me reflejase reacción alguna en la cara.

—Y Volkmann nos estaría agradecido por tener la oportunidad de volver a trabajar para nosotros. Le daríamos carta blanca por completo —dijo Dicky.

—¿De verdad, Dicky? —le pregunté.

—En la medida en que se le da carta blanca a cualquiera —se corrigió Dicky—. Y, desde luego, se le rehabilitará. Con franqueza, no está en posición de negarse.

—Lo pensaré —le indiqué.

—Estupendo —dijo Dicky—, estupendo. Sabía que yo accedería. Con franqueza, yo tampoco me encontraba en posición de poder negarme.

AQUELLOS grises y tormentosos días estuvieron, como mi vida, salpicados de lo que los hombres del tiempo llaman «intervalos claros». Íbamos en coche a visitar a nuestros hijos, y a mí no me importaba que la lluvia aporrease los cristales desde un cielo enojado.

—Creo que me enamoré de ti la primera vez que te vi conduciendo un coche —le dije.

Fiona me miró con suspicacia; siempre era propensa a pensar que yo la estaba pinchando cuando decía o hacía algo para lo que ella no estaba preparada.

—¿Conduciendo un coche? ¿Por qué?

—No lo sé —repuse. Tenía algo que ver con el modo tranquilo en que lo hacía. Conducía de prisa, pero mantenía el vehículo bajo control y nunca se ponía nerviosa ni se mostraba insegura—. Conduces igual que haces lo demás —añadí.

Pero luego me quedé atascado sin encontrar las palabras precisas. Fiona conducía como si estuviera dirigiendo la Filarmónica de Berlín por los pasajes en *pianísimo* de Ravel. Ojalá yo pudiera conducir con tal comedimiento. Pero mi estilo se parecía más a Von Karajan mientras retorció a los músicos hacia el final de la *Obertura 1812*.

—Ahora prefiero los coches automáticos —me confesó—. Supongo que es señal de que me estoy haciendo vieja. Antes siempre decía que nunca me compraría un coche automático.

Puso en marcha el limpiaparabrisas, que comenzó a funcionar a la velocidad más lenta.

—No te has comprado un automático —observé—. Se lo has pedido prestado a tu padre.

Era un Jaguar V-12 casi nuevo, de color rojo metalizado con asientos de cuero color crema. A alguien hubiera podido parecerle ostentoso, pero mi suegro lo consideraba un ejemplo de su buen gusto sin mayores pretensiones.

Ahora íbamos de camino para verle. Y también a nuestros dos hijos, que estaban a su cuidado.

—Sí, pero estoy decidida a devolvérselo —comentó Fiona—. Yo creía que tener licencia para aparcar como residente supondría que encontraría un sitio para dejar el coche cerca de casa. Pero anoche tuve muchísimos problemas para encontrar aparcamiento, y cuanto más te acercas a Park Lane más difícil se pone. Me pregunto cómo se las arreglaba George. Me pregunto cómo se las arreglan todos los demás que viven en nuestra manzana.

—¡Oh, los problemas de los ricos! Los ricos tienen chófer, cariño. O van en taxi.

—Supongo que tienes razón.

Unos años antes su padre le había regalado un Porsche rojo con ocasión de su trigésimo quinto cumpleaños, pero cogió una rabieta tan grande cuando se enteró de que su hija había desertado que vendió el coche. Ahora Fiona era una heroína y David Kimber-Hutchinson manifestaba el orgullo que sentía con la resuelta generosidad característica en él: le había regalado el Jaguar de su esposa.

—¿Estás seguro de que no te importa que conduzca yo? —me preguntó Fiona.

Miré a un joven barbudo que iba en una furgoneta de reparto de pan y que hizo una finta atravesando tres carriles para perseguir a un minibús; al pasar nos empapó con una rociada de agua de lluvia sucia.

—No. Conduce tú. Detesto conducir —repuse.

No era del todo cierto, pero Fiona era una conductora obsesiva y no había tenido ocasión de conducir coches decentes durante el tiempo que había pasado en Alemania Oriental. Después, en la casa de California, Bret siempre se ponía nervioso cuando alguien decidía escapar de la prisión por unas horas. De todos modos, aquél era el coche de la madre de Fiona, y a mí no me apetecía la perspectiva de dar explicaciones sobre algún arañazo que el coche pudiera sufrir mientras estuviera bajo mi cuidado. Yo estaba contento de ir de pasajero sin nada más que hacer que mirar a mi alrededor. Me puse a jugar con una caja de cuero que había entre los dos asientos. Contenía casetes de audio.

—¿Son tuyas? —le pregunté.

—De mamá.

—¿Wagner? —Parecía inverosímil. La madre de Fiona era una mujer chupada, de cara pálida, que parecía no tener más papel que el de constituir una atemorizada audiencia para el estilo de vida de aquel bocazas superficial

que era su marido—. ¿*Das Rheingold* de Boulez con el Siegmund de Peter Hofmann?

—A ti te gusta encasillar a todo el mundo, ¿verdad? Y luego tenemos que acatar la clasificación que tú hagas.

—¿Tu madre y Wagner? Lo han tenido muy calladito.

—Sólo lo pone en el coche o en el *walkman*. Papá no soporta a Wagner.

Debía de haber al menos dos docenas de casetes de Wagner en la caja, y por las señales, no había duda de que habían sido muy utilizadas.

—Yo tenía a tu madre por alguien que se inclinaba más por cosas como ésta —dije mientras sostenía en alto la única casete que no era de Wagner y leía la etiqueta en voz alta—: *Lo mejor del Mormón Tabernacle Choir*.

—Oh, bueno —me explicó Fiona—. Papá ha estado mucho tiempo buscando esta casete por todas partes. En realidad, creo que ha encargado otra en Harrods.

Volví a guardarla y cerré la caja.

—Conocí a un hombre mayor, era un pastor... en Magdeburgo. Hablaba de ti como si fueras una santa. Decía que eras una gran mujer.

—Seguro que tú lo sacaste de su error, cariño.

—No seas así, Fi. Nadie puede estar más orgulloso de ti y de lo que hiciste que yo.

—Todavía queda mucho por hacer.

Nunca habíamos hablado largo y tendido de su trabajo en el Este; Fiona siempre se las arreglaba para eludir las preguntas o para tomárselo todo a broma.

—Aquel pastor te conocía. Era un viejo de cara arrugada, con gafas de anciano de montura de acero y con ese acento del sur de Sajonia tan acusado que hace que hasta un sermón parezca una historia divertida.

—Conocí a muchos pastores.

La miré fugazmente y Fiona me devolvió una mirada sin expresión. Su doble vida en el Este había proporcionado un enigmático barniz a su fría serenidad inglesa.

—Bajó la voz cuando se decidió a hablarme de ti. Me dijo que tú les habías enseñado a luchar. Sus feligreses rezan por ti regularmente.

Fiona se estremeció.

—Lo sé.

Evidentemente, habría preferido no saberlo.

—¿Les enseñaste a luchar contra el gobierno? ¿A ser más astutos que la Stasi? ¿Eso fue lo que les predicaste a aquellos pobres desgraciados?

—Movilizar a las Iglesias fue la parte más importante del proyecto.

—No funcionará, Fi. Los pulverizarán.

—¿Crees que no estoy preocupada por lo que hice? ¿Y por toda aquella gente?

—No se derriba el Muro utilizando sólo las trompetas de la Iglesia. Josué llevaba consigo un ejército.

—Tú subestimas a la Iglesia. Todos la subestiman. Bret fue el primero en ver las posibilidades... en darse cuenta de que la Iglesia era la fuerza más poderosa para iniciar el cambio.

—¿Bret? ¿La Iglesia?

—Eran luteranos. Bret hizo notar que de los veinte millones de personas que viven en la República Democrática, más del noventa por ciento seguían siendo miembros de la Iglesia.

—Aun así...

—Sé lo que vas a decir. Lo oí decir a todo el mundo cuando intentábamos obtener permiso para que yo llevase a cabo el truco de la deserción. Aquí todos pensaban que la Alemania del Este es el mismo caos agnóstico de materialismo que tenemos en Occidente. Pues no lo es. Tú ya lo sabes, Bernard.

—*Chaoten* —dije.

Radicales, ocupas, drogadictos, asesinos en serie, terroristas con bombas de la misma opinión que la Baader-Meinhof... aquéllos eran los aspectos de la vida occidental que temían todos, hasta los más reprimidos.

—Los fieles practicantes del Este son una fuerza cohesionada y poderosa, armados de una fe profunda.

—Las creencias profundas saltan por la ventana cuando la Stasi llama a la puerta.

—No, Bernard, no. Tú tienes tu fe exactamente igual que ellos tienen la suya. Has afrontado horrores indecibles alentado únicamente por la fe en la justicia de tu causa. Concede a los alemanes el beneficio de la duda. A cada uno de los miembros de la Iglesia se les ha hecho una promesa en el bautismo: que deben ser educados en la fe cristiana. Y para un alemán, una promesa es un compromiso solemne.

—Yo no lo veo así, Fi. Ojalá pudiera creer que los hombres de la Iglesia son capaces de orquestar una gran oleada de revolución popular que pueda barrer las tierras y derribar el Muro. ¿Eso es lo que esperas, verdaderamente?

—Sí.

—Gota a gota, quizá. Un proceso gradual de liberalización. Pero eso no va a derribar el Muro antes de fin de siglo. Si es que lo consigue alguna vez.

—Ya veremos —dijo Fiona.

—No se puede negar que has encendido la mecha, Fi. Pero este nuevo mundo de libertad no está esperando a la vuelta de la esquina. Cualquiera que crea eso se juega el tipo.

—No arriesgarán nada por ellos mismos que no haya arriesgado yo por ellos.

—Tómalo con calma, Fi. Ya sé que Jesucristo era una mujer, pero no te aproveches de tu rango.

Me pegó un malicioso codazo en las costillas. En respuesta le di un beso en la mejilla. Entonces ella dijo:

—No se te ocurra trabajar contra mí, Bernard. Es lo único que pido.

—Sería el único —observé.

—¿Qué quieres decir?

—No finjas que no te has dado cuenta, cariño. Todos te tienden la alfombra roja cuando pasas. Están pendientes de cada una de tus palabras. Dicky te corteja. Tu secretaria te lleva flores recién cortadas. Los subalternos se hernian acarreando muebles para ponerte el despacho bonito. El Departamento es tuyo si lo quieres.

—Ojalá fuera cierto. Pero tú no ves la oposición a mis ideas que viene de los que están en lo alto.

—Ese asunto con Dicky... lo de intentar intervenir el ordenador central de la Stasi y hacer que Werner organice una red para recoger los datos al día. ¿Eso es algo por lo que tú estás haciendo presión?

—¿Por qué lo preguntas?

—Está pasando algo raro —dije—. Dicky fue y montó su numerito de costumbre en la sede del Consejo sin que le acompañase nadie más.

—Lo están preparando para el estrellato. ¿No sabías eso?

—Nadie del Departamento estuvo allí excepto Dicky y el asesor del Foreign Office, que en realidad no es uno de los nuestros. Eso es algo sin precedentes. El año pasado, cuando el director general estuvo enfermo y el adjunto estaba muy liado con su bufete de abogados, la sede del Consejo se negó a organizar una reunión con el controlador de Europa en la presidencia.

—Quizá se estén volviendo más condescendientes.

—Ni lo pienses.

—Entonces, ¿qué?

—Quizá el director general y el director general adjunto estén decididos a mantenerse alejados de todo.

—¿De qué?

—Sabe Dios...

—No seas tan críptico.

—De verdad que no lo sé —insistí—. Pero a juzgar por las piojosas y podridas cosas que sabemos que están dispuestos a tolerar, debe de tratarse de algo turbio de narices.

—¿Y Dicky forma parte de esta maquinación maquiavélica?

Era la manera que tenía Fiona de mofarse de mi cinismo, pero aun así le contesté en serio.

—Eso espero —dije—. Porque si no toma parte en ello, debe de estar poniendo la cabeza en el tajo.

—¿Es ésta tu retorcida manera de decirme que me mantenga alejada?

—Nunca me atrevería a hacer semejante cosa.

—Bueno, gracias de todos modos, cariño. Pero si el ordenador central de la Stasi puede arrojar alguna luz sobre la muerte de Tessa, me pondré de pie y lanzaré tres hurras por Dicky.

Los padres de Fiona vivían en una vieja casa situada en medio del bosque, cerca de Leith Hill, en Surrey. Los dioses de la lluvia estaban terminando su actuación cuando nosotros llegamos, y un sol compungido esparcía monedas de oro sobre la casa de mi suegro y los árboles circundantes. Fiona salió del coche, se puso a dar golpes en el suelo con los pies y corrió al interior de la casa soplándose las manos. Yo me quedé allí de pie un momento, saboreando el aire limpio del campo y contemplando el paisaje, no menos encantador por el hecho de ser casi descolorido. Los inviernos eran mucho más crudos allí que en Londres. El ornamental estanque de peces estaba cubierto de hielo, y en las sombras donde el sol nunca llegaba, la hierba y las plantas estaban erizadas a causa de la escarcha.

—Ven, Bernard. Vas a morir congelado si te quedas ahí mirando boquiabierto el estanque.

—¿Pueden los peces seguir vivos ahí, debajo del hielo?

—Papá dice que el hielo los mantiene calientes.

Mi suegro a veces la llamaba «la granja», quizá debido a los edificios del exterior: los establos, las perreras, la casita del jardinero y el bonito granero enmarcado con boj que había convertido en estudio de pintor. Había derribado el tejado para instalar una gran claraboya en lo alto, completada con

una persiana para el sol que se accionaba con un mecanismo eléctrico. Las paredes, forradas de madera pulimentada, las había adornado con algunos de sus mejores lienzos, y el suelo estaba cubierto de alfombras, excepto alrededor del caballete, donde hubieran podido sufrir salpicaduras de pintura. Allí pintaba mi suegro los cuadros que luego podían verse colgados en posiciones excesivamente destacadas en las casas de los hombres que hacían negocios con él.

Estaba ante el caballete cuando la doncella nos hizo pasar. No estaba pintando, estaba inspeccionando un lienzo en blanco, quitándole el polvo y las hilachas y comprobando que el bastidor formase ángulos que fueran exactamente rectos.

—¡Cariño! —exclamó con la teatral voz de barítono que sabía poner a su antojo—. Y Bernard. ¡Estupendo!

Vestía un jersey blanco de cachemir de cuello alto y llevaba un pañuelo de vistosos colores atado holgadamente al cuello. Pantalones oscuros de pana y zapatillas de terciopelo con monograma completaban el efecto. Nos hizo sentar, y él tomó asiento en el sofá mientras Fiona hacía inventario y admiraba las mejoras que su padre había hecho en el estudio.

—Has hecho maravillas, papá.

El padre de Fiona no había encendido ninguna luz y estaba oscuro, como un claroscuro de Rembrandt del que hubieran escapado los burgueses. El estudio se había ido convirtiendo poco a poco en la «guarida» de David, completada con sofá, butacas y un armario siempre bien provisto de vino y otras bebidas alcohólicas. Las modificaciones que había hecho en aquel antiguo edificio, así como la meticulosa atención a los detalles y la alta calidad de las obras, eran un tributo a la energía y determinación de aquel hombre, una de las claves del carácter de David. Y también lo era el modo como permitía la entrada en aquel santuario a familiares y a colegas de negocios, con la tácita implicación de que era un privilegio que llevaba consigo obligaciones no expresas.

—Es un lugar al que suelo venir cuando tengo que pensar —dijo David.

—¿Pasas mucho tiempo aquí? —le pregunté.

Fiona me miró con cierto enojo, pero a David le pasó inadvertido. Estaba concentrado en servir las bebidas.

—No —repuso David—. Últimamente no me queda mucho tiempo para la pintura. Estoy muy ocupado intentando reunir unos cuantos peniques. —Nos entregó los vasos: *ginger ale* para Fiona y agua mineral para mí—. Me gustaría que tomases una copa de verdad.

—A Bernard no le conviene tomarse una copa de verdad —terció Fiona—. Ahora no bebe; está intentando perder un par de kilos antes de irse.

David retrocedió un poco para mirarme.

—No necesitas hacer régimen, Bernard. Nunca te he visto más en forma. ¿Has empezado a practicar el boxeo? Yo fui un púgil bastante competente en mis tiempos jóvenes. ¿Cómo lo consigue, Fiona? Cuéntame su secreto.

—La ira —bromeó Fiona. Pero lo dijo con tanta prontitud que un elemento de sinceridad se hizo evidente en aquel juicio.

—¿Ira? ¿Qué clase de ira?

—Una ira ciega y desenfrenada contra el mundo que lo rodea.

Se echó a reír para que pareciera una broma.

—¿Ira? Si ése fuera el secreto, yo estaría como un fideo —aseguró David con aire severo—. Este puñetero gobierno no tiene ni idea de lo que hace; no sabrían dirigir ni una tienda de pescado y patatas fritas. Lo digo muy en serio: no sabrían dirigir ni una tienda de pescado y patatas fritas.

—¿Qué es eso? ¿Han llegado los niños? —preguntó Fiona mirando hacia la puerta.

—¿No os lo ha dicho la criada? Los niños han ido al cine con tu madre.

Tuve ganas de preguntarle por qué aquella salida al cine había tenido que coincidir con nuestra visita, la primera que realizábamos desde hacía meses, pero contuve la lengua.

—Salud —dije levantando el vaso.

David levantó la ginebra con tónica, bebió un poco y asintió con la cabeza antes de decir:

—Yo soy socialista. Tú lo sabes, Bernard. Siempre lo he sido. Es mi naturaleza. Por eso acogí a vuestros hijos. No puedo soportar ver a nadie con problemas.

En un intento por atajar otra diatriba, Fiona intervino.

—Mamá y tú estáis bien; eso es maravilloso.

—Podría irme a Suiza —comentó David, todavía ocupado con sus pensamientos—. Y si el gobierno aprieta las tuercas todavía más, lo haré.

—¿A mamá le gustaría vivir en Suiza?

—Los negocios deben ser lo primero, Fiona. Tú sabes eso y ella también. ¿De dónde crees que salen los fondos de tu fideicomiso? Habrás notado que lo he rellenado, supongo.

—Te telefoneé —repuso Fiona.

—Pero siempre es agradable recibir una pequeña nota. Mejor que todas las charlas del mundo; una pequeña muestra de agradecimiento por escrito.

—Sí, tendría que haber escrito.

Fiona estaba totalmente dominada cuando se encontraba en presencia de su padre; resultaba difícil de creer que aquélla fuera la misma mujer que se había metido en el bolsillo a todo el Departamento.

—George está en Suiza —comentó David—. Ahí tienes a un marido. — Me lo dijo a mí, como si el viaje de George a Suiza fuera algo de lo que yo pudiera tomar ejemplo—. Está decidido a llegar hasta el fondo para averiguar lo que sucedió con el accidente de Tessa. Dice que gastará hasta el último penique si hace falta. Y yo le dije que contara conmigo.

—Sí, hablé con George. Fui a verle —dije—. Pero ¿dónde está el misterio?

David miró a Fiona. Ésta, bien recostada en el sillón, estaba casi perdida en la penumbra, pero giró la cabeza y vi que se ponía atenta, como si la mención del nombre de Tessa hubiera disparado en ella una alarma.

—¿Dónde está el cuerpo? —me preguntó David; y luego dirigió una mirada a Fiona—: Vamos, vamos, Fiona, ya sé que esto te apena. También me apena a mí. Pero hay que afrontarlo.

Esperó a que yo le respondiera.

—Supongo que está a cargo de las autoridades de la República Democrática —dije—. ¿No ha habido entierro, ni autopsia? ¿Qué os han dicho?

—A nosotros no nos han dicho nada —repuso David con resentimiento.

—Lo único que nos han dicho es que murió en un accidente automovilístico en la Autobahn —dijo Fiona.

Fiona estaba enterada de todo. Había estado presente en la salida de Brandeburgo la noche en que Tessa resultó muerta. Pero Fiona, prudentemente, no había compartido con su padre los recuerdos de aquella experiencia, y no era algo en lo que yo estuviera dispuesto a embarcarme. En cualquier caso, Bret me había hecho firmar una carta oficial reconociendo que los sucesos de la noche en que Fiona escapó de Alemania Oriental quedaban bajo los términos de mi empleo. Tomándolo al pie de la letra, no me estaba permitido hablar de ello ni siquiera con Fiona.

—Entonces, ¿dónde está el cuerpo? —quiso saber David. Se terminó la tónica con ginebra y se levantó con un movimiento que enfatizaba su frustración.

—¿A qué hora acaba la sesión de cine? —preguntó Fiona mientras su padre hacía ruido con las botellas de las bebidas.

Se oyó un siseo al abrir David la tapa de una lata de tónica. Yo a duras penas alcanzaba a verle de pie ante el armario donde guardaba las pinturas, el aceite de linaza y el aguarrás.

—Pues en realidad no lo sé —repuso David; luego, dándose la vuelta para mirar a su hija, añadió—: Tu madre suele llevarlos a tomar té con pasteles, pero no creo que hoy lo haga.

—Todo se debe sólo al paso de tortuga de la burocracia de esa gente —observó Fiona.

—Y mientras tanto, ¿qué ocurre? ¿Está enterrada? ¿O se está pudriendo olvidada en algún frigorífico de cualquier asqueroso depósito de cadáveres alemán?

—Por favor, no, papá —dijo Fiona.

—Tienes que enfrentarte a ello, Fiona. No puedes esconder la cabeza bajo el ala.

—Veré lo que puedo averiguar —me ofrecí—. Voy a ir allí la semana que viene. Veré qué es lo que puedo descubrir, pero de manera extraoficial.

—Ojalá lo hagas, Bernard. George ha contratado a un abogado de Berlín y a cierto detective que cobra un montón de dólares al día, pero no tengo muchas esperanzas de que nadie pueda conseguir que esos cerdos se muevan. Últimamente no he sabido nada de él. ¿Has tenido noticias tú, Fiona?

—¿De George? —preguntó Fiona con aire ausente.

—De quien sea —dijo con brusquedad su padre con aquella ira especial que los padres reservan para los hijos que no prestan atención.

—No —respondió Fiona—. De nadie.

De repente se abrió la puerta y los niños entraron dando botes, gritando y riendo. Billy tenía catorce años, la edad en que los niños experimentan grandes cambios físicos. Sally era dos años menor. Por más que yo le había intentado explicar en repetidas ocasiones que los dos seguíamos queriéndola, Sally nunca había aceptado ni se había hecho a la idea de que su madre se marchase tan repentinamente, sin una despedida ni una explicación.

—¿Por qué estáis sentados a oscuras? —preguntó Sally; pero no recibió respuesta. Mientras tanto el pragmático Billy fue encendiendo las luces.

Billy llevaba puesto un *blazer* oscuro y unos pantalones grises; Sally llevaba un bonito vestido.

—Pantalones largos —anunció Billy cuando hubo suficiente luz para que todos viéramos lo que llevaba puesto. Por eso era por lo que llevaba el uniforme del colegio durante el fin de semana. Señaló con el dedo la insignia

del bolsillo—. Y éste es el lema del colegio en latín. Ahora estudio latín. Y francés. Soy el tercero de la clase.

—Eso está muy bien —dije yo—. El latín es muy necesario para aprender idiomas.

—Todavía falta mucho para que Sally haga latín —dijo Billy.

—Pero estoy en el equipo de natación —apuntó Sally.

Los dos estaban de pie muy cerca de mí, esperando que los abrazase como lo hacía siempre para saludarlos. Pero no los abracé. Me di cuenta de que Fiona estaba tensa y asustada de aquella confrontación.

—Id a darle un beso a mamá —les dije—. Hace mucho que no la veáis, ¿no es cierto?

Se dieron la vuelta y miraron a Fiona, pero no se acercaron a ella.

—Hola, mamá —la saludó Billy con timidez—. ¿Te han ido bien las cosas?

—No —dijo Fiona; y sonrió. Había temido aquel primer encuentro y había hecho lo posible por posponerlo.

—¿Vamos a ir a casa a vivir con vosotros? —preguntó Sally a su madre en un susurro.

Fiona dirigió una fugaz mirada a su padre y luego me miró a mí.

—Claro que sí —respondí—. Voy a hacer espaguetis en nuestra nueva casa de Londres. Ya he preparado la salsa. Y podréis probar vuestros dormitorios. Luego, mañana por la noche, volveré a traeros aquí, a casa del abuelo.

—¿Por qué? —preguntó Billy con voz quejumbrosa a causa de la desilusión que sentía—. ¿Por qué no podemos quedarnos con vosotros para siempre?

—Sólo hasta que acabe el trimestre —le aseguré—. Creemos que podría ser malo sacaros del colegio ahora, estando tan cerca los exámenes.

—Haré los exámenes —prometió Sally—. Haré lo que sea.

Eran unos niños maravillosos; conformistas y confiados. Y resueltamente alegres a pesar de los constantes contratiempos a que se habían visto sometidos. Pronto, algún día, cuando nos juzgasen por lo que les habíamos hecho, ¿podríamos nosotros aducir circunstancias atenuantes? Ya eran mayores; muy mayores. De pronto caí en la cuenta de que eran ya tan mayores que nunca más podría volver a tomarlos en brazos, no volvería a lanzar a Sally por los aires o a llevar a Billy a cuestas y galopar escaleras arriba con él. Al hacerme de pronto consciente de aquello sentí dolor, una profunda y desesperada sensación de pérdida.

La madre de Fiona entró por la puerta. El abrigo y el vestido le llegaban casi hasta el tobillo, y llevaba puesta una pamea con flores de seda. La ropa de tonos pastel le daba el aspecto de una fotografía de la época victoriana, y quizá fuera ésa su intención. Detrás de ella iba una doncella ataviada con un delantal de volantes almidonados y que llevaba una bandeja. Los Kimber-Hutchinson tenían empleadas a un montón de lugareñas; llegaban de la aldea cada una de ellas con la tarea asignada individualmente. Una hacía las camas, otra limpiaba los baños, otra hacía la colada, y así sucesivamente. Hacían que la casa fuera un constante hormiguero de mujeres de todas las edades que iban y venían, y en conjunto constituían un motivo suficiente para refugiarse en aquel estudio o guarida donde a esas trabajadoras les estaba vedado el acceso.

—Ah, aquí lo tenemos —anunció David con voz muy fuerte mientras miraba la bandeja—. Esto es lo que les gusta a vuestros hijos, ya lo creo.

La bandeja estaba dispuesta con un servicio de té de porcelana de Staffordshire y dos enormes copas de vidrio con helado de colores primarios rociados de salsas de vistosos colores, nata montada, frutos secos partidos y otras golosinas. Clavadas en aquellas copas de helado iban dos palitos de madera: uno con un recorte de colores de Mickey Mouse y el otro con uno de Pluto. Solemnemente, David entregó los helados a los niños.

—Éste es su preferido —nos dijo por encima del hombro con voz conspiradora.

—No os lo comáis todo; os estropeará la cena —les pidió Fiona, que había empleado muchos años en enseñar a los niños a no comer caramelos, galletas y chocolate.

—No les estropees la diversión, mamá —la amonestó David al tiempo que utilizaba una cucharilla de té para saborear los brebajes—. Comed, niños. Sólo se es joven una vez.

La señora Kimber-Hutchinson sonrió tristemente y se quitó el sombrero y el abrigo. Captó la mirada de Fiona y formó silenciosamente la pregunta con los labios:

—¿Has traído las cintas?

Fiona asintió con la cabeza.

David se alisó el pelo con la palma de la mano y dijo:

—¿Qué te he oído decir, Bernard? ¿Espaguetis? Eso no es una comida como es debido. No podemos permitir que salgáis corriendo otra vez nada más llegar. La carretera de circunvalación de Kingston es un tramo muy peligroso los sábados por la noche. La llaman «el kilómetro asesino». Vi un documental por televisión que mostraba los accidentes múltiples y fatales que

ocurrieron allí el año pasado. Os quedaréis aquí a tomar una cena de verdad. Es una celebración en honor de Fiona.

Ahora me miraba a mí de frente.

—Tenemos que volver —le dije con firmeza.

—Fiona me prometió que os quedaríais —insistió David—. Hemos hecho todos los preparativos. Vienen unos amigos desde Richmond. Están preparando la comida y vuestra habitación está dispuesta.

Miré a Fiona con alarma. Ésta, poniéndose un poco a la defensiva, dijo:

—Eso fue cuando se esperaba que viniera también tío Silas. Creí que querrías saludarlo.

¿Se suponía que era una oportunidad para que me congraciase con Silas Gaunt, y en consecuencia consiguiera un ascenso decente? Cuando volví bruscamente a la realidad, me encontré con que había estado mirando con enfado a Fiona sin ni siquiera verla.

—Silas no ha dicho que no vendría —la corrigió David—. Dijo que lo intentaría. Se encuentra en Guildford en una importante feria de antigüedades. Y después hay una reunión de anticuarios. Y eso sólo está a un tiro de piedra de aquí. No querrá hacer todo el camino de vuelta a su casa en coche desde Guildford. ¿Habéis traído vuestras cosas, Fiona?

Mi mirada debía de haber surtido en ella algún efecto, porque Fiona me estaba mirando con la expresión más contrita que yo pueda recordar. En voz baja, tanto que fue casi inaudible, dijo:

—Es cierto que le dije a papá que nos quedaríamos, Bernard. He traído una maleta con nuestras cosas. Quizá se me haya olvidado decírtelo.

—Así me gusta —intervino David, muy jovial ahora que era el ganador del día—. Y mañana iremos a la iglesia. —Y dirigiéndose a mí, añadió—: Vamos a la iglesia todos los domingos. Espero que vengas con nosotros, Bernard.

—Sí, iré —le contesté—. Tengo una lista entera de cosas que quiero empezar a tratar con Dios.

A menudo he sospechado que mi suegro se había vendido el alma al diablo. ¿De qué otro modo podría haber hecho que todo lo que deseaba le resultara tan fácil de conseguir? Yo estaba deshaciendo la maleta que Fiona había escondido en la parte de atrás del coche, entretenido en elegir una camisa y una corbata apropiadas para la clase de cena que a David le gustaba ofrecer, cuando oí llegar un coche. Miré por la ventana a tiempo para ver al conductor de un Range Rover lleno de lodo que sujetaba la puerta abierta y ayudaba a la falstaffiana figura de Silas Gaunt mientras éste bajaba con gran trabajo del asiento delantero, junto al conductor. Silas llevaba puesto un impermeable corto de color caqui de estilo militar. En la cabeza llevaba un sombrero de pescador de ala arrugada confeccionado con una tela a cuadros.

Tratar de describir el papel de Silas Gaunt en el Servicio Secreto de Inteligencia sería como tratar de describir el papel de Irving Berlin en la historia de la música popular. Gaunt había vivido mucho tiempo y había visto pasar al Servicio Secreto británico por buenos y malos tiempos. Mayoritariamente malos; buenos no había muchos; algunos decían que no había habido nada más que un desastre tras otro. Ahora Silas estaba retirado en «Whitelands», su granja de los Costwolds, pero la influencia que seguía teniendo hacía que en la Central de Londres pocas decisiones de importancia se tomaran sin su bendición.

A Silas lo sentaron en un extremo de la mesa del comedor. Poca alternativa había, porque su volumen y sus gestos le imposibilitaban para acomodarse entre otros invitados. Una vez en posición, adoptó ademanes de anfitrión al ordenar a los demás comensales que sirvieran vino o pasaran las verduras, y exigía silencio cuando relataba alguna de sus anécdotas. En lugar del traje de *tweed*, que era su uniforme, parecía haberse tomado grandes molestias para aquella inusual excursión al mundo exterior. Vestía un traje oscuro a rayas, cuyas costuras habían sucumbido en ciertos lugares ante el aumento de peso que había experimentado desde que lo adquiriera. Llevaba un jersey azul oscuro que yo sabía que se lo había hecho la señora Porter, su

devota ama de llaves. Jersey que estaba empezando a deshacerse por el elástico. La camisa se veía recién lavada y planchada, pero el efecto general se echaba a perder a causa de la corbata, muy gastada y manoseada, cuyo estampado consistía en un repetido escudo de armas de algún colegio o universidad a los que había asistido.

David estaba al otro extremo de la mesa. Llevaba puesto un traje azul de estambre Savile Row con chaleco, junto con una camisa de popelín rosa y una corbata de colores muy vivos. Quizá se le hubiera olvidado la conducta vociferante y gesticulante por la que tío Silas era famoso, porque David en ningún momento llegó a relajarse por completo, y rápidamente dio instrucciones a la chica que atendía la mesa para que cambiara de lugar algunas de las piezas más valiosas de porcelana y cristal tallado, a fin de que no se hallasen en el radio de acción de los exagerados ademanes que hacía Silas.

Había otros invitados en la cena: un magnate de los seguros, ya jubilado, propietario de diez caballos de carreras, y su esposa, que era magistrado. El hijo de un duque, con aspecto desastrado como se espera que sean los hijos de los duques, que llevaba el pelo largo recogido en una cola de caballo y cuya chillona esposa no dejaba de machacar impudicamente con su club de hípica y las personas con título que llevaban allí a sus hijas. También se encontraba allí una pareja australiana, muy callada, que había hecho una inesperada fortuna gracias a un puerto deportivo construido en un extremo de la granja de caimanes de su propiedad. Al parecer estaban constantemente dando la vuelta al mundo en un serio intento por gastar sus ingresos. Ahora estaban pensando en comprar un apartamento de lujo en Monaco, apartamento en el cual David parecía tener un interés financiero.

Poco después de que nos sentásemos, surgió un tema común: los caballos. Había la suficiente conversación acerca de carreras de caballos como para hacer que yo me quedara silencioso y confuso. Incluso el tío Silas intervino para contar una vieja historia sobre los caballos del departamento de bomberos de Berlín, que fueron vendidos a las fábricas de cerveza cuando llegaron los camiones de bomberos motorizados. Cada vez que oían las alarmas de incendios, aquellos animales enormes echaban a correr al galope en la dirección de la que procedía el sonido, llevando consigo los pesados carros cargados de barriles, que derramaban por el suelo junto con los hombres que los conducían.

El menú era elaborado y consistía en caviar como entrante, faisán con guarnición, *Charlotte* de manzana crujiente en algún momento intermedio y

un plato de ostras y bacon para terminar. Otra noche cualquiera yo habría encontrado la comida y la conversación agradables, pero no podía evitar recordar que mientras yo soportaba aquel pretencioso ritual, mis hijos estaban arriba comiendo salchichas con puré de patatas en compañía de una de las muchas criadas de David antes de que los metieran en la cama.

Era medianoche cuando los aficionados a las carreras de caballos se levantaron y fueron a buscar los abrigos; y empezó así el rito de dar las gracias y las buenas noches. Los australianos también salieron corriendo a buscar los abrigos, y resistieron con habilidad ante la insistencia de David para que se quedasen a ver las fotografías en color que tenía de Monaco. Entonces me fijé en que el tío Silas también había desaparecido sigilosamente. Subí al piso de arriba y me encontré con él cuando salía del cuarto de baño.

—¿Te vas, Silas?

—Tengo que irme, por desgracia. —Abrió la puerta de la habitación contigua al baño y encendió las luces. Era un dormitorio; se acercó al armario ropero y cogió una percha en la que estaba colgado su viejísimo impermeable —. Sí, por desgracia tengo que irme, Bernard —repitió.

Era obvio que aquella habitación era la que se le había asignado para pasar la noche. El jabón que había en el lavabo era nuevo, caro y estaba sin desenvolver; le habían abierto la cama y había media docena de *best-sellers* del año anterior encuadernados en cartoné y media docena de rosas recién cortadas dispuestas a cada lado de la cama.

—Confiaba en poder hablar contigo un rato —le dije.

Silas seguía teniendo en las manos el impermeable, la bufanda y el sombrero, pero al oírme decir aquello los colgó del respaldo de una silla y cerró la puerta.

—Te toca a ti empezar, Bernard.

—Le han dado la patada a una persona del Departamento. Y creo que ha sido por mi culpa.

—¿De quién se trata?

—De un hombre llamado Kent. Un historial sobresaliente.

—El dentista húngaro. Sí, lo sé. ¿Por qué piensas que eso habría de tener algo que ver contigo?

Se dio la vuelta hacia la ventana. Las cortinas no estaban echadas. Volví la cabeza para ver por qué el tío Silas miraba hacia el huerto vallado. Tenía una iluminación que deslumbraba. Supongo que eran luces para ahuyentar a los merodeadores; David tenía obsesión con los merodeadores.

—Estuve viviendo un tiempo con su hija —le expliqué—. Algunas personas creen que lo sometieron a muchas presiones para romper aquella relación.

—¿La hija? —Frunció el entrecejo mientras consideraba lo que yo le había dicho—. ¿Es ella la que sospecha que el Departamento hizo presión e interfirió en su vida amorosa?

Detrás de aquellas palabras había una brutalidad burlona; quería que yo supiera que me estaba pasando de la raya.

—No, yo —puntalicé—. Soy yo quien lo sospecha.

Me miró durante lo que me pareció un siglo.

—No seas tonto, Bernard. Tienes una esposa estupenda. Deberías arrodillarte ante ella.

—Ya lo hago, todo el tiempo —le dije—. Pero constantemente me estallan los pantalones y se me sale el culo.

—Tu amigo el dentista dejó de ser útil —dijo Silas. Cerró las cortinas con un tirón airado—. No quiero aburrirte con los detalles de las necesidades dentales que el Departamento tiene en proyecto, así que te sugiero que te fíes de mi palabra.

—Abúrreme —le pedí.

—Muy bien. —La cortina no estaba cerrada del todo, y por el hueco que quedaba Silas volvió a mirar hacia el huerto—. Hay cierta nota triste en una parcela de coles inundada de luz —sentenció—. Y vallada. Parece el patio de una cárcel.

—Pues no lo mires —le dije; y cerré la cortina.

Al verse obligado a mirarme, Silas comenzó a hablar.

—Sacamos a Kent y a su esposa de su país y los trajimos aquí cuando las cosas estaban muy difíciles. Ese hombre tenía una curiosa afición: coleccionaba instrumentos de dentista antiguos y estudiaba la historia de la odontología europea. Escribió un artículo para una revista científica. Un joven avisado que trabajaba en Coordinación lo leyó y me lo dijo. Teníamos a un hombre cuya habilidad podía asegurar que los agentes que enviáramos a Hungría, Alemania Oriental, Polonia e incluso a las regiones más remotas de la Unión Soviética pudieran llegar allí con la odontología apropiada a su identidad ficticia.

—Cosa muy útil —observé.

—Y sorprendente. Desde luego también comportaba que el señor Kent emplease mucho tiempo con nuestros agentes más importantes. Y era inevitable que se enterase de cuándo partían los agentes y adónde se dirigían.

—Deberíais haber reclutado hombres cuyas dentaduras estuviesen en mejores condiciones.

—Tienes razón —dijo Silas—. Y eso es lo que hemos hecho. Los dientes postizos o los dientes estropeados que eran tan corrientes en mi juventud son ahora cosa del pasado. Hoy día los jóvenes rara vez tienen más que uno o dos empastes. —Eché una rápida mirada al reloj de pulsera—. El dinero escasea, Bernard, y tenemos que mirar con lupa hasta el último penique de nuestros gastos. Decidimos dejar de actuar con Kent, y le hemos indemnizado debidamente. ¿Acaso se queja del dinero?

—No, creo que está contento.

—¿Y la chica?

—Ella no quiere remover el asunto.

—¿No te ha pedido que te encargues de esto en su nombre?

—No, al contrario, me pidió que no lo hiciera. Tengo plena confianza en ella y está totalmente entregada.

—Bien. El trabajo que hace es muy importante. Puede que Hungría se esté convirtiendo al capitalismo, pero nosotros debemos tener personas que observen lo que está ocurriendo allí. —Se rascó y bostezó, como si el hecho de descubrir lo tarde que era lo hubiera dejado de pronto exhausto—. ¿Y tú, Bernard? ¿Tú también eres de plena confianza y estás entregado por completo?

—Pensaba que eso ya lo había demostrado en distintas ocasiones.

—Por supuesto que sí. La noche en que sacaste de allí a Fiona... Tú estuviste allí, Bernard. No tengo que contarte lo que ocurrió.

—Fue un buen lío. Cogí a Fiona y me la llevé de allí en el coche.

—Y mataste a dos de los suyos, Bernard.

—Todo eso está en mi informe.

—La única copia de ese informe está bajo llave. No quiero que sepan que mataste a aquellos dos hombres. Dos agentes de rango superior de la KGB. Ya sabes lo canallas que son, y lo que piensan cuando matan a alguien de los suyos. Si alguna vez llegan a averiguar lo que ocurrió... —Clavó en mí aquellos ojos grises y fríos que tan fuera de lugar parecían en aquella cara regordeta y bonachona—. Bueno, no te asignarán precisamente un abogado defensor ni te advertirán que tienes derecho a permanecer callado. No tengo que decirte lo que ocurre, ¿verdad?

—No —dije.

—Y hablando desde un punto de vista puramente egoísta, nosotros los de Londres tendremos que pagarlo caro si los de la Stasi deciden que tu

impulsiva acción fue una ejecución gratuita. Me refiero a las repercusiones. Estoy seguro de que ya habrás pensado en esas cosas.

—Me ha pasado por la cabeza.

—Borra de la memoria los sucesos de aquella noche. No hay nada sobre el papel que diga que alguna vez estuviste en aquel tramo de la Autobahn. Tu esposa y tú ibais en un vehículo diplomático con pasaportes diplomáticos falsos. En el lado de acá os recogió un coche del ejército y os dejó en un transporte de la RAF para llevaros a América. Todo sin nombres. No hay documento alguno en ninguna parte que te sitúe en el lugar del tiroteo aquella noche. Y te sugiero que no lo admitas nunca. Que nunca hables de ello, ni siquiera pienses en ello. ¿Me expreso con claridad?

—Tú siempre lo haces, Silas.

—Eres tú quien me preocupa, Bernard. No hay duda de que el Departamento aguantaría una tormenta de esa clase, como ya ha aguantado en otras ocasiones tormentas así. Siempre son los individuos quienes sufren las consecuencias.

—Gracias, Silas.

—Tú olvida el asunto. Y olvídate de la familia Kent. Vete con Fiona esta noche y dile cuánto la amas. Todo el mundo en el Departamento os quiere bien. A los dos. Especialmente yo. Y eso tú ya lo sabes, estoy seguro.

—Gracias, Silas.

—Fiona pasó el examen médico de forma brillante. Estoy seguro de que eso te complació.

—No lo sabía —reconocí con sinceridad.

—Fue mejor que la contrataran de nuevo y pasara por los procedimientos normales de alistamiento. Sí, excelente. Fíjate, ya no es la jovencita que conocíamos. —Hizo una pausa—. El médico que la examinó cree que le vendrían bien unas cuantas sesiones con un psiquiatra. Ella se molestó ante esa sugerencia; ya sabes lo picajosas que se vuelven las mujeres con esas cosas.

—Sí.

—Ya lo creo que sí. Pero quizá cambie de opinión. Sería mucho mejor que se desahogase con un psiquiatra. Tenemos a uno realmente bueno, cuyos servicios utilizamos con regularidad: un especialista de la calle Harley. —Con un gesto que combinaba preocupación amistosa y autoridad, me cogió por el brazo y me lo apretó con fuerza—. Quiero que la vigiles de cerca, Bernard. No quiero decir que la espíes, pero si necesita ayuda de esa clase, tienes que ponerte en contacto conmigo de inmediato.

—Eres muy bueno, Silas —le dije.

Me solté de su agarrón y me pregunté a quién se referiría al decir que «tenemos» uno realmente bueno de la calle Harley.

Dejó escapar un profundo suspiro.

—Dentro de poco volverá a ser la que era. Pero mientras tanto me preocupa pensar que quizá se le ocurra ir a desahogarse con cualquier medicucho al que decida ir a visitar porque no puede dormir bien. Los secretos del Departamento que Fiona guarda en la cabeza...

Sacudió la cabeza, como si pensar en semejante cosa fuera algo que no podía soportar.

—Maldito seas, Silas —le dije sin levantar la voz—. Y malditos sean el psiquiatra y el puñetero médico que la examinó. ¿No eres capaz de pensar en nada que no sea el Departamento y sus puñeteros secretos? ¿Cuántos le quedan ya? Me da la impresión de que esos secretos pueden contarse con los dedos de una mano. Fiona nunca volverá a ser la que era. Nunca, ¿me oyes? Fuiste tú quien la envió allí; tú, Bret, el director general y el resto de esos insensibles hijos de puta. Ella ha quedado como lisiada. Yo la conozco mejor que nadie y te lo puedo asegurar categóricamente: Fiona nunca volverá a estar bien.

Me miró y sorbió con la nariz. Pensaba que yo había ido demasiado lejos.

—Sí, bueno, quizá tengas razón, Bernard.

No quería discutir conmigo; ése era un privilegio que se reservaba para aquéllos a los que consideraba sus iguales. Y yo no era más que el hijo de un colega; alguien a quien había que consentirle ciertas cosas.

—Sí, la tengo —le aseguré—. Y otro error que cometes es creer que Kent nos debe un favor por haberlo sacado de Hungría. Un estudio más detenido de su expediente nos revelaría que trabajó para nosotros durante mucho tiempo en Hungría. Un trabajo condenadamente peligroso: nosotros hacíamos pasar por su consulta a los agentes recién llegados para que él pudiera identificarlos mediante su estructura dental. Y eso no podía durar, porque todos pasaban por aquella consulta. Con el tiempo, a alguno de ellos lo capturarían y hablaría. A Kent lo detuvieron y le aplicaron el tratamiento completo. Primero detuvieron a su hermano, se equivocaron de hombre porque tenían el mismo apellido, y éste no pudo sobrevivir al primer interrogatorio al que le sometieron en la comisaría. Kent se fugó escondido en una furgoneta de la cárcel comunista, y escapó. Estuvo escondido durante dos semanas. Luego lo sacamos del país.

—Quizá yo estuviera mal informado. —Sonrió. Silas era un maravilloso actor; la sonrisa que esbozó era cálida y amistosa, como si no hubiera oído

nada de lo que acababa de decirle—. Bueno, me voy.

Se palmeó la tripa que sobresalía bajo el jersey de punto y contuvo un eructo.

—David pensaba que te quedarías.

—Las carreteras están muy tranquilas de noche, y mañana es domingo. Me gusta pasar los domingos en mi casa. —Se registró los bolsillos hasta que encontró una funda de gafas abollada. La tela que la cubría se había gastado por completo, de manera que el metal desnudo se había puesto brillante como una barra de plata pulida. Después de ponerse las gafas cerró el estuche—. Siento no haber visto a los niños. Llévalos a verme algún día.

Cogió el impermeable.

—Gracias. Lo haré.

Metió un brazo en el impermeable, lo levantó en el aire y, con mi ayuda, arrastró la prenda hasta colocársela sobre el voluminoso cuerpo.

—Han dicho algo de ir mañana todos juntos a la iglesia. Siento perdérmelo, desde luego.

—Rezaré una oración por ti.

—¿Lo harás, Bernard? —Cogió el sombrero blando y se lo colocó descuidadamente en la cabeza—. Te lo agradecería de veras.

Después de observar cómo los faros del Range Rover de Silas Gaunt desaparecían en la lejanía, subí al dormitorio que nos habían asignado, «la habitación rosa». Fiona estaba sentada en la cama, leyendo. Tenía un *whisky* con agua en la mesilla de noche de su lado. Aquél era el momento del día que más apreciaba Fiona: leer en la cama con una copa al lado. *Buddenbrooks: Verfall einer Familie*, un libro que había llevado consigo acompañado de un diccionario de bolsillo de alemán sobre el cual reposaba ahora la copa. Fiona se estaba abriendo camino por la gran literatura alemana. Bret le había confeccionado una lista; se consideraba a sí mismo un entendido en la cultura alemana.

—¿Qué quería el tío Silas? —me preguntó.

Como si de pronto se hubiera acordado del *whisky*, cogió el vaso y dio un pequeño sorbo. Apenas lo había probado. En realidad no necesitaba el *whisky*; le gustaba, sencillamente, tenerlo al lado. Lo mismo le ocurría con el diccionario de alemán. Y lo mismo le ocurría también con muchas otras cosas, entre las cuales quizá me incluyera yo.

—Las tonterías de siempre —repuse.

Me miró como si aquellos sentimientos acerca de tío Silas la ofendieran. Pero no me contestó. Volvió a *Buddenbrooks* mientras yo me desnudaba. Se había acordado de meter en la maleta mi pijama nuevo.

—¿Por qué ha venido tío Silas? —me preguntó al cabo de un rato sin levantar la mirada del libro.

—Tu padre lo invitó a cenar.

—Sí, ya se lo he preguntado a papá. Al parecer no había visto al tío Silas desde hace casi diez años. Dice que Silas lo llamó por teléfono y se invitó él solo, que luego dijo que no podía venir y que más tarde volvió a cambiar de parecer.

Me dirigí al baño para lavarme y cepillarme los dientes. Cuando regresé le dije:

—Entonces, ¿a qué se debe? ¿Quería ver a tu padre?

—No. Yo estaba abajo cuando llegó. Le abrí la puerta y estuve con él mientras se tomaba una copa con mamá y charlaba un poco con papá. Me acompañó al comedor. Luego, después de cenar, cuando los demás se marchaban, subió a la habitación, y entonces te oí preguntarle si podías hablar con él.

—Lo has tenido vigilado de un modo muy eficiente, cariño —le dije. Era una broma, pero Fiona tenía que rechazarla.

—Nada de eso. Yo estaba vestida y arreglada antes que tú, así que bajé. Quizá Silas sólo quería volver a visitar a papá y a mamá; son de la familia. Es evidente que no quería decirle nada a nadie en particular.

—Evidente —convine.

Fiona me miró, pues juntos habíamos llegado a la única conclusión posible sobre por qué tío Silas había querido presentarse allí.

—¿Qué es lo que acaba de decirte ahora mismo?

—Nada que no hubiera oído un millón de veces —le expliqué—. Que mantenga la fe, que guarde los secretos y que siga trabajando duro.

—¿Nada más?

—Que olvide el pasado, y la acostumbrada matraca de que mantenga la cabeza agachada cuando esté en el Este.

—Quizá sólo haya querido evitar el pollo de goma de la cena de la convención —observó Fiona.

—No ha habido ninguna convención de anticuarios en Guildford —le indiqué a Fiona—. Lo he comprobado esta tarde; llamé por teléfono. Pensé que una exposición de antigüedades podía ser una excusa entretenida para que

tú y yo saliéramos un rato. Pero no había ninguna exposición de antigüedades. Silas ha hecho el viaje ex profeso para venir aquí.

La miré y me quedé esperando una reacción por su parte, pero no la hubo. Continuó leyendo durante un rato y luego, tras poner el dedo como señal en la página, dijo:

—¿*Weib* no significa también esposa?

—Sólo en la Biblia y en otros escritos de fantasía. O cuento de comadres... *die Altweibergeschichte*.

Aparté el edredón y me metí en la cama, entre las sábanas.

Fiona siguió leyendo hasta el final de la página, puso un punto y dejó *Buddenbrooks* en la mesilla de noche. Supongo que la pregunta que me había hecho fue un modo de cambiar de tema, ella era experta en eso.

Cuando apoyó la cabeza en la almohada, le comenté:

—Quizá sea mejor dejar que a Tessa la entierren allí.

—Cariño, ¿cómo puedes decir una cosa así?

Estaba muy tranquila y parecía dispuesta a hablar del asunto con sensatez.

—Traerla podría hacer que, sencillamente, todo el mundo se pusiera histérico —le dije. Fiona soltó un gruñido—. George pedirá la autopsia —insistí—. O será tu padre quien lo haga, da igual. Eso se ve venir.

—No quiero tomar parte en ello.

—Tú estabas allí, Fiona.

Como respuesta alcanzó el interruptor que había en la cabecera de la cama y apagó las luces. La habitación quedó a oscuras, excepto por un trazo de luz que se filtraba por las cortinas procedente de algún lugar de los jardines. Me volví del otro lado e intenté dormir. Lo dejé todo sin decir. En realidad yo no sabía qué interpretación hacía Fiona de los hechos de aquella noche, pero lo que sí sabía era que traer el cadáver de Tessa a Inglaterra destrozaría a la familia, y no estaba seguro de que Fiona pudiera soportar tal cantidad de discordia familiar.

—¿No querías leer?

—No —repuse.

No me dormí. Me quedé pensando en lo que se había dicho. A veces es mejor dejar las cosas sin decir; una vez que se expresan en voz alta, las ideas empiezan a endurecerse y acaban convirtiéndose en recuerdos. Hasta mucho rato después Fiona no volvió a hablar. Oír su voz me produjo un sobresalto, porque estaba seguro de que se había dormido.

—¿Cómo era ella, Bernard? —me preguntó de pronto Fiona sin previo aviso—. ¿Se parecía a mí?

—No hablemos de eso ahora.

—Tenemos que hacerlo. Me paso toda la noche despierta imaginándomela en la cama contigo.

—Pues toma pastillas para dormir —le recomendé; luego lamenté mi mal genio. Con palabras comedidas le dije—: Fue una situación que tú creaste, cariño. Fue una elección tuya, tu plan, tu decisión. Yo no estaba en absoluto preparado para ello. La pena y la consternación que sentí eran una parte vital del plan. No me eches la culpa de que saliera tan bien.

—¿Estabas enamorado de ella?

—No lo sé.

—¿Lo estás todavía?

—No, no, no.

—¿Le dijiste que estabas enamorado de ella?

—Puede ser. No me acuerdo. Eso pertenece al pasado.

—Para mí no pertenece al pasado, Bernard.

—Fiona, todo ha terminado entre Gloria y yo. No es mala persona, y me gustaría que aceptases que no alberga animadversión hacia ti ni hacia nadie.

—La detesto —dijo Fiona—. Está decidida a que vuelvas con ella. Eso ya lo sabes, ¿verdad?

—No, no lo sé. Ni tú tampoco.

—Es joven, y los jóvenes tienen una astucia instintiva.

—Deberías probar con el tío Silas.

—Desde luego a ti te halaga ser objeto de las atenciones de una mujer joven, que además es una esposa leal. ¿Por qué no iba a ser así? Eres humano.

Conté hasta diez, debatiéndome en la duda de si debía preguntarle o no si ella había sido consecuente con los votos matrimoniales. Luego dije:

—Si continuas haciéndonos sufrir a los dos, a ti y a mí, todo lo que más estimamos se irá a paseo.

—No me amenaces, Bernard.

—No es ninguna amenaza. Te estás destruyendo con todos esos celos, sospechas y odio infundados.

Dejó escapar un suspiro.

—Son mis hijos, Bernard.

—No, Fiona —la corregí—. Son nuestros hijos. Y pronto ya no serán niños; se habrán convertido en personas adultas. Y nos harán preguntas que quizá resulten difíciles de responder sin decirles que fueron relegados, que para nosotros el trabajo era más importante. Ese sentido de posesión que sientes hacia ellos, y también hacia mí, no es natural. Y te está consumiendo.

—Son mis hijos —repitió Fiona—. Y no puedo tener más.

—¿Cómo lo sabes? —le pregunté. Había algo en su voz que me hizo saber lo que Fiona estaba a punto de decir—. ¿Cómo puedes decir eso con tanta seguridad?

—Fui a visitar al ginecólogo el jueves. Me están haciendo varias pruebas. Pero me ha dicho que no sería prudente tener más hijos ahora.

—Lo siento, Fi.

—¿Que lo sientes? —Se echó a reír con amargura—. ¿Y a ti qué demonios te importa? Creía que estarías encantado.

Noté el movimiento de los muelles de la cama cuando Fiona se alejó de mí todo lo que pudo. Supongo que yo debía haber alargado la mano para consolarla, pero no lo hice. No tenía suficientes emociones como para dedicar una parte a Fiona.

En aquel momento yo tenía la cabeza llena de ira al darme cuenta de que le había servido el juego en bandeja al tío Silas. Su fama de ser el hombre más astuto y tortuoso que el Departamento había tenido nunca no sufriría ningún menoscabo por el modo en que me había manejado aquella noche. Había llevado a cabo una elaborada puesta en escena para ir allí, desnudar sus largos colmillos y decirme que me echara atrás. Si yo no hubiera ido corriendo a su encuentro escalera arriba, quizá se hubiera visto obligado a cogerme aparte y amedrentarme para que no me pasara de la raya. Pero Silas me conocía, y sabía que yo querría hablar en privado con él. Tuve que enterrar profundamente la cabeza en la almohada para ahogar el sonido de sus carcajadas.

12

PEDÍ que un coche fuera a recogerme a la oficina a las seis y media, pero a las siete menos cuarto aún no había llegado, por lo que me encontré en el crudo frío del aparcamiento subterráneo caminando en círculos por el cemento en un intento por mantener la sangre en circulación. En algún lugar fuera de mi vista, al fondo de la planta, oía un motor que intentaba repetidamente ponerse en marcha, pero al mismo tiempo mostraba una melancólica falta de disposición para encenderse y arrancar. Por fin eché a andar para ver de quién se trataba.

Era Gloria. Tenía abierto el capó del coche y estaba inclinada sobre el motor de un pequeño Peugeot 205. Dio un tirón del motor de arranque y maldijo en voz baja al ver que no arrancaba. Al oír que mis pasos se acercaban, se incorporó y me miró. Se había quitado el abrigo de ante, pero seguía teniendo puesto en la cabeza aquel enorme y esponjoso gorro de piel; tenía un gesto furioso en la cara.

—Hola, Bernard. ¿Tu coche tampoco funciona?

Llevaba puesto un jersey y una falda; se frotó las manos para calentarse.

—Estoy esperando un coche del Departamento.

—El transporte atraviesa una crisis. Hoy día todo el mundo tiene problemas para conseguir un coche.

—¿Puedo usar tu teléfono móvil? —le pregunté.

—¿No tienes uno?

—Dicky dice que los teléfonos son sólo para el personal destinado permanentemente en Londres. Por eso no tengo un despacho ni una secretaria como es debido.

—Pobre Bernard —dijo sin manifestar demasiada preocupación—. No llevo encima el teléfono. Me lo dejé en un *pub* la semana pasada. Sentí tanto alivio cuando lo recuperé que desde entonces lo tengo guardado bajo llave en mi escritorio.

—Maldición...

—Si los perdemos nos los hacen pagar. Y cuestan cincuenta y cinco libras.

—¿Quieres que lo intente yo? —le pregunté al tiempo que me sentaba en el asiento del conductor del Peugeot. Yo sabía perfectamente lo que había ocurrido. Cuando Gloria tenía el Mini trucado siempre se le inundaba el carburador—. Sólo tienes que dejarlo en paz durante un par de minutos.

Nunca pude hacerle entender que no se puede tener demasiada gasolina. Nunca pude hacerle entender que no se puede tener demasiado de cualquier cosa. Supongo que eso fue lo primero que me atrajo de Gloria cuando la conocí. Tenía una determinación infantil por demostrar que el axioma de Oscar Wilde de que nada tiene tanto éxito como el exceso era verdad.

—Te llevaré a dónde vayas —se ofreció.

—Todavía no he podido hacer que arranque.

—Pero lo harás, Bernard. Parece ser que a los coches les caes bien.

Cogió el abrigo y volvió a ponérselo.

Después de un intervalo conveniente hice girar la llave, y el coche, tras un par de toses titubeantes, cobró vida con un rugido. Apreté el pedal para asegurarme de que la gasolina corriera con fluidez y después dejé el motor en marcha mientras me apeaba.

—¡Maravilloso! —gritó Gloria aplaudiendo—. Sube al coche, Bernard. ¿Adónde quieres ir?

—Voy a esperar a que llegue el coche que he pedido.

—¿Ah, sí? Pues te pasarás aquí toda la noche.

Subió al coche y encendió las luces.

Flaqueé al ver que mi única oportunidad de escape estaba a punto de desaparecer.

—Quizá lo mejor será que vaya contigo hasta que encontremos un taxi.

Me monté en el Peugeot al lado de Gloria.

—¿Te va bien Bayswater? —me preguntó al tiempo que iba conduciendo a toda velocidad hacia la máquina automática de billetes.

La barrera se levantó y Gloria subió por la rampa produciendo un chirrido de neumático quemado. Se zambulló sin vacilación en el tráfico de la tarde mientras extendía una mano para averiguar si la calefacción daba calor.

—Tienes mala cara, Bernard. ¿Qué has estado haciendo durante el fin de semana?

Esbozó una sonrisa de loba.

—Estoy perfectamente —repuse.

—No estás perfectamente. He oído a varias personas comentar que no tienes buen aspecto.

—Me gustaría que no fueses comentando mi aparente estado de salud con la gente.

—Con tus amigos —precisó Gloria. Había en su tono cierto matiz de tomadura de pelo.

—Nunca me he encontrado mejor —le aseguré—. ¿Qué te parecería si yo empezara un interrogatorio acerca de cómo pasas tú los fines de semana?

—Yo ya te dije lo que iba a hacer. He participado en un rally de coches en Shropshire. Llegamos en noveno lugar entre cincuenta y tres participantes.

—¿Por qué no llegasteis los primeros? ¿Tuvisteis problemas para arrancar?

—Eso es una pulla que no tiene ninguna gracia, Bernard. No soy yo quien conduce; soy el copiloto.

—Se me había olvidado.

—La competencia es muy reñida. Algunos equipos no se dedican más que a participar en rallies; y otros eran profesionales. A mí me parece que lo hicimos muy bien.

—Claro que sí, Gloria. Sólo estaba bromeando.

—Hace falta tener un buen conductor; yo me limito a ir sentada y a darle las indicaciones a voces. —Estábamos cruzando el Támesis por el puente de Westminster—. ¿Adónde te diriges?

—He quedado con una persona en el piso franco de Notting Hill Gate.

—¿Hay un piso franco allí?

—Tú y yo estuvimos en él. ¿No te acuerdas de aquella noche? La radio estaba puesta y bailamos un buen rato.

—¿Cuándo?

—No recuerdo la fecha. Es un apartamento agradable en lo alto del edificio. Tiene una vista desde la que se divisa todo Londres. Había luna. Tú dijiste que sería maravilloso vivir en un ático como aquél.

—¿Sabes, Bernard? Debo de tener vejez prematura. Últimamente no me acuerdo de nada. Mi madre dice que debería asistir a uno de esos cursos para ejercitar la memoria que ve anunciados en las revistas de cocinas y de cuartos de baño que ella suele comprar. ¿Tú crees que sirven para algo?

—No lo sé.

—No te pongas rencoroso y retorcido, Bernard. No puedo hacer nada si no me acuerdo de haber ido contigo a un piso franco de Notting Hill. —Apretó con fuerza el acelerador y el motor rugió mientras corríamos a gran

velocidad por el lado contrario de la calzada y Gloria le daba golpecitos al reloj para ver si seguía funcionando—. ¿Es esa hora? Tengo que pasarme ahora mismo por un garaje de Bayswater, Bernard. Serán sólo dos minutos. ¿Te hará llegar demasiado tarde?

—No importa.

Yo había ido mirando para ver si veía un taxi, pero todos los que había visto o bien llevaban pasajeros o se encontraban demasiado lejos para poder llamarlos. En semejantes circunstancias aceptar el ofrecimiento de Gloria parecía el único modo de llegar a tiempo a mi cita.

—Tengo que recoger los mapas del rally de la próxima semana. Vamos a recorrer toda la ruta y a hacer un buen reconocimiento antes del día de la prueba.

Torció por Bayswater Road y, después de dar la vuelta a una plaza frondosa, llegó a una estrecha entrada en forma de arco. Daba a una calle de destartaladas viviendas de dos plantas que en otro tiempo habían sido las cocheras de las grandes mansiones en cuyas traseras se encontraban situadas. La calle era oscura, y el suelo empedrado estaba iluminado solamente por un par de farolas de color naranja de escasa potencia. Se detuvo delante de uno de los varios garajes que había. Discretos letreros pintados y algunas placas de latón indicaban que las cocheras albergaban ahora talleres especializados en reparación y mantenimiento de coches de gran potencia o para dueños exigentes de coches corrientes.

—Entra si quieres.

Gloria salió del coche y, utilizando una llave que sacó del bolso, abrió un candado de latón para entrar en uno de los garajes por un portillo que formaba parte de una puerta más grande.

Agaché la cabeza, la seguí a través de la puerta y esperé a que Gloria encendiera las luces. Mediadocena de tubos fluorescentes azules cobraron vida para dejar a la vista la inclinada parte trasera de un Saab 900 turbo de edad imprecisa pintado con todos los números y anuncios que suelen llevar los coches de rallies. Al fondo del garaje se alzaba un banco de trabajo y un torno de trabajar metales. En la pared había llaves de tuercas, llaves inglesas, sierras y otras herramientas. Los estantes contenían latas de diferentes recambios, etiquetadas y dispuestas en perfecto orden a lo ancho de la pared. Había un armario decorado con la fotografía en color de un exuberante desnudo aceitado de una chica que abrazaba una bujía de encendido; la clase de calendario sin el cual ningún taller está completo. En el clavo del que colgaba el calendario había una hoja de papel manchado de aceite sobre el

que alguien había garabateado: «Gloria, cariño, los mapas están en la cocina. Coge un juego y el impreso para la solicitud. Yo me ocuparé de las gestiones del seguro, que es un trabajo muy pesado. Besos. P.». Gloria cogió el mensaje y lo dobló con esmero antes de tirarlo a la papelera. Me sonrió.

—¿De quién es este taller?

—El dueño es el conductor de mi coche. Un mecánico muy bueno que trabaja aquí a jornada completa. Paga el alquiler poniéndonos el coche a punto sin cobrar.

—¿Y este Saab es de tu compañero?

—Se está haciendo viejo —me dijo Gloria—. En verano los Porsches pueden ir describiendo círculos alrededor nuestro, pero en invierno un Saab tiene muchas probabilidades de ganar.

—Va en serio este asunto de los rallies, ¿verdad?

Gloria sonrió.

—No voy a dejar el trabajo, si es eso a lo que te refieres.

¡Anda! —exclamó mientras miraba hacia el banco—. Mira lo que está haciendo.

Encendió la luz del banco.

El motor del coche estaba totalmente desmontado; aquellas grasientas entrañas aparecían diseminadas por el banco. Pistones, varillas de conexión, tuercas y tornillos estaban dispuestos de tal manera que volvieran a encajar de nuevo en el mismo sitio del que procedían. Misteriosos muelles y algunos pequeños objetos de metal se encontraban colocados sobre tapas de latas y sumergidos en adobos grasientos.

Era un lugar viejo y extraño. Algunas marcas en las paredes mostraban los lugares donde antes habían estado fijados los establos para los caballos, y los ladrillos estaban estropeados en los lugares de los que se habían sacado los abrevaderos. El suelo era de ladrillos que se habían puesto lisos a causa del desgaste, y también se veía un desagüe que iba a dar a un decorativo sumidero central. Todo estaba casi igual a como había sido cuando aquellos mismos locales contenían un carruaje y un par de caballos.

—Voy a coger los mapas. ¿Quieres ver el piso de arriba?

—Desde luego.

La seguí por las empinadas escaleras de madera, que crujieron bajo el peso de ambos. Aquellas casas tenían cerca de ciento cincuenta años. La cocina era lo justo para que cupiera una mesa sin pintar, dos sillas y un «fregadero de mayordomo», junto con un calentador de agua a gas de aspecto temible que estaba situado por encima.

—¿Aquí vive tu amigo?

—No, claro que no. Esto no son más que almacenes para guardar repuestos de motor y cosas así. —Cogió los mapas que estaban dispuestos sobre la mesa junto con un sobre grande que contenía cartas e impresos de solicitud enviados por los organizadores de los rallies—. ¿Tienes tiempo para tomar una taza de un café verdaderamente asqueroso?

—No —le dije.

—No tardaré ni un minuto —me indicó Gloria.

Mientras llenaba la hervidora con agua del calentador a gas, éste dio un suave estampido y cobró vida con una llamarada de colores azul y naranja. Gloria metió la mano en el armario para coger una lata de espesa y empalagosa leche condensada, un frasco de café en polvo y dos jarras de cerámica decoradas. Luego se sentó y esperó a que hirviera el agua.

—Supongo que no habrás hablado con nadie... con Silas Gaunt, con Dicky o con algún otro... de lo que te conté el otro día acerca de mi padre.

Empezó a echar cucharadas de la leche, que chorreaba, en las tazas.

—Ten cuidado con el abrigo —le advertí—. Los abrigos de ante y la leche condensada no se llevan bien.

—Porque todo ha salido muy bien.

—¿En qué sentido? —le pregunté.

—Para mi padre. Lo han votado para un prestigioso empleo en la universidad. Se irá dentro de un par de días.

—¿Qué se va? ¿Adónde?

—A Budapest. A la Universidad de Budapest. Es lo que siempre ha deseado, Bernard. Está contentísimo.

—¿Cuándo ha ocurrido?

—Le enviaron la carta oficial hace un mes. Equivocaron la dirección y les devolvieron la carta. Afortunadamente uno de los decanos... un hombre que conocía a mi padre, decidió llamar por teléfono. No se han acostumbrado a hacer llamadas internacionales para cosas así. Tendrá que adaptarse a muchas cosas.

—¿Le llamaron por teléfono?

—Anoche. Consiguieron localizarle anoche.

—Es maravilloso.

—Figúrate. Podían habérselo pedido a otro cuando les devolvieron la carta sin entregar.

—¿Está relacionado con la odontología?

—Sí. Investigación, enseñanza y esas cosas. Formará parte de un programa que financian los americanos. Controlará su propio presupuesto, según le dijeron por teléfono. Claro que el presupuesto no será gran cosa, pero eso no importa.

—No, claro que no.

—No importa cuando uno piensa que ya está acabado. Tendrías que haberlo visto.

—¿Y tu madre?

—Finge que eso es lo que siempre ha querido. Yo sé que a ella le asusta un poco volver, pero se da cuenta de lo mucho que significa para mi padre.

—Los echarás de menos...

—Ya no está tan lejos como antes. Y no venderán la casa hasta que estén completamente seguros.

El agua comenzó a hervir. Gloria vertió agua sobre la leche y el café en polvo y se puso a remover la mezcla con furia antes de pasarme una de las jarras.

Lo olfateé.

—Está delicioso —comenté.

—¿Siguen aplicando a la gente el FO, el «fallecimiento oportuno»? —me preguntó Gloria de improviso.

Me puse rígido. Era una de esas preguntas tabú que yo creía que todos los que trabajaban en la Central de Londres sabían que era mejor no hacer. El fallecimiento oportuno, el asesinato deliberado de un enemigo operativo, es una acción que nunca se reconoce oficialmente ni se hace referencia a ella de palabra ni por escrito.

—No —respondí con firmeza—. Todo eso acabó hace muchos años, si es que llegó a pasar alguna vez.

—¿Es ésa tu manera de decirme que cierre la boca?

—¿Qué es lo que te preocupa, Gloria?

—Nada. ¿Qué te hace pensar que me preocupa algo?

—Este asunto de tu padre... No pareces muy complacida al respecto.

—Claro que lo estoy.

—Te conozco muy bien, Gloria. Y hay algo que te ronda por la cabeza.

—¿Has hablado de mi padre con alguien?

—Sí. Casualmente vi a Silas el sábado por la noche. Le mencioné a tu padre. Quizá cogiera a Silas de mal humor, porque no saqué nada en claro de él.

—¿El sábado por la noche? —repitió Gloria. Se le puso la cara tensa.

—¿Y tu padre recibió la llamada el domingo por la noche?

—Sí, de la Universidad de Budapest. Justo el tiempo suficiente para que Silas Gaunt hiciera los arreglos convenientes —comentó Gloria con cinismo.

—¿Qué quieres decir? ¿Crees que esa carta que dicen que les devolvieron no existió nunca?

—No lo sé —repuso Gloria.

—Pero ¿qué es lo que te molesta?

—Tengo miedo por mi padre, Bernard. Si estuviera en algún remoto lugar de Hungría... allí hay lugares muy desolados. Y le han dicho que el trabajo exige viajar y dar conferencias.

—Tienes que decirme de qué se trata realmente, Gloria. ¿Qué me estás ocultando?

—Ya sé que se supone que no debemos utilizar el ordenador más que para las tareas que se nos asignan, pero yo estaba preocupada por mi padre. El día que te vi allí abajo saqué su fichero en pantalla, y al principio todo parecía normal: el acostumbrado listado de ficheros operacionales, ficheros de continuidad, notas «personales» reenviadas y cosas así. Me dispuse a mirar todos sus ficheros, uno a uno. Todo estaba en orden hasta que llegué a una referencia operacional fechada este verano... la habían borrado, Bernard.

—¿Y qué?

—¿Y qué? Los ficheros nunca se borran, Bernard. Y este fichero se ha vaciado. Y el número de fichero se ha vuelto a introducir en la lista para un nuevo uso.

—¿Y por qué te preocupa tanto eso?

—No entiendes lo que estoy diciendo, Bernard. Si trabajases con esos ordenadores en el centro de datos te darías cuenta de que es algo sin precedentes. Y sabrías cuánto trabajo lleva limpiar los ficheros, y lo mismo cada fichero reenviado. Incluso han limpiado los mensajes numerados a los que se hace referencia en cada uno de los ficheros.

—Si los han limpiado, ¿cómo es que tú lo distingues? No puedes verlos, ¿verdad?

—Porque todos los números de referencia, ficheros personales, etcétera, se han puesto en lista para volver a ser asignados. —Tomó un sorbo de café—. Deja que te explique una cosa, Bernard. Cuando abres un fichero, o incluso cuando envías un simple mensaje, la máquina automáticamente proporciona un número. Automáticamente; tú no lo seleccionas. Ahora sé qué han estado haciendo, porque puedo sacar en pantalla los ficheros vacíos. Y cargo el fichero, pero no hay nada que ver más que un número; la pantalla

está en blanco, todas las copias de seguridad están en blanco, incluyendo las copias de seguridad originales del ordenador central. Pero lo más preocupante es la manera en que esos números de ficheros están listados para volver a ser asignados. Uno a uno, el ordenador proporcionará esos números a documentos nuevos, y no habrá manera de distinguir que nada haya sido borrado.

—De acuerdo, no sé nada de ordenadores. Pero ¿no llevan todos los ficheros la fecha? Estos números de ficheros nuevamente asignados tendrán fechas que no serán las que les corresponde.

—Eso no significará nada. Muchos ficheros se abren prematuramente. Tienen la fecha de cuando se asigna el dinero, de cuando a alguien se le concede permiso para empezar a trabajar. Ningún operador que entre en el Submarino Amarillo puede seguirle la pista a nada basándose en la fecha; sería inútil. No sigue un orden cronológico. No, una vez que esos ficheros se asignen no hay manera de ver la trampa.

—Pero... ¿qué tiene que ver eso con tu padre?

—Tres de sus números operacionales han sido borrados.

—¿Por qué me cuentas todo esto, Gloria?

Ella titubeó y abrió uno de los mapas sobre la mesa.

—No darás un informe sobre mí, ¿verdad?

—Claro que no.

—Cuatro de tus ficheros también están borrados. Uno de ellos era un fichero operacional con prefijo de categoría A. La misma referencia que uno de los ficheros de mi padre, así que se trata de algo que hicisteis juntos.

—Sólo que yo nunca he trabajado con tu padre.

—No tendría que haberte dicho nada.

—Quizá haya una explicación simple y racional —le dije—. Puede que sólo estén limpiando los datos electrónicos, igual que hacen con los documentos en papel. Puede que se trate de un error; hay muchos errores.

—Olvidalo, Bernard. Olvida que te he contado todo esto.

Se levantó y se bebió el café apresuradamente.

—Mira, Gloria. Si lo que has averiguado prueba que hay un complot para matar a tu padre, ¿no significaría eso también que hay un complot para matarme a mí?

El efecto que tuvo mi pregunta fue dramático.

—¡Oh, vete al infierno, Bernard! —dijo Gloria con un destello de aquella ira santurróna verdaderamente terrible que era capaz de mostrar. Luego cogió un mapa de la mesa y comenzó a hablar con voz tranquila—. Mira esta ruta.

—Extendió el mapa sobre la mesa. Era uno de los mapas hipsométricos a gran escala del Estado Mayor que muestran todas las cotas, los senderos para recorrer a pie e incluso la última casita de campo—. Recorreremos toda la ruta el próximo fin de semana. Y quizá volvamos a hacerlo el fin de semana siguiente. Conocer la ruta es lo que marca la diferencia.

—¿Estará a punto el Saab?

—Lo haremos con mi coche, tonto... —Sacó el pañuelo, se limpió los ojos y se sonó—. Te llevaré a Notting Hill Gate —dijo al tiempo que cogía los mapas y los impresos.

Antes de bajar utilicé el cuarto de baño. Dotado de antiquísimos grifos, una bañera oxidada y linóleo agrietado, era tan estrecho y estaba tan gastado por el tiempo como el resto. Pero Gloria había dejado allí su huella inconfundible. Había salpicaduras de maquillaje en el espejo, una mancha gris alargada de máscara de pestañas en el lavabo y media docena de bolas de algodón manchadas de sombra de ojos y de colorete. Cualquiera duda que me quedase de que aquél era un lugar que Gloria compartía con alguien se disipó a causa del perfume que flotaba suavemente en el aire. Y lo que llegó hasta lo más profundo de mi memoria fue la casi cómica, absurda, pesada, penetrante y totalmente inapropiada fragancia que ella insistía en ponerse para las ocasiones especiales; Gloria solía llamarlo perfume Noches Árabes.

—Vámonos, Bernard —oí que me decía desde el exterior del edificio; cuando bajé a la calle empedrada, Gloria ya estaba de pie con el candado en una mano y la llave en la otra, esperando para cerrar.

El corto trayecto por Bayswater Road nos llevó sólo unos minutos. Estuvimos hablando de trivialidades hasta que detuvo el coche ante la puerta principal del bloque de apartamentos.

—Bueno, ya llegamos —dijo—. Te he traído sano y salvo.

Permanecimos sentados en el coche durante unos instantes. Podía oler el perfume Noches Árabes. Tenía ganas de besarla, pero sabía que no lo haría.

—Gracias por traerme, Gloria.

Ella miró hacia la entrada del bloque de apartamentos.

—Te he dicho una mentira; nunca he olvidado aquella noche. Estuvimos bailando. Recuerdo todas las notas de la música. Sólo fingía cuando te dije que lo había olvidado.

—Ya lo sé.

—Será mejor que te vayas —me dijo—. Cuídate mucho, Bernard.

Como una niña, alargó una mano y pasó lentamente un dedo por la manga de mi abrigo. Los dos estuvimos contemplando cómo se movía el dedo, que

parecía tener vida propia. Sentí un estremecimiento cuando Gloria estaba a punto de rozarme la muñeca, pero retiró la mano antes.

—Sí —convine—. Será mejor que me vaya. —Ninguno de los dos se movió—. Que tengas buena suerte en el rally. Buena suerte a los dos.

—Gracias, señor Samson. Es usted muy amable.

Me dirigió una breve sonrisa nerviosa; yo abrí la puerta y salí. Cerré la puerta con fuerza y le dije adiós con la mano. Pero no creo que Gloria me viera hacerlo; se encontraba ya a cinco manzanas de distancia.

Había cogido la llave del apartamento de Notting Hill, así que abrí la puerta yo mismo. Supongo que alguien había intentado decorar el lugar en un estilo que fuera acogedor y cómodo, pero había cierto aire *kitsch* que lo inundaba todo, desde los espejos dorados del recibidor hasta las velas eléctricas de los apliques de las paredes o los borlones de las cortinas.

Cuando entré en el salón, Fiona se encontraba de pie junto a la ventana; llevaba puesto un abrigo de visón. Era un legado de su hermana Tessa.

—No he visto llegar el coche —me dijo.

—El coche no llegó. Me han traído.

—Pues has tenido suerte —me indicó Fiona—. Yo tuve que coger un taxi en Hampstead; me ha costado muchísimo llegar hasta aquí. ¿Todavía sigue lloviendo?

Colgué el impermeable, me hundí en un sillón y suspiré. Fiona me miró con aire burlón.

—No —dije—. Dejó de llover hace mucho. ¿Dónde está Dicky?

—Se ha cancelado la reunión. Nuestro hombre no se ha presentado. Me he quedado a esperarte. Creí que traerías un coche.

—Está nervioso —observé—. Vamos a perderlo.

Al hombre con el que teníamos que habernos reunido allí se le describía en la lista diplomática como Tercer Secretario de la embajada de Alemania Oriental. Pero su auténtico trabajo era el de ayudante del jefe de códigos y claves cifradas. Era una buena pieza, pero aún no había sido capturado. Yo había estado presente en la reunión anterior, por lo que adivinaba que aquel hombre se lo estaba pensando mejor.

—Lo que le dijiste a Dicky era cierto —observó Fiona.

Estaba enfadada porque Dicky no le había dicho nada de la cancelación y le había hecho hacer un viaje en balde atravesando Londres. Pero no la tomó con Dicky, sino que le echaba la culpa al piso.

—Es este condenado piso franco... Es comprometido. Ya no debería usarse para reuniones operacionales.

—Es por el dinero —le indiqué—. No hay bastante dinero para instalar pisos francos nuevos. Ni siquiera para calentar éste como es debido.

—No he encendido la calefacción. Pensé que vendrías directamente desde la oficina.

—Me pregunto por qué hace tanto frío aquí. ¿Quieres que salgamos a cenar?

—No quiero pescado con patatas fritas de Geale's, si es a eso a lo que te refieres.

El piso franco de Notting Hill quedaba convenientemente cerca de uno de los mejores restaurantes de pescado con patatas fritas de Londres, pero supongo que Fiona no iba vestida adecuadamente para eso.

Me acerqué al teléfono del vestíbulo y pedí un coche oficial para que nos llevase a casa. Mientras estaba al teléfono hice indagaciones en la oficina del depósito de coches a fin de averiguar por qué no había llegado el coche que había pedido.

—La petición que usted hizo fue cancelada, señor Samson —me informó el funcionario de transportes que estaba de servicio.

—¿Que se canceló? No creo.

—Una señora llamó... —Se hizo una pausa y le oí pasar las páginas del libro de registro de reservas—. Aquí lo tenemos: seis treinta. Coche para Notting Hill Gate; cancelado a las seis y cinco. Yo mismo recibí la llamada. Era la voz de una señora joven. Creí que sería su secretaria. ¿Se encuentra usted ahí ahora?

—Yo no tengo secretaria —le dije—. Sí, estoy aquí.

—Lo siento, señor Samson. Me pareció una llamada oficial. Le mandaré un coche inmediatamente.

Naturalmente, aquel hombre había reconocido la voz de Gloria. Él sabía quién había hecho la cancelación.

—Gracias —le dije; y colgué.

Así que Gloria había fingido que no le arrancaba el coche para tener la oportunidad de contarme lo de los ficheros borrados. Había llegado a la conclusión de que cualquiera que se hubiera tomado tantas molestias para eliminar los ficheros también querría eliminar a todo aquel que supiera lo que había en ellos. Lo que Gloria me contó me había parecido una teoría persecutoria, pero Gloria era una chica lista.

Entonces, ¿había estado a punto de contarme más cosas? ¿Era que mi lentitud para comprender adónde quería llevarme le había hecho desistir en su intento de explicarme una teoría más elaborada? ¿O eran las sospechas de Fiona de que Gloria quería casarse conmigo el auténtico motivo? ¿Se habría inventado aquella «persecución» a fin de poder verme con regularidad?

—¿Qué ocurre? —me preguntó Fiona cuando volví a entrar en el salón. Estaba de pie al lado de la ventana, todavía con el abrigo de visón puesto, enmarcada por las cortinas estampadas de flores y el ridículo volante que las coronaba.

—Mandarán un coche inmediatamente —le dije.

Me miró y, utilizando las dos manos, se subió el enorme cuello de pieles, alisándose en torno a la cabeza como si no quisiera oír nada más.

Yo conocía al funcionario de transportes. Era un joven escocés pelirrojo. A mí me resultaba simpático porque siempre se reía de los chistes que yo le contaba. Pero ¿cuánto tiempo tardaría en correr por el Departamento la voz de que yo me encontraba con Gloria al salir del trabajo? ¿Y cuánto tiempo tardarían esos rumores en llegar hasta Fiona?

13

—ESE peinado nuevo te sienta muy bien, Tante Lisl —le dije de aquella manera débil y confusa en que yo siempre hacía semejantes piropos.

Parpadeó con sus pestañas cargadas de rímel y se tocó el cabello teñido y lleno de laca. Estaba sentada en su despacho. Aquél había sido siempre su retiro especial; allí tomaba el desayuno en el pequeño balcón, cuyas puertas dejaba abiertas si hacía buen tiempo; también hacía las cuentas, comprobaba las facturas y cobraba el dinero en efectivo a los huéspedes del hotel. Un conmovedor retrato del Káiser Guillermo de joven estaba colgado en la pared en el mismo lugar en que había estado en tiempos del padre de Tante Lisl, cuando era éste quien ocupaba el despacho. Y sobre la repisa de la chimenea, por encima de la estufa, se encontraba el viejo reloj de bronce que por la noche marcaba las horas con campanadas más audibles de lo que hubieran deseado los que quedaban dentro del alcance del sonido.

Ya no estaba confinada a la silla de ruedas de acero inoxidable que había ocupado el centro de aquella habitación durante mi última visita. La silla de ruedas había sido enviada al almacén del sótano, lleno de telarañas, junto con un baúl que contenía las pertenencias de mi padre, de las cuales yo hasta el momento no había dispuesto, y los estimados palos de golf de Werner, por los cuales Lisl, al encontrarlos, había manifestado un total desprecio.

Las operaciones de rodilla y de cadera a que había sido sometida le habían devuelto la capacidad de movimiento hasta un punto sorprendente, de modo que ahora ocupaba un cómodo sillón de orejas debajo de la lámpara de lectura. Parte de la luz le daba en la zona inferior del rostro y ponía de manifiesto los polvos y el colorete sin los cuales se sentía desnuda. En el suelo, junto al sillón, había un magnífico álbum de fotos de piel con una etiqueta escrita a mano: *Mi crucero por el Caribe*.

—Peinado nuevo, cadera y rodilla nuevas, hotel nuevo y vida nueva —dijo Lisl; y soltó una de sus inimitables carcajadas a pleno pulmón.

—Sí. Me he llevado una verdadera sorpresa al entrar —le dije con sinceridad.

Conocía a Lisl Hennig y aquel mugriento y viejo hotel de Kantstrasse desde que era niño, un niño de pecho para ser más exactos. Y cuando entré aquella mañana estuve a punto de gritar. No es que hubiera nada que yo no recordase haber visto antes. Pero la última vez que estuve allí Werner Volkmann llevaba la dirección del hotel. Acababa de casarse con la sobrina de Lisl —la en otro tiempo Ingrid Winter— y se llevaba a cabo una restauración completa del establecimiento.

Pero el breve período en que Werner había estado como director, al igual que su matrimonio, había terminado. Los muebles de buen gusto que Ingrid había prologado con gran dedicación por el hotel habían desaparecido. Detrás de la barra, colocadas alrededor del viejo espejo moteado, se había vuelto a poner las estanterías, que estaban llenas de docenas de botellas de raros y remotos licores y otras bebidas alcohólicas que nadie pedía jamás. Enormes plantas prensiles plantadas en macetas, que echaban hojas incesantemente pero que nunca florecían, se hallaban de nuevo en medio, bloqueando la estrecha entrada al pie de las escaleras. La colección de fotografías de Lisl, una colección con firmas autógrafas de las personas que habían visitado la casa en calidad de huéspedes en los viejos tiempos o como clientes del hotel después de la guerra —Albert Einstein, Von Karajan, Max Schmeling y el almirante Donitz—, se había vuelto a colgar en la pared. La colección completa de láminas de *Escenas de la vida rural alemana* volvía a ocupar las paredes del comedor junto con el valiosísimo dibujo original de George Grosz. El hotel de Lisl se había vuelto a convertir casi por entero en lo que había sido durante medio siglo o más antes de que ella lo pusiera en manos de Werner. Las viejas sillas de madera curvada del salón del desayuno, las polvorientas aspidistras que parecían florecer en la tenue luz del salón... todo estaba otra vez del modo como yo lo recordaba de mi infancia. Tante Lisl incluso había dado marcha atrás al reloj. Las operaciones por las que le habían implantado las prótesis de las articulaciones le habían devuelto la capacidad de pasear lentamente por todo el hotel, de subir y bajar las escaleras sin ayuda de nadie —si bien con grandes precauciones— y de rebelarse por cualquier cosa que no estuviera exactamente a su gusto; por cualquier cosa que diera la impresión de haber tenido su origen en la comedia Ingrid.

Aquel legítimo salto atrás, y la exhaustiva restitución de muebles que vino a continuación, era comprensible si uno recordaba que para Lisl aquello no era sólo un hotel. También había sido su hogar; ella había crecido en aquella casa. Yo también. Y eso era algo que yo tenía en común con Lisl. A mi padre

le habían destinado a Berlín al final de la guerra y se había alojado en aquella casa con mi madre y conmigo. El salón se había convertido en aquella época en un pequeño y elegante salón de té, donde el marido de Lisl, concertista de piano, tocaba melodías de Gershwin en el Bechstein, saltándose un acorde de vez en cuando a causa de la artritis que poco a poco iba transformándole las manos en garras. Mi familia permaneció allí aun cuando bonitas casas de todo tipo estaban al alcance del *rezident*, el hombre que dirigía la única organización de inteligencia fiable que sondaba a los rusos. Supongo que nosotros, los tres Samson, llegamos a sentirnos ligados emocionalmente a aquella casa, a aquella fachada desconchada por la bombas, a su decoración interior —como un museo del antiguo Berlín—, pero también caímos hechizados por aquella maravillosa y loca vieja que era Lisl.

—¿Has comido? *El plat du jour es Eisbein.*

Llevaba puesto un vestido de color esmeralda vivo muy suelto, una prenda muy conveniente para alguien que está sometido a un régimen drástico para perder peso y a quien todavía le queda camino por recorrer.

—Ya he comido —repuse.

—Antes te encantaba el *Eisbein*.

—Todavía me encanta.

—Estoy segura de que quedará uno. Un poco más de tiempo cocinando no le hace daño a un *Eisbein*.

—A lo mejor me lo como esta noche.

—¿Has visto tu habitación? —me preguntó.

—Gracias, Lisl —le dije—. Eres un cielo.

En realidad sabía que era a Werner y a su esposa a quienes tenía que dar las gracias por haber conservado la suciedad acumulada de la estrecha buhardilla que yo siempre utilizaba. Pero Lisl era capaz de atribuirse los méritos ajenos si estaba en juego el cariño. Me acerqué a ella, me incliné y le di un beso en la mejilla. Iba profusamente maquillada con la clase de pintura y rímel que suelen verse más a menudo al otro lado de las candilejas. El perfume resultaba abrumador.

—En Alemania se dan dos besos, Bernd. Ahora no estás en Inglaterra.

Levantó la cabeza y volvió hacia mí la otra mejilla.

—Te quiero, Lisl —le dije—. Es maravilloso ver que estás en forma y tan bien.

—Es que me cuido —puntualizó con complacencia—. Y tú deberías dejar de beber, adelgazar un poco, hacer ejercicio y dormir más. —Lo dijo automáticamente, sin demasiadas esperanzas de que yo fuera a seguir su

consejo. Siempre le había gustado comportarse conmigo como si fuera mi madre, y como una madre siempre repetía los mismos consejos. Incluso cuando yo tenía dieciocho años y estaba tan delgado como un espárrago, me decía que dejara de comer tanto y que no bebiera otra cosa que no fuera cerveza alemana, pues las demás tenían aditivos químicos—. Me prometiste que la próxima vez me traerías fotografías de tu familia.

—Te enviaré unas cuantas —le dije—. Fiona está maravillosa. Y los niños han crecido tanto que no los reconocerías.

—Quédate con tu esposa, Bernd. Con el tiempo no lo lamentarás. Y te ha dado un par de hijos maravillosos. ¿Qué más puede pedir un hombre?

Sonreí y no contesté.

—Esa chica con la que estabas la noche de la fiesta. Era una pérdida, Bernd. Por eso la mataron. No era buena.

—Era la hermana de Fiona. Yo no estaba *con* ella —le dije intentando permanecer imperturbable.

—Me habían dicho otra cosa.

Miró hacia abajo para admirar las botas plateadas que llevaba puestas. Eran brillantes y subidas por los lados, de fiesta. Movié los dedos de los pies y me sonrió. Supongo que hacía mucho tiempo que no se había visto los dedos de los pies.

Aquella distracción era para poner punto final a la conversación, pero yo estaba decidido a no dejar pasar la ocasión.

—Dicky Cruyer reservó una habitación doble en el Kempfi, o en otro sitio por el estilo, y utilizó mi nombre —le dije—. Tessa estaba con el señor Cruyer.

Lisl agitó un dedo ante mí.

—Aquella mujer se fue contigo, Bernd. No lo niegues. Se subió a tu coche y te marchaste con ella.

—Era una furgoneta con matrícula diplomática. Y no era mía. No pude convencerla de que se bajase. Yo tenía que irme. Era un trabajo oficial.

—De capa y espada —sentenció Lisl, muy despacio, en su inglés execrable. Le gustaba salpicar sus parrafadas con palabras y expresiones francesas e inglesas. Por eso a la gente le costaba trabajo entenderla.

—Sí, de capa y espada.

—Su hombre vino a buscarla. Estaba muy enfadado. Aquella mujer no era buena. No había más que mirarla para ver lo que era.

—No fue así —le aseguré.

—*Crime passionel* —dijo Lisl—. Aquel hombre, el que vino a buscarla, estaba furioso. Se marchó haciendo un ruido infernal con su ciclomotor y con una expresión terrible en la cara. Me di cuenta de que se avecinaban los problemas.

—¿Qué hombre con un ciclomotor?

Aquella pregunta le proporcionó a Lisl una satisfacción instantánea y profunda. Sonrió con presunción.

—¡Ah! Tú no lo sabes todo, *Liebchen*. Así que no te contaron lo del hombre que la iba siguiendo. Temí por tu seguridad, Bernd. Si aquel tipo os hubiera encontrado juntos...

—Cuéntame más cosas de ese hombre. ¿Cómo sabes que buscaba a Tessa?

—Era su novio... o alguna especie de amante. Iba preguntando a todo el mundo dónde estaba ella.

—¿Qué aspecto tenía? —quise saber.

—Oh, no sé. Era mayor que tú, Bernd, bastante mayor. Más bien gordo, pero fuerte, con barba canosa muy bien recortada y gafas de estilo americano. No hacía más que decir que llegaba tarde. Llevaba consigo dos de esos grandes cascos brillantes. ¡Dos! Supongo que uno era para que se lo pusiera ella cuando iba en la parte de atrás de la moto.

—Tienes razón, Tante Lisl, no tenía ninguna noticia de ese hombre.

El hombre se llamaba Thurkettle. De modo que aquél era el eslabón que faltaba. Todo empezó en aquel condenado baile de disfraces en el hotel de Lisl. Hasta aquel momento yo nunca había podido creer que la muerte de Tessa formase parte de una conspiración, porque yo la había llevado a la salida de la autopista de Brandeburgo, el lugar de la Autobahn de Alemania Oriental donde ella había encontrado la muerte. Y desde entonces me había culpado a mí mismo de lo ocurrido. Cuando me marché de la fiesta para ir a reunirme con Fiona, en su escapada hacia Occidente, había permitido que Tessa se subiera a la furgoneta... o por lo menos no la había obligado a bajarse, como debiera haber hecho. Pero ahora me parecía más probable que Tessa se hubiera subido deliberadamente a mi vehículo, quizá porque Thurkettle no se había presentado para recogerla.

—Al día siguiente vinieron unos inspectores de policía. Me explicaron que habían recibido la información de que en la fiesta se había consumido drogas. Les dije que por lo menos a la mitad de las personas que asistieron no las conocía. También hablaron con Werner. No volvieron más. ¿Alguien había estado tomando drogas aquella noche?

—No lo sé, Tante Lisl. No vi a nadie que pareciera especialmente colocado.

—¿Ni siquiera esa mujer, Tessa?

—Quizá.

Era una trampa.

—Estaba metida en drogas, Bernd. ¿Cómo te atreves a negarlo?

—Puede que tengas razón, Lisl. Se comportaba de un modo muy extraño.

—Aborrezco las drogas. Supongo que tú no tomarás nada parecido.

—No, Lisl, yo no tomo drogas.

—Tienes que pensar en tu familia, Bernd.

—Ya lo hago, Lisl. No tomo drogas.

—Y espero que Werner tampoco.

—No, estoy seguro de que no —le dije.

—¿Has hablado con Werner?

—Siempre vengo a verte a ti primero.

Sonrió. Sabía que no era cierto.

—Werner va de acá para allá. Haciendo cosas. Lo que hace es peligroso, *Liebchen*. ¿No puedes impedirselo?

—Ya sabes cómo es Werner —le dije—. ¿Cómo voy a decirle lo que tiene que hacer?

—Él te respeta, Bernd. Eres su amigo íntimo.

—A veces me pregunto si eso todavía sigue siendo verdad.

—Sí, claro que sí —dijo Lisl con brusquedad—. Werner te tiene en gran estima.

—Ha vuelto con Zena —le comenté.

—Me lo dijo él. —Lisl movió la cabeza y me miró con los ojos muy abiertos y con una expresión que significaba que el mundo era un lugar extraño en el que los juicios que se expresaban verbalmente concernientes a emparejamientos como aquél podían ser peligrosos—. Quizá sea para bien.

Pobre Ingrid. De manera que así era como se había planteado. Supongo que era la forma que tenía Lisl de expresar el disgusto por haber cambiado el hotel.

—A mí me caía bien Ingrid —le dije con cautela—. Zena sólo pretende sacar tajada. Pero no lo quiere.

—No podemos decirles a las personas a quién deben amar, *Liebchen*. Eso es algo que aprendí hace muchos años. —La parte superior del cuerpo de Lisl se balanceó; luego, utilizando para ello la fuerza de ambos brazos, se puso en pie con admirable agilidad—. Me voy a hacer la siesta. El médico insiste en

que es importante para mí. Tú ve a encontrarte con Werner. Me parece que lo he oído entrar.

—Tienes buen oído, Lisl.

Yo no había oído entrar a nadie.

—Tiene la habitación del colchón duro. Al parecer la columna le está dando la lata otra vez; siempre ha padecido de la espalda. La puerta chirría. Y tienes que decirle que deje de ir allí.

—Lo intentaré, Tante Lisl.

—Estoy encantada de tenerte otra vez aquí, *Liebchen*. Es como en los viejos tiempos. Pero si tu gente de Londres quiere encontrar al asesino de aquella mujer... —Hizo una pausa. El tono de su voz ponía de manifiesto que tenía considerables dudas acerca de que ése fuera nuestro deseo—. Busca al hombre de la moto.

—Sí, Lisl.

Werner debía de tener el oído tan fino como Lisl, porque no bien hube abandonado el despacho de ésta para ir a buscar asiento en el salón, Werner entró; llevaba en la mano un florero con una docena de rosas rojas de tallo largo.

—¿Se ha ido? —me preguntó.

—A hacer la siesta.

Werner siempre se acordaba de comprarle flores.

—Será mejor que no la moleste —dijo, aunque ambos sabíamos que las siestas de Lisl eran unas ficciones muy convenientes tramadas para poder dedicarse a hacer el crucigrama del *Die Welt* o tomarse una copa de jerez sin la distracción de tener que mantener una conversación educada—. Se las llevaré más tarde.

Dejó las flores sobre el piano.

Tenía la tapa levantada y Werner no pudo resistir la tentación de pasar los dedos por las teclas mientras se encontraba de pie junto al piano, pero en deferencia a la hipotética siesta de Lisl dejó de tocar al cabo de un par de compases. Todavía al lado del piano, dijo:

—No deja de darme la lata con que tengo que hacer ejercicio y perder peso.

Los pantalones de *tweed* de corte impecable y la camisa hecha a medida eran, obviamente, obra de Zena, y Werner tenía muy buen aspecto a pesar de las recomendaciones de Lisl. Desde luego, aquél era un gran cambio si se

tiene en cuenta su acostumbrado atuendo, consistente en abolsados pantalones de pana y camisas de punto viejas.

—Esas recomendaciones nos las hace a todos —le dije.

Cerró el piano.

—Es la prótesis de la cadera. De repente ha descubierto la buena salud. Está poseída de ese celo evangelizador del que acaba de perder peso.

—De mí no has de temer nada de eso —puntalicé.

—Me trata igual que a un niño.

—Se preocupa por ti. —Werner hizo una mueca—. Le preocupa que vayas allí —le dije.

Y pronuncié la palabra *drüben* —allí— del modo exageradamente poco correcto en que Lisl solía hacerlo.

—No he estado allí —repuso Werner con el mismo tono de voz.

—Yo creía que habías estado allí cumpliendo las órdenes de Dicky Cruyer.

—¿Las órdenes?

—Una red para VERDI.

Con aire satisfecho, Werner dijo:

—Estás de capa caída, Bernie. Uno no va allí cuando está negociando un trato de esa clase. Eso les proporcionaría una excusa para presionarte, o incluso un motivo para arrestarte acusándote de sobornar a un servidor del pueblo. No, en la primera toma de contacto, cuando estás reclutando a un hijo de puta entrenado en Moscú de primera categoría, como es VERDI, hay que hacerle venir aquí para hablar.

Había cierto deleite contenido en la manera en que Werner me estaba impartiendo aquella lección. Jugar a los espías para la Central de Londres era para Werner lo mismo que batear para Inglaterra representaba para Dicky Cruyer: un sueño tanpreciado que sólo hacía referencia al mismo por medio de chistes malos.

—¿Así que VERDI ha venido aquí?

—Ésa es la norma, ¿no? El primer contacto debe ser en el terreno de uno.

—¿Qué quieres que diga, Werner? ¿Quieres que te pida que des clase en la escuela de entrenamiento? ¿O te bastaría con escribir un manual de instrucciones?

—VERDI ha venido aquí, a Berlín Occidental. Le enseñé el contrato escrito de alistamiento que me envió Dicky. VERDI se encerró en una habitación que el ejército ruso tiene para los soldados que guardan el monumento conmemorativo y lo estuvo leyendo detenidamente varias veces,

al menos trescientas. Yo me quedé fuera sentado en el coche. Casi me da algo.

—¿Y accedió?

—Eso creo. Sí.

—¿De modo que organizarás una red?

Werner soltó un pequeño bufido sin alegría.

—¿Organizar una red? ¿Cómo iba a hacer yo eso?

—¿No es eso lo que quiere Dicky?

—Todavía es pronto. Veamos qué puede proporcionar VERDI.

—Yo creía que Dicky tenía prisa —le indiqué.

—Sí, así es —repuso Werner misteriosamente.

—¿Qué ofrecía el contrato?

—Era un contrato... un paquete sellado.

—Pero... ¿qué decía? —insistí.

—Dicky me dijo que yo sólo tenía que hacer de mensajero. Que era más seguro para mí mantenerme a cierta distancia en ese trato. VERDI no sabe que soy yo quien va a encargarse de manejar el material que nos proporcione. No se corre el riesgo de que VERDI espere respuestas para sus preguntas si no soy más que el mensajero.

—¿Y qué había en el contrato?

—Pensé que lo más conveniente era que yo le echara una ojeada rápida —confesó al tiempo que se removía, incómodo—. ¿No dirás nada de esto en Londres?

—Ya me conoces, Werner. Cuando vuelva le contaré a Dicky todo lo que me digas. Además, le he prometido poner micrófonos en tu habitación.

—Era el contrato habitual —comenzó a explicar Werner.

Me dirigió una sonrisa nerviosa. No quería hacer concesiones. No creía que yo tuviera intención de espiarle, pero el mero hecho de oírme decir aquello bastó para que Werner dedicase toda su atención a quitarse unos hilos imaginarios de la camisa oscura que llevaba puesta.

Lo miré un momento y luego dije:

—Yo conocía a alguien llamado Werner Volkmann. Era un buen muchacho. Puede que no siempre justo y juicioso, pero yo sabía que sus virajes tendrían a tiempo la inclinación y el golpe de timón precisos. ¿Ves tú algo parecido hoy día?

—¿Qué quieres de mí, Bernd?

Ahora yo era Bernd; ya no era Bernie.

—Has cambiado —le dije—. Ya no sé en qué lugar estoy contigo. En los viejos tiempos nunca me habrías dicho que no le contara a Dicky lo que me decías. Éramos buenos compañeros. Entonces, ¿qué sucede ahora? ¿Qué he hecho, Werner? ¿O qué has hecho tú?

—Zena estuvo informando sobre mí. Estuvo informando a Londres.

Así que eso dolía mucho.

—Eso me dijo.

—¡Sobre mí! —repitió. Era evidente que yo no había reaccionado con la suficiente energía ante su grito de dolor. Torcí el gesto—. Estuvo investigándome mientras vivía con ella —añadió sólo para que quedase bien claro.

—Ya lo he comprendido, Werner. ¿Y qué relación tiene eso con el motivo por el cual no quieres contarme lo que decía el contrato de VERDI?

—¿Por qué no me advertiste de lo que estaba haciendo Zena? ¿Te parece elegante jugar conmigo de ese modo?

—Vamos, Werner, no creerás que yo estaba al corriente de que ella también estaba en nómina. Londres no me cuenta esas cosas.

—Tú eres uno de ellos.

—¿Uno de quiénes?

Se encogió de hombros.

—Tú eres británico; yo soy alemán.

—Ve a darte una ducha fría, Werner. Luego vuelve y cuéntame lo que decía el contrato.

—¿Por qué?

—Porque mañana iré allí para hablar con el padre de VERDI.

Werner clavó los ojos en los míos mientras su cerebro registraba rápidamente el ordenador.

—Sí, ya había oído decir que el viejo seguía vivo. ¿Todavía está en Pankow?

—Seguramente. Nadie se mueve de una de esas casas para jubilados de Pankow. Al menos cuando la alternativa es vivir en una de esas barracas sin calefacción de Moscú. Ningún ruso quiere volver allí.

—Ándate con cautela con él —me recomendó Werner—. Seguro que es un fanático de la vieja escuela.

—También estaba en nómina. En nuestra nómina. ¿Lo sabías, Werner? —Pude darme cuenta de que lo había sorprendido, a pesar de que intentó disimularlo—. Mi padre le estuvo pagando hasta que acabó el puente aéreo de

Berlín. Nos estuvo proporcionando información maravillosa sobre los cálculos de los soviéticos. Mi padre se ocupó de ello en persona.

—Eso explica muchas cosas.

—¿Por ejemplo?

—Lo de aquellos soberanos de oro que llevamos a Zúrich. ¿Te acuerdas?

—No, Werner. Eso fue muchos años después. Nosotros éramos niños en la época del puente aéreo.

—Tu padre no dejaría que un contacto así se enfriase. ¿Cuántos agentes tenía tu padre a su cargo? Me refiero a los que llevaba personalmente. Apuesto a que tu padre siguió pagándole. Apuesto a que los pagos mensuales que hacíamos a nombre de madame Xavier eran una cuenta suiza para él.

A mí nunca se me había ocurrido aquello.

—Es posible —convine finalmente.

—Madame Xavier —repitió.

—Puede ser.

—Tú creías que tu padre tenía una mujer allí —me dijo Werner—. Pensabas que madame Xavier era su querida.

—No es verdad.

—Nunca lo dijiste, pero eso es lo que pensabas. Confiésalo, Bernd.

—Alguna vez me pasó por la cabeza.

—El viejo VERDI probablemente siga viviendo del dinero que recibió de tu padre. En estos tiempos que corren las cosas no están muy bien para los pensionistas del ejército ruso. Incluso los regimientos de guardias llevan un retraso de varias semanas para percibir la paga. Unos cuantos francos suizos darían mucho de sí allí ahora.

—Voy a ver qué puedo sacarle al viejo, Werner. Pero necesito saber de qué va todo esto. ¿El contrato de VERDI le asegura la posibilidad de que venga a vivir aquí? Y si es así, ¿cuándo? ¿O es que Dicky piensa mantenerlo allí cuanto sea posible? ¿Va a venir también el viejo? ¿O todo este asunto no son más que tonterías... uno de los sueños de Dicky?

—Conocer el contenido del contrato que Dicky le ofreció no te ayudará a averiguar nada de eso.

—¿No se lo guardó?

—Lo quemó.

—¿Es de fiar?

—Si VERDI se mete en esto, su gente se tomará mucho tiempo y molestias tratando de encontrarlo para matarlo —me aseguró Werner—. No

les quedaría más remedio que hacerlo así. Si consiguiera salirse con la suya en algo tan importante como esto, otros también lo intentarían.

—Quizá tú y yo hayamos pasado demasiado tiempo con gente retorcida, Werner. Casi me da pena ver a VERDI tratando de decidir hacia qué lado saltar.

—Pues no te dé pena —dijo Werner con vehemencia—. Es un tipo muy desagradable y siempre lo ha sido. Tú lo sabes. Y tú eres su billete para el comedor.

—Has dicho que no creías que viniera a nosotros.

—No, he dicho que su gente lo buscará para matarlo. Pero eso no detendrá a un hombre como VERDI. NO hará caso del contrato de Dicky. Esperará a que tú establezcas contacto con él y entonces empezará a regatear de verdad.

Suspiré. Menuda perspectiva.

—¿Y su padre? ¿Forma parte del trato?

—Debe de tener cien años. Olvídate del viejo. Pero ten cuidado con VERDI. Ya no es aquel desalmado grasiento de poca monta que conocíamos, Bernard, el tipo que siempre estaba rondando por el Polizeiprasidium con las manos en los bolsillos y sin nada que hacer. Ha asistido a la Academia Diplomática Militar y ha pasado varios años al frente de una sección de zona antes de conseguir que lo trasladasen a la Stasi. Ha adquirido una remilgada arrogancia que te sorprenderá.

—Pero ¿no se encarga de los códigos y mensajes cifrados?

—Lo hacía antes, y por eso Dicky lo necesita, pero desde que está en la Stasi es un pez gordo. Todo el personal de alto rango entrenado en Rusia está formado por peces gordos.

—¿Sabemos por qué pidió el traslado a la Stasi? ¿No le iba mejor con la KGB?

—¿Quién ha dicho que lo hiciera voluntariamente? Siempre se libran de ellos, Bernard. Ni siquiera a los alemanes del Volga se les permite servir en Alemania, para que no se hagan demasiado amigos de los lugareños. El hecho de que su madre fuera alemana situó a VERDI dentro de esa misma dudosa categoría. Y si se ofreció voluntario para trasladarse, sería sólo porque sabía que nunca conseguiría el *papakha* en la KGB.

El *papakha* era el sombrero picudo con la parte superior descomunal que utilizan los coroneles soviéticos y los oficiales de rango superior a coronel. Lo que decía Werner parecía tener sentido. También es verdad que tenía un instinto en el que yo confiaba siempre.

Estuvimos allí sentados, en la habitación a oscuras, contemplando cómo se ponía el sol. En Berlín hacía frío, la ciudad estaba tan fría y tan gris como sólo Berlín puede estarlo. No había ni un soplo de viento, y aquella inusitada calma contribuía a crear una extraña sensación de irrealidad. El verano se había ido, pero el invierno aún no había llegado.

Los forasteros que detestaban la ciudad se quejaban de las calles amplias y de los bloques de apartamentos, enormes edificios de piedra que hacían que las personas que se encontraban al pie de ellos parecieran enanos. Y en días como aquél los habitantes más leales de Berlín se veían tentados a tomar en consideración las distintas maneras de escapar de allí. El sol estaba bajo, sus últimos rayos se escurrían desde la cima del vecino edificio de apartamentos como succulenta mostaza alemana sobre una empanada. Los árboles no tenían hojas, y en los mimados rosales de Tante Lisl sólo sobrevivía una gran rosa blanca con goterones marrones de escarcha que, marchita, pendía de un hilo.

—Pero también voy a ver al padre —le dije rompiendo así un largo silencio.

Werner dio la impresión de no haberme oído.

—¿Te acuerdas de los tiempos en que los empleados de hotel nos devolvían las propinas y nos decían con altanería que aquélla no era la manera como se hacían las cosas en su nuevo estado socialista? ¿Te acuerdas de cuando todos eran tan orgullosos y condescendientes? ¿Te acuerdas de cuando el trabajo del espionaje lo llevaban a cabo patriotas? No hace tanto tiempo de eso, Bernie. Ahora esos mismos hijos de puta venden a su madre por una perforadora Black and Decker y un álbum de los Rolling Stones. Es como el perro que se come a otros perros. Y la cosa se pone cada día peor.

A duras penas podía ver a Werner en la penumbra, pero sabía que se había dado la vuelta para mirarme. Quizá yo no estuviera poniendo de manifiesto tanta rabia como debía. Mi capacidad para odiar a VERDI era limitada. Al fin y al cabo me había dejado escapar en una época en que tenía encima de su mesa de despacho una orden para arrestarme en cuanto me vieran. Incluso el hecho de que me arrojasen del expreso Varsovia-Berlín fue mejor que lo que me aguardaba al final del viaje.

—Pero ¿por qué haces esto? —me preguntó Werner al tiempo que dejaba escapar un suspiro.

—Por Dicky.

—Por Dicky —repitió Werner con desdén.

—No estoy en situación de discutir con la Central de Londres —le dije—. Y Fiona cree que interviniéndoles las comunicaciones averiguaremos qué

pasó la noche que murió Tessa.

—Tú estabas allí, ¿no es cierto?

—Yo estaba en la Autobahn —confesé—. Nos hallábamos en un tramo de la carretera que se encontraba en obras. Estaba señalizado con postes... Era de noche y llovía a cántaros. En lo único que podía pensar era en sacar de allí a Fiona de una pieza. Así que no sé qué pasó. No sé qué sucedió en realidad.

—Tú estás en una pieza y Fiona también —dijo Werner—. ¿Importa acaso lo que pasara de verdad?

—Me gustaría poner eso en claro, Werner. Me gustaría tener una explicación que tranquilizara a Fiona.

—Déjalo correr, Bernard. Límitate a cumplir con tu deber, tal como dice el libro. Que se joda todo lo demás. Invita a VERDI a venir aquí, salúdale y asegúrate de que no le guste la oferta. Permítele que diga todo lo que se le antoje, pero luego olvídate de ello. Garabatea uno de tus famosos informes de esos de cinco páginas que no dicen nada. Y luego vuelve a Londres y dile a Dicky que el asunto no funcionará. Dicky te creerá. Yo te respaldaré al cien por cien. —Yo sabía que Werner estaba poniendo la cara graciosa que guardaba para las situaciones muy serias—. Esto es un montón de medicina mala, rostro pálido.

—Fiona y George Kosinski... ellos no lo dejarán correr, Werner. Querían a Tessa, y yo también la quería. En cierto modo era de mi familia. Y las familias afligidas no dejan correr las cosas hasta que se sienten satisfechas. La gente se comporta así cuando pierde a un familiar; de algún modo les trae unas migajas de consuelo saber quién lo hizo y por qué. —Werner asintió. No hace falta hablarle a un judío berlinés de las muertes misteriosas de familiares, pero comprendí que no se había dado por vencido en su empeño por convencerme de que lo dejara. Me pregunté si tendría algún motivo que yo no conocía—. Es mejor aclararlo —dije.

—Supongo que tú lo sabrás mejor que nadie. Y tienes que vivir con la familia.

—Sí —convine.

—Me alegro de que todo se haya resuelto bien —me dijo Werner. Ahora casi se comportaba como el viejo Werner de siempre—. He oído decir que Fiona está preciosa y que trabaja en la Central de Londres.

—Sí, y los niños vienen a vivir a casa dentro de una semana más o menos.

—Y tenéis casa nueva.

—El apartamento de los Kosinski, en Mayfair; está amueblado con antigüedades y gruesas alfombras. Es como un museo. Fiona, sencillamente,

se revuelca en semejante lujo. Con mi sueldo yo nunca podría haber hecho nada parecido.

—¿Tú también te encuentras cómodo allí?

—Resulta espectacular, está en Londres y puedo ir andando a trabajar.

—Entonces, ¿la vida es perfecta?

—Sólo que amo a Gloria.

Ni siquiera yo podía creer que lo hubiera dicho. Le estaba contando a Werner algo que ni siquiera había llegado a admitir yo mismo.

Werner me miró y durante un buen rato no dijo nada. Quizá se estuviera preguntando si había oído bien, o tal vez esperase que yo me retractara de aquella confesión.

—¿Se lo has dicho a Gloria? —preguntó por fin.

—No.

—¿Y a Fiona?

—Claro que no.

—Entonces, ¿por qué me lo dices a mí? —quiso saber Werner, como si no quisiera verse cargado con el peso de mis secretos.

—Porque me parecía que si no se lo decía a alguien pronto me convertiría en un sapo.

—En un príncipe —puntualizó Werner—. Un sapo ya lo eres.

Werner estaba restándole importancia al asunto mientras pensaba en las consecuencias. El sol había desaparecido. Afuera, la calle estaba oscura, y Werner era sólo una tenue sombra contra el resplandor de luz que procedía de algún lugar del vestíbulo. El feo y viejo reloj de Tante Lisl dio la hora. Me pregunté cómo podría aquella mujer dormir una noche entera teniendo que escuchar aquellas campanadas todo el tiempo.

—Lo siento, Bernie —me dijo al cabo de un rato. Tosió y giró la cabeza como si quisiese evitar mirarme a los ojos. Werner había pasado por todo aquello con Zena e Ingrid. Conocía las consecuencias—. Cuando os vi juntos... a Gloria y a ti...

Se detuvo. Nunca sabré lo que estuvo a punto de decirme.

—Supongo que se me pasará —le indiqué—. Tengo entendido que con el tiempo todo acaba por pasar: el mal de amor, el dolor de la muerte, del fracaso, de la humillación, del odio, de la aflicción..., el dolor de cualquier cosa acaba por apagarse.

—No —dijo Werner.

—Pero se convierte en un dolor soportable.

—Quizá —convino.

—Pero ¿es justo para Fiona? —pregunté tanto para mí mismo como para él—. Es decir, supongamos que me aseguro de que no vuelvo a hablar nunca con Gloria, y que sonrío mucho y me porto como el marido amoroso y el padre perfecto. ¿Basta con eso?

—¿Es una pregunta retórica o vas a quedarte ahí sentado esperando a que yo te dé una respuesta?

—Contéstame, Werner.

—¿Quién soy yo para aconsejar a nadie? —comenzó a decir Werner con calma—. Lo de Zena me vuelve loco. Me estuvo espiando. Empiezo a preguntarme si no hizo que me echasen a patadas de Berlín. No piensa en nada más que en el dinero. Tú piensas que es una perra; puede que lo sea, pero no sé vivir sin ella. ¿Qué quieres que te diga? Harás lo que tengas que hacer. No existe eso de tomar decisiones, sólo es un truco que los dioses proporcionan para refinar y aumentar el tormento.

—Pues yo estoy seguro de que el viejo Fedosov es la clave de todo.

—¿Quieres decir que tienes una corazonada?

—Sí, eso es lo que quiero decir.

—Tus corazonadas han sido erróneas muchas veces, Bernard. Deja que te acompañe mañana.

—No. Quizá me hagas falta aquí.

—Bien. ¿Algo más?

—Sí. ¿Por casualidad sigues teniendo la llave del bar? —le pregunté.

SEA cual fuere el trauma que estuviera turbando los rincones más recónditos de la colectiva mente comunista del Politburó, ello no significaba que los burócratas pistoleros que manejaban la frontera resultaran menos odiosos. Incluso podía opinarse que lo contrario era cierto; que cuantas más concesiones hacía Gorbachov a las inquietas masas de la URSS, más virulento era el estrangulamiento que la dictadura comunista de Alemania Oriental ejercía sobre sus tanto tiempo sufridos proletarios.

Viajé a Berlín Oriental en tren, y me apeé en la estación de Friedrichstrasse con la esperanza de que la concurridísima explanada que había en la misma facilitaría el pasar más de prisa por el punto de control existente. No debería haber sido tan inocente. Los hombres de rostro grisáceo de la Grepó, situados detrás de cristales a prueba de balas, se mostraron inflexibles mientras examinaban cada pasaporte y documento de viaje como si estuvieran aprendiendo a leer. En la sala de equipajes, los cuerpos y las maletas eran examinados con el entrecejo fruncido. Me puse en la larga cola de viajeros pasivos y esperé el turno.

La estación era un enorme invernadero de cristal sostenido por pilares; los trenes resonaban por todo el recinto mientras iniciaban el recorrido de la ciudad sobre vías elevadas. Todo era igual de mágico que cuando yo era niño, con aquel entramado metálico relleno de vidrio curvándose hacia lo alto del cielo gris. Pero uno nunca estaba solo en Friedrichstrasse Bahnhof. Allí estaba el espectáculo de Kafka tal como Busby Berkeley hubiera podido ponerlo en escena. Bailando un lento *ballet* sobre un escenario elevado en el aire, un tétrico coro se dibujaba contra la luz gris del cielo haciendo girar rápidamente los rifles de francotirador y las metralletas sin dejar de mirar con gesto amenazador a los que estábamos debajo.

El día era crudamente frío y el viento penetraba por la estación como una ráfaga a través de un túnel aerodinámico. No pude evitar recordarme a mí mismo con cuánta rapidez y conveniencia un coche del ejército me habría hecho entrar por el puesto de control de Charlie. Y como oficial del «poder

ocupador», no me habría visto sometido a los dedos entrometidos y a la mirada dura y llena de odio de los Grepos.

Pero en un coche marcado con las insignias del ejército británico yo habría llamado mucho la atención. Se habrían fijado en mí al pasar el control. Y con todas las facilidades que siempre se le proporcionan a los policías secretos de Alemania Oriental, a los que era muy difícil detectar y aún más difícil sacarse de encima, me habrían seguido dondequiera que fuese.

Así que estuve haciendo cola en el frío andén y esperé mi turno para pasar por la aduana con el nombre de Peter Hesse, empleado de una compañía constructora y nativo de Hannover. Era una identidad que ya había utilizado con anterioridad. Tenía el respaldo de un empresario de la construcción en Düsseldorf y una dirección en la cual las personas que allí residían estaban dispuestas a jurar que Peter Hesse era vecino suyo.

Una vez en el exterior, en el sucio aire de Berlín, volví a respirar libremente. Friedrichstrasse estaba atiborrada de tráfico de autobuses, bicicletas y coches, algunos de ellos apestosos y ruidosos con sus renqueantes motores de dos tiempos. La estación de Friedrichstrasse siempre ha sido el verdadero centro del viejo Berlín; lo que unos llamaban Stadtmitte y otros el Zentrum. Era una encrucijada popular, y siempre muy frecuentada por los policías Vopo, por soldados y por la policía fronteriza de la Grepo.

Allá por los años veinte, Friedrichstrasse era la calle más populosa de la ciudad, el centro comercial y también la zona de espectáculos. Allí se encontraban algunos de los antiguos teatros famosos de Berlín —el Wintergarten, el Apollo, el Metropol y el Admiralspalast—, que habían proporcionado la diversión más escandalosa de toda aquella escandalosa ciudad. Al abrirse camino por entre las busconas grotescamente pintadas que abarrotaban aquellas calles, por el precio de una copa uno hubiera podido ver a Richard Tauber cantando *Dein ist mein ganzes Herz* o contemplar a una Marlene Dietrich llena de juventud canturrear en voz baja *Naughty Lola*. En aquellos tiempos las canciones de *cabaret* eran mordaces, tópicas y maliciosas, y formando parte del público asistente a las distintas actuaciones se podía ver fácilmente a todo el mundo, desde Brecht hasta Alfred Doblin, desde Walter Gropius hasta Arnold Schonberg. Aquél era el Berlín sobre el cual uno lee en los libros de historia.

Deténganse a la puerta de la estación y miren hacia el puente Weidendamm y la estrecha River Spree. La noche del uno de mayo de 1945 Martin Bormann y una panda furtiva de peces gordos nazis avanzaron con sigilo por esa calle y pasaron bajo este arco de ferrocarril que forma parte de

la estación elevada. Habían emergido de la seguridad húmeda y malsana del Führerbunker, un poco más abajo en la misma calle, donde Hitler —que sólo llevaba casado unas horas—, después de matar a su esposa y de suicidarse a continuación, había sido rociado con cincuenta litros de combustible de avión y luego incendiado para formar una pira funeraria. Los fugitivos intentaban llegar al aeropuerto de Rechlin, todavía bajo control alemán. Allí se hallaba estacionado un Junkers Ju 390 experimental de seis motores. Era capaz de volar a Manchuria, y Hans Bauer, el piloto personal de Hitler, iba con el grupo y estaba dispuesto a probarlo. Pero tenían pocas probabilidades de llegar tan lejos. Medio Berlín estaba en llamas y el otro medio hervía de soldados del Ejército Rojo con el gatillo fácil, y el hecho de que la mayoría de los Ivenes estuvieran borrachos perdidos no significaba que aquel llamativo puñado de nazis pudiera pasar inadvertido. Algunos tanques Tiger de la División ss Nordland se encontraban al otro extremo de River Spree, y el fuego de artillería que procedía de los mismos cayó sobre los fugitivos. Bauer llevaba en el petate el cuadro favorito de Hitler, uno de Federico el Grande, y Bormann llevaba consigo la última voluntad y testamento del Führer para proclamarlo al mundo. Cruzaron el río y se refugiaron en un conocido burdel que se alzaba en la esquina de Friedrichstrasse y el Schiffbauerdamm. Después de una conversación con la encargada del burdel y su hija, los dos hombres salieron y se pusieron en camino por el mismo terraplén del ferrocarril S-Bahn que había seguido el tren en que yo había viajado, pasaron por el hospital y llegaron hasta el lugar donde tiempo después se construyó el Muro para bloquear la Invalidenstrasse. Unos cuantos pasos más y quizá habrían escapado, pero un hombre del Ejército Rojo que estaba alerta apresó a Bauer, y en ese momento Bormann mordió con fuerza una cápsula de cianuro y murió. Nunca más volvió a verse la última voluntad y testamento de Hitler.

Crucé a pie el puente Weidendamm e incliné la cabeza en el lugar donde había estado el burdel que en una ocasión diera cobijo a tan buscados visitantes. Amaba aquella vieja y sucia ciudad, y durante el tiempo que estuve en California añoré dolorosamente su ineludible encanto. No eran sólo motivos prácticos los que me hacían ir a pie a Pankow. Quería sentir bajo los pies el duro pavimento lleno de baches, oler la capa marrón que llenaba el aire de contaminación y ver a los incontrolables berlineses dirigirse a sus quehaceres cotidianos.

Pankow es un Bezirk; un barrio que tiene su propio Bürgermeister y su ayuntamiento. Está en la parte norte de Berlín, y es uno de los mayores. Para llegar allí desde la estación de Friedrichstrasse crucé por el Prenzlauer Berg.

Ello me dio la oportunidad de asegurarme de que no me iban siguiendo. Los manuales de instrucciones del Departamento insisten en que un hombre a pie constituye un blanco perfecto, pero yo había entrado a formar parte del Departamento cuando era un Kellerkind —un muchacho callejero de Berlín que jugaba entre los escombros de posguerra de la ciudad— y creía que era capaz de divisar a alguien que viniera siguiéndome cinco minutos antes del primer contacto. Conocía las calles de la ciudad y los callejones traseros. Conocía los grandes edificios de apartamentos, muchos de los cuales no eran más que estructuras con tuberías cuando acabó la guerra, los cuales yo había contemplado mientras los reconstruían hasta convertirlos de nuevo en los apretados planes, muy detallados en sus diseños originales, del siglo xx. Sabía cuáles de ellos tenían patios y segundos patios —Hinterhofs—, y conocía también las salidas que daban al otro lado del bloque.

Llevaba en el bolsillo una carta para echar al correo. Ello me proporcionaba una excusa para ir a un buzón y luego dar media vuelta y volver por el mismo camino. A menudo es lo único que hace falta para desorganizar la más hábil de las vigilancias. Llegué en veinte minutos.

El padre de VERDI vivía justo a la vuelta de la esquina desde Rathaus, en lo alto de Mühlenstrasse, cerca de la clínica oftalmológica. Berlín no es una ciudad muy antigua, comparada con Londres o París. A principios de siglo no era excesivamente extensa. En quince minutos a pie desde el centro de la ciudad uno puede divisar aquí y allá los restos de grandiosas mansiones campestres, construidas por hombres que querían estar lejos de la Alexanderplatz y del bullicio y trasiego de la vida urbana. Actualmente la mayoría de estas mansiones han sido derribadas siguiendo planes urbanísticos y han sido sustituidas por bloques de apartamentos. Los terrenos y jardines se han transformado en centros deportivos, en parques o en Volhsschwimmhalle, como la que se veía desde el apartamento donde vivía Fedosov.

Conocía aquellas calles. El edificio quedaba convenientemente cerca de la estación de S-Bahn Pankow, de la estación de U-Bahn Pankow y también de la comisaría de policía. Éstos eran los lugares elegidos para albergar a los VIP, a los oficiales de seguridad de alta graduación, a unos cuantos veteranos del Ejército Rojo como Fedosov y al personal jubilado de la Stasi. Hubo un tiempo en que allí, alrededor del edificio, siempre había una patrulla de policía, pero incluso allí la economía pasaba por estrecheces y aquel día no vi a ningún oficial de uniforme.

Aparte de un feo bloque de apartamentos, aquélla era una calle de edificios antiguos. Viviendas unifamiliares hasta la época de Hitler y que

ahora estaban divididas en apartamentos espaciosos, como el que ocupaba Fedosov en la segunda planta del número 16.

—¿Ja? —dijo una voz a través de la rejilla de plástico que había al lado de la puerta.

—¿El coronel Fedosov? —pregunté tras hacer un cálculo del rango con el que podía haberse retirado.

—Capitán Fedosov —respondió la voz—. ¿Quién es usted? ¿Qué quiere? Era la voz petulante de un viejo caprichoso.

—Quiero hablar con usted. Soy un amigo de su hijo. ¿Me permite pasar?

—Suba.

Me quedé abajo tiritando de frío. Se oyeron algunos gemidos y gruñidos antes de que por fin sonara un zumbido fuerte y la puerta se abriera para permitirme el paso. Al entrar me recibió una oleada de calor. No importa que a uno no le gustase el comunismo alemán, el hecho es que la organización que tenían en lo que a calefacción se refiere siempre resultaba un derroche excesivo. La calefacción la proporcionaba el Estado, estaba incluida en el precio del alquiler y no la escatimaban.

El vestíbulo era grandioso, con el suelo de mármol blanco y negro formando elaborados dibujos. Pankow había escapado de la guerra relativamente intacto. Los bombardeos de la artillería del Ejército Rojo y los ataques aéreos se habían concentrado sobre el Mitte, el Reichstag, la Cancillería, Wilhelmstrasse y el Palacio. Después de unos cuantos días iniciales de rapiña y saqueo, habían requisado las mejores casas de los todavía intactos barrios burgueses como aquél para que las ocupasen militares y políticos.

Incluso la escalera de mármol era la de origen, con balaustrada ornamental, aunque había un inconfundible aire institucional en los colores apagados de la pintura, en la austeridad de las reparaciones y en los apliques. Fedosov apareció por la puerta de su apartamento, situado por encima de mí, y miró hacia abajo por el hueco de la escalera para ver de quién se trataba.

—Segunda planta —me indicó. La voz de aquel hombre sonó dura al retumbar en el mármol y el ladrillo. No parecía importarle mucho quién fuera yo.

—¿Puede dedicarme diez minutos de su tiempo? —le pregunté mientras subía soplando y resollando hasta el rellano.

Fedosov asintió. Era un hombre menudo, con uno de esos bigotes feroces detrás de los cuales se esconden los generales del Ejército Rojo de Stalin en las fotografías antiguas. Me pregunté si tendría algún problema circulatorio,

porque a pesar del confortable calor que proporcionaba el sistema de calefacción central llevaba puestas varias capas de prendas de ropa: un chaleco largo acolchado sin mangas encima de un jersey blanco de cuello alto de cuyo escote quería escaparse una camisa azul, unos pantalones marrones muy anchos, gruesos calcetines de lana y zapatillas de terciopelo rojo con cremallera al lado que llevaban bordadas las iniciales VF en letras doradas. Parecía una versión más próspera y marginal de uno de los vagabundos que se ven hoy día durmiendo en las calles de las grandes ciudades del opulento Occidente.

—Entre. Cuelgue el abrigo en el perchero —me indicó.

Sin duda pensaba que yo era un escritor que le pedía una vez más que plantase la bandera roja en el tejado del Reichstag. El apartamento de Fedosov era grande y cómodo. Se notaba por todas partes que llevaba mucho tiempo residiendo allí. Todo él era una extraña colección de tesoros y recuerdos: libros antiguos, un reloj de péndulo, un crucifijo, fotografías, insignias, medallas y recuerdos de una larga carrera militar.

—Me gustaría mucho que me dedicase diez minutos —le dije.

—Adelante —me pidió.

La segunda habitación a la que me hizo pasar era un despacho pequeño y pulcro con vistas a la calle. Fuera, en el alféizar de la ventana, había un refugio de madera para pájaros en el que había encajado un plato llano con agua. Las alfombras, igual que los sillones, eran viejas, grandes y gastadas. Parecía que hubieran servido a una o dos generaciones de berlineses antes de la llegada de Fedosov y sus camaradas en mayo de 1945.

—Siéntese —dijo.

Me daba la impresión de que Fedosov hubiera dedicado gustosamente diez minutos de su tiempo a cualquiera que acertase a pasar por allí. Quizá treinta minutos...

En una mesa auxiliar había un montón de libros, ejemplares del periódico semanal del ejército ruso y algunas revistas *Party*, todos ellos impresos con alfabeto ruso. Hay que estar muy aburrido para llegar a leer un material como aquél. Eché un vistazo alrededor.

—Qué apartamento más bonito —le dije.

Era un santuario en honor al estalinismo. El retrato enmarcado del viejo bruto ocupaba un lugar de honor. Dispuestas alrededor del mismo había incontables placas conmemorativas de esmalte. Mil banderas rojas ondeantes celebraban innumerables acontecimientos del partido: mítines, convenciones y aniversarios. Frente a la ventana, donde recibía la mejor luz, había una gran

lámina enmarcada de la acción del uno de mayo de 1945, cuando Fedosov y los hombres del Grupo Bandera Roja número 5 llevaron su bandera a la cima del Reichstag en medio de una lluvia de balas y de fragmentos de metralla. El artista había hecho considerables mejoras sobre la famosa y enormemente retocada reconstrucción de los hechos que los fotógrafos del Ejército Rojo tomaron a plena luz del día después de acabar las hostilidades, una fotografía en la cual podían verse turistas abajo, en la calle. En este cuadro las balas volaban. Representaba el amanecer, con un sol muy rojo abriéndose camino entre nubes doradas. Los hombres eran altos, fuertes y atractivos, y habían desdeñado cosas tales como cascos, bayonetas y pistolas. Sus impecables uniformes sólo estaban ligeramente manchados y en las manos empuñaban una gigantesca bandera que flotaba al viento de manera que la hoz y el martillo dorados quedasen bien visibles. Así era la guerra según la libraba el servicio de propaganda.

—Su hijo me conocía —le indiqué. Fedosov quitó un libro del sillón y se sentó enfrente de mí. Saqué un paquete de Philip Morris, cogí un cigarrillo y le ofrecí. Él cogió el paquete y lo miró atentamente antes de ponerse un cigarrillo en la boca—. Lo conocí en los viejos tiempos. —Me incliné hacia adelante y le encendí el cigarrillo utilizando un encendedor que había pertenecido a mi padre—. Quédese con el paquete —le dije.

Confiaba en que el encendedor, que no era nada corriente, pues tenía un dibujo de un águila de dos cabezas, quizá le refrescase la memoria o incluso le provocase algún comentario. Pero no dio muestras de reconocerlo.

—¿Los viejos tiempos? ¿Cuándo?

No tenía aspecto de soldado. Es decir, no tenía el aspecto de ninguno de los militares retirados que yo conocía en Occidente. La idea que yo tenía de un soldado era la de un hombre activo y en forma, con la columna erguida, un corte de pelo militar y voz enérgica. Pero Fedosov no era esa clase de soldado: él sólo había sido un hombre entre otros millones y millones de hombres que se habían abierto trabajosamente camino desde Moscú hasta Berlín a pie. Sirvió bajo el mando de generales que afirmaban abiertamente que la forma más rápida de quitar un campo de minas enemigo era enviar a una compañía de infantería para que avanzase por él. Fedosov había sobrevivido a tres años de lucha en el frente oriental armado únicamente con una metralleta obsoleta y su rapidez mental. No importa cuál sea la graduación de oficial en el campo de batalla ni la interpretación que haga el artista, un hombre así no es propenso a ser del tipo que se expone temerariamente al fuego enemigo. Me hice el razonamiento de que la ley de

probabilidades decía que Fedosov habría aprendido a dejar que los demás saltasen por encima del parapeto y fueran a matar a cien alemanes sin ayuda de nadie; decidí entonces que iba a resultar que Fedosov era un hombre cauto y de recursos. Difícilmente se parecería a los hombres que presentaban armas a la puerta del palacio de Buckingham.

—¿Habla usted ruso? —me preguntó.

—Alguna que otra palabra.

—¿Cuándo en los viejos tiempos? —volvió a preguntarme.

Continuó hablando en alemán; si aquel hombre iba a relatarme sus experiencias de la guerra necesitaba bastante más que alguna que otra palabra.

Fedosov se levantó en busca de un cenicero. Aproveché la ocasión para observarlo con más detenimiento. Era menudo y musculoso, y tenía tendencia a ir más bien encorvado, quizá como resultado de alguna herida. Tenía ademanes furtivos y una cara de tez oscura que casi lograba disimular las cicatrices de una herida sin suturar que le desfiguraba la mejilla y se le extendía hasta la oreja.

—En los días del puente aéreo —le expliqué—. Cuando usted trabajaba para mi padre.

Yo había dejado de fumar; hacía más de un mes que no fumaba ni un cigarrillo. Pero al estar allí sentado con un cigarrillo en la mano y un encendedor en la otra, me di cuenta de que en Europa no es tan fácil mantener aquellos propósitos. Todo el mundo fuma, y el aire de los restaurantes y cafés, los compartimentos de tren y los hogares, todo está lleno de humo de tabaco. Encendí el cigarrillo y coloqué el cenicero junto a mi codo.

—El puente aéreo. Eso fue hace mucho tiempo —observó Fedosov sin que su rostro manifestara señal alguna de que pudiera estar tratando de adivinar la identidad de mi padre.

Lo observé detenidamente. Yo no tenía ninguna prisa. En una de las ventanas habían instalado estantes de madera, y macetas con plantas de todas clases y tamaños —en su mayoría cactus— llenaban todo el espacio. Otras plantas atiborraban el banco de madera que había delante de nosotros, y en el suelo, debajo del mismo, había una bolsa de abono y algunas macetas vacías. La luz que penetraba por entre las plantas iluminaba por detrás el pelo blanco y ralo de Fedosov formando un halo algodonoso.

—Mil novecientos cuarenta y nueve —precisé.

Eché la ceniza en el gran cenicero de china en cuya base se veían unidas las banderas de la RDA y de la Unión Soviética, con el dibujo de un rollo de papel que llevaba escrita la frase «Libertad, unidad y socialismo».

—Usted ni siquiera había nacido —observó.

—Era muy pequeño —admití—. Pero recuerdo cuando los aviones pasaban por encima; uno cada pocos segundos.

Fedosov fumaba el cigarrillo; dejaba que el humo le saliera por la boca y por los agujeros de la nariz, saboreándolo con los ojos semicerrados como hacía Dicky Cruyer cuando mostraba a alguien cómo catar el clarete.

—¿Sabe usted quién vive en el apartamento de abajo, en la planta baja? —me preguntó.

—No —repuse.

—Klenze. Theodore Klenze, el famoso director de orquesta.

—Ah, sí.

—Es especialista en Bruckner. Dirige en la Opera y trabaja con todas las grandes orquestas. Leipzig, la Brno State y también en Londres. Tengo todos sus discos.

¿Por qué no había de estar el viejo orgulloso de vivir tan cerca del director de orquesta? Al igual que en todo régimen del Este, el hecho de ganar derechos de autor en moneda fuerte era un gran logro en aquella tierra comunista tan oprimida. A los que conseguían aquel tipo de ganancias se les mimaba y se les daba lo mejor, incluidas casas confortables. Ser vecino de Klenze significaba haber compartido el pináculo del éxito.

—Sí, es mundialmente famoso —convine.

—¿Cuándo vio usted por última vez a mi hijo Andrei? —me preguntó Fedosov.

—Ahora se ha convertido en una persona importante —le dije en vez de explicarle que la última vez que lo vi fue cuando le disparé en una carretera rural cerca de Magdeburgo—. Dirige un departamento. O al menos eso he oído decir.

Parecía una manera de lograr que el viejo empezara a hablar del tema.

—La pensión que le quede será el doble que la mía —me dijo Fedosov—. Fíjese, mi hijo trabaja una barbaridad, trabaja mucho. ¿Conocía usted a su esposa?

—No —repuse.

—Opino que Andrei tendría que volver a casarse, pero él dice que eso no es asunto mío. Y supongo que tiene razón.

Quizá Fedosov tuviera aún la esperanza de que, por algún milagro, yo empezase a hacerle preguntas acerca de la Bandera Roja y me olvidase de su antigua indiscreción con el Servicio de Inteligencia británico. Asentí, dando a entender que no me interesaban mucho las ambiciones nupciales de VERDI, y

nos quedamos allí sentados mirándonos el uno al otro, fumando, pensando, asintiendo con la cabeza y mirando a los gorriones que se acercaban al alféizar de la ventana y que, al no encontrar pan allí, se ponían a picotear el hielo que se había formado en el plato de agua. Fedosov miraba a los gorriones con solemnidad cuando éstos se alejaban piando enojados. Me daba cuenta de que la mente de aquel hombre trabajaba a toda velocidad. Todas aquellas naderías de las que hablábamos sólo eran un modo de ganar tiempo para colocar mi repentina aparición en alguna perspectiva, para decidir si yo representaba una amenaza o una oportunidad. O ambas cosas a la vez.

—Vive abajo. Me refiero a Klenze. No a mi hijo. La puerta que tiene un llamador de latón.

Sonrió.

Eché ceniza encima del letrero que rezaba «Libertad, unidad y socialismo» y miré a aquel viejo afable tan felizmente instalado en aquel piso *gemütlich*. Resultaba fácil olvidar que aquel pensionista de cabello blanco y su hijo, un policía secreto muy trabajador —ayudados por dedicados trabajadores del partido, *apparatchiks*, escritores, intelectuales y músicos como Herr Klenze, todos ellos provistos de entornos igualmente confortables—, eran los que apuntalaban el podrido y corrupto sistema. Eran hombres como Fedosov los que habían construido el Muro y habían patrullado junto a las vallas electrificadas que se levantaron alrededor de los campos de trabajo, eran los mismos que habían mantenido sometido al mundo comunista a punta de pistola.

—¿Quién era su padre? —me preguntó de pronto.

—Brian Samson. El *resident-director* británico de Berlín Occidental.

Asintió sabiamente. *Resident-director* era un concepto creado por la KGB y no constituía una descripción exacta del trabajo de mi padre, y mucho menos del papel desempeñado por Frank Harrington, pero era suficiente.

—Lo recuerdo —dijo sobriamente.

—Usted trabajó para él —le dije—. Durante el período del puente aéreo y después.

—No.

—Usted le dio información detallada y precisa de todas las reuniones importantes en Karlshorst que tenían que ver con el puente aéreo y con los planes de Moscú para contrarrestarlo.

—¿Sabe lo que está diciendo?

—Usted informaba al SIS británico —insistí.

Se levantó y se acercó para ponerse de pie junto a mí con los puños apretados a causa de la ira.

—Llamaré a la policía —me amenazó.

—Llame a la KGB —le dije—. Llame a la Stasi; llame a su hijo.

—¿Qué pretende usted?

Se alejó como si no quisiera oír mi respuesta.

—Yo vivía en la *rezidentura* —le expliqué—. No era más que un niño, pero sabía que mi padre venía con regularidad a Pankow por aquella época. E incluso después de levantarse el Muro. Mi madre llegó a sospechar que él tenía una amante aquí. Pero era a usted a quien venía a ver. Recuerdo a mis padres hablando a gritos, enojados, por culpa de sus idas a Pankow una vez a la semana.

—No...

—He tenido ocasión de ver los documentos. Están archivados en Londres.

—Está mintiendo.

Saqué del bolsillo la tarjeta de pago. Expuesta a la luz brillante que entraba por la ventana, la tarjeta aparecía muy vieja y ajada. El color amarillo se había desvaído hasta convertirse casi en blanco, y algunas de las firmas con tinta se veían tenues. Sólo las entradas escritas a lápiz estaban sin alterar. Fedosov miró por encima de mi hombro para ver exactamente de qué se trataba. Le pasé la tarjeta. Él la estuvo mirando unos instantes antes de ir a buscar las gafas, que sacó de un estuche colocado junto al libro de la biblioteca. Una vez que tuvo las gafas puestas, volvió a mirar la tarjeta.

—Cabrón —dijo—. ¿Por qué no han destruido esto?

—Destruýalo usted ahora —le ofrecí.

No le dije que había muchas tarjetas como aquella en el mismo sitio de donde la había sacado; dejé que se lo imaginase. Fedosov había trabajado para nosotros, se le había pagado bien por sus servicios, y ahora no podía negarlo.

—Váyase de aquí —me pidió.

—No me iré hasta que hayamos tenido una conversación como es debido.

—¡Le he dicho que se vaya!

—Todavía no, madame Xavier —le dije.

El rostro se le paralizó de horror; se puso en pie y empezó a moverse por la habitación de ese modo inquieto que es síntoma de una impresión repentina. Yo no había previsto del todo el profundo efecto que mi visita tendría sobre Fedosov. Éste había guardado su secreto durante media vida. Cómodamente instalado en aquel apartamento de Berlín —un alojamiento de lujo infinito según los niveles del Este—, estaba utilizando su malhabida

hucha para proveerse de las pequeñas comodidades que el despreciable Occidente podía ofrecer. Y de pronto habían arrojado una bomba en su pequeño mundo. Había llegado yo, no sólo con una acusación, sino con un pedazo de cartulina firmado, arrancado de su vergonzoso pasado. Yo no había previsto la desazón del viejo, su ira y su desesperado recurso. Se dirigió a la otra habitación y poco después oí cómo se afanaba en la cocina, como si estuviera preparando café. Me encontraba sentado de espaldas a él cuando entró de nuevo. Me esperaba una mano en el hombro y las palabras de inicio de una escena airada. No estaba preparado para recibir el golpe que me propinó con algún objeto duro y contundente. Me dio en un lado de la cabeza, y el dolor que sentí fue espantoso. Me apreté la cabeza con las manos y caí de bruces entre las macetas y las bolsas de abono que había debajo del banco. Mi peso hizo que el banco se desplomase, y todas las plantas que estaban dispuestas sobre el mismo en macetas cayeron al suelo produciendo un resonante estrépito. Perdí el conocimiento durante unos momentos, y me parece que, por el modo como quedé tendido en el suelo, con los ojos cerrados y las extremidades inmóviles, el viejo creyó que el golpe me había matado.

Intenté abrir los ojos. Vi los pies de Fedosov cuando éste retrocedía para alejarse de mí, restregando la tierra derramada y los pedazos de cactus rotos sobre la alfombra.

—¡Cabrón! —exclamó otra vez, y la voz traicionó sus temores—. ¡Cabrón! —repitió como si fuera una súplica a algún jurado que estuviera dictando sentencia sobre su ataque, que no había sido provocado—. Te lo merecías. Te lo merecías.

Me resultaba imposible ver bien, y tampoco podía oír con precisión. Sentía demasiado dolor en la cabeza como para poder pensar. Quería quedarme donde estaba, en el suelo, y que me dejaran en paz hasta la hora de cenar.

Oí el ruido que hizo Fedosov al levantar el teléfono y marcar un número.

—¿Andrei? Soy tu padre —comenzó a decir cuando se estableció la comunicación—. He tenido una visita. El *Englander*. Ése que tú sabes. Le he golpeado; creo que está muerto. —Se hizo un silencio durante el cual su hijo, al otro extremo de la línea, debió de decirle que era mejor que hablase en ruso, porque el viejo volvió a repetirlo todo en ruso. Antes de colgar, Fedosov añadió en alemán—: Lo más de prisa que puedas entonces. —Y yo supuse que VERDI venía de camino—. Adiós.

Hasta ese momento me había estado aferrando a la consciencia, pero el tono terminante de la despedida pareció hacer que mi determinación se disolviera. Estuve flotando unos instantes y luego me dejé elevar y entré en la oscuridad.

NO sé cuánto tiempo transcurrió antes de que fuera consciente de que mi padre estaba de pie junto a mí; yo estaba tumbado en el suelo. Llevaba puesto un gorro y un abrigo de pieles. Un estetoscopio le colgaba del cuello.

—Tiene el pulso fuerte —dijo mi padre en alemán con un poderoso acento de Berlín—. Creo que está volviendo en sí. Mire, ya abre los ojos.

No era mi padre. Ni siquiera se le parecía demasiado, excepto en el bigote. Una voz que pertenecía a alguien a quien yo no alcanzaba a ver, dijo:

—¿Necesitará puntos?

—No. No sangra mucho. Y está entre el pelo. La cicatriz no se le notará. Tiene mucho tejido de cicatriz.

Yo estaba tendido cuan largo era en un sofá en la habitación interior. Debían de haberme transportado allí. A lo lejos veía la habitación en la que habíamos estado sentados. La luz que se filtraba por entre las plantas de la ventana era verde y sombría. Me dolía la cabeza; me dolía mucho.

—¿Le duele? —me preguntó el hombre del estetoscopio. Traté de responder, pero las palabras no me salían—. No le duele —concluyó el hombre con el robusto estoicismo con que los médicos se enfrentan al sufrimiento de sus pacientes.

—Gracias, doctor —le dijo el hombre al que yo no podía ver—. ¿Puede oírme él?

Era la voz de VERDI.

—No lo sé. No está consciente del todo, pero se pondrá bien. No está malherido; sólo es una conmoción cerebral.

El segundo hombre se acercó más. Era VERDI. Habría reconocido aquella voz en cualquier parte.

—¿Me oyes, Samson? —Era una voz potente y dominante, muy apropiada para dirigirse a enfermos y dementes—. Asiente con la cabeza si me oyes.

Al infierno contigo, VERDI. Tu padre ya ha intentado abrirme la cabeza. Si asiento, la cabeza se me caerá, rodará debajo de la mesa y la recuperaré

cubierta de telarañas.

Supongo que decidió concederme unos minutos más para que me recuperase, porque le oí caminar junto con el médico; lo acompañó hasta la puerta y una vez allí lo oí que le decía que ya no lo necesitaría más. Luego utilizó el teléfono para solicitar que le enviaran un coche. Le dijo que tenía que acudir inmediatamente a Pankow y que el chófer debía poseer credenciales del ejército ruso por si tenía que ir al sector oeste.

Cuando el médico se fue, VERDI comenzó a mostrarse menos comedido:

—¿Por qué le has golpeado, viejo loco?

—Cuando eras un niño lo pasábamos muy bien juntos —le dijo su padre con tristeza—. Entonces yo te quería.

—Te he preguntado que por qué le has golpeado.

—¿Te acuerdas alguna vez de aquellos tiempos, pequeño?

VERDI suspiró.

—¿Es que nunca puedes atenerte a la pregunta? La que te estoy haciendo es bien sencilla.

—Creo que fue la Escuela Militar —sentenció el viejo como si nunca antes hubiera dado con aquella solución—. Después de aquello, cambiaste. Regresabas a casa en vacaciones. Pero nunca volviste a ser el mismo. Te convertiste en un alemancito.

Había el resentimiento y el pesar de toda una vida detrás de la palabra elegida —alemancito— por un hombre que había batallado contra los alemanes y luego había elegido a una de ellos para que fuera la madre de aquelpreciado y único hijo.

—Mamá murió. Y tú siempre estabas trabajando.

—No siempre.

—O estabas borracho. Estabas trabajando o borracho. Eso es lo que recuerdo de mis vacaciones. Nunca disponías de suficiente tiempo para dedicarte un poco a mí.

—Sabes que eso no es cierto, pequeño. Te dediqué mi vida entera. Renuncié a trabajos en el extranjero, perdí la oportunidad de tener ascensos. Te dediqué toda mi vida.

—Ojalá eso fuera verdad —dijo VERDI.

—Es cierto, pequeño. Sólo que tú no quieres reconocerlo. No deseas sentirte obligado. Siempre has sido así. Hasta fingías que no te gustaban los juguetes.

Quizá oír la palabra «juguetes» fuera la causa de que se desencadenase la ira.

—¡No me llames pequeño! No soy tu pequeño.

Se hizo un largo silencio; al cabo de un rato, el viejo dijo:

—El *Englander* me estaba amenazando. Yo les di... Bueno, eso fue hace muchos años. Les di algunos documentos. Unos cuantos papeles inútiles, de desecho. Andaba escaso de dinero. Lo hice por ti y por tu madre. Y este tipo ha venido aquí amenazándome con todo aquello.

—¿Qué te ha dicho? —le preguntó VERDI en voz muy baja y muy tranquila.

Yo sabía que me estaba mirando. Mantuve los ojos cerrados y permanecí inmóvil.

—Me trajo una tarjeta de pagos inglesa. Yo la había firmado al recibir el dinero. Pensaba que ellos destruían los recibos. Sólo lo hice una vez.

—Lo estuviste haciendo durante once años —le corrigió VERDI—. ¿Crees que no se me informaba de ello?

—¿Se te informaba?

—En aquellos días siempre nos las arreglábamos para tener a alguien infiltrado en la oficina del SIS de Berlín.

—Sólo lo hice una vez —insistió el viejo.

—Te digo que teníamos a alguien infiltrado allí.

—¿Quién era? Yo los conocía a todos. Era labor mía elaborar el material que teníamos acerca de la *rezidentura* de Berlín. ¿A quién teníamos allí?

—A un canalla presumido llamado Billy Walker. Un homosexual. Él se encargaba de informar sobre ti. Incluso envió un informe escrito al comandante de tu batallón, pero no se tomaron medidas al respecto.

—Tuve suerte.

—Walker y Samson estaban en la cima. El *resident* era el padre de este tipo que está aquí. Se odiaban. Los hombres que se ocuparon de procesar el informe sobre ti, probablemente llegaron a la conclusión de que Walker estaba intentando crear problemas... que formaba parte de la *vendetta* entre los dos ingleses.

—¿Cuánto tiempo hace que lo sabes?

—Te vi alguna vez con el viejo Samson. No erais demasiado precavidos.

—¿No informaste sobre mí?

—Eres mi padre.

—Gracias, pequeño. Eres un buen chico.

—William Walker. Los ingleses lo llamaban «Johnny Walker» por el nombre del *whisky* escocés. Les gusta esa clase de chistes. Trajes elegantes, anillo de sello y pitillera de oro. No muy inglés; demasiado llamativo.

—Ese cabrón informó sobre mí.

—Al final tuvimos que deshacernos de él. Yo estaba en la oficina cuando se tomó la decisión. Elegimos al más encantador de nuestros prostitutas para hacerlo.

—Lo siento, pequeño. Me comporté como un estúpido. Podía haberte causado graves problemas. —Y luego, en otro tono de voz, añadió—: ¿Qué vamos a hacer con éste?

—¡Samson! —me llamó VERDI en voz muy alta al tiempo que se inclinaba sobre mí. Fingí que precisamente en aquel momento recobraba el sentido. Abrí los ojos lentamente y comencé a gemir; actué como quien padece dolor, lo que no me resultó difícil—. ¿Puedes oírme y entenderme? —me preguntó en alemán. Se sentía cómodo hablando en alemán; le gustaba el orden predeterminado que la sintaxis de esa lengua exige. Reconozco que yo también tengo esa misma preferencia a veces.

—¿Sí?... ¿Sí?... ¿Qué?... —pronuncié lentamente con voz borrosa.

VERDI se adelantó hasta colocarse en un lugar donde yo pudiera verlo. Werner tenía razón: sin ayuda no lo habría reconocido. El hombre que yo había conocido era una bestia de rostro cruel, con los dientes en mal estado, que llevaba camisas raídas. Éste era un hombre blando, suave y sedoso. Llevaba un sombrero de fieltro perfectamente moldeado, un abrigo de cachemir oscuro echado sobre los hombros, una bufanda gris de seda con flecos, zapatos Oxford hechos a mano e incluso guantes de cabritilla. Todo como si acabase de salir de alguna exclusiva tienda de confección de Berlín Occidental, cosa que probablemente era cierta. Además, lo llevaba con estilo, moviéndose arriba y abajo con todos los amaneramientos que utilizan los actores de Hollywood cuando encarnan a jefes de la mafia de la Costa Este. Detrás de él, mirándome furtivamente por encima del hombro de su hijo, se encontraba el viejo, con ojos relucientes y cierta ansiedad en el rostro. Sus problemas no habían acabado, y era consciente de ello.

—Vas a llevar un mensaje a tu gente —me dijo VERDI con suavidad—. O dejáis a mi padre al margen de esto o se acabó el trato. Habla con el director general en persona. En persona. ¿Lo has entendido?

Se acarició la suave cara empolvada de talco, como para asegurarse de que se había acordado de afeitarse, y se quedó esperando mi respuesta. Estaba enfadado y molesto. Yo ya había supuesto que mi no anunciado encuentro con el viejo tendría la consecuencia de alterar a VERDI, pero las cosas no habían resultado como yo esperaba.

—Quizá —murmuré.

—Deberías estar avergonzado, Samson. Venir aquí a asustar a un viejo inofensivo. Mi padre padece del corazón. Podías haberlo matado del susto.

—Tu padre sabe cuidarse muy bien —refunfuñé—. Di lo que tengas que decir.

Traté de incorporarme, pero el movimiento me causó una descarga de dolor en la cabeza y volví a desplomarme.

—Ya he dicho lo que tengo que decir. Vas a volver a Londres y vas a ir a ver a sir Henry Clevemore en persona. Y vais a dejar a mi padre al margen de esto. No tiene nada que ver. No quiero que se le amenace, ¿me comprendes? Si los tuyos han cambiado de idea, me pondré en contacto con los americanos. Asegúrate de que se entere de que hablo en serio. ¿Lo entiendes, Samson?

—Quieren hacer el trato —le aseguré.

Para entonces yo ya empezaba a darme cuenta de que la Central de Londres agradecería aunque sólo fueran veinticuatro horas de acceso al nuevo ordenador central. Cualquier cosa después de eso sería un beneficio adicional.

—Ya lo creo que quieren —me dijo a modo de respuesta—. Aquí hay un montón de material archivado, Samson. Pero no todo van a ser buenas noticias. También hay desastres del SIS. Y embrollos del SIS, y traiciones del SIS. Van a rodar cabezas. Y estoy seguro de que hay personas en Londres que prefieren dejar las cosas como están. ¿Me equivoco?

—Siempre es así —le dije.

—Y quizá sir Henry Clevemore sea una de esas personas.

—Di lo que tengas que decir —le conminé—. Ya me encargaré yo de las conjeturas.

—Le he dicho a Volkmann todo lo que necesitan saber en Londres. Que tengo acceso a los circuitos y a los programas. De manera que todo es posible; tal como les dije que sería. Tengo preparado lo más importante en la terminal de aquí. De ahora en adelante todo depende de tu gente. Pero no os entretengáis demasiado o me iré con la música a otra parte.

—¿Con qué me ha dado ese viejo cabrón?

—¿Quieres un poco de agua? Te golpeó con el crucifijo —me explicó Verdi.

Ahora podía verlo; habían vuelto a colgar en la pared el gran crucifijo de hierro fundido, aunque quedaba un poco torcido.

—Un escocés me vendría mejor —le dije.

—¿Quieres *schnapps*?

—Vale.

Me sirvió un vaso de vodka polaco helado; el que tiene esencia de serba. Bebí. No me vi libre del dolor, pero me lo hizo más llevadero... más parecido a una resaca.

A modo de tanteo me toqué la cabeza con la punta de los dedos. Estaba muy blanda y se me estaba hinchando. Me miré los dedos; no había sangre.

VERDI me observaba.

—Tú llama por teléfono a Clevemore —me pidió—. Te recibirá, te lo garantizo. Ésta es la mayor operación que han tenido los tuyos en muchos años. ¿Qué problema hay?

—El problema es saber si eres de fiar —le dije al tiempo que volvía la cabeza para mirar al viejo Fedosov, que estaba arrodillado junto a la ventana recogiendo los fragmentos de plantas y macetas que se habían roto.

—¿De fiar? —repitió levantando la voz con un enojo que tal vez no fuera simulado—. Tú eres el cabrón que mató a tiros a mi chófer. Por suerte para ti, no era miembro de mi personal. Te reconocí, pero no mencioné tu nombre en mi informe. Sólo expliqué que un equipo británico desconocido vino y dio el golpe, y que huyeron antes de que los pudieran interceptar. Dejamos que la milicia y los Vopos tendieran la red; sabía que no tendríais ningún problema para evitar a esos memos. Así que, ¿qué más quieres que haga para convencerlos de que soy de fiar?

—Eres un tipo encantador, Andrei.

—¿Cuánto dinero en efectivo vale eso? —El viejo volvió la cabeza para poder vernos y oírnos mejor, y para observar mi reacción ante las palabras de su hijo—. Los americanos me darían muchísimo dinero.

—No estoy autorizado a hablar de dinero —le indiqué—. Pero será mejor que te vayas enterando de que la pasta no abunda en estos tiempos.

El viejo suspiró y volvió a la tarea de poner los cactus en las macetas.

VERDI se quedó mirándome atentamente tratando de decidir si yo hablaba en broma, pero llegó a la conclusión de que no era así.

—Si no vale una cantidad considerable de dinero, ¿por qué mandaron a ese estúpido cerdo gordo a acosarme? ¿Y por qué te mandaron a ti tras él?

—El único cerdo gordo que yo conozco eres tú.

—No te hagas el loco, Samson. Sabes que me refiero a Tiny Timmermann.

—¿Timmermann?

—¿Vas a quedarte ahí sentado intentando fingir que no conoces la identidad de vuestro propio agente? ¿El mismo que habíais enviado a California para que informarse tan detalladamente? ¿Me estás diciendo que

no conocías la identidad del fiambre al que le registraste los bolsillos en aquella casa de Magdeburgo?

—¿Timmermann? ¿El muerto de Magdeburgo?

—¿Quién creías que era?

Ahora era VERDI quién estaba confuso.

—Creí que eras tú —le dije con sinceridad.

—¿Creíste que era yo? —me preguntó con una voz chillona, ronca y desdeñosa que me recordó los tiempos en que VERDI se encargaba de los interrogatorios de poca monta en las celdas de detención del viejo edificio de la Polizeiprasidium, en el Alex. Soltó una amarga carcajada de desprecio—. Entonces, ¿a quién te creías que disparabas en la carretera?

—¿Timmermann? ¿Era el muerto? ¿Lo dices en serio?

—Tú lo enviaste —me dijo.

—No, yo no lo envié. Él no trabajaba para nosotros, ni lo ha hecho nunca.

—Tú subiste al avión con él. En Los Ángeles. Estuviste hablando con él.

No respondí, pero estaba impresionado; lo más probable es que VERDI se diera cuenta de que había marcado un tanto. Nota máxima, viejo amigo. De manera que yo había estado bajo vigilancia desde el instante en que salí de California.

—Fue sólo una coincidencia —me indicó en un aparte amistoso, como si quisiera tranquilizarme hablándome de hombre a hombre, de agente a agente—. Pura suerte. Una persona a la que yo conocía iba en el mismo avión.

—¿Timmermann? ¿Quién lo mató? ¿Tu gente?

VERDI no lo negó.

—Se pasó de la raya, Samson. Fue por ahí haciendo preguntas por su cuenta acerca de la muerte de Kosinski; tentó a la suerte. Y eso es peligroso. A este lado del Muro no solemos alentar la curiosidad académica.

—Te equivocaste de hombre —dije.

VERDI movió la cabeza de un lado a otro para indicar que no lo creía así y se tiró del abrigo para acomodárselo mejor sobre los hombros. Yo siempre había querido llevar un abrigo como lo hacen alemanes y franceses: sin meter los brazos por las mangas. Pero cuando lo intenté en una ocasión, al salir del teatro Schiller con Gloria, se me cayó, y la esposa de Frank Harrington tropezó con él y cayó al suelo de bruces.

Consultó el reloj.

—Ya debe de haber llegado el coche —me dijo con esa confianza que sólo un hombre de la Stasi en un Estado policial conocería—. Te llevaré hasta

el puesto de control Charlie. O te pasaré al otro lado si sabes adónde quieres ir.

—De acuerdo.

—¿Vas a encontrarte con tu amigo Volkmann en alguna parte?

—No.

—Así que Londres ha vuelto a dar empleo a Volkmann. Hay que ver con qué facilidad cambian de opinión, ¿no? Tenía entendido que lo habían puesto en la lista negra, y de repente me encuentro con que estoy haciendo tratos con él.

—A mí no me confían esa clase de cosas —le indiqué—. Yo sólo soy el chico de los recados.

—¿El chico de los recados casado con la hija del jefe? ¿Así son ahora las cosas, Samson? —Sin esperar una respuesta, añadió—: ¿Y adónde quieres ir?

Me zumbaba la cabeza y no me sentía lo bastante bien como para atravesar otra vez la ciudad andando. Pero no iba a acompañarlo a cruzar el puesto de control en su coche oficial. Tomarían nota de ello y no me lo perdonarían nunca.

—Friedrichstrasse Bahnhof.

—Lo que tú digas, Samson. Pero creo que adonde deberías ir es al puesto de control Charlie. Comprendo tu deseo de permanecer en el anonimato —me explicó con una mueca de desdén—, pero tu salud no está como para que puedas permitirte el lujo de abrirte paso a empujones entre el sucio proletariado de Berlín. —Eché una fugaz mirada a su padre—. Y a esta hora del día ese tren apestoso estará abarrotado de abuelos y abuelas que vuelven de visita con un pase de un día.

—De acuerdo.

VERDI tenía razón: yo no estaba en condiciones de ir empujando a nadie en ninguna parte.

Había hecho que nos llevasen un buen coche. No un Trabbie ni un Wartburg, ni siquiera un Skoda; aquél era un Mercedes 500 SEL de color plata, metalizado, con asientos de cuero rojo y neumáticos recién estrenados. Incluso los hombres de la Stasi necesitan demostrar ante sus colegas que las cosas les van bien, pero creo que lo había visto antes. La única nota discordante de nuestra partida vino del viejo.

—No debes ir, pequeño. No podría soportarlo —le dijo a su hijo—. Tú en el otro bando... No podría soportarlo.

—No te comportes como un viejo tonto —le dijo VERDI, a quien al parecer aquella petición no le había conmovido.

—Soy tu padre —le dijo el viejo—. Y te quiero.

—Entonces déjame que viva mi vida —le indicó VERDI sin alterarse; y pasó junto a él para bajar las escaleras detrás de mí.

—Eres un cerdo desagradecido —le gritó el viejo por encima de la barandilla de la escalera—. Te odio. Márchate. Y no vuelvas más. Por lo que a ti respecta, no te importaría en absoluto que yo estuviese muerto.

—He venido, ¿no? He vuelto a sacarte de un lío.

Quizá aquella conversación había avergonzado en cierto modo a Verdi. Refiriéndose a mí, comentó:

—Cuando se hacen viejos se vuelven como niños. —Al ver que yo no decía nada, añadió—: Dejó que sus padres se murieran viviendo en el asqueroso tugurio donde él nació. Sólo volvió a verlos dos veces durante aquellos años. Y ni siquiera se le ocurrió mandarles dinero alguna vez.

A la entrada, un teniente de policía uniformado nos saludó. Un sargento nos abrió la puerta para que subiéramos al coche. No se había mencionado nada acerca de que nadie debiera favores a nadie. Aquella vez, hacía mucho tiempo, cuando sus hombres me arrojaron del tren en lugar de detenerme, yo había quedado en deuda con él. Ahora la deuda se había duplicado. No había malicia, nada personal. VERDI lo había hecho todo a la manera como siempre se hacía cuando la otra parte juzgaba equivocadamente las cosas. Yo no estaba resentido. Me imaginé que si él hubiera venido a la parte oeste y hubiera intimidado con amenazas a Tante Lisl, seguramente yo lo habría tratado a él peor de lo que él me estaba tratando a mí. Había dos coches de policía estacionados en la calle, a la puerta. Media docena de hombres se encontraban de pie alrededor con llamativa ociosidad. Nada de esposas ni porras de goma. Sólo una ligera exhibición de fuerza y dos coches con luces destellantes para abrir paso hacia el punto de cruce y asegurarse de que yo sería humillado de un modo que tardaría en olvidar.

VERDI vino en el coche conmigo. Tenía un abundante repertorio de conversaciones triviales, salpicadas con unas cuantas preguntas acerca de Frank Harrington, de Dicky y de otras lumbreras del Departamento, todo ello concebido para demostrarme que sabía muchas cosas de nosotros. A Fiona no volvió a mencionarla, y a Gloria no la nombró ni una sola vez. Le agradecí aquel delicado ejemplo de discreción profesional. Aunque aquella actitud me dejó con la pregunta de cuántas cosas exactamente sabrían de mis problemas domésticos.

En el puesto de control Charlie ninguno de sus domesticados Grepos, ni de los hombres de paisano, se acercó a nosotros. El chófer condujo el coche

hasta situarlo lo más cerca que pudo de la caseta blanca de madera del ejército de Estados Unidos, pero sin llegar a cruzar la frontera. Luego el chófer saltó del coche y me abrió la puerta.

—¿Timmermann tiene familia? —me preguntó VERDI cuando iba a apearme.

—No tengo ni idea.

—Si no tengo noticias en un par de días, dejaré que lo entierren aquí. ¿De acuerdo?

Miré a VERDI. Se recostó en el asiento de cuero suave, cruzó los brazos y me sonrió. Sabía lo que yo iba a decir, pero no pensaba ponérmelo fácil. No era tan complaciente.

—¿Y la mujer? —le pregunté—. ¿Y mi cuñada?

—No, no, no. Quizá quieran practicarle otra autopsia. El forense no dejará que se la lleven.

—Hay mala voluntad en esto —le dije—. En realidad no queréis el cadáver para nada, ¿no es cierto?

—Pruebas. Dicen que fue decapitada —me informó—. Te proporcionaré los documentos de la autopsia y los informes del forense. El ejército se encargó de ello. Eso forma parte del trato. ¿No te lo ha dicho Volkmann?

—Creí que el coche en el que viajaba se había quemado por completo. Que había acabado carbonizada. Pensaba que había quedado poca cosa de ella.

—Quizá así es como se supuso que sería, Samson. Pero a lo mejor alguien calculó mal. Será mejor que también le expliques eso a tu director general. O tal vez él pueda explicártelo a ti.

—De acuerdo —le dije.

Cerré la puerta del coche. Me daba cuenta de que a VERDI no le sacaría nada más. Lo había cogido con la guardia baja al abordar a su padre, pero ya había recuperado la compostura. Los hombres como él resultan difíciles de sorprender.

Cuando crucé a pie el puesto de control el sargento americano que estaba en la garita ni siquiera levantó la vista del libro de bolsillo que estaba leyendo. Me dirigí a la parada de taxis que había en la esquina y me metí en el primero de ellos.

Podía tratarse de uno de los hombres de VERDI que estuviera allí apostado para esperarme, pero no lo creí. ¿Qué más podía ganar él?

—Kantstrasse —le dije—. Hotel Hennig.

Giré la cabeza y miré hacia el puesto de control. VERDI seguía en el Mercedes plateado, observándome. No se había movido, y siguió así hasta el momento en que torcimos por Kochstrasse y lo perdí de vista.

Mientras el taxi avanzaba por la orilla del canal Landwehr, pensé en lo que había dicho VERDI. Recordé el día en que pescaron al pobre Johnny Walker de las grasientas aguas del canal. Mi padre llegó a casa aquella noche y no cenó. Aquél era un comportamiento desacostumbrado en él; mi madre creyó que estaba enfermo. Mi padre se sentó a la mesa y se quedó mirando al vacío. «Pobre Johnny», no hacía más que repetir. Chantajeado por un seductor de lujo elegido del gran surtido de prostitutas de la KGB, con toda seguridad había de rendirse ante él. Johnny siempre tuvo debilidad por las caras bonitas, yo lo sabía porque había estado con él en algunos de los bares del centro de la ciudad. Todos lo reconocían y lo saludaban. Me pregunté si mi padre estaría enterado de que aquel tipo se vendía a los rusos. Y de aquello pasé a preguntarme cuánto tiempo tardarían Werner y Frank Harrington en enterarse del fiasco de aquel día. Y mientras pensaba en aquello —de ese modo curioso como nuestro cerebro trabaja en el fondo mientras uno escucha música o se enfrenta a los problemas cotidianos—, todas las piezas de aquel rompecabezas encajaron de pronto.

Timmermann. ¡Timmermann! ¿Cómo pude haber sido tan lento en entenderlo? Incluso cuando vi el mensaje de Bret en la Biblia no lo entendí.

Lo que decía el mensaje era:

Muerto desconocido no obstante resulta reconocible como servidor esposa.

Timmermann era, naturalmente, el «experto» agente de campo que George Kosinski, alentado por el idiota de mi suegro, había contratado para que fuera a investigar la muerte de Tessa. Y como Timmermann era lo bastante engreído y estúpido como para meterse en ello sin la adecuada preparación ni respaldo, dijo que sí. O puede que el pobre Timmermann estuviera tan necesitado de dinero que no le quedara otra alternativa. Así es como los agentes, impulsados a realizar semejantes tareas viles por cuenta propia, con frecuencia acaban sus días: en misiones cada vez más arriesgadas y cada vez por menos dinero, hasta que la trampa se cierra en torno a su cuello. A veces me preocupaba la idea de que yo pudiera acabar así. Con la actual atmósfera de tacañería que reinaba en la Central de Londres y mi poco sólido contrato de empleo, cada día que pasaba me parecía más probable.

VERDI, comprensiblemente, había creído que a Timmermann lo había enviado la Central de Londres, y sin duda continuaba creyéndolo a pesar de mis negativas. Pero Timmermann estaba trabajando por su cuenta; había estado en Los Ángeles para que Fiona lo pusiese al corriente en secreto. Bret —nada tonto cuando se trata de observar lo que ocurre a su alrededor— había caído en la cuenta de lo que estaba ocurriendo entre Fiona y Timmermann.

Y ése era el motivo por el cual Timmermann había rehusado entablar conversación conmigo. En línea con las órdenes del Departamento para las misiones operacionales, mi asiento en el avión no fue reservado hasta dos horas antes de que yo viajase en él; Timmermann debió de sentirse consternado al ver que yo viajaba en el mismo vuelo que él.

Me fijé en cómo había dicho VERDI que él había echado la culpa del asesinato de Timmermann a un equipo británico no identificado. Lo más probable era que no hubiera dejado que sus superiores albergasen la menor duda de que yo había matado a Timmermann; VERDI no era de los que entregan informes imprecisos.

Culparme a mí de aquella muerte era probablemente el verdadero propósito para hacer que Timmermann y yo coincidiéramos en Magdeburgo aquella noche. Era retorcido hasta lo inverosímil. Era inútil perder el tiempo en preguntarse cómo había descubierto VERDI que yo iba en el avión con Timmermann. VERDI no era la clase de hombre que mata a la gente sin exprimirla. Y era un experto con el exprimidor, como yo sabía por experiencia.

DE haber persistido en mi plan de regresar al hotel, echarme en la cama, curarme la herida de la cabeza y recuperarme lentamente, todo habría resultado diferente. Pero cuando el taxi que había tomado en el puesto de control Charlie giró por Kantstrasse, vi a Werner Volkmann. Llevaba puesto su «abrigo de empresario», el del gran cuello de astracán. Se encontraba a la puerta de la óptica que ocupaba la planta baja del edificio del hotel Hennig y estaba hablando con Tante Lisl. Ésta iba ataviada con un abrigo de pieles de color dorado y un gorro a juego, lo más deslumbrante del nuevo guardarropa completo que se había comprado para celebrar el éxito de su operación quirúrgica. Parecía que estaban discutiendo, y reconocí el modo en que gesticulaban agitando los brazos como la frenética exasperación que precede al abrazo de reconciliación. Lisl había perdido peso, cumpliendo así la promesa que el cirujano le había obligado a hacer. Pero los abrigos de pieles no favorecían ni su figura ni su estilo. A pesar de lo mucho que quería a los dos, no pude negar que mi primera impresión, la de ambos gesticulando con excitación, fue que estaba viendo a un domador intentando controlar a un feroz oso bailarín.

Sabía sin lugar a dudas que si me apeaba del taxi a la puerta del hotel harían comentarios acerca de que iba despeinado y que tenía una herida en la cabeza. Me harían preguntas que si yo no respondía darían lugar a ciertas bromas, y no estaba de humor para seguirles el juego. En aquellos momentos no me apetecía encontrarme con ninguno de los dos. Necesitaba un vaso de leche muy caliente, un par de aspirinas y la oportunidad de irme a la cama para dormir eternamente.

—Siga —le indiqué al taxista.

De repente se me ocurrió que quizá fuera una buena idea ir a contarle a Frank Harrington mi versión de los hechos que habían tenido lugar aquel día. Cualquier otra explicación de mi excursión espontánea y extracurricular — incluso la que pudiera dar una persona tan bien dispuesta hacia mí como Werner— ocasionaría un montón de preguntas oficiales.

Di al conductor la dirección de Frank, en el distrito Grunewald. Seguro que estaría en casa. Incluso en situación normal nunca estaba en la oficina después de las cuatro de la tarde, y últimamente —mientras continuaban las obras en las instalaciones de la unidad de campo— había estado trabajando desde su casa.

Me abrió la puerta Tarrant, el ayuda de cámara de Frank. Nunca me había caído bien Tarrant, y él no me aprobaba a mí. Creía que la estrecha amistad de Frank con mi padre le tenía demasiado predispuesto a pasar por alto mi manera de ser informal e insubordinada. Y Tarrant era un temeroso defensor de las formalidades de la vida.

—Tengo que ver al señor Harrington. Sé que está aquí —añadí rápidamente antes de que el ayuda de cámara pudiera decir que no estaba en casa y se estableciera así una batalla de voluntades, como había ocurrido otras veces.

—El señor se está vistiendo; preparándose para salir —me informó.

—No necesito más de cinco minutos —le dije.

—Espere aquí, señor.

No creía que yo necesitase sólo cinco minutos; yo siempre decía que sólo serían cinco minutos.

Mientras estaba de pie en el recibidor oí un murmullo de voces procedente de algún lugar del piso superior. Cuando se me permitió subir a ver a Frank, éste estaba de pie en el vestidor, peleándose con una almidonada camisa de frac y un anticuado cuello de puntas que había pasado de moda y que había vuelto sin que Frank se percatase de ello. Detrás de él había un armario largo, de cuya barra colgaban docenas de trajes, chaquetas y pantalones. Hasta una altura de un metro y medio había un mueble zapatero y cajones para la ropa interior. Uno de los cajones estaba abierto y dejaba a la vista más camisas de frac envueltas en suave papel de seda blanco; sin duda debido a la cuidadosa mano de Tarrant. Frank llevaba puestos los pantalones del traje de etiqueta, zapatos de charol y un chaleco negro muy formal encima de una camisa almidonada. Se estaba peleando con los puños almidonados y se miraba en un gran espejo mientras lo hacía. Cuando entré, observó mi imagen en el espejo sin darse la vuelta para mirarme.

—Siento interrumpirte, Frank —le dije.

—Tráigale al señor Samson un *whisky* Laphroaig grande con agua, Tarrant. Yo tomaré una ginebra Plymouth con bítter; dos o tres chorros de bítter, Tarrant. ¿Laphroaig con hielo, verdad? ¿Es así, Bernard?

Se dio la vuelta con una sonrisa en el rostro para preguntarme aquello. Siempre le complacía recordar qué era lo que a mí me gustaba comer y beber; era la faceta maternal de Frank. Como yo no quería echar a perder su evidente placer, sonreí y le dije que me parecía estupendamente.

Tarrant trajo las copas en una bandeja y luego se quedó revoloteando por allí.

—El señor Samson me ayudará si no puedo arreglármelas solo —le dijo Frank.

Tarrant se marchó sin ocultar su resentimiento al verse desplazado.

—¿Le he molestado? —le pregunté a Frank después de que Tarrant se fuera.

—Se hace viejo. Hemos que ser indulgentes con él. Teme que dejes tus huellas en mi bonita camisa limpia.

Sonreí. Me pareció un motivo improbable para el mal humor de Tarrant.

Frank salió en su defensa.

—Dejaste huellas en la pechera de una camisa que te presté una vez, hace unos tres años. No hubo forma de quitarlas; eran unas débiles manchas marrones. Creo que debía de ser grasa de *pistola*. Al final le di la camisa a Oxfam.

—Lo siento, Frank. Debiste decírmelo. Te compraré otra. ¿Siguen teniendo tus medidas al día en New & Lingwood?

—Tengo docenas de camisas de frac —me aseguró Frank, que había comprado sus camisas en New & Lingwood desde que estaba en Eton—. Todavía me pongo algunas que heredé de mi padre. ¿En cuántas ocasiones se necesita una camisa de frac en estos tiempos?

—¿Vas a la ópera?

Yo sabía que eso no era muy probable. Frank no era un entusiasta de la ópera. Prefería el *jazz*. Era un desperdicio; su trabajo le daba oportunidad de ver una nueva producción de ópera cada noche si así lo deseaba.

—A la guarnición. A la cena de despedida que el regimiento ofrece al comandante. Seré el único civil que asista.

—Eso es todo un honor, Frank —le dije.

Porque Frank en medio de los soldados era el gozo supremo. Yo a veces pensaba que la tragedia de la vida de Frank era no haber sido militar de carrera. Frank amaba al ejército británico en todas sus numerosas funciones y formas de un modo que ni sus soldados más abnegados podrían haber superado. Pero Frank acabó la universidad con fama de erudito en griego, y alguien de los de arriba decidió que en el ejército se le desperdiciaría.

—Mi esposa no ha podido venir.

—Lástima —comenté automáticamente.

Sabía que la esposa de Frank odiaba asistir a los actos del ejército. Era una de esas mujeres inglesas para quienes todo lo extranjero es alarmante, inferior o ambas cosas a la vez. De hecho odiaba Berlín en todos los aspectos, y permanecía en la casa que tenían en Inglaterra todo el tiempo que podía. Pero no era ningún secreto que Frank se consolaba con acomodaticias señoritas, de las que tenía un repertorio considerable. En una ocasión incluso se había acostado con Zena. Supongo que la vida amorosa de Frank era un aspecto importante de la permanencia de Tarrant en su empleo; él sabía suficientes cosas como para escribir un libro, y era lo bastante prudente como para resistirse a hacerlo.

Frank siempre se enamoraba profundamente de sus amigas jóvenes. Ése era el estilo de Frank: devoción, sinceridad y pasión, pero por lo visto nunca duraba. Yo me preguntaba si llevaría a sus queridas a alguno de aquellos actos elitistas del ejército. Mientras que el ambiente habitual de Frank —la fraternidad anglogermana de Berlín— era un semillero de habladorías, el ejército sabía demostrar una discreción ejemplar acerca de aquella clase de temas.

—Tengo tiempo de sobra —dijo Frank.

Cualquiera que suela tener tratos con un inglés sabe que una declaración como ésa es una manera educada de decir que el tiempo apremia.

—He estado allí hoy —le indiqué—. He hablado con un hombre llamado Fedosov. ¿Te suena?

—¿Con VERDI? —me preguntó Frank.

—Y con su padre también. El del grupo de la Bandera Roja número cinco.

—Oh, Fedosov. ¿Se te dan bien los gemelos, Bernard? Mi ama de llaves me lava las camisas ella misma, a mano. Debe de echarle una tonelada de almidón a cada una. Es igual que ponerse una armadura.

Cogí el primero de los gemelos de oro en forma de torpedo y lo metí con fuerza por el ojal almidonado. Resultaba endiabladamente difícil.

—Fedosov fue uno de los agentes de mi padre —le comenté con desenfado—. ¿Lo sabías?

—No lo sabía a ciencia cierta, pero no me sorprende. Tu padre tenía unas cuantas personas en aquel lado que no quería confiarle a nadie. Así pues, ¿has ido allí y has hecho que el viejo se enfrente a su pasado?

—Sí.

—¿Y qué ha ocurrido? —quiso saber Frank.

Me dio el segundo gemelo y levantó el brazo para ofrecerme la otra manga.

—Me dio un golpe con un crucifijo de metal y me dejó inconsciente.

—¿De veras? —inquirió Frank con cara de póquer. Sabía mostrar un ingenio cáustico, especialmente en respuesta a cualquiera de mis fracasos demostrados, pero esta vez se contuvo—. ¿Y viste al hijo? ¿A VERDI?

—Llevó a un médico para que me atendiera. Estuve inconsciente. El viejo creyó que me había matado.

—Sí, de un golpe en la cabeza. Ya veo la hinchazón. ¿Te ha visto un médico en esta parte de Berlín?

—Acabo de llegar.

—Llamaré a un médico del ejército para que te eche un vistazo. Creo que deberías hacerte una radiografía. ¡Caramba! ¿Te encuentras bien?

—Sólo ha sido un vahído desagradable. Voy a sentarme un momento —le dije.

Tenía esa náusea que revuelve el estómago y que a menudo se presenta después de sufrir un desmayo.

—Es la reacción. Las conmociones funcionan así, Bernard. Una hora o dos después... Te meteré en un avión para Londres esta noche. No me gusta ni pizca el aspecto que tienes.

Levantó el teléfono y marcó un número interior. Cuando Tarrant se puso al teléfono le pidió que llamase a la RAF y les dijera que reservasen un asiento en el vuelo nocturno; máxima prioridad, añadió Frank. Y que enviasen a un coche con chófer. Y en la terminal de Londres que hubiera también un coche con chófer.

—Diga a Londres que quiero al señor Samson en una cama del hospital Clínico de Londres o en otro centro por el estilo. Sufre una conmoción. Necesita un examen médico completo.

Tarrant debía acompañarme al aeropuerto por si se presentaba algún problema de identificación. Los hombres de la RAF conocían a Tarrant.

—No te acabes el *whisky* —me dijo Frank colgando el teléfono con una mano mientras usaba la otra para quitarme el vaso—. Puede que sea eso lo que te ha causado la náusea.

—No creo.

En aquel momento la perspectiva de que me llevasen por arte de magia en el avión nocturno, de poder escapar de cualquier pregunta que Werner pudiera hacerme y de alejarme de Frank y de aquel frío que congelaba los huesos en aquella ciudad inhóspita, me pareció una proposición atractiva.

—Te vas directamente al Clínico de Londres o donde sea. El chófer tendrá toda la documentación necesaria. Enviaré un mensaje a la Central de Londres y les diré la hora de tu llegada y que estás herido.

—Gracias, Frank. —Eché la cabeza hacia atrás y cerré los ojos—. Al parecer, VERDI cree que el director general se opone al plan de Dicky.

—¿Cómo ha llegado a enterarse de eso? —me preguntó Frank mientras se afanaba con el otro puño.

No parecía alarmado más de la cuenta por aquella filtración, ni siquiera daba la impresión de estar preocupado.

—Pensé que quizá lo supieras tú.

—Werner Volkmann y VERDI han tenido algunos encuentros —me explicó Frank—. El nuevo trabajo de Werner está en peligro. Se ve que le interesa aprovechar todas las oportunidades que pueda para obtener la aprobación.

—Dicky sacará adelante el plan —le aseguré sólo para ver la reacción de Frank.

—Es la oportunidad de Dicky de conservar el puesto en Operaciones de manera permanente. Eso para él sería subir un importantísimo escalón.

—¿Y la siguiente parada será como adjunto?

—No nos precipitemos el techo —me advirtió Frank—. Mira, ¿podrías ayudarme con este poquito que me queda?

Frank había pasado el segundo gemelo por un lado del puño, pero el otro lado estaba completamente sellado y se resistía a todos sus esfuerzos.

—Estupendo —dijo Frank cuando hube completado el trabajo. Se tiró de los puños al tiempo que se admiraba en el espejo—. A ti no te haría daño que Dicky se convirtiera en director general adjunto. Para entonces Fiona estaría preparada para encargarse de Operaciones, de manera que habría una oportunidad de que tú te ocupases de los destinos en Alemania.

—Prácticamente he renunciado a esa clase de ambiciones —le indiqué.

Hubo un tiempo en que Dicky y yo íbamos brazo con brazo con tal de conseguir cualquier ascenso que se presentase. Ahora se hablaba de mí como su posible subordinado. E incluso eso era improbable, a decir verdad.

Entonces Frank se volvió hacia mí y me dio una palmada en el brazo, una especie de gesto de consuelo que no sirvió para animarme. Yo tenía la esperanza de que me dijera unas cuantas mentiras para darme ánimo. Cogí la chaqueta de la percha y le ayudé a ponérsela.

—Siento haber irrumpido en tu casa de este modo —me disculpé.

Sacó un reloj de oro del chaleco para ver la hora. Frank era lo bastante anticuado como para creer que sólo los camareros llevan reloj de pulsera con el traje de etiqueta.

—Harán que el avión te espere; es un asiento de prioridad. Pero es mejor que te vayas.

Se estaba prendiendo en la chaqueta sus medallas en miniatura. Era una exhibición de condecoraciones más bien exigua. El servicio de inteligencia se muestra parco al respecto. Fue en aquel momento cuando comprendí por qué Frank codiciaba tanto un título nobiliario. Quería ir de copas con sus amigos militares y llevar sobre el pecho una chuchería comparable a la quincalla que ellos habían acumulado en toda una vida de soldados.

—Gracias —le dije.

—Me alegro de que hayas venido a verme, Bernard —me indicó Frank mientras se abrochaba el chaleco y se tiraba de él hacia abajo—. Pero nunca me has preguntado qué opino de la operación VERDI... de la red de Werner y todo eso...

—¿Y qué opinas, Frank?

—Haré cuanto pueda por joderla.

—¿Por qué?

—Digamos que no estoy dispuesto a que se organice ninguna red secreta en mi jurisdicción, a menos que sea yo quien la organice.

Lo miré. Sabía que aquél no era el verdadero motivo. Por lo menos no era el único motivo. Frank no era de los hombres que ponen mucha resistencia a que otros hagan trabajos cuyo mérito, con toda seguridad, se les atribuirá a ellos en gran medida.

—No —dije.

—He enviado una protesta formal al director general.

—¿Le complació oír que no era su voz la única que se alzaba en son de protesta?

—Sí. Todo ayuda —dijo Frank—. El hecho es que soy de la opinión de que éste no es momento para montar una operación importante que está condenada a tener una vida limitada. Soy demasiado viejo para vivir otra de esas confrontaciones de sangre y trueno, con tanques y ametralladoras apuntando hacia arriba a través del puesto de control Charlie. ¿Y dónde voy a encontrar los agentes que se encarguen de ello? ¿Te acuerdas de cuánta gente buena perdimos la última vez?

Sí, aquello parecía más el motivo auténtico. Frank se había apoltronado en una rutina de «vive y deja vivir» que le sentaba bien a su estilo de vida.

Atacar a los soviéticos de cualquier manera práctica llevaría consigo el riesgo de echar a perder las veladas de Frank, su vida social se vería afectada.

—Sí, sí me acuerdo, Frank —le indiqué—. Pero creía que para eso nos pagaban.

—Eso es porque tú fuiste un niño de la guerra —me explicó Frank—. Pero algunos de nosotros recordamos la vida tal como era, sin guerras frías, guerras calientes ni ninguna clase de guerra. Incluso albergamos la esperanza de que aquellos tiempos puedan volver.

Supongo que a nadie le gusta estar en un hospital. Pero dos días de reconocimientos me dieron la oportunidad de poner en orden mis pensamientos. No pudieron conseguirme una cama en el Clínico de Londres, así que acabé en un pequeño hospital privado en el lado malo de Marylebone Road. Era una habitación pequeña y fea, recién reformada y que olía a pintura. En un rincón habían puesto un lavabo pequeño, y por encima del mismo había un espejo y un estante de vidrio con un vaso para el cepillo de dientes y un peine. En una de las paredes se veía un artilugio para examinar radiografías, y por encima había un televisor sobre un brazo extensible giratorio. Una gran ventana proporcionaba una vista de los torcidos tejados del oeste de Londres y llegaba hasta la autopista elevada.

La cama metálica de hospital estaba equipada con una radio personal y enchufes para el equipo de monitorización de cuidados intensivos que aún no estaba instalado. En la pared, al lado de la cama, había un teléfono, y colgado de un gancho al lado del teléfono estaba el mando a distancia del televisor. Lo único que yo tenía que hacer era estar allí sentado y mirar la televisión, o abrirme camino por una docena de libros en rústica que se encontraban dentro de la mesilla de noche, detrás de las cuñas, y esperar pacientemente a que me llevaran las comidas. No estaba del todo mal, a decir verdad.

Recibí muchas visitas. Nadie me preguntó qué me pasaba concretamente, pero deduje que habría corrido el rumor de que yo había resultado herido durante una osada incursión al otro lado del Muro. Procuré alentar el malentendido dando únicamente respuestas vagas a aquellos que venían a expresar sus buenos deseos y haciendo alusiones solapadas a la Ley de Secretos Oficiales cuando, sintiéndolo mucho, me negaba a responder a preguntas directas.

Dicky envió a su ayudante —que de hecho se presentó a sí misma como «Jenni, con i latina»— a que me visitara y me llevara una enorme caja de piña escarchada. Como no había ningún motivo para que Dicky pensase que a mí

me gustaba hasta ese punto la fruta escarchada, sospeché que se trataba de un regalo que le había sobrado de las Navidades últimas, especialmente porque la pegajosa etiqueta, de la que habían arrancado el precio, tenía un petirrojo. Engullí una buena parte de aquello y el resto lo compartí con las enfermeras; la opinión general fue que estaba delicioso. La fruta me resultaba particularmente sabrosa cuando la mojaba en el *brandy* que había comprado en el aeropuerto.

No creo que Jenni, con i latina, hubiera estado antes en un hospital. Miraba a su alrededor con los ojos muy abiertos, llena de interés, y me preguntó si quería que me leyera un poco. Me manifesté en contra. Llegaron flores de Werner, dos docenas de tulipanes, y Frank Harrington me mandó por teléfono sus buenos deseos. Recibí tarjetas en las que se me deseaba la pronta recuperación, entre las que se contaba una, que representaba el dibujo indecente de un médico entrado en años metido en la cama con una enfermera joven, que me llevó un mensajero motorista. Resultó ser de Mabel, una chica de la oficina que prefería mecanografiarme las cosas antes de dejarme usar a mis anchas su procesador de textos.

No recibí ningún deseo, ni bueno ni de ningún otro tipo, de Silas Gaunt, ni del adjunto del director general, ni de sir Henry Clevemore. Supongo que aquello era señal de que a los tres se les había informado de que mi excursión al Este había sido algo decididamente no autorizado, de que yo no había puesto en antecedentes a Frank Harrington antes de ir, y de que había hecho quedar mal al Departamento al dejar que un viejo campesino ruso me golpease en la cabeza con un crucifijo.

Un joven médico chino de Hong Kong parecía estar al frente de mí «chequeo completo». Se encargó del escáner de la cabeza y del examen oftalmológico, y venía verme con frecuencia para hablar del precio de los coches de segunda mano y para comer piña escarchada. No era nada distante. Decía que los golpes en la cabeza había que examinarlos con mucho cuidado, y me dio unas tabletas amarillas que, según él, quizá me despejasen la congestión del resfriado que creo debí de coger en Berlín. Me dijo que también despejaban la congestión nasal, porque lo decían en los anuncios de la televisión. Pero supongo que le pagaban para que fuera amable.

Fiona se presentó en el hospital la noche que ingresé. Estaba esperándome en la recepción cuando llegué. Frank la había telefoneado directamente desde Berlín y le había dicho que se asegurase de que yo siguiera sus órdenes, de que me hiciera un chequeo completo y de que no cogiera el alta por mi cuenta a la mañana siguiente. Llegó con aspecto tranquilo y muy guapa. Tan práctica

como siempre, llevó consigo un maletín para pasar la noche, que contenía mi pijama y las cosas de afeitarse.

Fiona volvió a la mañana siguiente. Llevaba un fajo de trabajo que Dicky quería que yo leyera y le explicase.

—Los niños te mandan besos. Les he dicho que iba a verte, pero no les he informado de que estabas en el hospital.

—He estado pensando. Creo que tendría que tomarme un día libre después de esto. ¿Les gustaría ir al teatro, a una matinal? A ver un musical. Podríamos comer algo y después ir a llevarlos, no demasiado tarde.

—Tendremos que coger a alguien que nos ayude cuando los niños vengan a vivir con nosotros —me informó Fiona poniéndose a la defensiva—. Esta tarde voy a ver a algunas personas que me envía la agencia.

—¿Una niñera?

—Son demasiado mayores para tener niñera. Pero tendrá que haber alguien que les prepare un desayuno caliente y los lleve al colegio por la mañana. Alguien tendrá que estar allí cuando vuelvan por la tarde, alguien que les lave la ropa y se encargue de que hagan los deberes.

—¿Casi como una madre, quieres decir?

Durante unos instantes me dio la impresión de que Fiona iba a reaccionar con enojo, pero sonrió y dijo:

—Como tu madre y como la mía. Pero hoy día las cosas han cambiado, cariño. A ti no te gustaría que yo estuviera en casa todo el día, ¿verdad?

—No —reconocí.

No hacía falta que me recordase que su nuevo trabajo como ayudante del jefe de Asuntos Europeos le iba a proporcionar un sueldo bastante más elevado que el mío, y le garantizaría un puesto permanente y una buena pensión.

—Sugiereles la visita al teatro cuando vengán a pasar con nosotros el fin de semana. Seguro que les encantará.

—Diles que estoy aquí porque me están arreglando un diente.

—Sí, así lo haré. —Me dedicó una sonrisa—. Cuando nació Billy tuve miedo de que quisieras ser un padre duro. No te lo habría reprochado. Estabas en tu derecho de ganarte el respeto de tus hijos. Pero nunca te has retratado como un tipo duro con ellos, Bernard. Nunca les has contado historias sobre el trabajo que haces. No saben nada de los peligros que has afrontado ni de las veces que has resultado herido.

—Considerar al padre como un ídolo es una tiranía de la que pocos hombres salen intactos. El Departamento está lleno de ejemplos de esa clase.

—Pero no muchos padres se resisten a representar el papel que sus hijos crean para ellos, Bernard.

Me miró y me pareció que estaba a punto de echarse a llorar. Me pregunté qué sería lo que Fiona veía escrito en mi rostro.

—Y los tipos duros consiguen unos planes de jubilación que son una birria —puntalicé.

Fiona sacó el pañuelo y se sonó.

—Dicky quiere invitarnos a cenar el sábado por la noche —me informó—. ¿Te parece bien?

—Supongo que sí.

—Y veremos a los niños el domingo.

—¿Qué se propone Dicky? Sólo invita a la gente a cenar cuando quiere algo.

—Está muy preocupado por el golpe que tienes en la cabeza.

—Me ha enviado a Jenni, con i latina, con una caja de piña escarchada.

—¿Ah, sí? ¿Dónde está? A mí me encanta.

—Ese médico chino se la ha comido casi toda. Y supongo que la limpiadora portuguesa ha debido de terminarse la poca que quedaba y se ha llevado la caja. Estaba muy encaprichada con la caja. En la tapa había tres hombres de aspecto pickwickiano que cantaban a la puerta de una taberna. Según me dijo, pensaba enmarcarla.

—Ojalá dejaras de decir bobadas —me dijo Fiona—. Dicky está intentando conseguirte un despacho mejor.

—Me contento con quedarme donde estoy.

—No puedes. Van a usar la habitación para almacenar papel. Ahora hay tanto papel para las impresoras, las copadoras y todo eso, que necesitan más espacio.

—A Frank no le gusta la operación VERDI.

—Ya lo sé. Ha presentado una protesta oficial.

—Eso me dijo. ¿Por qué?

—El adjunto va a dimitir.

Me miró esperando si yo establecía la conexión.

A pesar de que me dolía la cabeza, lo adiviné:

—¿Y Frank espera que la falta de entusiasmo por VERDI podría hacer que lo trasladasen de Berlín a Londres?

—Quizá. Y que el único lugar donde pueden ponerlo es en el cargo de adjunto.

—No. No creo que se trate de eso —le indiqué—. Frank no es tan rebuscado, ¿no te parece? Él iría directamente a sir Henry y le pediría el puesto de adjunto.

—Frank es demasiado viejo —observó Fiona.

—Sí. Pero ¿no te das cuenta? Si hiciera eso se jubilaría de adjunto. Se muere por tener un título. Ha perdido la ocasión una y otra vez. Esto podría proporcionarle todo lo que quiere: un título y una pensión mejor. Y Dicky podría poner en Berlín a alguien que apoyase la operación VERDI.

—¿Y tener en Londres un adjunto contrario a ella? ¿En qué favorecería eso a Dicky?

—Tienes razón —concedí.

Fiona debía de haber estado hablándolo con Dicky; ella no solía estar tan al día en la política de la oficina.

—A Frank no le quedará más remedio que cooperar —dijo Fiona—. Han archivado la protesta. Tendrá que continuar con ello tal como se ha planeado.

Aquella era la voz de la Central de Londres en su punto más inflexible.

—Sí —convine.

Me pregunté si Fiona sabría que Timmermann estaba muerto. Debía de haber estado esperando que él la informase. Decidí que era más oportuno esperar a que ella sacase el tema.

—¿Por qué fuiste a hablar con VERDI? No es propio de ti mostrarte tan temerario.

—Es agradable que lo digas.

—¿Por qué?

—Quería ver si seguía siendo el mismo hombre de mano dura que conocí hace veinte años.

—¿Y sigue siéndolo? —quiso saber Fiona.

—Sí. Sólo que ahora tiene camisas y trajes mejores. A los hombres de mano dura como VERDI les resulta difícil adaptarse a una vida de sigilo. Si la operación fracasa, seguramente se deberá a que VERDI es un bocazas.

—¿Eso es lo que piensas? ¿Que no se puede confiar en él?

—Sólo espero no estar cerca de él cuando estalle —le aseguré.

—Pero ¿va a acudir a nosotros? ¿De verdad?

—Yo pienso que lleva en nómina muchos años.

—¿Cómo es posible? ¿Cómo va a estar en nuestra nómina sin que lo sepamos?

—A su padre, desde luego, sí lo tuvimos en nómina. Tengo el convencimiento de que el dinero se le enviaba a una cuenta bancaria de

Zúrich. A nombre de madame Xavier. Es posible que se siga pagando a madame Xavier, pero en lugar de pagar al viejo, ahora se paga a VERDI.

—¿Eso te ha dicho él?

—No, él no. VERDI se limita a chillarme y a exigirme que le diga al director general que no es más que un castor avaricioso. Está lleno de mierda.

—¿En nuestra nómina?

—Me encantaría meterme en esa cuenta bancaria y ver si se siguen abonando en ella los pagos a nombre de madame Xavier —le indiqué—. Aunque puede que no esté metido concretamente en nuestra nómina. Algunos de nuestros agentes en Berlín fueron entregados a los americanos, otros a Bonn.

—Me parece que no te comprendo.

—Sospecho que está en la nómina de otros: de los americanos, de los franceses o de Bonn. Ha visto la manera de venderse dos veces. Le ha puesto a Dicky delante de los ojos la trama de los ordenadores, y Dicky ha mordido el anzuelo.

—¿Crees que deberíamos romper el contacto con él?

—Si pudiéramos encontrar pruebas de que VERDI lleva años en la nómina de alguna potencia occidental, podríamos hacerle bailar al son que nosotros quisiéramos.

—¿Quieres decir chantajearle?

—Eso es. Podríamos tenerlo en la palma de la mano. Ojalá yo supiera de cuántas cosas está al corriente su padre; es obvio que no conoce toda la historia.

—¿Por eso fuiste allí?

—Fui a mostrarle al viejo que tenemos pruebas suficientes como para acarrearle una sentencia de muerte. Tenía la esperanza de que VERDI captase el mensaje de que él también podría pillarse los dedos.

—¿Y dio resultado?

—No de la manera en que lo había planeado. Pero sí, VERDI lo captó perfectamente. Está acostumbrado a las insinuaciones y a las medias verdades.

—Bueno, empecemos por el principio —me pidió Fiona—. Supongamos que alguien en alguna parte le sigue pagando. Deberíamos poder seguir el rastro de los pagos o de las transferencias. Si dejamos que un agente se vaya a otra parte, en algún lugar debe de quedar constancia de ello.

—Y aunque Dicky se oponga a que se lleve a cabo una investigación, tú puedes averiguarlo —le insinué.

—No estoy segura —se apresuró a decir Fiona.

—Tú eres la ayudante de Dicky, su asistente y su mano derecha, ¿no es eso?

—¿Por qué iba a oponerse Dicky a una investigación?

—Todo se hace como quiere Dicky. Si descubrimos que VERDI trabaja como agente de otros, de los americanos por ejemplo, ellos querrán sacar tajada. O incluso reclamarán como propio a Verdi y querrán que nosotros nos retiremos.

—Dicky tiene muchas cartas escondidas. Pero si tienes algo concreto que yo pueda tomar como punto de partida, intentaré sacarlo a la luz sin hablar de ello con Dicky. En algún lugar de la tesorería debe de haber constancia.

—Allí, en la tesorería, no; manejan millones. Y esto no es más que una cuenta secreta. Estará bien escondida, Fi. No es una tarea fácil.

—Pero ¿no tienes ninguna prueba a partir de la cual pueda ponerme a trabajar?

—Sólo pruebas circunstanciales.

—Lo que quieres decir es que todo esto no es más que una corazonada tuya.

—Sólo es una corazonada —confesé.

—Pues tienes demasiadas corazonadas —me sugirió Fiona. Miró el reloj. Comenzó a ponerse el abrigo y añadió—: Creo que ahora te van a hacer una radiografía.

—Estoy perfectamente —le dije.

Se inclinó sobre la cama y me dio un beso.

—Claro que sí, estás maravilloso. Hasta mañana.

—Me iré a casa esta noche —le dije.

—Vamos, sé bueno —me pidió Fiona—. Mañana tienes que hacerte los análisis de sangre. Pero habrás terminado a primera hora de la tarde. —Estaba revolviendo en el armario, entre mi ropa—. Me llevo el traje para mandarlo a la tintorería. Te traeré una chaqueta y unos pantalones cuando venga a buscarte.

Yo sabía que mi relación con Gloria Kent había acabado para siempre. Y creo que Gloria también lo sabía. Y me había prometido a mí mismo que no volvería a empezar. Ni ahora ni nunca. La nuestra nunca había sido una relación sensata; Gloria era lo bastante joven como para ser mi hija. Yo estaba felizmente casado con una esposa maravillosa y triunfadora.

Así que lo sensato era suponer que no recibiría ni una palabra ni una flor de parte de Gloria. Y no me sentí decepcionado por ello. Gloria era una chica sensata y yo confiaba en que aceptase la situación como un asunto perteneciente al pasado, que evidentemente es lo que era.

Acababa de regresar de hacerme las radiografías y me encontraba dormitando sobre una taza de té cuando oí que se abría la puerta.

—¡Hola, cabeza de hierro!

—¡Gloria!

Entró contoneándose en la habitación con una botella de vino y una caja de cartón caliente que olía a queso tostado. Puso la caja en la mesa, junto a mi cama, y la abrió para dejar a la vista dos pedazos de pizza caliente.

—Pensé que quizá no te dieran bien de comer aquí —me explicó al tiempo que sacaba del bolso un sacacorchos y lo lanzaba hacia mí.

—Tienes razón —reconocí al acordarme de la triste ensalada de pollo que me habían servido a la hora de la comida.

—Pues entonces abre el vino. —Arrojó el abrigo de ante sobre el sillón. Gloria llevaba debajo un jersey *beige* de cuello vuelto, una falda a juego y botas de montar de cuero pulido. Cogió uno de los pedazos de pizza con su envoltorio de papel y empezó a comer. Con los codos hacia afuera, se inclinaba hacia adelante dificultosamente y sujetaba la pizza con una mano mientras con la otra se protegía el suéter. Entre un bocado y otro dijo—: Las hacen dos hermanos españoles en la calle Marylebone High. Son las mejores pizzas de Londres.

—Está muy buena —le dije.

Cogió los dos vasos que estaban junto a la botella de agua Perrier que me habían asignado y los colocó ante mí mientras yo descorchaba el vino.

—Date prisa —me pidió con impaciencia—. Tengo un taxi esperando abajo.

—¿Por qué no lo has despedido?

Serví vino para los dos.

—Tengo cosas que hacer. ¡Trabajo! —exclamó con desprecio—. No voy a ingresar en la clínica prenatal. —Agarró el vaso y bebió un trago de vino entre dos mordiscos de pizza—. Es de salchicha caliente con queso extra.

—No está muy caliente la salchicha —observé.

—No está muy caliente —convino Gloria.

La estuve observando mientras ella cruzaba la habitación a paso largo, repasaba las tarjetas que me deseaban una pronta mejoría y olía los tulipanes, todo ello sin dejar de comer. Gloria era alta, de piernas largas y esbeltas y

brazos delgados, y exhibía el vacilante porte desgarrado de un antílope joven. Pero no era torpe. En realidad nunca se había derramado tomate en el suéter, ni se caía de bruceas cuando corría detrás de un autobús de aquel modo desgarrado, ni conducía de un modo que fuera demasiado peligroso... sólo parecía que iba a hacerlo. ¿O acaso mi preocupación por ella era paternal y protectora, de un modo que no era propio de un amante?

—Enséñame tus heridas de guerra, boxeador —me pidió. Con la mano libre me agarró por el pelo y me echó la cabeza hacia adelante para ver el lugar que me habían afeitado. Pude oler el jabón con el que se había lavado las manos y su contacto me hizo estremecer. Si ella notó el efecto que aquel contacto físico ejerció en mí, no dio muestra de ello—: Es poca cosa. ¿Cómo ocurrió?

Me soltó el pelo, mordió la pizza y lamió un chorro de salsa que estaba a punto de caer.

—¿Qué has oído decir? —le pregunté con la secreta esperanza de que se tratase de alguna impresionante hazaña.

—¿No dicen que te echaste de cabeza a una piscina seca? —me dijo—. Apuesto a que rompiste algunas baldosas.

—¿Qué ha sido de aquella ternura y amorosa preocupación que siempre otorgabas a los débiles y cansados?

—Desechada.

—Ay. —Vaya, vaya. Cogí el vaso de espeso vino tinto para ver cómo la luz que entraba por la ventana se transparentaba a través. Gigondas, un succulento y denso vino del Ródano—. Es un vino estupendo, Gloria. Debe de haberte costado una fortuna.

—Es de la bodega de mi padre. Me dijo que cogiera lo que quisiera.

—Hum... ¿Está bien tu padre?

Dudaba que el padre de Gloria hubiese aprobado que ella y yo engulléramos su esmeradamente almacenado vino viejo con una pizza industrial.

—Aún no hemos tenido noticias de él. Seguro que tardará unos días en instalarse. No quiero ponerme nerviosa, y mi madre tampoco, pero ella sale corriendo cada vez que suena el teléfono. Te lo puedes imaginar.

—Espero que todo le salga bien.

Terminó lo que le quedaba de pizza y tiró la servilleta de papel a la papelera. Luego se chupó los dedos.

—Escucha, Bernard. Fue una tontería lo que te dije la otra noche. —La miré sin decir nada—. Estaba borracha.

—No estabas borracha, Gloria. Nunca te he visto borracha.

Nunca había mostrado mucha inclinación por el alcohol. El vaso de vino seguía casi lleno.

—Sé aguantar cuando bebo —me aseguró con seriedad; pero, incapaz de mantener la cara seria, estalló en carcajadas—. Estaba preocupada porque mi padre se iba. Me comporté como una tonta.

—Sí, desde luego.

—¿Te he dicho que conservo bastante ropa tuya? Te la iba a llevar a la oficina, pero no sabía a quién dejársela. La gente cotillea. Y ya sabes cómo se ponen los de seguridad con las bolsas y las cajas abandonadas. Las fuerzan para abrirlas si creen que puede haber alguna bomba dentro.

—Mandaré a alguien a tu casa a recogerla.

—Hay docenas de camisas. Y aquella preciosa cazadora vieja de ante. Te sienta de maravilla, Bernard. Me encantabas con ella puesta, siempre estabas tan...

—¿Joven?

—No empieces otra vez.

—No debemos empezar nada otra vez —le indiqué. Y quizá lo dijera con excesiva prisa.

—No. Ya sé que no debemos hacerlo. Trato de evitar crearte dificultades, Bernard, de verdad. En realidad el verdadero motivo por el que he venido ha sido para preguntarte si te parece bien lo de la cena.

—¿La cena?

—Sí, me imaginé que no lo sabrías. Los Cruyer me han invitado a cenar el sábado. Sé que tú vas a estar allí con Fiona. ¿Crees que ella se va a sentir molesta? De que yo esté allí, quiero decir.

—No lo sé. No creo —le dije.

Aunque estaba completamente seguro de que la presencia de Gloria fastidiaría muchísimo a Fiona. Me sorprendía que Dicky no lo supiera también. ¿O era ésa la manera de Dicky de meterme en problemas?

—Daphne me ha llamado esta mañana. Tienen un hombre de más en la cena, y quieren cuadrar los números. Fue idea de Daphne.

—¿Y no le importará a tu novio? —le pregunté agarrándome a un clavo ardiendo con la esperanza de que Gloria, de pronto, decidiera no ir.

—¿Novio? No tengo novio fijo.

—¿Ha acabado tan pronto?

—¿El qué?

—Lo de tu piloto. Tu compañero de rallies.

—¡Cerdo! Somos un equipo de mujeres.
—¿Tu conductor es una chica?
—No, es una mujer de cuarenta años. ¿Crees que me hace falta un hombre para conducir en un rally?
—No, claro que no.
—Estabas celoso —me indicó esbozando una lenta sonrisa.
—No seas ridícula.
Inmediatamente se enfadó.
—¿Ridícula?
—Ya sabes lo que quiero decir. Ahora todo es diferente.
—Ya lo sé. Mira, te voy a dejar la tarjeta de la pizzería encima de la mesilla de noche. Te traerán todas las que quieras si las pides por teléfono.
—Gracias, Gloria. Eres muy considerada.
—¿Bernard?
Se detuvo y me dirigió una fugaz sonrisa.
—¿Qué?
—No es cierto... eso de que la CIA se vaya a hacer cargo de nosotros, ¿verdad?
Me eché a reír.
—¿Quién te ha dicho eso?
—¿Ni que vayamos a fundirnos con la CIA?
—Puedes estar tranquila a ese respecto, Gloria —le indiqué—. ¿Con quién demonios has estado hablando?
—Una chica tontita que está en el Registro me lo dijo hace meses. No me lo creí, por supuesto. Pero luego, cuando me enteré de que el señor Rensselaer iba a volver a Londres, pensé que quizá hubiera algo de cierto.
—¿Bret Rensselaer en Londres?
—Sí. Vuelve para trabajar en la oficina. ¿No lo sabías?
—¿Estás segura? ¿Quién te lo ha dicho?
—Precisamente él es el hombre de más en la cena de los Cruyer del sábado. Tengo que estar con él.
—Sí, pero no se va a quedar a vivir en Londres —le dije con poca convicción—. Supongo que sólo está de visita. O que ha venido a alguna reunión.
—No, vuelve para trabajar con Dicky. Ya tiene casa para vivir y le han asignado una secretaria. El problema es el despacho. No hay nada para él en el piso de arriba, a menos que echen a tu mujer y le devuelvan a él su antiguo despacho. Dicky Cruyer nunca se avendría a hacer eso.

—¿Cómo sabes tú todo esto?

—Las chicas hablan mucho —me informó Gloria—. Date una vuelta por el lavabo de señoras y podrás averiguar cualquier cosa que quieras saber.

—Probaré a hacerlo —le dije.

—Entonces, ¿no te importa que vaya a la cena del sábado?

—Estoy seguro de que Fiona lo comprenderá.

Las sienes volvían a latirme.

—Daphne está muy nerviosa. Ya sabes cómo es. Está convencida de que Bret Rensselaer es vegetariano. Ha pensado en darle tomates rellenos de trigo bulgur de primer plato y queso de coliflor de segundo.

—No, a Bret no. A él no le gustaría eso.

Se inclinó sobre la cama para darme un beso de despedida, pero se detuvo justo antes de hacerlo. A unos centímetros por encima de mí, dijo:

—¿Puedo decirle eso a ella, decididamente?

—¿A Daphne? Desde luego.

—Porque si no a lo mejor vamos a estar comiendo panecillos de nueces y enormes montones de ese puñetero trigo bulgur y *tabbouleh* y toda esa basura que Daphne dice que es tan sana. —Me dio un beso en los labios y luego limpió los restos de carmín de mi cara con un pedazo de pañuelo de papel mojado con saliva—. No nos conviene que tu mujer haga preguntas embarazosas, ¿verdad?

—Fiona ya ha estado aquí. Antes que tú.

—Sí, lo sé. La he visto en la oficina con tu traje.

—Quería asegurarse de que no voy a escaparme de aquí.

—Es muy lista —sentenció Gloria con una admiración que era inconfundiblemente auténtica.

—Sí, es muy lista —convine.

A menudo pensaba que la vida de Daphne con Dicky debía de ser insoportable. No es que Dicky fuera estúpido o egoísta; o al menos no lo era más que muchas personas de su edad, su clase y su procedencia. Y estoy seguro de que hay muchos maridos que se han descarriado bastante más de lo que Dicky lo había hecho, y que lo hacen con más crueldad. Sencillamente, Dicky parecía incapaz de echar una cana al aire sin que Daphne lo averiguase todo al respecto. Debía de haber algo en el subconsciente de Dicky, cierta necesidad de llamar la atención, que daba lugar a los lapsus que lo traicionaban. Quizá lo hiciera deliberadamente, para causarle infelicidad a Daphne. Pero, fuera cual fuese el motivo, el carácter de Dicky Cruyer tenía algún defecto —¿o quizá alguna virtud?— que lo hacía por completo incapaz de mantener en secreto sus indiscreciones. Una y otra vez, una valiente pero llorosa Daphne llamaba por teléfono a la secretaria de Dicky preguntándole por las más recientes citas nocturnas de éste. Para mí, aquellos episodios no hacían más que arrojar aún más dudas sobre la ilimitada confianza que nuestros amos habían depositado en él como custodio de los secretos de la nación.

Con el paso de los años Daphne se había ido haciendo cada vez más ducha en reconocer el fogoso comportamiento que Dicky ponía de manifiesto cuando aquellas intrigas estaban en pleno apogeo. No era difícil. Yo mismo había aprendido a reconocer algunos de los síntomas. De modo que cuando aquel viernes por la mañana me encontré a Dicky cantando en el despacho, adiviné que su vida había tomado un giro nuevo y excitante. Me pregunté quién sería la afortunada muchacha y si sería una pista sobre su identidad el hecho de que Dicky estuviera haciendo una animada representación de *You Ain't Nothin But a Hound Dog* acompañado por un Elvis Presley atrapado en un pequeño casete que había encima de la mesa.

—Oh, Bernard —me saludó al verme; y apagó el aparato—. Entra. ¿Está mejor esa cabeza?

—Sí, gracias, Dicky —repuse.

—Siéntate, siéntate.

Apartó a un lado el casete y golpeó con un dedo el informe que yo había entregado en el que explicaba mi ida a Pankow para hablar con Fedosov. En el mismo me limitaba a decir que el viejo Fedosov había sido un contacto sólido que yo había estado utilizando durante muchos años, y que había ido a visitarlo como parte de mis habituales métodos para mantenerme en contacto con mis informadores. Habíamos tenido una discusión —decía en mi informe— en la cual yo había resultado levemente herido. A VERDI no lo mencionaba para nada. Dicky sabía que aquello no se parecía casi nada a la verdad, pero deseaba que aquel episodio se olvidase lo más rápidamente posible, así que no tenía en modo alguno intención de sentarme allí para interrogarme al respecto.

—No habrá ninguna repercusión por el hecho de que hayas ido por tu cuenta a ver al padre de Fedosov —me dijo.

—Oh, qué bien —respondí.

—A menos que suceda algún imprevisto.

—¿Qué clase de imprevisto?

—Bueno, ya sabes... A menos que se reciba una queja oficial.

—¿Una queja porque me han atacado y me han herido?

—Pues sí. A eso me refiero. No es muy probable, ¿verdad? —Apartó mi informe a un lado un par de centímetros y lo alineó con un reloj digital nuevo que mostraba la hora en todo el mundo. Dicky lo compró cuando «consiguió Europa»—. Me complace decir que hemos hecho cambiar de idea al director general y hemos conseguido atraerle a nuestro punto de vista sobre el asunto de VERDI.

—Eso está muy bien —le dije. Como no sabía exactamente cuál era nuestro punto de vista, añadí ladinamente—: ¿Y qué ha dicho?

—Está muy contento de dejarlo todo en mis manos.

—Eso es realmente un cambio de opinión —opiné—. Por lo que me habían dicho, se mantenía en sus trece contra viento y marea.

—No, no, en absoluto —dijo Dicky. Y luego, decidiendo que aquella negativa le privaría de un mérito que era suyo por derecho, añadió—: Al principio, sí. Sí, así era. Se opuso con todas sus fuerzas. Pero si hay algo de lo que me enorgullezco es de ser capaz de elaborar material técnico complicado de manera que lo entienda cualquier profano.

—Sí, tienes una mente mecánica, Dicky —le sugerí.

—Sí, ¿y por qué no le das cuerda esta semana? Sí, ya he oído ese chiste, Bernard. Ya va siendo hora de que aprendas algún otro nuevo.

Travieso Bernard; hoy te quedarás sin café.

—¿Y el director general ha autorizado también que se utilice a Werner Volkmann? —apunté.

—Le expliqué que teníamos que utilizar a personas que conocieran Berlín de un modo especial. Le hablé de ti, de Volkmann y de algunos otros, y le di una lista de gente en un memorándum oficial para que después no pudiera decir que no estaba enterado de ello. Volkmann vendrá la semana próxima para recibir instrucciones. Sí, vamos avanzando.

Dicky cogió una hojita de papel de notas. En la parte superior, con decorativa letra Saxon, se veían impresas las palabras «Del escritorio de Richard Cruyer». Desde donde yo estaba sentado podía ver, del revés, una lista de nombres mecanografiados y algunas marcas a lápiz en el margen. Puso el papel junto al codo, de manera que pudiera consultarlo.

—¿Es por eso por lo que querías verme? —le pregunté.

Había enviado a Jenni, con i latina, a buscarme para que acudiera a su despacho urgentemente.

—Ah, sí. No, era en relación con algunos cambios en el personal. Me pareció que debía informarte en seguida de que volvemos a traer a Bret Rensselaer a la oficina.

—No me digas —comenté educadamente inyectando en mi reacción un poco de sorpresa, gratitud y activo interés.

—Sí. A decir verdad, no estoy seguro de qué es lo que vamos a hacer con él. Tú lo has visto hace poco, Bernard. Entre nosotros, ¿cómo es?

—Ya sabes cómo es, Dicky. Antes trabajaba aquí, en el último piso.

—No seas estúpido, Bernard. Me refiero a que me digas hasta qué punto está en forma ahora. ¿Cómo anda de salud?

—Se encuentra perfectamente en forma, por lo que yo vi. Hace treinta kilómetros en una bicicleta de esas de hacer ejercicio antes de desayunar todas las mañanas —le dije improvisando sobre la marcha una historia en la que quizá me estuviera pasando un poco.

—Bueno, sé que eso no es cierto —dijo Dicky sofocando una risita entre dientes que ponía de manifiesto su exasperación—. Ha estado muy enfermo.

—Le dispararon —afirmé—. Sí, yo estaba presente. Pero las heridas se curan, Dicky. Ahora está en muy buena forma.

Por la alicaída expresión del rostro de Dicky comprendí que el papel que a mí me tocaba en aquella conversación era proporcionarle referencias que él pudiera llevar a otra parte para demostrar que Bret era una persona

completamente inadecuada para trabajar en cualquier puesto de la organización.

—¿En plena forma? ¿Ésa es tu opinión? ¿De verdad?

—Sí.

—Pero no eres experto en cuestiones médicas, Bernard. Y yo me inclino a creer que un hombre a quien llevaron a uno de los mejores hospitales de Berlín y al que dieron por muerto, y de eso no hace mucho tiempo, difícilmente puede ser adecuado para soportar el estrés y las tensiones del trabajo diario.

—Oh, no sé, Dicky.

Mi impresión no expresada con palabras era que había bastantes hombres de categoría superior trabajando en el piso de arriba a los que yo hacía mucho tiempo que había dado por muertos.

Dicky se mordió el labio y, sobriamente, recordó:

—El hermano de Bret, Sheldon, irrumpió en la clínica Steglitz de Berlín y se lo llevó a Washington en un avión especial que acompaña al presidente americano en sus viajes y se mantiene a su disposición por si de repente necesita un tratamiento médico urgente que requiera desplazarse grandes trayectos por avión. Ésa es la clase de influencia que tiene la familia de Bret en Washington.

—Yo estuve presente —le recordé por si acaso a Dicky le daba por contarme toda la larga saga desde su muy personal punto de vista—. Estuve en el tiroteo; y estaba en la clínica Steglitz cuando se lo llevaron.

—Pero esa clase de influencia no pincha ni corta en este Departamento, ahora que Europa está a mi cargo —añadió Dicky con una confianza en sí mismo digna de Napoleón.

—¿Cuál va ser el arreglo?

—¿Con Bret? Probablemente averiguaremos qué es lo que tiene que ofrecer el sábado durante la cena. Viene a cenar. ¿No te lo había dicho? —Hice un gesto afirmativo con la cabeza—. Pero yo no puedo obrar con favoritismos, Bernard. Bret sabe muy bien que no puede confiar en que yo eche a Fiona tan poco tiempo después de haberla nombrado para el cargo.

—Y antes de que tu nombramiento se confirme —puntalicé.

—¿Qué? —Se permitió esbozar una sonrisa taimada, como si le sorprendiera que yo pudiera tener una mente tan retorcida como la suya—. Sí, y antes de que a mí se me confirme. Eso es. —Se puso en pie y adoptó una pose con las manos en las caderas—. Todo esto ha ocurrido antes, ¿verdad?

—¿Qué ha ocurrido antes?

—Es *déjà vu* —comentó—, visto antes.

—Sí, sé un poco de francés —le indiqué—. Pero creía que significaba algo que uno sólo imaginó la primera vez.

—Bret Rensselaer de caza por el Departamento para encontrar un lugar donde construirse un bonito imperio.

—Algún trabajo debe de habésete ocurrido para él.

—No es sensato —sentenció Dicky—. Enviar aquí a un hombre importante como él cuando es obvio que no podemos utilizarlo para nada. Nadie me ha consultado. Nadie me he preguntado si quería a ese tipo aquí.

—No podían nombrarle controlador de destinos en Alemania sin tu aprobación, ¿no es cierto?

—Bret no sabría manejar a los alemanes —me aseguró Dicky. Y luego, con algo menos de seguridad, añadió—: ¿Habla un alemán lo bastante bueno?

—Lo bastante bueno —le aseguré.

Mejor que él, habría sido una valoración más precisa. El alemán que hablaba Dicky lo había reunido a base de retazos variados, y se limitaba a unos cuantos elementos básicos de gramática que había aprendido en el colegio. Bret, con esa forma de ir directos al asunto que es característica americana, hizo un curso intensivo en la Universidad de Londres. Lo hizo fuera de su jornada de trabajo en la oficina, algo que resultaría difícil de imaginar que el resto del personal de categoría superior fuese capaz de hacer. Pero a Bret le había proporcionado una base de conocimientos literarios, históricos y contemporáneos que a mí me habían sorprendido en más de una ocasión. Como diversión durante sus estudios, había traducido al inglés el libreto escrito por Schikaneder para *La flauta mágica* de Mozart. Todavía recuerdo algunas pequeñas joyas que dejó al descubierto.

—¿Te acuerdas de *La flauta mágica* que tradujo?

—No —dijo Dicky.

Se lo recordé.

*Die Worte sind von hohem Sinn!
Allein, wie willst du diese finden?
Dich leiter Lieb' und Tugend nicht,
Weil Tod und Rache dich entzünden.*

—Hablas demasiado de prisa —me advirtió Dicky—. A veces sueles hacer eso, Bernard. Debes aprender a vocalizar. Dímelo en inglés.

Esas palabras suenan hermosas y valientes, ya lo sé.

*Pero dime, ¿cómo esperas encontrarlos?
Porque ni el amor ni la verdad los encuentran
los hombres cegados por el odio y la venganza.*

—Bravo —aplaudió Dicky—. Te lo has aprendido de memoria, ¿eh? Ojalá yo tuviera tiempo para ir a la ópera. Es una de las cosas que echo de menos.

—¿No era ópera eso que estabas escuchando cuando he llegado? —le pregunté, porque hubiera podido serlo.

—Era Elvis Presley —me dijo Dicky, quizá alegrándose de confesarlo—. Pero tú siempre das en el clavo, Bernard, viejo. Tienes un modo muy astuto de elegir exactamente la parte crucial de cualquier cosa que salga a colación.

—¿De verdad, Dicky? —le pregunté sabiendo que antes o después me diría a qué se refería.

—¿Qué había en eso de *La flauta mágica* acerca de la verdad y el amor? Ésa es la clase de amplio paisaje cultural que a Bret le gusta ocupar. Es un filósofo, no un hombre de acción. Mientras Bret se dedica a hablar de la verdad y del amor, yo estoy aquí sentado tomando decisiones que acaban en sangre y mocos. ¿Ves a lo que me refiero, Bernard?

Se pasó los dedos hacia atrás por el pelo rebelde.

—Hasta cierto punto, Dicky.

—Siempre han designado a Bret para ocupar cargos donde se incubaban decisiones de política de altos vuelos. Sencillamente, no es apto para nuestro estilo de trabajo. No es un hombre de Operaciones.

—Supongo que tienes razón —acepté con mi habitual cobardía.

Dicky saltó rápidamente.

—En ese caso, espero que me apoyes.

—¿Para hacer qué?

—Debemos mantener a Bret fuera de los asuntos de Europa. ¿Por qué no puede ocuparse de Hong Kong? Ese puesto quedará vacante a finales de año.

Movió la hoja con la lista de nombres. Pude ver que había señales y cruces marcadas a lápiz al lado de algunos de ellos.

—No se puede poner a dirigir los asuntos de Hong Kong a alguien que no ha trabajado nunca allí —le dije—. Y no se puede esperar que Bret vaya allí en calidad de subalterno.

—Hum...

Dicky empezó a morderse la uña del dedo meñique. No hacía falta añadir que el mismo problema podía decirse de todos los destinos fuera de Europa.

—Bret no nació en Gran Bretaña —dijo Dicky.

Se lo había oído decir otras veces. Había una regla estricta por la cual sólo los individuos británicos nacidos en Gran Bretaña podían emplearse para que trabajasen en la oficina del SIS de Londres. Sólo se habían hecho dos excepciones a esa regla; una era Bret Rensselaer y la otra George Blake, el topo de la KGB que había acabado por ser descubierto y sentenciado a cuarenta y dos años de cárcel por espionaje.

—Bret fue herido en acción —le recordé—. Es un héroe célebre en la historia secreta del Departamento. No olvidemos eso, Dicky. Seguro que el Departamento se siente en deuda con él.

Dicky frunció el entrecejo y se mordió la uña con más ahínco. Habría hecho cualquier cosa porque algo parecido se dijera de él, pero Dicky sabía que salir al campo y entrar en acción era el modo más rápido y seguro de desaparecer para siempre de las listas de ascensos. Y si alguna vez se le olvidaba esa básica verdad de la vida de la Central de Londres, no tenía más que echar un vistazo a mi trayectoria para recordarlo.

Llamaron discretamente a la puerta y una de las señoritas de Dicky asomó la cabeza y levantó las cejas.

—Sí —le indicó Dicky—. Corre y tráelo aquí. —Hizo una marca en la lista de nombres. Cuando la puerta se hubo cerrado, Dicky añadió—: Bueno, nos veremos el sábado por la noche, Bernard.

Me levanté.

—Estoy deseando que llegue —le dije.

Ahora comprendía que los nombres que había en la hoja de papel eran empleados del Departamento. Uno a uno les iba poniendo una marca, una cruz o un interrogante. Evidentemente aquello formaba parte de una campaña organizada para desbaratar la amenaza de Rensselaer. A mí me había puesto un interrogante.

Bret fue la estrella del espectáculo, desde luego. Tenía instinto para el arte dramático y se había mantenido alejado de la oficina hasta el momento en que llegó a casa de Dicky para asistir a la cena. Había cierto aire demoníaco en su aspecto: el suave pelo blanco cepillado hasta dejarlo muy pegado al cuero cabelludo, un traje negro de estambre de corte elegante, una camisa blanca almidonada de etiqueta con una pulcra pajarita de seda salvaje de color natural. Seguía estando delgado, siempre había sido delgado. Era difícil imaginarse a Bret rollizo en ninguna etapa de su vida. El único cambio digno de mención era que las grandes gafas de policía de tráfico con montura metálica que antes necesitaba para leer las llevaba ahora todo el tiempo.

Bret recorría el salón de los Cruyer como si nunca hubiera estado allí; iba admirando en voz alta las posesiones del matrimonio del modo tan hábil que sólo los americanos son capaces de manifestar.

—¡Cómo me gusta ese cuadro! Adán y Eva, ¿no?

Certeramente la mirada de Bret se había posado en el objeto más apreciado de los Cruyer.

—Nosotros le tenemos adoración —le dijo Dicky—. Y lo conseguimos medio regalado. ¿Verdad, cariño?

Era una pintura *naive*: dos desnudos demacrados pintados por algún admirador miope de Jan van Eyck que evidentemente había descuidado las clases de dibujo al natural. Pero Daphne había asistido a una escuela de arte, y se había pasado el resto de su vida intentando demostrar que la formación que había recibido allí no había sido una pérdida de tiempo. Era ella quien había comprado el cuadro en Amsterdam, en un mercado de baratijas y cosas de segunda mano de Waterlooplein, cuando se perdió buscando la casa de Rembrandt, que estaba a la vuelta de la esquina. Daphne me caía bien. En uno de sus momentos de candor me había contado que en aquella ocasión había comprado tres faroles de barco falsos y muchas reproducciones de baldosas holandesas por las cuales le habían cobrado un precio excesivo. Supongo que por eso les va tan bien a los anticuarios; siempre nos vanagloriamos de las gangas y los timos los olvidamos convenientemente.

Bret se volvió hacia Gloria y le preguntó:

—¿No te gustaría tener en la pared de tu casa una pintura como ésta?

—Sí —repuso ella.

Gloria había estado arriba admirando la colección de muñecas de Daphne. Hubo una época en la que sólo eran media docena y cohabitaban cómodamente en la vitrina de la porcelana del salón. Luego, al aumentar en número, las habían colocado a lo largo de la escalera, y finalmente habían exigido una habitación para ellas solas. Había muñecas de porcelana y muñecas de celuloide, muñecas de madera y «muñecas de piano». Había muñecas vestidas con recargados vestidos de terciopelo, muñecas Barbie con minifalda y muñecas de festival con quimono. A Gloria le encantaban todas, se lo noté en la cara. Debió de leerme el pensamiento, porque me miró fugazmente y sonrió con timidez.

Una vez que las muñecas quedaron instaladas arriba, Dicky había empezado a llenar la vitrina con plumas estilográficas antiguas. Era su última diversión, y como todos los entretenimientos de Dicky, la cuantificación del

creciente valor de la misma formaba parte vital del interés que despertaba en él.

—¿Qué hiciste con tu colección de cuadros? —le preguntó Dicky a Bret.

—Los vendí en subasta... —respondió éste—. Para satisfacer al juez. Mi mujer no aceptaba la tasación que yo había hecho, así que acabé por ponerla en venta.

Supongo que todos rabiábamos por saber si la tasación de Bret o la de su mujer habían sido verificadas por los precios conseguidos en subasta, pero, al ser ingleses, ninguno de nosotros tuvo el suficiente descaro para preguntar.

—¿Ésta es la casa de tu familia? —preguntó Bret al tiempo que señalaba la fotografía en color de una extensa mansión neogótica rodeada de robles y con el césped de la parte delantera muy bien cuidado.

—No —repuso Dicky—. Es el internado de mi hijo.

—No me digas —comentó Bret mirándola todavía con mayor interés—. Sí, ahora veo a los niños... hay un montón. Los de atrás supongo que están subidos en unas sillas. Debes de estar orgulloso de esos pequeños, Dicky.

—Sí, lo estoy —reconoció Dicky—. Uno de ellos irá a Oxford el año que viene. A mi antiguo *college*.

—Eso es estupendo —sentenció Bret.

Miré fugazmente a Fiona, pero ésta parecía estar estudiando los zapatos de Gloria. Yo tenía la impresión de haber estado allí en otra cena anterior, en casa de Dicky, en compañía de Bret. Me preguntaba si Bret estaría haciendo aquella elaborada rutina para irritar a Dicky, pero ése no era el estilo de Bret. Solía esforzarse para ser el señor Agradable, y no era probable que fuera a sacrificar tanto trabajo sólo a cambio de un poco de guasa a expensas de Dicky. ¿O tal vez sí?

Dicky tenía en la mano un par de plumas estilográficas, dos de las más valiosas. Paseó la mirada por el salón para ver si constituíamos una audiencia apropiada para que nos explicase lo raras que eran. Debió de decidir que no éramos un buen público, porque volvió a ponerlas en la vitrina de puerta de vidrio y la cerró. Su esposa, Daphne, estaba en la cocina. Fiona, Bret, Gloria y yo éramos todos empleados del Departamento. En interés de la seguridad, Dicky incluso había decidido prescindir del matrimonio que solía emplear para servir la mesa y fregar los platos.

—¿Has oído hablar del plan VERDI? —le preguntó Dicky.

—Sí —respondió Bret.

Bebió un poco del cóctel de Martini como para fortalecerse contra lo que se avecinaba.

—Va a ser como repetir otra vez la Operación Príncipe —comentó Dicky. La Operación Príncipe era el túnel que se había excavado debajo de Berlín para pinchar las principales líneas telefónicas del ejército ruso en Karlshorst.

—Espero que no sea exactamente igual —comentó Bret secamente, porque Blake había traicionado la Operación Príncipe desde el principio.

Dicky sonrió. No era un buen comienzo, y yo aprecié en el rostro tenso de Dicky que estaba determinado a lograr que a Bret le dieran un destino alejado de cualquier lugar donde pudiera influir en la política del Departamento.

—No, hemos aprendido mucho desde entonces. Ahora vivimos en la época de los ordenadores.

—Eso he leído en tu informe —dijo Bret.

—Entonces, ¿lo has leído?

—El director general opina que debo estar al día de lo que ocurre.

—Sí, algo muy prudente —convino Dicky—. Ha habido profundos cambios desde que estuviste trabajando aquí, Bret. Déjame ver, ¿cuánto tiempo hace de eso?

—Me he dejado la calculadora en los otros pantalones —bromeó Bret con una sonrisa bonachona.

En aquel momento entró Daphne. Parecía muy preocupada y, aunque trataba de indicarle algo a Dicky moviendo los labios en silencio, sólo consiguió llamar la atención de todos.

—¿Qué ocurre, Daphne? —le preguntó Dicky de mal humor—. Estábamos hablando de cosas de la oficina.

—Es el microondas, Dicky —le indicó ella en un susurro.

Luego miró alrededor por si alguien se había fijado en ella. Al ver que todos la estábamos mirando, esbozó una sonrisa breve, aunque panorámica, antes de mirar a Dicky otra vez.

—Bueno, yo no entiendo de eso —le dijo Dicky.

—La puerta se ha atascado. ¿Llamo y se lo digo a ellos?

—Han ido al teatro. Si no, habría tenido que invitarlos.

—¿Tú sabes algo de hornos microondas? —le preguntó Daphne a Fiona.

—A Bernard se le da de maravilla arreglar aparatos —repuso Fiona.

—¿Te importaría, Bernard?

Cogí el vaso de vino y seguí a Daphne hasta la cocina, que acababan de reformar. Siempre estaban cambiándola. En mi visita anterior, todos los muebles de la cocina eran armarios, pero ahora habían quitado las puertas de los armarios, de modo que los estantes y el contenido de los mismos quedaban a la vista. Daphne debió de notar la sorpresa reflejada en mi cara.

—Dicky nunca se acordaba de dónde estaban los platos y las demás cosas —me explicó—. Y a veces se dejaba los armarios abiertos y se golpeaba en la cabeza.

—¿Es éste? —le pregunté acercándome al microondas.

—Espero que no te importe que hayamos invitado a Gloria —me comentó Daphne—. Bret había quedado en llevarla a cenar esta noche, pero Dicky le convenció para que cambiara los planes. Dicky tenía mucho interés en reunirse a todos aquí esta noche.

—Bret va a volver a la oficina —le expliqué—. Dicky quería verlo antes de modo no oficial.

—Sabía que se trataba de algo así —dijo Daphne.

—Es un cierre a prueba de niños —le indiqué.

—Oh, has conseguido abrirlo. Qué listo eres, Bernard.

—Es un cierre a prueba de niños. Esa palanca roja tiene que estar hacia arriba. Entonces funciona normalmente.

—Yo no he podido hacerlo.

—Tienes que empujar la palanca mientras aprietas el botón de la puerta.

Bebí un sorbo de vino. Dicky había traído un vino extra especial para aquella noche.

—No sé por qué a todo le ponen esas cerraduras a prueba de niños últimamente —dijo Daphne—. Los niños son los únicos que saben hacerlas funcionar.

—Huele muy bien, Daphne.

—Es pollo asado. A Dicky le gusta trincar y esto es lo único que sabe trincar bien. El microondas es sólo para recalentar las coles de Bruselas. Primero las preparo y luego las caliento con mantequilla. Mi vecina insistía en que probase su microondas, pero yo no me aclaro con esas cosas.

—Esas coles de Bruselas parece que se han recocado un poco, Daphne.

—A la porra con las coles —dijo; y con un gesto descuidado que no era propio de ella las arrojó al cubo de la basura sin apenas mirarlas—. Que se aguanten con judías de lata. —Se acercó al estante y eligió una cacerola de cobre de entre una fila de cacerolas de variados tamaños. Cogió una lata de judías cocidas, la abrió con el abrelatas eléctrico y vertió el contenido en la cazuela. Algunas judías se salieron. No sin cierta dificultad, Daphne cogió cada una de las judías errantes entre el pulgar y el índice hasta que todas estuvieron en la cacerola. Luego me sonrió—. Supongo que tendría que haber ido a llamarte antes, Bernard. —Cogió una botella medio llena de vino, me sirvió un poco en la copa y luego, descuidadamente, se echó una buena

cantidad en la suya, que estaba vacía. Volvió a poner la cacerola llena de judías con las demás cacerolas en el estante. Luego se volvió hacia mí y levantó la copa—: ¡Salud, Bernard! ¡Salud y pesetas!

Y bebió un buen trago.

—Sí, salud y dinero —convine—. ¿No ibas a poner las judías al fuego para calentarlas?

—Sí, eso es.

Volvió a coger la cacerola del estante, encendió el gas y la puso al fuego. Se le resbaló hacia un lado, pero ella la sujetó y volvió a ponerla con más cuidado. Entonces caí en la cuenta de que Daphne estaba como una cuba. Me dio lástima. Nunca había sido una gran bebedora, y yo sabía lo nerviosa que se ponía siempre que Dicky organizaba una de aquellas cenas.

Daphne se metió un mechón de pelo rebelde en la diadema de terciopelo que llevaba puesta y me confió:

—Voy a dejar a Dicky. Tú siempre has sido amable, Bernard. ¡Simpático! Eso es lo que eres, simpático. Tú eres uno de nuestros mejores amigos, siempre me has gustado. Pero él no se merece amigos agradables. Es un cabrón egoísta.

—Seguro que todo se arreglará, Daphne.

—A él no le importa nadie más que él mismo.

—Ya has pasado antes por esto, Daphne —le recordé. Lo más reciente que se había visto obligada a soportar era contemplar cómo Dicky mantenía una breve aventura con Tessa Kosinski—. Él siempre acaba por volver a ti —le dije—. Tenéis un hogar muy agradable, y él te quiere.

—Ya me he hartado de él.

Se terminó el vino y se sirvió más. Tapé mi copa con la mano para indicarle que no quería más.

—Y además están los hijos —le dije.

Se acercó a mí y me dio unos golpecitos en la corbata.

—Todos estos años he soportado a Dicky por amor a ellos, Bernard. Pero ahora ya son lo bastante mayores para comprender. Ya estoy harta de él. Merezco un poco de felicidad, ¿no?

—Sí, Daphne, claro que sí. Pero irte por tu cuenta... ¿crees que será una manera de buscarla? Quizá te encuentres sola.

Daphne se echó a reír.

—Querido Bernard —comenzó a decir; luego, alargando una mano, me dio unas suaves palmaditas en la mejilla—. ¿Tan vieja y fea te parezco?

—No, Daphne, no. Pero el compañero adecuado es difícil de encontrar.

—A mí me lo vas a decir —y volvió a reírse.

—Estoy seguro de que volverá a ti. Estas cosas no son más que caprichos.

—¿Es que Dicky tiene alguna amiga nueva? —me preguntó; de repente se le había ensombrecido el humor—. ¿Es eso?

—No. ¿No es eso lo que me estás diciendo a mí?

—No, estoy hablando de mí. Estoy hablando del hombre que he encontrado. Mi particular señor Adecuado. Me ha costado mucho tiempo, Bernard, pero al fin una encuentra el compañero idóneo. Fui a la adivina de Gloria y ella me dijo que yo sería feliz, y eso fue hace muchísimo.

—¿El señor Adecuado?

—Un joven de las clases de pintura a las que asisto los martes por la noche. Con el profesor Belostock. Bueno, no demasiado joven; sólo adecuado.

Me había puesto sobrio como una piedra. Sin darle importancia alguna, le pregunté:

—¿Cómo se gana la vida?

—Es periodista. En realidad es reportero, trabaja para distintos periódicos. Antes trabajaba en una agencia que archiva artículos para periódicos extranjeros. En estos momentos está sin trabajo, pero ya encontrará uno. El año que viene va a tomarse un año libre para escribir una novela. Se va a Sudamérica y allí vivirá lo más económicamente que pueda mientras escribe. Le he dicho que iré con él. Es la oportunidad de mi vida.

—Ya lo creo que lo es —comenté—. ¿Es inglés?

—Checoslovaco. Su padre es sudafricano.

Toda la imagen encajó. Lo había leído en los historiales de mil casos.

—¡Daphne!

A pesar de que intenté mantener la voz baja, pronuncié su nombre demasiado fuerte.

—¿Sí, Bernard?

Detrás de la puerta se oía murmullo de voces. Me sentía inclinado a gritar: «Por Dios, Daphne, ¿has perdido el juicio? ¿Eres tan tonta como para no darte cuenta de cuándo un agente extranjero te pone en su punto de mira?». Pero permanecí tranquilo y le pregunté:

—¿Es buen pintor, Daphne?

—No muy bueno. Es un aficionado.

—¿Se apuntó a las clases después que lo hicieras tú?

—Sí, acaba de llegar a la pintura. Nunca antes había intentado pintar ni dibujar. He estado ayudándole.

¡Mierda! Intenté sonreír.

—Bueno, déjame que beba a tu salud, Daphne.

Bebimos.

—¿Sabe él cómo se gana la vida Dicky?

—Le he dicho que Dicky trabaja en el Foreign Office.

—Bien. No puedes ser demasiado detallista.

Yo ya estaba planeando el próximo movimiento. ¿Sería posible meterse en aquella situación y quizá neutralizarla antes de decírselo a Dicky? ¿Debía intentarlo siquiera?

—Será mejor que vuelvas al salón —me dijo Daphne—. Se preguntarán qué te ha pasado.

Cuando volví, estaban todos sentados alrededor de la chimenea contemplando las llamas de gas y comentando cuánto se parecían a las del carbón al arder. Dicky levantó la vista hacia mí y dijo:

—Aquí tenemos al ingeniero de microondas. Quédate y toma una copa, amigo. A los operarios hay que hacerles la pelota.

Sonreí y me senté en el sofá al lado de Fiona. Ésta se había puesto su mejor conjunto negro de Chanel y el reloj Cartier de oro que su padre le había regalado cuando ella regresó de California. Me tocó la mano y me preguntó en voz baja:

—¿Estás bien, Bernard?

—Estupendamente.

—Parece que hayas visto a un fantasma.

—Sí, un espectro espía.

Fiona sonrió.

—Los de Washington ya hace tiempo que abandonaron esa basura del teléfono —estaba diciendo Bret—. Se tarda una eternidad en traducirlo y analizarlo, y al final del día, ¿qué has conseguido? Propaganda de buzón. ¿Sabéis a qué me refiero? Todo es esfuerzo y no hay ninguna recompensa.

—Entonces, ¿en qué se está concentrando la gente de Washington ahora? —le preguntó Dicky sin manifestar el menor asomo de curiosidad en la voz.

—Es alto secreto, pero ya llevan en ello algunos años, así que supongo que puedo decíroslo —respondió Bret—. Ahora están comprando tecnología de armamento soviético. Hablo de armas: electrónica soviética de vanguardia, sistemas de defensa aérea y otros tipos de armamento avanzado, y el tío Sam está pagando por ello en billetes de banco.

—¿Lo están comprando a Polonia? —le pregunté.

—Buen chico, Bernard. Sí, Polonia es el principal proveedor. Pero otros países del Pacto de Varsovia también están comerciando con su armamento. Helicópteros, radares, torpedos y artillería autopropulsada. Se están desembolsando cientos de millones de dólares. Pero os lo digo yo, cuando abren las cajas de embalaje pueden ver aquello por lo que están pagando. Y no se trata de un montón de palabrería por teléfono. —Bret miró a Dicky esperando que empezase a discutir. Al ver que Dicky no abría el fuego, Bret añadió—: Cuando el Pentágono examina el material calcula cómo puede ahorrar billones de dólares. Están ahorrando billones al no desarrollar armas que nunca necesitaremos.

—Espera un momento —le pidió Dicky—. ¿Quién recibe el dinero? ¿Delincuentes?

—Nadie lo sabe con seguridad. Los pagos se hacen a través de intermediarios extranjeros. Incluso nos mandan listas de precios. Los científicos y los expertos del Pentágono examinan las listas y seleccionan lo que queremos.

—¿Cómo lo transportan? No lo entiendo —comentó Dicky.

—Lo transportan por barco —le explicó Bret—. En cargueros. Por eso Polonia es el proveedor principal, porque tiene acceso directo al mar. Claro que ello no podría ocurrir sin que dieran el visto bueno los más altos funcionarios del Ministerio de Defensa polaco. Ciertos estudios de la CIA proponen la teoría de que la idea procede de la verdadera cima del gobierno de Varsovia. Del propio general Jaruzelski. Pero no podemos verificarlo. Gran parte de ese armamento soviético se transporta a países amigos, como los del Oriente Medio, y luego siguen el camino hasta Estados Unidos. Hemos establecido letras de crédito en cuentas extranjeras para que todo parezca legal. Hay una agencia llamada Cenzin que se ocupa de las ventas militares de Polonia, y el dinero que se les paga a ellos tiene que ir al gobierno. Podría ser que toda la estafa sea una manera de aliviar la crisis de dinero que hay en la economía de Polonia.

—¿Has estado implicado de alguna manera en todo eso, Bret? —le pregunté.

—Sólo en la parte de la banca. Algunos miembros de mi familia podían ayudar con los agentes comerciales del extranjero, con las letras de crédito y esas cosas.

—¿Y ahora estás buscando otro trabajo? —le preguntó Dicky.

—Bueno, no me queda mucho por hacer en éste. Las líneas de pago están todas en posición y funcionando como la seda. Además, echo de menos

Londres. Vosotros dais por hecho lo de vivir aquí, pero yo llevo esta ciudad en lo más profundo de mi corazón.

El pequeño discurso de Bret se había adelantado al lanzamiento que Dicky había estado a punto de hacer en favor de su plan de pinchar los teléfonos.

Quizá Bret también se diera cuenta de eso, porque preguntó:

—Pero ¿por qué elegimos como blanco a Alemania Oriental? De acuerdo, el país está gobernado por un hatajo de cabrones corruptos. Pero la Unión Soviética es un caso desahuciado, se está muriendo célula a célula, Hungría ha visto la luz, Polonia está en un pulmón artificial y nosotros no pensamos invadir Alemania para enseñarles lo equivocados que están en su conducta. Por lo menos el tío Sam no piensa hacerlo; así que vosotros los británicos estáis solos si tenéis esa clase de ambiciones.

—Es posible que la Unión Soviética se esté muriendo —dijo Dicky—. No lo sé, nos llegan un montón de informes contradictorios. Pero antes de que te pongas demasiado complaciente, puedo decirte que nadie en el Kremlin ha intentado recortar el dinero asignado a los servicios armados soviéticos, y menos aún el dinero asignado a la KGB. Y los soviéticos tienen su mayor concentración de misiles, bombarderos de largo alcance, submarinos y tanques, todos ellos armados con misiles nucleares, proyectiles, cohetes y bombas, en Alemania Oriental. No en la Rusia soviética, ni en Hungría ni en ninguno de esos lugares donde tú dices que el comunismo está a punto de ser derrotado. Todo lo tienen metido en Alemania Oriental. Y tu ciudad, donde quiera que esté, Bret, se encuentra en el punto de mira de esos payasos. No olvides eso cuando menosprecies a Alemania Oriental como un país indigno de tener en cuenta.

Durante unos instantes Bret no supo qué decir.

—Bien, Dicky —dijo finalmente; hizo una pausa para hacer acopio de ingenio—. Tú has hecho una observación, y buena es. Pero... ¿es que el hecho de que pinchemos las líneas terrestres del ejército ruso va a decirnos lo que queremos saber? ¿Y nos enteraremos lo bastante pronto?

Antes de que Dicky pudiera contestar, Daphne entró por la puerta aporreando una cacerola con una cuchara.

—Ya podéis venir. Sentaos donde queráis. La comida está lista. Os dije que había que contentarse con lo que hubiera, ¿verdad?

Dicky frunció el entrecejo. Le gustaba que sus cenas se dirigieran con mayor formalidad. Como noté más tarde, había tarjetas que indicaban el lugar donde cada uno debía sentarse, pero nadie ocupó el lugar asignado.

Supongo que las mujeres son, en su mayor parte, más eficientes que los hombres. Mi profundo desagrado hacia Dicky significaba que yo no podía resistir cualquier oportunidad de discutir con él. Pero aquella noche Fiona y Gloria blandieron los estoques con pulido decoro. Hicieron que mis altercados con Dicky parecieran broncas de borrachos.

En aquella colocación improvisada que había provocado Daphne yo acabé sentado en el centro, enfrente de Gloria, con Fiona a un lado y Daphne al otro. Gloria pasó los panecillos, Fiona declinó el ofrecimiento alegando que estaba a dieta; Gloria dijo que eran unos panecillos estupendos y se comió dos seguidos cubriéndolos con una gruesa capa de mantequilla.

El primer plato no fue trigo bulgur, sino salmón ahumado, y el plato principal consistió en pollo asado con judías cocidas y patatas con piel. No había equivocación en el cambio de menú; aquélla era Daphne en total rebelión. Normalmente se esclavizaba durante horas para preparar una de aquellas cenas. Daphne intentaba recrear las elaboradas recetas adquiridas en viajes que le proporcionaban las vecinas, utilizando para ello raros ingredientes que compraba en lejanas tiendas de especialidades étnicas. En casa de Daphne tuve ocasión de conocer el *gado-gado* de Bali, y de no haber sido por Daphne y los viajes de sus vecinas, yo aún no sabría que existe una cocina finlandesa, y no digamos que el *kalakukko*, un pastel de pescado que incluía espinas y cabezas, formaba parte muy apreciada de la misma.

De manera que servir a sus invitados salmón ahumado seguido de pollo asado era una señal que cualquier marido que no fuera Dicky habría observado con considerable alarma. Pero Dicky no manifestó alarma alguna. Se comió el salmón con entusiasmo y convirtió el hecho de trinchar el pollo en una representación de considerable valentía, casi de bravata.

Era obvio que Dicky estaba hecho polvo por el modo en que Bret había logrado que el plan VERDI pareciera un número de segunda categoría, y lo había hecho ensalzando las habilidades de la CIA. No era fácil contrarrestar eso sin hablar mal de los americanos, y ni siquiera Dicky era lo bastante estúpido como para intentar una cosa así. Pero el menosprecio de Bret por el plan en el que Dicky había puesto el corazón estaba causando a éste un considerable disgusto. De lo contrario Dicky nunca habría sostenido en lo alto el tenedor de trinchar y le habría preguntado a Bret si prefería pechuga o muslo. Luego añadió:

—Siempre te he tenido por un hombre aficionado a los muslos, Bret.

Y se echó a reír.

Yo observaba a Bret todo el tiempo. El rostro se le contrajo y logró esbozar una ligera sonrisa antes de decir:

—Estoy seguro de que cualquier cosa que elijas resultará deliciosa.

Incluso a través de la bruma del alcohol, Daphne podía ver que los ruidosos modales de colegial de Dicky eran de mala elección en la compañía actual. Decidió intervenir.

—Es el vestido más impresionante que he visto nunca, Gloria.

Y puso toda su vitalidad en ello.

El vestido de Gloria era de crespón de China, casi transparente; tenía el cuello alto, las mangas largas y un estampado de piel de leopardo.

—Es muy bonito —convino Fiona—. Estuve a punto de comprarme uno igual cuando estuve en la calle Oxford el otro día.

—Te quedaría perfecto —repuso Gloria; y aguardó un momento antes de añadir—: Me parece que yo estoy demasiado delgada para que me quede bien.

Daphne, sentada a mi derecha, observó:

—Nunca se está demasiado delgada. —Y estuvo a punto de volcar la copa de vino, pero la sostuvo antes de que pudiera derramarse más que una cucharada sobre el mantel—. Pero tú eres joven.

Intentó empapar el vino derramado, pero sólo consiguió extenderlo más. Al darse cuenta de que yo la observaba, volvió la cabeza hacia mí y me dedicó una sonrisa radiante.

—¿Quién quiere relleno? —preguntó Dicky, que se había dado cuenta de que Daphne había derramado el vino. Estaba enfadado y dejaba que se le notase.

Nadie respondió. Gloria cogió de manos de Dicky la fuente antigua que contenía el relleno hecho con una mezcla de hierbas y migas de pan, se sirvió con delicadeza una cucharada sobre el pollo y se lo pasó a Bret. Éste se lo entregó a Daphne sin decir nada.

—¿No te gusta? —inquirió Daphne con una voz que no implicaba más que curiosidad científica.

—No —dijo Bret.

Daphne tampoco quiso. Me lo pasó a mí y me serví bastante en un esfuerzo por hacerla feliz.

—Mirad, a Bernard le encanta —comentó.

Dicky había puesto la fuente con el pollo en el aparador y, tras sentarse de nuevo, estaba empezando a comer.

—Salud —dijo Bret probando por primera vez el vino que todos los demás habíamos empezado hacía mucho. Se oyó un murmullo de respuesta de todos los presentes.

—¿Son de lata? —preguntó Dicky horrorizado al ver de pronto las judías que tenía en el plato; comenzó a pincharlas con el tenedor de plata.

—¡Sí, lo son! No he comido judías de lata en salsa de tomate desde que estaba interna en el colegio —comentó alegremente Fiona—. Y me encantan.

—¿No te producen aerofagia? —le preguntó Gloria.

Dicky agarró la botella de vino para servir a los presentes. Se levantó y dio la vuelta a la mesa sirviendo a todos, aunque a Daphne le puso una cantidad pequeña.

—Alguna vez tendremos que pensar en dónde podemos colocarte —dijo Dicky al tiempo que se sentaba de nuevo.

Se inclinó hacia adelante para mirar a Bret, que estaba situado más allá de Gloria, pero éste siguió comiendo como si no lo hubiera oído.

—Ahora ocupo tu antiguo despacho —le comunicó Fiona—. Por supuesto, me trasladaré a otro sitio... tengo tu mesa con sobre de cristal.

—No, Fiona, no —intervino Dicky, consciente de que se estaba minando su autoridad, si es que no se estaba ignorando por completo.

—Tranquilos —dijo Bret. Bebió un poco de vino—. Estupendo vino, Dicky. —Se limpió los labios—. No hay necesidad de preocuparse. Todo está arreglado.

—Comparte el despacho con Fiona —le sugirió Dicky impulsivamente. Supongo que de pronto se había dado cuenta de que el hecho de hacerle compartir un despacho no sólo limitaría severamente las actividades de Bret, sino que además implicaría tácitamente que él había añadido a Bret a su personal—. De momento —añadió Dicky cuando la expresión de Bret dejó claro que no era aquella una oferta que estuviera dispuesto a aceptar con entusiasmo.

—Todo está arreglado, Dicky. Gracias de todos modos.

—¿No te gusta el pollo? —le preguntó Daphne inclinándose para ver el plato de Bret.

—No como mucho.

Bret había seguido el código de cenas oficial de Estados Unidos y había esparcido todo por el plato después de tomar un par de bocados pequeños.

—Por eso está en tan buena forma —le dije a Daphne.

Bret nunca había comido mucho, yo lo sabía después de haber estado semanas viendo cómo enviaba de vuelta a la cocina platos casi llenos.

—¿Eres vegetariano? —le preguntó Daphne—. Si lo prefieres tengo trigo bulgur y albóndigas de col. No tardaré ni un minuto.

—No —respondió Bret reprimiendo un estremecimiento.

—¿Qué es lo que está arreglado? —quiso saber Dicky desde el otro lado de la mesa.

—Si habéis terminado todos, pasad los platos —dijo Gloria, que ya había apilado varios platos de la cena y había puesto los cubiertos usados en la fuente medio vacía donde estaba el relleno—. Vamos a ayudar a lavar los platos —añadió con modales de capitán de equipo de hockey.

—¡Gloria! No, por favor —le pidió Daphne—. Ni siquiera voy a llenar el lavaplatos esta noche. Ponlo encima del aparador. Mañana por la mañana vendrá una mujer a hacerlo.

—Estoy en el despacho del adjunto —le dijo Bret a Dicky, que seguía inclinado hacia adelante con la cabeza retorcida en un esfuerzo por verle.

Dicky se estiró tanto hacia adelante que la oreja rozaba con el recipiente de las patatas. Creo que yo fui la única persona que se comió una patata, así que todavía quedaban un montón.

—¡Huy! —exclamó Dicky; se incorporó y se frotó la oreja.

—Es sólo un arreglo temporal. A principios del año que viene quizá quieran sustituirme por el adjunto permanente.

—¿Tú? —dijo Dicky con voz ronca—. ¿Tú vas a ser el director general adjunto?

—Como medida transitoria —repitió Bret como intentando aplacar a Dicky. Pero aquella repetición sólo sirvió para poner a Dicky más tenso.

—Entonces, ¿estarás en el despacho de sir Percy? —le preguntó Dicky.

Pero a medida que los arreglos referentes al despacho se le iban asentando en la mente, fue viendo las implicaciones de la actitud de Bret. Probablemente éste sabotearía todo lo que Dicky estaba planeando para la operación VERDI.

—¡Felicidades, Bret! Creo que esto merece una botella de mi mejor champán.

En contradicción con sus palabras, la voz se hizo más lenta y profunda, como la de un tocadiscos antiguo de manivela que se estuviera parando.

—Gracias, Dicky.

Todos repetimos las felicitaciones. Bret nos hizo una modesta inclinación de cabeza a todos y cada uno.

Dicky se puso en pie.

—Voy a mirar en la bodega —nos informó—. Estoy seguro de que hay unas cuantas botellas de champán de buena cosecha en las estanterías.

AQUEL sábado por la noche, cuando volvíamos en el coche a casa de la cena de los Cruyer, Fiona dijo:

—Esa charla afable, esa modestia y encanto. Me pone enferma. De verdad.

—¿Te refieres a Dicky? —le pregunté inocentemente.

Fiona me dio un puñetazo en una bromista demostración de agresividad. Pero la conocía lo suficiente como para saber que se había pasado la velada echando humo, más por la indignación que le causara la oposición de Bret que por el enfado que le producía la presencia de Gloria.

—Va a suspender lo de VERDI. Te das cuenta de eso, ¿verdad?

—Es probable —convine.

—Más o menos es lo que ha dicho.

—Yo no creo que lo haya dicho, Fi. Pero para que Dicky pase por encima de Bret necesitará utilizar todos esos famosos poderes de intriga e influencia de que goza.

—Para Dicky la noche ha sido un verdadero desastre —sentenció Fiona.

Era un epitafio, y venía de alguien que había pasado muchas horas con Dicky y había tenido ocasión de escuchar los planes de éste para hacer que Bret quedase en la sombra.

—Nos sigue un coche —observé—. Lleva siguiéndonos por lo menos cinco minutos.

—¿Cuál?

—Lo verás dentro de un momento. No se mantiene cerca.

—¿Que no se mantenga cerca es una mala señal, cariño? —me preguntó Fiona con voz dulcemente irónica.

Fiona había tomado bastante vino antes de que Dicky decidiera de pronto servir el Dom Pérignon de cosecha, que luego seguimos consumiendo en medio de una celebración que más bien parecía un velatorio.

—Puede ser —dije yo.

Fiona se retorció en el asiento para mirar a través de la ventanilla trasera del coche.

—¿Dónde?

—El de las luces cortas. El grande.

—Ése es Bret, cariño. Es el Bentley de Bret.

—¿Estás segura? ¿Había venido en un Bentley?

Fiona hizo un gesto de desaprobación.

—¿Dónde has dejado tu equipo de detective esta noche, cariño? ¿No has visto el Bentley turbo y el chófer ataviado con uniforme completo y gorra?

—No puedo decir que lo viera.

—Me he estado preguntando si Gloria se iría a casa con él. ¿Tú no? —me dijo Fiona. No respondí. Había visto a Gloria llegar en su propio coche. Si se observaba a Bret y a Gloria aquella noche, era evidente que no irían a ninguna parte juntos. Fiona también debía de haberlo notado—. Los estuve observando a los dos cuando se despidieron. Entonces me fijé en el Bentley. Ése es. Es Bret. Puedes estar tranquilo, cariño.

—¿Dónde se hospeda Bret?

—Su primo tiene una casa grande en Marylebone.

—Ese Bret es sorprendente. A cualquier parte del mundo que vaya siempre tiene un pariente con una casa grande en el barrio más elegante, incontables criados y un coche o dos con chófer.

—¿O era en Belgravia? —se preguntó Fiona, que todavía tenía la cabeza vuelta y miraba el tráfico que había detrás de nosotros—. Tiene un primo en Belgravia.

—Eso me parece más probable. Precisamente al venir hemos atravesado Marylebone. Mira, nos está haciendo señales con las luces.

—¿Qué querrá? —inquirió Fiona—. No le invites a subir, Bernard. Estoy muerta de cansancio y mañana tenemos que ir a casa de papá a ver a los niños. Quiero llegar allí temprano, antes de que se vayan a hacer alguna excursión.

—Te lo prometo —le dije.

En aquel momento estábamos casi a la puerta de nuestro bloque de pisos. Detuve el coche y el Bentley de Bret se paró a nuestro lado. Tras bajar la ventanilla, Bret se dirigió a mí:

—Siento molestarte, Bernard. Me pregunto si podrías aclararme unos cuantos puntos que han salido a relucir esta noche.

—Yo aparcaré el coche —se ofreció Fiona.

Me apeé y me subí al asiento trasero del Bentley.

—Te prometo que no lo entretendré más de cinco minutos, Fiona —le aseguró Bret.

Una vez que estuve dentro del coche, la actitud de Bret se hizo más seria.

—Tengo que hablar contigo, Bernard. —El chófer estacionó el coche más cerca de la acera; luego se bajó del mismo para dejarnos solos y se puso a pasear arriba y abajo mientras fumaba un cigarrillo—. Timmermann está muerto.

—Recibí tu mensaje, Bret.

—Sabía que lo entenderías. ¿Se lo has dicho a Fiona?

—¿Que Timmermann está muerto? No.

—¿Le has dicho lo del mensaje? ¿En la biblia?

—Tampoco.

—Eso está bien. Timmermann trabajaba para ella. Y para su cuñado. Fue allí para intentar encontrar a Tessa.

—Eso es lo que supuse —le dije.

—Fiona ni siquiera se ha convencido de que su hermana esté muerta, ¿lo sabías?

—Necesita un poco más de tiempo.

—Fue una buena cosa que yo cayera en la cuenta de lo que ocurría. Fiona se veía con Timmermann en Santa Mónica las tardes que iba al salón de belleza. Tú no lo sabías, ¿verdad?

—No.

—Está obsesionada; y Timmermann no era de los que rechazan el dinero.

—Pero ¿por qué la biblia y el código secreto, Bret? ¿No había un modo más sencillo de ponerte en contacto conmigo?

—No era para ti y para mí, Bernard. Era un código inventado apresuradamente para que Timmermann te mantuviera informado.

—¿Eso era?

—Ése era el trato. Yo le pagaba aún más de lo que le pagaba Fiona. Lo compré. Teníamos que saber lo que pasaba, así que le pagué lo que me pidió.

—Pues se ganó hasta el último penique —observé.

—Sí. Tú lo encontraste muerto. Debió de ser muy duro.

—Creí que era VERDI.

—Lo sé. Es lo que creyó todo el mundo. Dicky empezó a moverse por todas partes, estaba fuera de sí, incluso fue lamentándose a Frank. Yo no podía decírtelo a ti ni a él sin poner al descubierto mi jugada.

Lo miré.

—Claro —dije.

Bret era la encarnación del hombre de despacho. Las historias reales eran las que se escriben con tinta, no con sangre.

—Mañana voy a hablar con el director general. Es una reunión para tratar las líneas de conducta que vamos a seguir. ¿Quieres estar presente?

Como todos los americanos, Bret disfrazaba sus órdenes con la sintaxis de preguntas educadas a modo de sondeo.

—Mañana es domingo —le recordé—. Querrás decir el lunes...

—Quiero decir mañana, Bernard. ¿Recuerdas lo que se dice en la primera página del manual de adoctrinamiento? El enemigo nunca duerme.

—Pues yo sí, Bret. Y mañana tengo planeado ir a visitar a mis hijos.

—Tómame un día libre durante la semana en su lugar. ¿Te va bien a las once? Así tendré una hora para hablar con el director general antes de que llegues.

—Claro, Bret. Allí estaré.

—A Fiona le importa un comino la operación VERDI —aseguró—. Pero hace todo lo que puede por apoyarla por la cuenta que le tiene, cree que así averiguará qué le hicieron los soviéticos a su hermana.

—¿Y será así?

—No seas estúpido, Bernard. Tú estabas allí.

—¿Y tú, Bret? ¿Qué opinas de la operación VERDI?

—Dicky se desilusionaría —comentó como si aquélla fuera la primera vez en que se le había ocurrido pensar en las consecuencias de cancelarla—. Hacer que todos se mostraran conmigo resentidos hasta rabiar sería una mala manera de comenzar mi período como director general adjunto.

—Eso nunca te ha detenido.

Esbozó una sonrisa glacial.

—En estos tiempos los recursos son limitados, Bernard. No podemos llevar a cabo una operación sólo para mantener alta la moral del Departamento.

—Pues yo creo que vale la pena intentarlo, Bret. Hasta que averigüemos lo que los soviéticos están bombeando por esas líneas, no sabremos si vale o no la pena el esfuerzo.

—Lo pensaré —dijo Bret. Me palmeó el brazo—. Y tú piénsalo también, Bernard.

—¿Habías planeado la correría de esta noche? —le pregunté cuando estaba a punto de abrir la puerta del coche—. ¿Imaginaste que destrozando a Dicky esta noche lo tendrías con el agua al cuello en la reunión de mañana?

—¿Quieres decir por lo de VERDI? ¿Tener un tira y afloja con Dicky y conseguir así un plan para pinchar las líneas terrestres a un precio bajo?

—Eso es.

—Con una mente como la tuya, Bernard, te estamos desperdiciando al tenerte como simple agente.

—¿Significa eso que sí hiciste añicos a Dicky deliberadamente?

—Dicky ni siquiera va estar en la reunión de mañana, Bernard. Ni Dicky, ni Fiona, ni Harry Strang, ni Gus Stowe, ni ninguno de los del piso superior. Sólo tú, yo, el director general y Werner Volkmann.

—¿Es una reunión para ver qué línea de actuación nos conviene seguir?

—Es que no vamos a jugar una partida de póquer, Bernard. El viejo me dará su bendición mañana, y Werner y tú vais a ser mi proyecto número uno.

—¿Su bendición para hacer qué?

—Voy a empezar a dar puntapiés en el culo, Bernard —me explicó Bret—. El Departamento necesita una buena reestructuración.

—¿Se me permite tener una idea de dónde podría ir a parar el primer puntapié?

—No, no se te permite. Pero voy a sacar a esa chica tan brillante, Kent, del departamento húngaro y le voy a dar algo más importante que hacer. —Vio cierta expresión en mis ojos—. No, nada de eso, Bernard. Es estrictamente profesional. Voy a convertirla en mi apagafuegos personal. Y a quien no le guste ese arreglo ya puede ir buscándose otro empleo.

—De acuerdo, Bret —le dije—. Subiré a decírselo a Fiona ahora mismo.

Pensé que alargaría una mano para detenerme. Pensé que diría que no, que en modo alguno era eso lo que quería decir. Pero no lo hizo; se limitó a sonreír y a darme las buenas noches.

Cerré con violencia la puerta del coche, preso de una ira frustrada, pero la puerta se cerró con un golpe suave y educado. Supongo que el hecho de proceder de una familia rica hacía que Bret pensase que era el único que marcaba el paso.

Cuando subí al piso me encontré a Fiona sentada en el sofá del salón enfrascada en la lectura de *Buddenbrooks*. Era aún relativamente temprano, pues la fiesta de Dicky se había paralizado con un estremecimiento después de que Bret dejase caer la bomba de su nuevo nombramiento.

—Todavía no lo puedo creer —comentó Fiona cuando entré y me derrumbé en un sillón dando un profundo suspiro—. No ha habido ni el menor aviso, ni rumores, nada...

—Tienes razón —convine.

—¿Va a andar haraganeando por ahí hasta que se nombre un adjunto en condiciones? ¿O es que Bret se lo va a tomar en serio? —me preguntó Fiona.

Por el tono de voz me di cuenta de que por el hecho de haberme sentado en un sillón en lugar de hacerlo al lado de Fiona en el sofá, yo había suspendido el pequeño examen al que mi esposa me había sometido.

Encendí el televisor.

—¿Bret? ¿Haraganear? No me hagas reír. Bret va poner patas arriba todo el edificio.

—¿Vas a mirar la televisión?

—No sé lo que ponen —le dije—. ¿Te molesta para leer?

—Si me molesta iré a acostarme.

Fui pasando de un canal a otro con el mando a distancia. Sólo había cuatro opciones: una película de gánsters, una película india de brillante colorido con diálogos en hindi, una entrevista a una estrella del pop y una conferencia de la Universidad a distancia acerca del teorema binomial. Volví a los gánsters, pero dejé el sonido muy bajo.

Fiona cerró Buddenbrooks.

—¿Te ha dicho Bret eso ahora mismo? ¿Qué va a ponernos a todos del revés?

—«Voy a empezar a dar puntapiés en el culo, Bernard —dije en una imitación pasable de la voz de Bret—. El Departamento necesita una buena reestructuración».

—No lo dirás en serio.

Apretó el libro contra el pecho y lo abrazó.

—Sí. Y Bret también, por lo que he podido ver.

—Supongo que tenía que pasar —comentó Fiona al tiempo que ponía el libro sobre la mesita—. Resulta duro que hayan utilizado a Bret para eso; recibirá muchas críticas por ser americano.

—Mira, Fi, los puntapiés en el culo empiezan aquí mismo. Quiere que yo vaya mañana a las once a la oficina. Dudo que pueda irme de allí antes de las dos. Ya sabes lo que duran esas cosas. Y Bret no es de los que paran para comer por ser domingo.

—Pobre Bernard.

—Es como si los dioses quisieran impedirme a toda costa ver a los niños.

—Qué filosófico te has vuelto últimamente —observó Fiona—. Y ellos disfrutaban más viéndote a ti que a mí.

—No, Fi, no.

Apreté el botón y mandé a los gánsters a paseo.

—Es cierto, Bernard. Están resentidos conmigo. Los niños pueden llegar a ser muy rencorosos. Cuando sean mayores comprenderán por qué tuve que marcharme. Pero de momento sólo me soportan a mí para verte a ti.

—No llores, cariño. Lo hiciste por ellos. Ya lo comprenderán. Son muy jóvenes aún.

Pero Fiona tenía razón. Los niños nunca lo verían de ese modo, y yo no era capaz de llevarle la contraria a Fiona y al mismo tiempo parecer sincero.

Se puso en pie apresuradamente.

—Me odian, Bernard.

—Vamos, no seas tonta.

—Me odian. A veces se lo noto en la cara.

Me levanté, la abracé y le besé las mejillas cargadas de lágrimas.

—Ve a acostarte, Fi. Tengo que llamar por teléfono, pero luego iré contigo. —Volví a besarla—. Los niños te quieren, tú sabes que es así. Y yo también te quiero.

—¿De verdad, Bernard? —me preguntó con voz triste y satisfecha, como si nunca me lo hubiera oído decir antes. Cogió el *Buddenbrooks* y lo miró como preguntándose por qué había empezado a leerlo. Luego, al cabo de un rato, dijo—: Por lo menos sabemos que ama a Inglaterra tanto como nosotros.

Volvió a poner el libro sobre la mesa como si lo abandonase para siempre. Decidí que aquél no era el momento más oportuno para revelarles que Bret había decidido nombrar a Gloria su ayudante personal.

—Tienes razón, Fiona. Ama a Inglaterra. Ama la idea de Inglaterra, su historia, su cultura, su gente, casi hasta el punto de engañarse a sí mismo. No soporta que se diga una palabra en contra. Pero las personas que aman a un país hasta tal extremo son las más propensas a cometer todo tipo de crímenes repugnantes y sangrientos en nombre de ese país.

A la mañana siguiente los dos nos sentamos a desayunar pocos minutos antes de las ocho. Zumo de naranja, café, copos de maíz y tres periódicos dominicales de los que Fiona había cogido los suplementos. Teníamos un cuarto de baño para cada uno en nuestra nueva casa, y eso había cambiado por completo nuestro programa matinal. A las nueve y media, aprovechando que las carreteras estaban vacías aquella mañana de domingo invernal, Fiona se acercó a casa de sus padres. A esa hora yo estaba sentado en el Kar's Club, en el Soho, con un hombre llamado Duncan Churcher.

—¿Todavía haciéndote fuerte, Bernard?

Era un hombre muy dado a saludos sin sentido como aquél.

—Sí, todavía sigo haciéndome fuerte, Duncan —repuse afablemente—. Pero sólo porque no he encontrado a nadie que me pague por ganarme la vida por hacerme débil.

—¿Vas a tomar algo?

—No. Ninguno de los dos vamos a beber.

—Caramba, qué hombre más duro —me dijo con un teatral acento irlandés—. Dos cafés —le pidió a Arkadi, el hijo de Jan Kar, que era el propietario. Y añadió en un susurro dirigiéndose a mí—: El café de aquí es pésimo.

—¿Estabas mirando la partida de ajedrez? —le pregunté.

Había visto a Duncan inmediatamente. No hay demasiados jugadores de rugby de noventa kilos de peso en el local de Kar el domingo por la mañana, ni siquiera cuando hay una partida del campeonato de ajedrez. Llevaba puesto el mismo traje cruzado gris a rayas blancas que lucía en nuestro primer encuentro, hacía una década. Y también la misma corbata. ¿O es que llamaba a su sastre por teléfono y le pedía que le hiciera lo mismo otra vez? Había muchos hombres en Whitehall que solían hacerlo así.

—El campeón siempre gana. Así es el mundo.

El verdadero nombre de Duncan no era Churcher, sino Cwynar. Su padre había sido uno de los muchos soldados polacos que se casaron con muchachas del lugar durante el entrenamiento que llevaron a cabo en Escocia en tiempos de guerra. El padre de Churcher se fue a la guerra antes de que Duncan naciera, y no regresó. Gracias a una beca constituida con fondos polacos, Duncan Churcher se convirtió con el tiempo en un bicho raro, un policía que había ido a un colegio privado y a la universidad. En algún momento, debido a las presiones sociales del colegio o de la profesión, se había convertido en Churcher y había ascendido a la categoría de sargento inspector en Leeds. De haberse quedado allí, sin duda habría llegado a ser uno de esos policías de alto rango provincianos que llevan uniformes bien cortados, insignias de plata y galones dorados y que aparecen en los programas de televisión para dogmatizar acerca de la legalización de las drogas duras y de la criminalización de la conducción de automóviles.

Los deberes y el horario de trabajo de un inspector concienzudo son incompatibles con ser un buen marido, un buen padre o un buen cualquier cosa, excepto un buen bebedor. Pero el refinado acento inglés del sargento inspector Duncan Churcher, su talento para los idiomas y sus modales sociables en los bares —además de un viejo amigo del colegio que vivía en

Whitehall— le buscaron un trabajo en Londres. Se había convertido en un agente «a distancia», y por eso yo estaba hablando con él en el Kar's Club.

—Es un trabajito sencillo, Duncan —le confié—. Pero muy delicado. — Él asintió. Supongo que era el consabido principio de siempre; todos los trabajos que se le pedían eran muy delicados—. Nada de papeles. Tendré que pagarte bajo algún otro pretexto.

Duncan Churcher sólo tenía que ocuparse de su trabajo. Vivía solo y estaba divorciado, aunque tenía una hija de treinta años, una hija única que había desperdiciado su vida y el dinero de su padre en una vana obsesión por convertirse en campeona de patinaje artístico sobre hielo. La única vida social que hacía Duncan, por lo que pude ver, eran las noches que pasaba en las reuniones que se celebraban en el local de Alcohólicos Anónimos.

—De modo que será así, ¿no? —dijo. No había deleite alguno en sus palabras—. Nada de papeles; sólo dinero.

No era pobre, ni tampoco venal. Nunca se había visto empujado a solicitar trabajo ni a recurrir a esa clase de trabajos domésticos que mantienen a flote a la mayoría de las pequeñas agencias de detectives de Londres. Los diferentes departamentos de Whitehall siempre tenían una misión para hombres como Churcher, hombres que sabían cómo hechizar a un testigo, forzar una entrada, sobornar a un empleado o darle una paliza a un sospechoso en cuatro idiomas, y obtener resultados sin armar jaleo y sin dejar que los periodistas se enterasen de una palabra del asunto. Y lo más importante de todo: Churcher había demostrado que su servicio en la policía le ayudaba a eludir las garras de la ley.

—Un buen meneo a fondo —le expliqué. Quería tranquilizarlo—. Sólo eso.

Había envejecido desde nuestro último encuentro, o quizá fuera que el efecto de aquella luz proveniente de una bombilla desnuda le acentuaba la cara con surcos y arrugas, y le producía manchas en las manos. Y aquella saludable cara sonrosada que yo siempre había asociado con los partidos de rugby los sábados en su club era en realidad un legado de color rubí de las borracheras que seguían a los partidos.

—Entonces, ¿esta vez no harán falta deducciones? ¿Nada de trabajo a lo Sherlock Holmes?

Sonreí sin decir nada. Ambos sabíamos que Duncan Churcher no era detective en el sentido estricto de la palabra. Sus soluciones procedían de dialogar con la gente, no de un razonamiento deductivo partiendo de premisas hasta llegar a consecuentes conclusiones. Se atenía cuanto podía a

conversaciones educadas, pero yo lo utilizaba sabiendo que era capaz de ponerse muy duro si convenía.

—Me gusta este lugar —dijo.

Mirando alrededor resultaba difícil comprender por qué. Las paredes de ladrillo pintadas de blanco, las luces de aula de escuela, las incómodas mesas y las sillas pequeñas, cada una con su tablero de ajedrez y su caja con las fichas, no habrían sido nada sin un ingrediente mágico, y éste era el propio Kar.

El de Kar era de los pocos clubes instalados en un sótano que había sobrevivido en el Soho. Durante la guerra había habido docenas de ellos, frecuentados habitualmente por soldados de todas las nacionalidades que, desconcertados y frustrados por las extrañas leyes inglesas acerca del consumo de alcohol, se veían atraídos hacia esos «clubes» donde la libertad para emborracharse se extendía hasta horas más tardías.

Jan Kar, un veterano polaco de algunos de los más feroces combates italianos en 1944, abrió aquella desvencijada bodeguita para sus amigos polacos del ejército. El ajedrez se convirtió pronto en su función primordial, pero todavía quedaban abundantes polacos que entraban sólo para practicar su lengua nativa. Uno de ellos había traído consigo a su regreso de Monte Cassino una fotografía del monumento conmemorativo polaco en el Punto 593. Aquellos que se detengan en escudriñar la borrosa fotografía de aficionado que está colgada detrás de la barra podrán leer esta inscripción:

NOSOTROS, LOS SOLDADOS POLACOS,
POR NUESTRA LIBERTAD Y LA VUESTRA,
HEMOS DADO NUESTRAS ALMAS A DIOS,
NUESTROS CUERPOS AL SUELO DE ITALIA
Y NUESTROS CORAZONES A POLONIA.

Observé a Arkadi, el hijo de Kar, mientras nos servía el café. Igual que Churcher, nunca había estado en Monte Cassino, y tampoco había estado nunca en Polonia. Ninguno de los dos tenía conexión alguna que fuera evidente con la tierra de sus padres. Cuando llevó el café a nuestra mesa, Churcher le pagó a Arkadi con un billete de diez libras que sacó de una cartera de piel de cocodrilo donde guardaba un lápiz de plata y las tarjetas de visita impresas. Él era así.

—Yo vengo aquí buscando a mi padre —dijo Duncan en respuesta a una pregunta que no formulé—. ¿Verdad, Arkadi?

Éste sonrió.

Un numeroso grupo de personas se había congregado en la habitación contigua para contemplar cómo el campeón defendía el título. No era sólo la habitual partida del domingo, había un trofeo en juego. Nosotros estábamos sentados solos en el estrecho vestíbulo, al pie de la escalera. Yo quería evitar la barra, que traía tentaciones a las cuales era demasiado probable que Churcher sucumbiera.

—Nada de papeleo. Me parece perfectamente bien, Bernard —continuó diciendo con una perfecta voz, terminante y profunda, como un locutor de la BBC en los lejanos tiempos en que los locutores hablaban inglés—. Para mí es suficiente tu palabra.

—El profesor Belostok enseña dibujo y pintura en una casa particular de Hampstead. Una de sus alumnas es una mujer de mediana edad... —Pensé en Daphne Cruyer—. O digamos... más bien joven. Un tipo joven se ha sumado a las clases nocturnas hace poco, no tiene mucho talento... supongo que es un auténtico manazas. Dice que es checo. Que su padre es sudafricano. Y eso debe ser para disimular el acento, creo yo.

—¿A quién tengo que vigilar?

—Es la consabida historia del chico que conoce a la esposa de otro —le expliqué.

—¿Alguien a quien conocemos?

—La mujer de Dicky Cruyer. Puede que no tenga la menor importancia, Duncan —me apresuré a añadir—. Anoche, cuando me enteré del asunto, perdí los estribos, pero... ¿quién sabe? No me gustan estas situaciones en ninguna circunstancia. Aunque, desde el punto de vista de la seguridad, puede que ésta sea completamente inofensiva.

—Ah, sí. El jefe supremo de destinos en Alemania.

—Ahora lo es de Europa.

—¿Cruyer? ¡Caramba! Y eso que es más joven que tú, ¿no?

—Gracias, Duncan. Ya me parecía a mí que esta mañana todo me iba demasiado bien.

—Lo siento, Bernard. Muy bien. Iré a ver a Romeo y evitaré a Julieta. ¿Dónde se ven? ¿Tienen citas regulares? ¿En algún otro sitio aparte de las clases de pintura?

—No tengo la dirección exacta, pero puedo enseñarte dónde es. Una vez llevé allí en coche a la señora Cruyer.

Saqué del bolsillo una guía de calles y le mostré la posición aproximada de la casa donde yo había llevado a Daphne a clase una noche en que Dicky había tenido un accidente con el coche y había cogido el de ella sin decírselo.

—¿Puedo preguntarte qué planeas? —quiso saber Churcher.

—Me gustaría librarme de él. Quiero que tú te libres de él. Que lo asustes, quiero decir.

De la sala contigua llegó el ruido conjunto de un par de docenas de personas que reaccionaban a un movimiento de ajedrez inesperado sin articular palabra.

—¿Aunque todo sea legítimo?

—¿Legítimo? Tienen una aventura, Duncan.

—Qué anticuado eres, Bernard. ¿Cómo sobrevive un puritano como tú en este nuestro mundo grande y malvado? —Me miró e intentó discernir un motivo en mi rostro—. ¿Sabe Cruyer el buen amigo que tiene en ti?

Era una pregunta a modo de sondeo.

—Mierda, Duncan. No quiero que Dicky se entere de lo que está pasando. Quiero desbaratarlo porque eso es más fácil que decidir a quién he de informar de ello.

—A todos nos gusta jugar a ser Dios, Bernard —dijo Duncan moviendo la cabeza con cálida aprobación. Era un cabrón sarcástico; se me había olvidado eso.

—¿Cómo empezará? —le pregunté.

—Le diré que soy de Aduanas y Arbitrios. Le explicaré que una persona a quien se ha detenido en posesión de drogas duras ha mencionado su nombre al hacer la confesión. Eso deja abiertas todas tus opciones.

—Me parece bien —le dije.

—Probablemente acabará por largarse del país —señaló Duncan—. Lo digo por experiencia.

—¿Aunque sepa que todo es un invento?

—Oh, sí, sobre todo en ese caso. Si es extranjero, se figurará que el departamento gubernamental que más miedo le dé le está tendiendo una trampa.

—¿Y si tiene un pasaporte del Reino Unido? ¿Y si no cede?

—Mira, Bernard, amigo mío. Si es probable que nuestro Romeo lleve una AK-47, creo que éste es el momento apropiado para que me lo digas.

—Nunca te enviaría desprevenido a una confrontación que resultase peligrosa.

—¡Tú fuiste quién me mandó al hospital Guy's durante tres semanas el año pasado!

—Espera un minuto, Duncan. Ese trabajo no procedía de mi Departamento. Te llamé por teléfono. Me jugué el cuello diciéndote que te lo

quitases de encima; pero tú insististe en hacerlo personalmente. Y no fue el año pasado, fue el anterior.

—¡Huy! Perdona, Bernard, tienes razón. No debería quejarme; es parte del trabajo. Y me descuidé. Pero no has respondido a mi pregunta.

Yo comprendía las vacilaciones de Duncan. Él no quería rechazar el trabajo porque temía que lo tachara de la lista. Pero aquél era un trabajo de los que Churcher pensaba que debían hacerse con gran precaución, paso a paso. No le gustaba que le metieran prisa, y en otras circunstancias quizá me hubiera mostrado de acuerdo con él.

—Es un trabajo rápido, de rutina, Duncan. Sólo utilizo tus servicios porque tengo prisa. Aunque sea un sondeo por parte del otro bando, sólo será un niño bonito estableciendo el primer contacto. Llévatelo aparte, agárralo por los tobillos y sacúdelo hasta que se le caigan los dientes. Entonces el otro bando se echará atrás. ¿Has captado la idea?

—El cliente siempre tiene razón. Lo mandaré fuera del país en el ferry del martes por la noche y te traeré un mechón de pelo de ese tipo al romper el alba el miércoles por la mañana —me aseguró Duncan con voz inexpresiva.

Quizá no hubiera terminado en un cargo de categoría superior en la policía de Leeds.

—Puede que no te guste, pero no tenemos tiempo para ponernos sutiles, Duncan.

—Estoy empezando a captar tu mensaje, viejo.

Sonrió. Reconocí aquella sonrisa como la misma que yo le dirigía a Dicky cuando me enviaba a mí a hacer algo que él no era capaz de hacer. Y aquello yo tampoco podía hacerlo.

Miré el reloj para ver cuánto faltaba para mi cita con Bret. Los dos nos pusimos en pie.

—Ésa es una buena jugada, ¿no te parece? —inquirió Churcher.

Estaba apuntando hacia un dibujo enmarcado que había en la pared. El dibujo representaba a un viejo muy turbado escribiendo en una postal. El mensaje decía: «Reina blanca a caballo del rey 6 y jaque mate». El viejo estaba escribiendo: «Desconocido en esta dirección» a lo largo de la postal.

—Sí —convine—. El jaque mate no funciona si no hay alguien que salga a abrir la puerta.

Churcher asintió con la cabeza; cogió del perchero el abrigo de *tweed* y el paraguas y me pasó mi abrigo.

—Mensaje para la mano de obra. ¿Es eso lo que quieres decir, Bernard?

—Quizá.

Se oyeron más ruidos apagados procedentes de la sala de ajedrez al empezar el siguiente gambito devastador. El campeón iba a ganar; todos sabían eso, incluso el perdedor.

Duncan me siguió escalera arriba y salimos a la calle exenta de vida. Ni siquiera el Ártico ofrece un paisaje más desolado que el Soho un domingo por la mañana. Bolsas negras que contenían los platos especiales del *chef* de la noche anterior se apilaban en altos montones a la puerta de los restaurantes, y a la cruda luz del día los relucientes cines quedaban en evidencia como pequeños e indignos tugurios.

—En Charing Cross Road podremos coger un taxi con más facilidad — sugirió Duncan. Cuando nos encaminábamos en aquella dirección, comentó —: No puedes soportarlo, ¿verdad, Bernard? —Sonreí y esperé a que dijera el resto—. No puedes soportar pasarle esta clase de trabajo a otro, ¿verdad?

—Me gustaría ver qué aspecto tiene ese tipo —confesé—. Pero no puedo hacerlo, ella me reconocería.

—Exacto. Ése es el único motivo por el que dejas que lo haga yo. — Mientras subíamos a pie por la calle Old Compton se acercó un taxi. Churcher lo detuvo con un bramido capaz de romper los tímpanos, el mismo que utilizan los jugadores de rugby de los colegios privados cuando piden una cerveza. Insistió en que lo cogiera. Abrió la puerta del taxi y me hizo subir—. No lo echaré a perder, querido muchacho. Le haré bailar el vals por el suelo con mi acostumbrada y exquisita delicadeza. No haré que te despidan, Bernard, si eso es lo que te preocupa.

—Deja que me preocupe yo por la seguridad de mi empleo —le indiqué—. No quiero que lo invites a bailar; pisotéale los dedos de los pies.

—Te has expresado con suficiente claridad, Bernard —dijo Duncan al tiempo que dejaba escapar un suspiro.

—Y ponte los zapatos de clavos.

Cuando el taxi se alejaba miré por la ventanilla y vi a Churcher que sostenía en alto el paraguas cerrado en un silencioso gesto de despedida en el que no había ni rastro de mofa. Yo sabía leer en él como en un libro. Duncan tenía todos los signos de ser demasiado viejo para aquella clase de trabajo; yo había dejado ver mis dudas acerca de su capacidad y él se había ofendido.

LLEGUÉ a la oficina unos minutos antes de las once. Cuando uno se pasa la vida entre alemanes, se crea el hábito de llegar a las citas un poco antes de tiempo. Los despachos de la planta inferior estaban vacíos, excepto el que ocupaban los guardas de seguridad y el del personal nocturno que también hacían las guardias del fin de semana.

Encontré a las otras tres personas en el despacho del director general, que estaba situado en el piso superior. Werner también había llegado temprano. Llevaba puesto el mejor de sus trajes y estaba sentado con Bret y sir Henry Clevemore; tenía una taza de té de China, el refresco favorito de sir Henry, en equilibrio sobre las rodillas. Sir Henry llevaba un cárdigan muy viejo con dibujo de Fair-Isle y zapatillas.

Bret paseaba la mirada escudriñadora por el despacho del director general como si nunca hubiera estado allí. El despacho se hallaba en su habitual estado de total confusión. No importa cuántas secretarías tuviera, o cuánto trabajasen éstas, no había manera de que pudieran poner al día el caos que aquel hombre creaba a su alrededor. Informes sin leer, correspondencia sin contestar, pelotas de papel desechadas que habían caído fuera de la papelera, un nido de pájaros de tiras de papel que rebosaban del triturador de documentos secretos. A lo largo de una pared, y casi perdido en la penumbra invernal, había un armario de marquetería con un elaborado dibujo de flores y pájaros. A menudo me había preguntado si se trataría de una pieza original de valor incalculable o era una reproducción del siglo diecinueve. Un día tendría que hacer acopio del valor necesario para decidirme a examinarlo de cerca, pero tuve la sensación de que aquél no era el momento adecuado.

No era una estancia particularmente grande; el despacho de Dicky era mayor. Por todas partes había libros apilados en altos montones. La mesa del director general estaba cubierta por tantas fotografías enmarcadas de sus hijos y nietos que apenas quedaba espacio para el secante y el juego de plumas. Aquel día había, además, encima de la mesa una bandeja grande de madera con una sencilla tetera de porcelana de color marrón bajo una funda de punto,

una jarra de leche, azúcar y tazas. Era típico del director general que toda la porcelana fuera de diseño tradicional barato, de la que se encuentra en casi todos los hogares del país. En la elección de la ropa y de sus pertenencias domésticas, sir Henry exhibía esa sencilla confianza en sí mismo que constituye el sello de la clases terratenientes británicas.

—Busque un sitio donde pueda acomodarse —me ordenó el director general.

Sus libros estaban en el corazón del problema. Como no había espacio en las estanterías, tenía la costumbre de colocar libros en las sillas. Cuando hacía falta una silla, los visitantes quitaban los libros para sentarse y los ponían en el suelo. Por ese motivo siempre había una alta barricada de libros amontonados por la habitación. Hice que la barricada quedara un poco más alta y tomé asiento.

Sir Henry estaba sentado detrás del escritorio, que era bastante feo, en forma de riñón y dotado de pedestal. Su gran perro labrador negro yacía a sus anchas debajo del escritorio con evidente indiferencia, así que Werner, Bret y yo —que estábamos sentados frente a él— teníamos que tener cuidado de no dar algún puntapié al animal que, de vez en cuando, se removía en sueños y hacía unos ruidos repugnantes.

—¡Ah, Collins! ¡Estupendo! —exclamó el director general mirándome cuando por fin estuve sentado—. Sírvase un poco de té.

—Samson —corrigió Bret al director general.

Bret no soportaba los malentendidos, especialmente los que eran crónicos. Eso le hacía difícil mantener su empleo, porque nuestro trabajo dependía de ellos.

—No, usted es Rensselaer —le dijo el director general con firmeza.

—Sí, pero éste es Bernard Samson —insistió Bret.

—Ya lo sé, ya lo sé —dijo el director general, irritado; y se aclaró la garganta como si estuviera a punto de toser.

—Pues usted lo ha llamado Collins —afirmó Bret, que nunca sabía cuándo era conveniente una retirada elegante.

—No, no lo he llamado así —le aseguró el director general—. Y ahora, ¿podemos continuar?

—Sí, señor, desde luego —dijo Bret.

—Es domingo —comenzó a decir el director general con bastante mal humor—. Todos debemos a nuestras familias un esfuerzo por terminar esta reunión lo más pronto posible.

—¿Le parece que informe a Samson de las decisiones que hemos tomado esta mañana?

—Me gustaría que lo hiciera —le dijo el director general, como si el retraso de Bret le pusiera nervioso.

Alargué la mano por encima de la mesa, quité la funda y me serví una taza de té de la tetera marrón de porcelana.

—El director ha decidido que la operación basada en la información que se nos ha pasado acerca de VERDI se lleve adelante —me informó Bret.

—Eso ya lo saben —le interrumpió el director general—. Siga o estaremos aquí todo el día.

—La siguiente etapa es traer a VERDI a una reunión con nuestros expertos en electrónica —dijo Bret.

Me miró a mí y luego a Werner, que estaba sentado, boquiabierto, con una expresión de asombro. Nunca había estado en el piso superior, y mucho menos en aquel sancta sanctorum que era el despacho del director general en persona. La expresión que tenía en el rostro era de completa consternación y perplejidad. Sencillamente, no acababa de creer que el Servicio de Inteligencia británico pudiera estar controlado por aquel quijotesco Mad Hatter aficionado al té.

—¿Quiénes son? —quise saber. Bebí un sorbo de té; la infusión debía de haber estado preparándose durante varias horas, porque sabía a disolvente. Me serví una buena cantidad más de leche, pero aquello no mejoró mucho—. ¿Quiénes son esos expertos en electrónica?

—Tendremos que traer a GCHQ —apuntó Bret.

Como eso ya se lo había dicho de entrada a Dicky, me limité a asentir con la cabeza.

—VERDI —dijo el director general.

—Sí —convine.

Debajo de la mesa, el perro pareció despertar al oír la voz de su amo. Se rascó perezosamente antes de emitir un sonoro gemido y sumirse de nuevo en el más profundo de los sueños.

—Tráiganlo a Londres —me pidió el director general.

—El director está intranquilo porque toda esta operación depende por el momento de una sola persona.

—¿Se refiere a VERDI?

El director general asintió.

—Sí, VERDI —dijo Bret—. Podría tratarse de una chaladura suya. O de una manera de sacarnos dinero.

—Tenía entendido que la mayor parte de los pasos preliminares ya se habían aclarado.

—No —me aseguró Bret.

Miré a Werner, que estaba más allá de Bret, y le dije:

—¿No habías hablado tú de los problemas técnicos?

Werner miró fugazmente a Bret con cierta aprensión antes de contradecirle:

—Sí, de algunos de ellos.

—Dicky dijo que todas las ideas se habían verificado. Dijo que sabíamos que podía salir bien —insistí.

—En teoría, sí —afirmó Werner.

Noté que se sentía avergonzado por su inglés, y también por tener que discutir con Bret.

—No hay necesidad de someter a examen toda la operación —terció Bret en tono admonitorio—. Tu trabajo, Bernard, consiste en traerlo a Londres.

—¿Está en peligro? —pregunté.

—Lo estará una vez que los soviéticos se den cuenta de lo que se propone —afirmó Bret—. Y tardarán treinta minutos a lo sumo.

—¿Le pasa algo al té? —preguntó el director general mirándome ferozmente a mí y luego a la taza. Pareció no haber oído el sarcástico aparte de Bret.

—No, señor, está delicioso.

Me incliné hacia adelante para volver a tomar la taza de té, pero al hacerlo pisé al perro. Éste pegó un salto y soltó un fuerte aullido.

—Lo único que necesitas saber, Bernard, es que ése es tu cometido.

—¿Qué?

—Traer aquí a VERDI sano y salvo —me aclaró Bret.

El perro labrador se estaba lamiendo la pata en el lugar donde yo lo había pisado. Me agaché para acariciarlo, pero cuando lo hice gruñó y me mostró los dientes.

El director general debió de oír al perro gruñir.

—¡C! ¡Compórtate, C! —dijo—. ¿Me oyes? Compórtate.

¿Verdaderamente se llamaría C el perro?

Bret, que observaba todo aquello, me miró sin expresión y comentó:

—Hay un aspecto más en esta operación, Bernard. Ese hombre, Fedosov, ha estado implicado directamente en la investigación de la muerte de Tessa Kosinski. —Dejó que yo asimilara lo que acababa de decir—. Al director

general le interesa muchísimo que utilicemos la presencia de VERDI aquí para llegar al fondo de ese asunto. Quiere que se aclare de una vez por todas.

—Muy bien —convine.

—Werner se encargará de establecer todo lo referente al contacto. No hay necesidad de que vayas allí, más que nada por si te tienden alguna trampa. Lo único que tienes que hacer es ir a buscarlo de manos de Werner y traerlo aquí. O quizá deberíais ir los dos. Werner y tú podéis decidir los detalles.

—VERDI quiere que saquemos de allí también a su padre —informó Werner.

Lo miré. Aquello era una novedad, y deseé que Werner no la hubiera soltado como una total sorpresa.

—¿Hay algún problema a ese respecto? —preguntó Bret.

—¿Hay alguna vía oficial de contacto con él de la que yo no tenga conocimiento? —pregunté.

Estaba claro que VERDI estaba en contacto regularmente con alguien que no me decía lo que estaba pasando.

—No. Bernard y yo lo arreglaremos como sea —le dijo Werner a Bret.

—Es una situación que conviene que esté clara, Bernard. Aunque sólo sea por una vez, hazlo como nosotros queremos —me pidió Bret—. Lo único que tienes que hacer es meter a ese matón en el maletero del coche y traerlo aquí, Bernard. Y no empieces a abrir cajas de sorpresas.

Volvíamos a estar como al principio. Era un círculo completo que me devolvía a Kinkypoo ofreciéndome esposas y cinta adhesiva para traerme a Verdi vivito y coleando.

Fiona regresó de la visita a casa de sus padres a última hora de la tarde.

—Werner está aquí —le dije desde lejos—. Se queda a cenar. ¿Cómo están los niños?

Fiona entró con aspecto radiante.

—Ha sido un día magnífico, Bernard. Hola, Werner. Tienes buen aspecto. Le di un beso.

—Deberías haberte quedado más tiempo —comenté.

—Era una idea tentadora, pero suponía que estarías esperándome. Qué graciosos llegan a ser los niños. Nos hemos pasado el día riendo.

—¿Dónde estaba tu padre?

—Ha estado viendo caballos. Creo que irá de caza otra vez antes de que termine este mes. La grave caída que tuvo lo dejó muy afectado, pero le he

dicho que si no vuelve a montar pronto, quizá no vuelva a hacerlo nunca. ¿Qué estáis bebiendo? ¿Cerveza? Aggh.

—¿Quieres que pida comida india preparada?

—Ah, así que por eso estáis bebiendo cerveza. Sí, estoy muerta de hambre. Pero ¿le gustará a Werner?

—Si la pedís vosotros... —nos dijo Werner—. Yo no entiendo los menús.

—¿Qué quieres beber tú, cariño? —le pregunté a Fiona.

—Nada de nada. Bebí demasiado anoche.

—Siéntate, cariño. Yo encargaré el curry.

Pero Fiona prefirió encargarlo ella. Tenía apuntados los nombres de los platos indios que más nos gustaban en un cuaderno que tenía en la cocina, y no le gustaban nada algunos de los platos picantes.

La cena llegó en forma de una docena de misteriosas bandejas envueltas en papel de aluminio. Fiona las apiló en el horno convencional durante veinte minutos, justo lo suficiente para llenar el piso de los olores penetrantes a curry caliente, y luego las vació por separado en unas fuentes de porcelana cara que resultaban chocantes con aquella comida.

—Billy se cayó de la bicicleta la semana pasada, y mi madre casi se muere del susto... el niño entró corriendo con la camisa llena de sangre. Pero sólo fueron unos arañazos... Quizá me tome una cerveza... Sally ha asombrado a todo el colegio porque ha ganado todas las pruebas de natación. Creo que a algunas de las chicas mayores no les hizo gracia que las venciera una gamba insignificante como ella. Puede que incluso acabe siendo la campeona del colegio.

—Bien por Sally. La llamaré por teléfono.

—Se parece muchísimo a ti, Bernard —me dijo Fiona mientras comíamos—. Es resuelta y muy dura.

—¿Así soy yo?

—Y yo soy como Billy... siempre tropezando, cayéndome y haciéndome daño.

—¿De veras?

La miré con asombro. Yo siempre había pensado que era al revés, evidentemente. Billy, con sus torpes e imprudentes intentos por tener éxito estaba volviendo a vivir mi vida, mientras que la tranquila, sosegada y esforzada Sally ganaba sin esfuerzo todos los premios y se llevaba todas las alabanzas, exactamente igual que Fiona. Pero no fue eso lo que dije.

—Pero si la dura eres tú, Fi.

—Ojalá fuera verdad —dijo Fiona al tiempo que suspiraba—. Cuando trabajaba en el Este me vi obligada a inventarme una personalidad ficticia para mí misma, una especie de *Doppelgänger*. Era un varón que se llamaba Stefan Mittelberg; lo saqué al azar de una guía, y me ayudó bastante.

—¿Te ayudó? ¿Cómo te ayudó? —le pregunté.

—Estaba completamente sola, Bernard. Necesitaba una guía, y la obtuve de una persona que me inventé, un varón duro y firme. Siempre que me sentía abrumada, fingía que era ese tal Stefan y hacía lo que él habría hecho.

—Suenas como un último y desesperado recurso —comentó Werner medio en broma.

Fiona sonrió.

—A veces fingía que era Bernard. Pero otras veces necesitaba a alguien incluso más duro que él.

—¿Más incluso que Bernie? —le preguntó Werner con fingida sorpresa.

—También había gente agradable —continuó diciendo Fiona como si lo estuviese recordando por primera vez, porque yo nunca la había oído hablar así—. Mi ayudante, que estaba en la comandancia de la KGB/Stasi de la Karl Liebknechtstrasse, era un hombre mayor llamado Hubert Renn. Un marxista devoto, pero un hombre íntegro. Pensé arreglarlo todo para que cuando llegase el momento de mi escapada Renn quedase por completo fuera de toda sospecha o complicidad. Pero cuando llegó el momento... resultó... que yo no estaba preparada.

Fiona se levantó de la mesa y se marchó apresuradamente a la cocina.

Werner cogió uno de los platos, todavía medio lleno de pollo al curry, y se dispuso a ir tras Fiona a la cocina para ayudarla. Pero yo lo sujeté por la manga y le pedí con un movimiento de cabeza que no lo hiciera. Werner volvió a sentarse y bebió un poco de cerveza.

Cuando volvió Fiona, estaba fríamente serena y parecía recuperada. Se sentó y le preguntó a Werner si le gustaba vivir en Zúrich, y en qué época la nieve en polvo era lo bastante profunda en las laderas de las montañas. Finalmente Fiona se retiró para acostarse y nos dejó solos para que bebiéramos cerveza y charlásemos.

—Creo que lo más probable es que el viejo Fedosov lleve años marcado —comenté.

—¿Por los suyos?

—Sí. Ya sabes cómo trabajan, Werner. No investigan a su gente y les dan una patente de inocencia, como hace nuestra seguridad interna. Le he oído decir a Verdi que hubo un informe de la KGB acerca del viejo, un informe que

data de la época de mi padre. Un asunto grave que habla de traición al Estado, no una queja de los vecinos porque pusiera la radio demasiado alta. Y tú sabes lo que eso significa, Werner. Investigarán a ese hombre una y otra vez, lo estarán haciendo eternamente. Cuando un sospechoso sale de uno de esos procesos de investigación con una patente de inocencia, se figuran que los investigadores no han trabajado lo bastante bien.

—¿Y eso nos afectará a nosotros?

—Quizá sí, si sacamos de allí a los dos juntos. O incluso si el viejo intentase cruzar el Muro solo y algún Grepo receloso comprobase los archivos y se encontrase con que VERDI ya estaba en Occidente.

—¿Crees que impedirían pasar al viejo?

—Naturalmente que se lo impedirían. Pero ése es el último problema que tenemos. Por mí pueden echar a ese viejo cabrón en pelotas a la Lubianka y dejar que se pudra allí. Pero si detienen al viejo quizá den la alarma por Verdi demasiado pronto, y eso estropearía toda la operación.

—Y a VERDI no le gustaría —observó Werner.

—En efecto —convine con cierta irritación—. A VERDI no le gustaría.

—Entonces, ¿qué hacemos?

—No tengo nada interesante que sugerir, pero creo que deberíamos traer al viejo por un puesto de control diferente exactamente a la misma hora que a Verdi. Y llevarnos al viejo a Francia, a Bélgica o a cualquier otra parte. Quizá convenga que hagamos que todo resulte muy llamativo.

—No creerás que el viejo sea capaz de informar sobre su propio hijo, ¿verdad? —me preguntó Werner.

—El viejo es un estalinista convencido, pero tiene un crucifijo colgado en la pared. Olvida el hecho de que vendiera información a mi padre en los tiempos del puente aéreo. Es toda una vida de adoctrinamiento lo que gana en estos casos, tú lo sabes bien, Werner.

—Y lo de hacer que todo eso llame la atención, ¿cómo voy a lograrlo?

—Hay un muchacho que me acompañó en el fiasco de Magdeburgo. Haz que lleve al viejo de la mano hasta el puesto y que se encargue él de hacerlo pasar.

—Es un viejo demonio arisco.

—El muchacho acaba de salir de la escuela de entrenamiento y busca acción —le indiqué—. Saldrán adelante, desde luego. Tú mantente lejos de ellos.

—¿Te importa que me coma ese último trocito de pollo korma?

Amontoné las sobras, fui a la cocina y las metí hechas un montón en el microondas. Werner me siguió y se quedó mirando cómo llevaba a cabo la operación.

—No sabía que te gustase tanto el curry —comenté.

—La comida india que hay en Berlín es al estilo de Sri Lanka; demasiado picante para mí —me confió Werner.

El horno emitió un pitido. Werner rebañó los diferentes currys de las fuentes y lo puso en su plato junto con el arroz; luego regresamos al comedor.

—Las sarnosas se ponen duras en el microondas —sentenció Werner mientras saboreaba un bocado de empanada—. Pero el pan nan está estupendo. ¿Seguro que no quieres un poco?

—Con un poco de curry tengo para mucho tiempo —dije rechazando el ofrecimiento.

Cuando Werner hubo apurado el último bocado de curry, se recostó, lleno y satisfecho, y me miró. Por el modo nervioso como movía los labios y jugueteaba con el vaso de cerveza me di cuenta de que todavía quedaba algo serio por tratar.

—Debes tener en cuenta la tremenda conmoción postraumática que ha tenido Fiona —comentó.

—Yo no conozco la jerga psicológica, Werner. Será mejor que me lo digas en lenguaje simple y llano.

—Ya has oído lo que ha dicho Fiona. Estuvo en Berlín Oriental el tiempo suficiente como para desarrollar fuertes sentimientos de amistad y lealtad. Ese viejo alemán le pesa en la conciencia. Cuando la arrancaron de allí, avisándola con muy poco tiempo, probablemente la culpa de la traición se sumó a toda la ansiedad que tenía por los riesgos que estaba corriendo. La preocupación de que la capturasen y la juzgasen por espía.

—Adelante, doctor Volkmann. ¿Hace mucho tiempo que trabajas en esta tesis o te la estás inventando sobre la marcha?

—Eres un cabrón despiadado, Bernard. Eres mi mejor amigo, y mi amigo más antiguo. Pero eres un cerdo duro de corazón.

—Te he dicho que continúes.

—¡Una especie de *Doppelgänger*! Dios mío, lo que debe de haber sufrido.

—Fiona no es la única que estuvo allí, Werner.

—Pero ella no tenía experiencia alguna en trabajar sobre el terreno, Bernard. Puedes imaginarte cómo debió de sentirse el tiempo que estuvo trabajando allí. Y luego, en aquel terrible estado de terror... mientras la están sacando de aquel maldito lugar de la Autobahn, tiene que ver cómo matas tú a

algunas personas que ella conoce. Luego ve a su hermana caer muerta a tiros, e incluso le salpica la sangre. —Me miró como esperando que yo lo negase, pero no hice comentario alguno—. Tú me dijiste que le limpiaste salpicaduras de sangre de la cara antes de pasar por el puesto de control, por si alguno de los guardias se fijaba. Es decir...

Se calló y contuvo la respiración, agitado y angustiado, como si todo aquello le hubiera ocurrido a él.

—De acuerdo, Werner. ¿Crees que no lo he pensado? Pues lo he hecho, y no una vez, sino mil veces. Pero ¿qué es lo que me quieres decir que haga?

—Te estoy diciendo que le des una oportunidad. Necesita ayuda, Bernard.

—Está mejorando.

—Es posible. Y también es posible que no. Pero si tú crees, o Fiona cree, que alguna vez va a recuperarse de aquella experiencia, más vale que lo vuelvas a pensar. Llegará a asumir lo sucedido, pero nunca lo olvidará ni se recuperará. Ojalá yo pudiera hacerte entender eso. Fiona nunca se pondrá bien. Deja de esperar que suceda algo que nunca sucederá.

—Hasta cierto punto, supongo que tienes razón, Werner —le dije.

Era algo deprimente de oír, y desesperadamente odioso de creer, y en cuanto lo hube pronunciado lo empujé hacia los más profundos recovecos de mi mente.

—En la actualidad, Bernard, sus emociones son confusas. Fiona tiene que poner en orden sus pensamientos, sus recuerdos y sus emociones. Algunos de ellos los reprimirá para siempre. Puede que eso sea conveniente. Pero de lo que debes darte cuenta es de que mientras ella se adapta, trasladará su tristeza a otra persona.

—¿Por qué?

—Porque necesita un chivo expiatorio. Le echará la culpa a alguien. Así es como podrá recobrar el equilibrio y adaptarse a la vida normal.

—¿A mí? ¿Me echará la culpa a mí?

—¿Al Departamento? ¿A George Kosinski? ¿A Dicky, por llevarse a Tessa a Berlín? No lo sé. Esas cosas no siguen lógica alguna. Sólo necesita alguien a quien culpar. No le facilites demasiado el que te elija a ti.

—¿Quieres que le ayude a echarle la culpa al Departamento? —le pregunté.

—Sospecho que Fiona está en camino de hacerlo —sentenció Werner.

WERNER regresó a Berlín y comenzó a disponerlo todo para que VERDI fuera a Londres. Yo estuve trabajando mucho, y pronto despejé la mayor parte del trabajo atrasado que Dicky había descargado sobre mí. El miércoles, tomándole a Bret la palabra, fui a ver a los niños a las profundidades de la zona residencial de los bolsistas de Surrey. Amaneció como uno de esos hermosos días de invierno en que el cielo está casi completamente azul, sólo con unos pocos jirones de nubes, y no sopla más que el viento necesario para hacer temblar los árboles desnudos. El miércoles era el día que los niños no tenían colegio por la tarde, así que los recogí a mediodía y los llevé a comer a un *fish and chips* del pueblo. Pero cuando llegamos allí algunas nubes grises cargadas de humedad habían empezado a avanzar rápidamente por el cielo.

—Al abuelo no le gusta el pescado con patatas fritas —me dijo Sally.

Estábamos disfrutando de la comida tradicional del trabajador inglés: pescado rebozado frito, patatas fritas, cebolletas en vinagre, pan con mantequilla y té caliente con leche. De niño, como yo procedía de Alemania, encontraba aquello una comida curiosa. Pero era lo que más le gustaba comer a mi padre siempre que venía a Inglaterra, y por lo tanto yo también me aficioné a ella, aunque aquéllas temiblemente ácidas cebolletas era algo que se me seguía resistiendo.

—Dice el abuelo que el pescado con patatas es vulgar —terció Billy.

—Fijaos en lo que le han hecho a este lugar en los últimos meses —les comenté—. Tienen incluso menús impresos, y el nuevo rótulo de la puerta dice «Restaurante de pescado».

Solíamos frecuentar aquel lugar para comprar la cena hecha cuando íbamos a visitar a los abuelos. No hacía mucho se llamaba «Tienda de pescado y patatas», y tenía mostradores de madera, bancos a modo de asientos, linóleo en el suelo, y la comida para llevar la envolvían en papel de periódico.

—A mí me gustaba como era antes —comentó Billy.

Siempre intentábamos coger una mesa que estuviera al lado de la ventana para poder vigilar el coche y a los depredadores que acechaban el tráfico.

—No —le contradijo Sally—. Ahora está más bonito, con los manteles de cuadros rojos y la camarera con un delantal en condiciones.

—No es una camarera —le aseguró Billy—. Siempre ha estado aquí. El hombre que está al cuidado de la freidora la llama mamá.

—Acabarás siendo detective —observé.

—Voy a ser director de museo.

Aquella era una ambición completamente nueva.

—¿Por qué? —le pregunté.

—Porque sólo tienes que tener cuidado de las cosas —me explicó Billy como si hubiera penetrado en un secreto celosamente guardado del ámbito de los museos, cosa que bien podía ser verdad—. Y nadie sabe que no son tuyas. Probablemente incluso puedes llevártelas a tu casa por un día o dos.

—¿Qué clase de museo?

—Me lo estoy pensando —respondió Billy—. Probablemente de pistolas. Un museo de pistolas.

—No existen museos de pistolas —le dijo Sally.

—Claro que sí, Sally, no seas tonta.

—No me llames tonta. No existen. ¿A que no, papá?

—Hombre, no hay muchos —repuse con prudencia.

—Pues yo odio las pistolas —nos aseguró Sally—. ¿Por qué hemos de tener pistolas, papá? ¿Por qué no hacen algo para que no sea legal tener pistolas?

—Para que podamos dispararle a las personas malas —dijo Billy.

—¿Tú disparas a las personas malas, papá? —me preguntó Sally.

Aunque continuaron comiendo con cuidado y atención, yo sabía que los dos me estaban observando. Tuve la impresión de que habían estado hablando de ello.

—Pues claro que no —repuse—. Eso lo hacen los policías.

—¿Ves? Ya te lo decía yo —le dijo Sally a Billy. Y refiriéndose a mí, añadió—: Billy decía que tú habías disparado contra mucha gente. Pero no es cierto, ¿verdad, papá?

—No —le aseguré—. Yo no sirvo para esas cosas; me da miedo el ruido de los disparos. ¿Le apetece a alguien comerse mis patatas?

—A Billy —respondió Sally.

—El abuelo va a llevarme a cazar conejos con una escopeta —nos confió Billy—. Tiene muchas; incluso tiene una habitación para guardarlas. A mí no

me importa el ruido de los disparos. —Se sirvió mis patatas fritas—. O un museo de coches. Así podría utilizarlos para irme a casa por la noche.

—Los coches son mejores —observé.

¿Qué clase de profesión era la nuestra, cuando mentirles a nuestros hijos resultaba obligado? Un día nos sentaríamos los tres y se lo explicaría todo... pero si las cosas transcurrían con normalidad me atropellaría un camión antes de que llegase ese día.

Después de comer desafiamos la brumosa lluvia y anduvimos a pie por las colinas septentrionales. Es un paisaje impresionante, con fuertes, campamentos y otros restos de la ocupación romana si uno sabe dónde buscar. Por suerte los niños habían visitado la mayoría de aquellos lugares en excursiones del colegio, así que pudieron ponerme en el buen camino cada vez que yo estaba a punto de extraviarme. En el tema, mucho más delicado, de corregirme los errores que cometí acerca de la historia de la Gran Bretaña romana tuvieron bastante más tacto.

Cuando los llevé de nuevo a casa de mis suegros, los niños estaban agotados, y yo también. Durante el camino de vuelta, a instancias de Sally, compramos bollos de pasas en la panadería. Después de que hubiéramos dado buena cuenta de los bollos tostados y del té delante de la chimenea con la abuela, los niños me acompañaron hasta el coche cuando decidí irme a casa. Yo llevaba un Volvo que el Departamento había autorizado como una adquisición compatible con mi graduación y rango. Billy lo estuvo admirando y luego se puso a hacer una lista de los coches que tendría en su museo. Pero cuando les di un beso para despedirme, Sally sonrió al oír los planes de Billy acerca del museo y me confió:

—Los coches son mejores que las armas.

Me limité a decirle que sí y lo dejé correr. Pero cuando iba conduciendo de vuelta a Londres, mientras escuchaba algunos conciertos para piano de Mozart en el casete del coche, tuve el incómodo pensamiento de que Sally — más joven que Billy, pero más perceptiva, más cínica y más exigente, como lo son a menudo los hijos segundos— se había dado cuenta de la mentira que les había dicho en el restaurante.

El viernes por la mañana, temprano, el viejo Fedosov y el muchacho pasaron a Berlín Occidental sin incidente alguno. Fueron al aeropuerto en coche y cogieron un avión que los llevaría a París. Al mismo tiempo, sincronizando los movimientos con mucho cuidado, Werner recogió a VERDI

en el puesto de control Charlie. Volaron de Berlín a Colonia y luego cogieron un aerotaxi hasta el aeropuerto londinense de Gatwick.

Dicky Cruyer y yo fuimos a esperarlos a Gatwick después de haber hecho las gestiones necesarias para que las formalidades de la aduana y de inmigración fueran mínimas para Werner y su encargo. Lo hizo bien, porque las formalidades se llevaron a cabo dentro del avión y Dicky introdujo el coche hasta la «zona aérea» y lo acercó al aparato; allí estuvimos esperando a que salieran.

—No podéis utilizar Berwick House —me indicó Dicky mientras estábamos sentados en el coche esperándolos—. ¿Recibiste el mensaje que te envié?

—No —repuse—. ¿Cuándo lo enviaste?

Me resultó difícil no levantar la voz. Me enfurecía que Dicky hubiera estado a mi lado durante casi media hora y no se molestara en hablarme de ello.

—Le encargué a Jenni que te lo dijera —me comentó vagamente.

Comprendí que no lo había hecho. Comprendí que se le había pasado por alto hasta aquel preciso momento.

—Pues necesitamos Berwick House —dije.

El complejo de Berwick House comprendía varias hectáreas de terreno con una alta valla alrededor, guardas armados y dispositivos contra intrusos. No había un lugar mejor para poner a personas como VERDI a las que había que mantener ocultas y seguras.

—Está clausurada. Nadie la usa ya —insistió Dicky.

—¿Por qué? ¿Desde cuándo?

—La han cerrado mientras quitan el amianto de los techos o algo así.

—Por Dios, Dicky. No lo puedo creer. ¿Quitar el amianto? ¿Y qué van a poner en su lugar?

—No cojas una rabieta, Bernard, eso no es obra mía. Es el plan de «obras y ladrillos». Me temo que en estos tiempos no hay ningún lugar que se le parezca demasiado.

—¿Y dónde demonios vais a meterlo?

—La decisión... es decir, la decisión última... debe ser cosa tuya. Pero he dado instrucciones para que tu grupo tenga el uso exclusivo del piso franco de Notting Hill Gate. He hecho las gestiones pertinentes para que un equipo vigile las entradas delantera y trasera. Allí estaréis a salvo.

—¿Cuándo va a entender alguien lo que no hago más que repetir una y otra vez? El piso de Notting Hill está en peligro. Lo han estado utilizando

incluso para que pasen la noche visitantes de fuera de la ciudad. Sabes tan bien como yo que es un lugar donde el personal subalterno lleva a sus fulanas para pasar la tarde. No es seguro y no es secreto.

—Espera un momento —me interrumpió Dicky—. De eso no sé nada. Lo de... ¿Quién lleva furcias allí?

—Pues debes de estar comatoso, Dicky. ¿No te has fijado en que cuando se necesita la llave por todas partes hay miradas de preocupación, llamadas telefónicas internas y personas con la cara roja corriendo por todo el edificio para encontrarla?

—Pues no, no me he fijado. Quiero decir que como prueba eso es muy poca cosa, nada decisivo, ¿no te parece? No demuestra que se esté utilizando por miembros del personal subalterno para revolcarse con alguien.

—No quiero discutir contigo, Dicky. Pero Notting Hill nunca ha sido un piso franco en condiciones, sólo un local de la oficina del Departamento. ¿Cómo se te ocurre pensar que es un local seguro para esconder, alojar y proteger a alguien como VERDI?

—¿Y adónde quieres llevarlo? —me preguntó Dicky.

Parte del pavoneo se le había esfumado al ver que yo tenía buena parte de razón.

—Tendremos que arreglarnos con eso por esta noche. Pero, por Dios, mañana coge el teléfono y busca un lugar que esté protegido como es debido para poner a VERDI. La policía o el ejército deben de tener lugares seguros.

—¿Es cierto que el personal subalterno lo usa como picadero para llevar a chicas?

—Pregúntale a Jenni, con i latina —le dije.

Me miró para ver si le estaba tomando el pelo.

—Veo que te gusta remover la mierda —dijo con una voz no exenta de admiración.

Así que me llevé a Werner y a VERDI al piso franco de Notting Hill. Alguien le había hecho una buena limpieza a fondo desde mi anterior visita. Lo que realmente me fastidiaba de la estupidez de Dicky era que, privado de los guardas y del personal doméstico que constituían los servicios rutinarios en Berwick House, yo tendría que quedarme a pasar la noche con Werner. Y era necesario que fuésemos dos. Tendría que haber alguien despierto a todas horas para vigilar las cosas mientras Verdi dormía. Y aunque VERDI se estaba portando bien y cooperaba en todo, no podíamos correr el riesgo de que saliera por la puerta y desapareciera en las bulliciosas calles del centro de Londres.

Llamé a Fiona por el teléfono del coche y le dejé un mensaje en el que le decía que Dicky me había encomendado una misión para toda la noche y que la vería al día siguiente en la oficina. Era un mensaje vago, pero Fiona comprendería con facilidad lo que estaba ocurriendo cuando lo escuchara. Y si no era así, siempre podía preguntarle a Dicky.

—Mira esto, Bernard. Y no es más que el comienzo —me indicó Werner. Estaba extendiendo sobre el mostrador de plástico de la cocina parte del material que VERDI había traído consigo—. Mira, Tessa Kosinski.

Las luces fluorescentes instaladas en el mostrador iluminaban una serie de grandes fotografías en blanco y negro satinadas. Brillantemente iluminado, un cuerpo con grandes quemaduras estaba tendido sobre la mesa de un depósito de cadáveres. Un primer plano de la vista frontal de la cabeza, otro de perfil, primeros planos de las manos y diferentes tomas durante la disección.

—¿Una autopsia del ejército? —preguntó Werner.

—Sí, son los que tienen los mejores patólogos —explicó VERDI, que estaba de pie detrás de Werner bebiéndose un *whisky*—. Tienes que leer la autopsia y el informe del forense.

Había media docena de páginas; hojas mecanografiadas muy densas, de la clase acostumbrada. Pero las fotocopias eran de mala calidad y no resultaba fácil descifrar el texto.

—¿Cuál fue el veredicto? —le pregunté.

—Que no murió por quemaduras. —Sin soltar el vaso de *whisky*, VERDI comenzó a pasar las páginas hasta encontrar lo que quería—. No había rastros de humo ni de carbono en la tráquea ni en los pulmones. —Puso el dedo sobre el párrafo en concreto—. Aquí está: la muerte la causaron las heridas producidas por los disparos de una escopeta. Se utilizó una escopeta del calibre 12 a quemarropa. Quedaba plomo en el cuerpo... perdigones... perdigones grandes... muchos perdigones.

—¿No habrían tenido que derretirse los perdigones al arder el cuerpo? —le pregunté.

—Sí —respondió. Y de nuevo comenzó a pasar las hojas hasta encontrar la referencia apropiada—. Aquí está: el forense observó indicios de metal procedentes de proyectiles derretidos. —En el fondo de la cartera encontró una tarjeta a la que se había grapado una bolsita de plástico. Dentro de ésta había media docena de bolitas de metal: los perdigones. VERDI me miró—. Diría que se trata de proyectiles del número 4 —indicó.

—Sí —convine.

Los combates en la selva durante la guerra del Vietnam convencieron al ejército de Estados Unidos de que las escopetas con munición del número 4 eran las que tenían más efectos letales al ser utilizadas contra blancos humanos.

—Pero ¿quién lo hizo? ¿Y por qué? —quiso saber Werner.

VERDI se encogió de hombros. Lo fácil nos lo dejaba a nosotros. Se sentó. Nos miró a los dos y sonrió. Todos sabíamos cómo sería la cosa. Durante los días siguientes VERDI iría extendiendo las mercancías que tenía delante de nosotros, como un vendedor ambulante en un mercado oriental. Y nosotros cogeríamos en la mano cada uno de los artículos, los inspeccionaríamos con atención y luego nos pondríamos a regatear.

—¿Satisfechos? —preguntó VERDI.

—Es un comienzo —dije yo.

Asintió con la cabeza y tomó un sorbo de *whisky*.

—No es la Kosinski —musitó en voz baja—. Está bien hecho, ¿verdad? A conciencia. Es la mujer a la que mataron en la salida de Brandeburgo, pero no es la Kosinski.

No dije nada. Estaba mirando a VERDI con mucha atención. Entonces comprendí que me había equivocado con respecto a él. Había permitido que mis sentimientos influyeran en mi capacidad de raciocinio. VERDI había cambiado. Ya no era aquel hombre terco y desalmado que yo había conocido en los viejos tiempos; ahora era un profesional educado e ingenioso.

—¿Quién es? —le preguntó Werner.

—Es una teniente de la Stasi. La enviaron allí aquella noche cuando se enteraron de que Fiona Samson escapaba por la Autobahn. Nuestro oficial de guardia llamó a la oficina de Brandeburgo y ordenó que fueran a buscar a Fiona y la devolvieran a toda costa. Ésa era la orden: que la devolvieran a toda costa. Brandeburgo envió un equipo de tres personas del cuerpo de guardia. La mujer era la de mayor graduación.

—Yo estuve allí, en la Autobahn, aquella noche —le dije.

—Pues ya sabes el lío en que se convirtió todo. Todo salió mal. El mensaje ya se había modificado dos veces cuando Berlín recogió los datos de los hechos que habían tenido lugar. Al equipo de Brandeburgo le habían dicho que capturase a Fiona Samson, una mujer que viajaba en una furgoneta Ford Transit con matrícula diplomática. Llegaron a las obras de la carretera e identificaron la furgoneta. Había una mujer en la parte de atrás. La cogieron, la metieron en el maletero del coche que llevaban y se largaron de allí. Pero la teniente de la Stasi se quedó atrás. Dijo que ella se encargaría de retrasar las

cosas. Estaba oscuro como boca de lobo. Dijo que, mientras sus hombres huían, haría creer que ella era Fiona Samson. Supongo que lo que pretendía era hacer méritos. Las mujeres siempre quieren probar lo mucho que valen, ¿no es cierto? Estaba armada y era la persona de mayor rango. Los dos hombres hicieron lo que ella les ordenó.

VERDI me miró, pero yo permanecí inexpresivo.

—¿Qué ocurrió entonces? —le preguntó Werner.

—Pregúnteselo al señor Samson —repuso VERDI—. Él estaba allí. Hubo un gran tiroteo. Nunca he podido averiguar cuántas personas resultaron muertas. La teniente sí murió. Samson sobrevivió. Subió a la furgoneta Ford y se marchó llevándose de allí a su esposa. ¿No es así, Samson?

—Le estoy escuchando —le dije. Podía adivinar lo que vendría después.

—Alguien metió a la teniente de la Stasi en un coche y le prendió fuego —explicó VERDI—. Fui allí a la mañana siguiente, a primera hora. Era una escena dantesca. Di órdenes de que el cadáver carbonizado no fuera identificado como el de la teniente de la Stasi y puse una restricción de seguridad durante setenta y dos horas en aquel asunto. La restricción se fue alargando y todavía está vigente.

—¿Qué pasó con la Kosinski? —quiso saber Werner.

—La confiné en Normannenstrasse. Se negó a decir una palabra a nadie. Yo no había visto nunca a Fiona Samson, así que la fotografiaron y se le tomaron las huellas como Fiona Samson. Eso ayudó a aclarar el error, pero pasaron un par de días antes de que pudiéramos hacer que nos enviaran los papeles de Fiona Samson. Yo sabía que lo de Fiona Samson era un asunto delicado, así que no quería ni pensar en someterla a un interrogatorio hasta que me dieran el visto bueno los de arriba. Al final, a la prisionera se la identificó como la hermana, Kosinski.

—¿Dónde está ahora?

—La trasladaron a la prisión de alta seguridad de Leipzig. Están esperando una disposición política que les diga qué deben hacer con ella.

—¿Está viva? —preguntó Werner.

—Está sana y salva. Supongo que a su debido tiempo será canjeada por uno de los nuestros.

—¿Es por eso por lo que ha venido usted aquí? —quiso saber Werner.

—En parte, sí —respondió VERDI. Se volvió hacia mí y añadió—: No ha dicho nada usted, Samson.

—Volveremos a ello mañana por la mañana —le dije.

Me harían falta un vídeo y una grabadora si aquello iba a formar parte del archivo oficial.

Tan sólo unos minutos después sonó el teléfono; la llamada era de Duncan Churcher. Al principio comenzó a hablar en un tono muy arrogante.

—Súbete los pantalones y da las buenas noches a la chica. Estoy en la calle Praed. Ven a reunirme conmigo en la entrada de taxis de la estación de Paddington dentro de treinta minutos. Supongo que tienes una varita mágica que te permitirá dejar el coche allí sin que se lo lleve la grúa. ¿Vale?

Duncan estaba a punto de colgar.

—Espera un minuto —le pedí—. No creo que pueda irme de aquí ahora.

Los juguetones modales de Duncan cambiaron.

—Estés haciendo lo que estés haciendo, Bernard, no es más urgente que esto. Y no podré tener la tapadera puesta encima más allá de una hora.

—¿Qué ha pasado?

Hubo un largo silencio mientras decidía cuidadosamente cómo expresarlo.

—Necesitarás el equipo de limpieza. Quizá quieras alertarlos antes de que vengan.

—¡Cielos!

—Donde los taxis dejan a los pasajeros. Llevo puesta una trenca blanca.

—Allí estaré.

A lo mejor no lo dije muy convencido. Supongo que Duncan quería confirmarlo, porque me dijo:

—¿Estás muy lejos? Me han hecho llamarte ya a tres números diferentes. ¿Es que ni siquiera tu secretaria sabe dónde te encuentras?

—¿Has preguntado a mi esposa?

—*Touché*, Bernard. No; debió ocurrírseme llamarla a ella.

—¿Has estado bebiendo, Duncan?

—Como hay Dios que no, Bernard. No, te lo juro. Hace semanas que no bebo.

—Pues no empieces ahora.

Colgué sin decirle adiós.

Werner me estaba mirando.

—Werner, tengo que salir —le expliqué—. Cuida de su señoría. Yo volveré antes de una hora.

—¿A dónde vas?

—A la calle —repuse.

—¿Y si Dicky o Bret quieren saber dónde estás?

—Diles que me he caído por la escalera y he salido a comprar tiritas.

—¿Necesitas una pistola?

—No, gracias —dije—. Parece que ya es demasiado tarde para explosiones ruidosas.

Era una habitación pequeña y mezquina en un edificio viejo y desvencijado que olía a podrido. Esa clase de hotel sórdido y pequeño que abunda en los alrededores de las estaciones de ferrocarril y de las terminales de autobuses. Estos edificios, con un breve contrato de arrendamiento antes de que les llegue la hora de ser demolidos, son la inversión favorita de los caseros depredadores. Seguí a Churcher escaleras arriba. Delante de nosotros iba un hombre con un manajo de llaves; tenía barba de varios días y el aliento le olía a ginebra, lo que sospeché era cosa de Churcher. Era un tipo delgado, sin duda consecuencia de acarrear aquel manajo de llaves por la escalera arriba y abajo agarrándose con frecuencia a la barandilla para no perder el equilibrio.

La pobreza trae consigo la falta de alternativas, y por ello la pobreza urbana tiene un carácter melancólico y monótono que es común a los alojamientos baratos de una punta a la otra del mundo. Manchas de vómito, colillas de cigarrillos y botellas vacías; aquellas habitaciones pequeñas podían haber estado igual en un edificio de viviendas de Nueva York, en una pensión de la Ciudad de México o en un edificio cuadrado y de poca altura de Berlín. La cama de metal con la pintura saltada y los muelles torcidos, las ventanas sucias, el colchón viejo, manchado y maloliente, dos sillas de cocina y unos cuantos utensilios abollados en un hornillo viejísimo para justificar el letrero que anunciaba «habitaciones en alquiler» que se veía desde la calle.

—Ven a verlo —me indicó Churcher mientras atravesaba la primera habitación y entraba en el sombrío dormitorio contiguo.

Inclinado hacia adelante, doblado como una navaja y con la manta mugrienta apartada a un lado, estaba el cuerpo escuálido de un hombre de edad indeterminada, entre los veinte y los treinta años. Tenía el pelo ondulado largo hasta los hombros y llevaba una camiseta mugrienta y calzoncillos bóxer a rayas. Como un diagrama anatómico, las marcas de las inyecciones seguían el dibujo de las venas a lo largo de los brazos y de las piernas. Contra la cabecera de la cama había apoyadas un par de almohadas donde aquel hombre había estado recostado hasta que se había tomado un frasco de píldoras, había vomitado, aunque no lo suficiente, y había muerto.

—¿Para esto me has traído aquí? —le pregunté.

—Quería que lo vieras —me dijo Churcher.

—¿Por qué?

La cara se le puso tensa de preocupación.

—Oh, no, no quiero decir eso, Bernard. Tú no tienes nada que reprocharte. Nada en absoluto.

—Entonces, ¿por qué?

—Era el modo más rápido y efectivo de mostrarte que este tipo no podía ser de ninguna manera lo que tú creías.

—¿Lo que quieres decir es que no podía ser el amante de Daphne Cruyer?

—Ni tampoco una sonda de la KGB. Ni el amante de Daphne Cruyer. Ya ves. Él no era nada, Bernard. No era más que un montón de desechos de la gran ciudad.

—¿Cuándo ha ocurrido esto?

Observé a Churcher mientras tiraba del cuerpo de aquel hombre hacia atrás; lo sentó en la cama el tiempo suficiente para que yo pudiera ver el rostro, blanco y ojeroso, y los ojos muy abiertos del cadáver. Cuando Duncan lo soltó, el peso del cráneo venció la rigidez de los músculos del cuello, por lo que la cabeza cayó hacia adelante como si cobrase vida.

—Hace varias horas, a juzgar por el rigor.

—¿Has registrado la habitación?

—Lo he hecho mientras te esperaba.

—No me gustaría que en la investigación del forense saliera algún diario íntimo de este tipo y Daphne Cruyer apareciese en sus páginas.

—No hay nada de eso, te lo aseguro. Estuve hablando con él largo y tendido el miércoles por la tarde. Sin presionarle en absoluto, Bernard, te lo juro. No hizo falta. Acababa de ponerse un pico. Estaba lúcido y racional, pero no había nada detrás de sus ojos, Bernard.

—¿Y por qué no puede ser el querido de Daphne Cruyer?

—¡Míralo! Mira los pinchazos en las venas. ¿Iba alguna mujer medianamente inteligente a irse a la cama con este tipo? —Arrugó la nariz como si oliera el aire por primera vez—. He visto a Daphne Cruyer una vez o dos, hace un par de años. La recuerdo de un cóctel en el Instituto Alemán, o en una de esas reuniones gratuitas. Iba vestida con un traje largo estampado con flores y llevaba collares, brazaletes y zapatillas de *ballet*. Una mujer muy aficionada al arte, ¿no?

—Creo que sí —convine.

El cuerpo del hombre había continuado moviéndose y, de repente, resbaló del todo hasta volver a adoptar aquella posición doblada sobre sí mismo,

como un hombre cuando intenta tocarse los dedos de los pies. Churcher lo vio, pero no por ello interrumpió lo que estaba diciendo.

—Me pareció una mujer muy creativa. Muy imaginativa.

—No creo que ella se lo inventase, Duncan.

—Pues yo creo que sí, Bernard. Era una fantasía que tenía que expresar de algún modo, eso es lo que yo creo. Quizá la ayudara a controlar la ira que sentía contra su marido. Seguro que esa mujer no pensaba que tú llegaras a verlo nunca, ¿verdad? —Al ver que yo no respondía, añadió—: ¿Estaba bebida? ¿Estaba enfadada? ¿Estaba celosa?

—Las tres cosas —admití—. ¿Causa de la muerte?

—Pues hay causas para elegir, Bernard. Tiene aquí píldoras suficientes para poner una farmacia. La mitad de esos frascos están vacíos; por lo que sé, se las tragó todas de golpe. Consumía *crack* y toda clase de mierda. Aunque hubiera ingresado en una granja de salud ayer por la mañana, sus esperanzas de vida no hubieran sobrepasado el año.

—¿Por qué no me explicaste todo esto la primera vez que lo viste?

—Estuve comprobando su historial médico, y eso es un asunto lento. Salió de un hospital psiquiátrico hace unos tres meses. Ya sabes cómo va en estos tiempos, nadie quiere firmar una orden de internamiento para retener a nadie. Podrías cortar en rodajas a una vieja con una sierra mecánica, y aun así no te encerrarían bajo candado. —Miró a su alrededor—. No es que éste fuera a hacer nunca nada parecido. Era un hombre educado, considerado y amable con todo el mundo. Médicos, pacientes, incluso las personas que viven en esta ratonera dicen lo mismo de él. El pobre diablo, sencillamente, ya no aguantaba más.

—¿Crees que dirán que ha sido un suicidio?

—¿Un suicidio? Pero ¿dónde pones tú los límites, Bernard? En Rusia a los alcohólicos los llaman «suicidas parciales». Y así es, ¿no?

—No lo sé —le dije.

—Pues tienes suerte. —Miró el reloj—. Si tú no quieres llamar a vuestros chicos de la limpieza, será mejor que llame pronto a la ley, Bernard. ¿Has visto lo suficiente?

—Entonces, ¿no había nada de lo que te dije, Duncan?

—Este tipo asistía a las clases de arte. No había que pagar, se estaba caliente y había luz. Era mejor pasar allí la tarde que hacerlo aquí. Tal vez quisiera conocer gente... no lo sé. Estaba solo, sin blanca y desesperado. Cuando hablé con él la otra tarde ni siquiera recordaba quién era Daphne Cruyer. Le pedí que me dijera quién estaba en la clase con él, y sólo pudo

recordar a otros tres estudiantes de los doce que eran, y Daphne Cruyer no era uno de ellos.

—Pobre Daphne —dije.

—Quizá ella también se encuentre sola, Bernard. No se puede juzgar a la gente por las apariencias. La soledad es la otra cara de la moneda del amor. La misma energía, poder y pasión que te eleva hasta la estratosfera del amor, cuando estás solo te arrastra hasta el fondo del mar y te retiene allí bajo una pesada roca hasta que los pulmones te estallan de tristeza.

—¿Has estado bebiendo?

—No, te lo juro.

—Bien, llama a la policía. Yo tengo que volver al trabajo. ¿Y ese Hitler de abajo?

—No habrá problema con él. Entregaré una declaración a la policía y él les echará encima el aliento a ginebra. Harán caso de lo que yo les diga, porque les ahorro un montón de trabajo. Déjalo de mi cuenta. Me gano la vida así.

—¿Tenía algún familiar próximo?

—Ninguno. El hospital trató de encontrar a los padres cuando ingresó la primera vez, pero descubrieron que no tenía ningún pariente.

—Entonces no hay que preocuparse por esa cuestión —dije.

—Cuando yo era niño, rezaba cada noche para pedirle a Dios que me muriese antes que mis padres. No podía soportar la idea de seguir vivo sin ellos, ya ves.

Churcher se estaba identificando con el joven muerto, y aquello no iba a mejorar las cosas.

—¿Y Belostok? —le pregunté—. ¿Habría que decírselo?

—No te culpes, Bernard. Lo que me pediste que hiciera no cambia las cosas. Esto habría ocurrido aunque Daphne Cruyer no hubiera nacido.

—Belostok lo esperará el martes. Puede que Daphne Cruyer se alarme.

—Vete a hacer puñetas, Bernard. Me pagas por hacer esto, y soy cojonudo haciéndolo. Todavía no soy demasiado viejo, digan lo que digan de mí.

Quando regresé a Notting Hill Gate, VERDI y Werner estaban sentados a oscuras. Las cortinas estaban abiertas de par en par y ambos tomaban *whisky* con agua mientras contemplaban el lento movimiento del tráfico por Bayswater Road.

Había suficiente luz para ver que VERDI llevaba puesto un jersey blanco de cuello vuelto; Werner estaba casi perdido en la penumbra, y lucía una

camisa negra de punto.

Parecía como si los dos se hubieran hecho a la idea de pasar un largo tiempo allí. Yo me aferraba a la esperanza de que Dicky encontrara un lugar más apropiado para retener a VERDI y así yo pudiera escapar de aquel papel de carcelero.

—Uno de nosotros dos debería acostarse, Werner —le sugerí.

—¿Van a montar guardia para vigilarme? —nos preguntó VERDI, divertido.

—Duerme tú primero, Bernie —me dijo Werner—. Pareces agotado.

Entró en la cocina y desde allí dijo:

—Estoy preparando un sándwich y café. ¿Alguien quiere?

—No —repuse.

VERDI indicó que él sí acompañaría a Werner en aquel tentempié.

Werner seguía en la cocina cuando ocurrió. Yo estaba en la habitación delantera con VERDI. Me encontraba arrodillado en la alfombra, revolviendo en mi maletín para buscar la pasta de dientes.

El sonido no fue más que el seco crujido de cristales que se rompen y el grito estrangulado de VERDI, un ruido semejante a las gárgaras que uno hace cuando se enjuaga la boca. Yo sabía lo que era. El vidrio era el de la ventana; las gárgaras, el sonido que se produce cuando el corazón estalla y el individuo se traga una buena cantidad de su propia sangre.

Werner oyó la rotura del vidrio y también la reconoció. Entró corriendo desde la cocina.

—Le han disparado —dijo Werner.

—¡Agáchate! ¡Quédate quieto, Werner! Inmóvil. Estarán vigilando por si hay algún movimiento. —Yo estaba en cuclillas sobre mi bolsa de cremallera en la parte de la habitación más alejada de la ventana—. Agáchate todo lo que puedas. No intentes mirar por la ventana, Werner. Ven a este lado y vigila la puerta. Ten mucho cuidado.

Esperé, y luego gateé por la habitación para acercarme a VERDI.

—¿Está muerto? —preguntó Werner desde la otra punta de la habitación.

—Sí —afirmé.

Una mirada a la cara fue suficiente.

—Se está moviendo.

—Sí, pero está muerto —le aseguré—. Le han atravesado el pecho. ¡Mierda!

Estaba pasando la mano por la espalda de VERDI para buscar el orificio de salida, y me encontré con un terrible agujero abierto y muchísima sangre

que salía bombeada. El jersey de cuello vuelto estaba empapado, y ahora también mis manos aparecían cubiertas de sangre.

—¿Has podido ver de dónde procedía el disparo?

—No te acerques a la ventana.

Saqué el pañuelo del bolsillo y me limpié las manos. No sirvió de mucho.

—Está demasiado oscuro para ver.

—Un francotirador —le dije—. Es culpa mía. Debería haber pensado en eso. Alguien ahí fuera, en los tejados, con balas hechas a mano, un rifle de francotirador en un bípode y una mira nocturna de infrarrojos.

—No puedes saber con certeza cómo lo han hecho.

—Esto no ha sido un disparo fortuito, Werner.

—Pero tú has estado cerca de la ventana. Yo he estado cerca de esa ventana. Y cuando aprietan el gatillo le aciertan a él. Tenían que estar en condiciones de distinguirlo.

—Sí. Nadie prepara un golpe así y luego deja en manos de la casualidad a cuál de los tres hombres hay que acertarle.

—Una mira telescópica nocturna.

—Éste es un golpe profesional muy caro, Werner. Un tiro en el pecho, con un proyectil que le da en el corazón y le cercena la espina dorsal. No podría haberlo hecho mejor un cirujano en la mesa de operaciones de un quirófano.

—Debí cerrar las cortinas —comentó Werner.

—Quédate ahí quieto y agachado —le ordené—. Si es alguien que trabaja por su cuenta, alguien a quien le pagan según el resultado, ya estará a muchos kilómetros de distancia. Pero si ésta es una operación de la KGB, puede que les hayan dado órdenes de esperar a ver qué sucede.

—Incluso con las luces apagadas podían ver el jersey blanco cuando él se acercó a la ventana, ¿no es eso?

—Exactamente, Werner.

—Pero si hubiéramos encendido las luces habríamos corrido las cortinas.

—La vida está llena de alternativas.

—Aun así... ¿Cómo sabían cuál de los tres llevaba el jersey blanco? Eso es lo que me gustaría saber.

—Puede que piensen cargársenos a los tres, uno a uno.

Werner soltó una risa nerviosa.

Me acerqué a las cortinas y las cerré.

—Quizá nos estuvieran vigilando cuando llegamos —sugerí—. Tal vez se lo dijera alguien.

—¿Crees que nos esperarán en la entrada principal? ¿Te parece que llame al equipo de limpieza? Nos hará falta un hombre de la Seguridad Especial y un médico, ¿no?

—Puede ser. Esperemos un momento y pongamos las ideas en orden.

—¿Todavía sangra?

—Un solo disparo, Werner. Deben de haberse figurado que no habría tiempo para un segundo disparo. Trayectoria horizontal. Le da al cristal, se desvía ligeramente y se lo carga a él. Incluso admitiendo que pueda haber un factor suerte, ¿a cuántos pistoleros a sueldo conocemos con semejante pericia?

—A ninguno.

—Lo encontraré, Werner, encontraré a ese hijo de puta —le aseguré expresando mi ira más que mi opinión razonada.

—¿Crees que éste es el final de la Operación VERDI? —quiso saber Werner.

—Es el final de muchas cosas.

—¿POR qué almacenas toda esta cantidad de papel en tu despacho?

Werner no era el primer visitante que expresaba sorpresa acerca de las cajas que, apiladas de suelo a techo, apenas me dejaban espacio para trabajar.

—Porque no se les ocurre otro sitio donde ponerlo —repuse.

—¿Quién está en el piso de arriba? —me preguntó Werner con nerviosismo; y no era la primera vez que lo hacía. Se acercó a la ventana y se quedó mirando hacia afuera. El cielo se había ido poniendo cada vez más oscuro, y llegaba hasta nosotros el retumbar de truenos lejanos.

—¿Y quién no está? —respondí.

Llevábamos esperando casi dos horas a que la comisión de investigación nos mandara llamar.

—En la sala de conferencias número dos —dijo Werner—. No en el despacho de Bret. Eso demuestra que se están tomando la cosa en serio.

—A Bret le están reformando el despacho. ¿No te has fijado en esos hombres que llevan monos de trabajo, escaleras de mano y transistores? Están arrancando el papel de las paredes y poniendo un falso techo.

—¿No sabes quién está ahí arriba?

—He visto llegar a Frank, y el director general también debe de estar porque he oído ladrar a su maldito perro.

—¿Es el que lleva a ese animal apestoso a todas partes?

—Siempre se ha dicho que si quieres un amigo leal en Whitehall, tienes que comprarte un perro —le dije.

—Cuando nos hagan subir seremos los únicos que quedamos a quien echar la culpa —comentó Werner, que estaba un poco angustiado.

—Sí, somos los elegidos para que nos empujen fuera del trineo.

Werner se estremeció sólo de pensarlo.

—¿Se sientan alrededor de una mesa?

—No lo sé, Werner —le contesté con cierta brusquedad.

El nerviosismo de Werner empezaba a hacer efecto en mí. Aquellas investigaciones oficiales siempre eran impredecibles. Resultaba imposible no

preocuparse pensando que quizá uno entrase por la puerta y aquellos tipos le dijeran: «Eres un espía de la KGB, así que, ¿por qué no confiesas?». A otros les había ocurrido, y muchos de ellos habían resultado ser inocentes. Los soviéticos siempre intentaban crear problemas dentro del Departamento, sembrando pruebas falsas e información errónea. Nadie estaba a salvo de aquello.

Llamaron suavemente a la puerta y entró Bret. Iba sin chaqueta, en mangas de camisa, con pantalones oscuros y un chaleco de cuyo bolsillo asomaba una fila de utensilios para escribir dorados y plateados.

—¿Qué ocurre? ¿Por qué estáis a oscuras? —nos preguntó al tiempo que encendía las luces sin esperar nuestra respuesta.

—Es la semana de ahorro de energía —le dije.

Hubo un fallo de electricidad y un relámpago que iluminó a los dos hombres, dejándolos paralizados en unas posturas que permanecieron en mi cabeza durante mucho tiempo después. Werner estaba encorvado, con la frente arrugada, y miraba por la ventana como si esperase a que empezara a llover. Bret, con la cabeza baja, miraba hacia abajo buscando con los dedos entre los útiles de escribir que llevaba en el bolsillo del chaleco.

—Nos hemos tomado un descanso de treinta minutos —nos explicó Bret—. Pero quería pedirte tu opinión sobre el asesino, Bernard. Estamos intentando construir un perfil para decidir si fue un golpe inspirado por Moscú. —Del bolsillo del chaleco había sacado un pedazo de metal. Lo arrojó sobre la mesa, donde fue a descansar sobre la transcripción mecanografiada de una llamada telefónica diplomática—. ¿Qué te dice eso?

Miré el objeto. Era como un dólar de plata que hubiera sido mordisqueado por los bordes.

—¿Eso salió del cuerpo de VERDI?

—Si quieres decirlo así —convino Bret—. Estaba dentro de un gran pedazo de carne que se encontró cerca del cuerpo. ¿Qué clase de arma lo disparó?

Yo no lo levanté de la mesa.

—Me he dejado la bola de cristal en los otros pantalones, Bret. No es más que un trozo de metal que se ha deformado a causa del impacto.

—Eso fue lo que lo mató, Bernard —me explicó Bret con manifiesta paciencia—. Es la bala que entró por la ventana. ¿No puedes decir nada útil acerca de ella?

Werner alargó la mano y cogió el proyectil para estudiarlo.

—Éste es un tipo de bala fabricada en serie, de punta explosiva o hueca — le expliqué—. Todas se deforman así. Al hacerlo las marcas de las estrías se borran, igual que cualquier otra característica, quizá con excepción del peso.

Bret miró a Werner, que la estaba sopesando en la mano. Éste movió la cabeza.

—Entonces, ¿qué les digo a los de arriba? —nos preguntó Bret.

—Diles que probablemente se trate de una Remington Core-Lokt de punta explosiva, muy blanda. Se suele considerar que es la bala dum-dum más blanda que existe, no puede encontrarse otra más blanda que ésta.

—¿Cuántas diferentes se fabrican? —me preguntó Bret mientras anotaba lo que le decía en un pequeñísimo cuaderno encuadernado en piel.

Me asomé por encima de su hombro y le corregí la ortografía.

—Una buena cantidad —contesté—. Y para un disparo arriesgado como aquél, debieron de cargarla a mano para aumentarle la carga propulsora.

—Entonces, ¿se trata de un pistolero soviético?

—No, no creo. No es que sea demasiado sofisticado, pero no es el estilo soviético. Ellos se inclinan más bien por artilugios de corto alcance, como pistolas de gas disparadas a quemarropa o instrumentos con la punta envenenada. Se mire por donde se mire, uno ve la sofisticación americana.

Quizás Bret se lo tomase como algo personal.

—Es un asesinato con un rifle de largo alcance, Bernard. Puede que haya sido un buen disparo, pero con toda seguridad no es nada que un tirador escogido del ejército soviético no pudiera conseguir, ¿verdad?

—Más que eso, Bret. Ya sé que en las películas enormes puntos de mira llenan la pantalla y enfocan el pecho del malo, y eso es que estamos en el último rollo de película. Pero la realidad no es así. Aunque la tecnología la hubiera proporcionado un tercero, éste ha sido el trabajo de un experto. Para hacer un disparo así hay que corregir enormemente la trayectoria; hay que tener en cuenta el viento y también la gravedad. Y se trataba de un blanco móvil que probablemente sólo iba a estar en el campo de visión durante unos instantes.

—Bien, entonces se trata de un pistolero a sueldo.

Bret cogió la bala de metal distorsionada, que tenía Werner, y se la volvió a meter en el bolsillo del chaleco.

—Ésta es una tarea de seis cifras encomendada a un profesional de los mejores —le aseguré.

—Voy a hacerte partícipe de un pequeño secreto, Bernard. Cuando esta pequeña investigación se cierre por fin, el informe llegará a la conclusión de

que la muerte de VERDI fue causada por un pistolero de la Stasi. O por un asesino a sueldo pagado por ellos.

—Comprendo.

—Así resulta lógico y concluyente, Bernard. No queremos meter en esto un montón de ideas complejas que no tienen sentido y dejan muchos cabos sueltos. —Los truenos se iban acercando. Bret me miró y levantó una ceja—: A menos que tengas alguna estafalaria teoría Samson que contar.

—Yo no, Bret —repuse.

—En ese caso, ¿debo entender que la junta no tendrá que escuchar y que mi informe no tendrá que incorporar la única opinión disidente de Bernard Samson?

—Fue un pistolero de la Stasi, Bret. Y puedes citar textualmente mis palabras.

Me miró con tristeza y dijo:

—No pensé que acabase todo de este modo. Cuando fui a despedirte al aeropuerto de Los Ángeles te dije que la fe debía ser tu tabla de salvación. Te dije que cogieses a VERDI y que regresases. Creí que sería algo que un experimentado muchacho medio mago como tú podría culminar con éxito en unas cuarenta y ocho horas.

—¿Eso es lo que creías, Bret?

—Está bien, no quería que el director general te enviase a ti —confesó Bret—. Pero no porque pensase que fueras a fracasar, sino porque sabía que tú querías hacerlo a tu manera, de esa forma tuya tan excéntrica. Te advertí que había personas en el Departamento que te tenían en el punto de mira; estaban buscando una ocasión como ésta. Tú ignoraste la advertencia. Te fuiste corriendo a ver a Werner. —Le dirigió a éste una fugaz sonrisa para demostrarle que no era nada personal—. Y echaste mano de todas las ideas provocativas que se te ocurrieron.

—Lo que tú llamas provocación, yo lo llamo cubrirme las espaldas —puntalicé.

—Quería enviar a alguien «hambriento»: un hombre más joven, un hombre soltero que lo hiciera todo como dice el manual.

—¡Vaya! Pobreza, castidad y obediencia. Eso es sólo para los monjes, Bret.

Guardó el cuadernito, nos miró a los dos sin admiración alguna y se dirigió a la puerta.

—Dicky es el siguiente. No sé a cuál de vosotros llamaremos después. —Mientras estaba de pie en el marco de la puerta no pudo resistir la tentación de

lanzarme una descarga final—: Ojalá no hubieras salido corriendo a ver a Werner y a tu cuñado. En esa época los dos eran *persona non grata*. Ahora tus embrollos nos han estallado en la cara. Estoy aquí sentado, hora tras hora, escuchándolo todo y preguntándome cómo voy a utilizarlo en mi informe y mantenerte a ti intacto. En este momento estoy completamente dispuesto a hacerme el harakiri.

—Si quieres que te eche una mano, dímelo —le sugerí.

Bret salió y cerró la puerta poniendo mucho cuidado en no dar un portazo.

Cuando Bret se hubo ido, Werner volvió a revolcarse en su preocupación; o quizá no había dejado en ningún momento de estar preocupado.

—Bret está decidido a echar toda la culpa sobre nuestras espaldas. Ya lo has podido ver en su cara. ¿Tenías que empeorarlo aún más?

—Tú atente a lo que has escrito —le dije.

—Ahí está la cosa. Ni siquiera me han dado una copia de mi declaración. La chica de la oficina de Dicky me dijo que me sacaría una copia, pero no lo hizo. La junta me hará preguntas y ni siquiera sabré lo que ya les he dicho.

—Sólo tienes que decirles cómo sucedió —le expliqué con cansancio—. Todo acabó en sesenta segundos. Está muerto. No podemos resucitarlo.

—Debí cerrar las cortinas —repitió Werner.

—No busques motivos para sentirte culpable —le aconsejé—. Ya encontrarán ellos bastantes motivos para freírte sin que tengas necesidad de proporcionarles otros.

—Buscan sangre —me aseguró—. Se lo noté a Bret en la cara. Está furioso.

—Bueno, Frank no estará furioso —le expliqué—. Los cables habrían ido directamente a Inglaterra. Frank veía el peligro que había de que su preciada unidad de agentes de Berlín quedase de lado.

—Bret está escribiendo el informe —insistió Werner—. Y a él no le gusta ser el blanco de tus bromas.

—Bret había empezado a ver que iba a ser el árbitro en una batalla interminable y demoledora entre Frank y Dicky. ¿Bret es de los que plantan la tienda en tierra de nadie?

—Dicky basaba su carrera profesional en esto, eso me lo dijiste tú mismo. ¿Qué va a decirles él?

—¿No te lo imaginas, Werner? En este momento está arriba, en la sala de conferencias, explicándoles, con esa expresión sincera y ojos muy abiertos... suele ensayar delante de un espejo... que a falta de poder disponer de Berwick House lo hicimos todo lo mejor que pudimos. Y eso significa que

nos puso a ti y a mí a cargo del asunto, y nosotros le fallamos de manera catastrófica.

—Si dice eso —me aseguró Werner procurando mantenerse frío, tranquilo y práctico—, nosotros cargaremos con toda la culpa.

Era difícil mostrarse en desacuerdo con aquel pronóstico, pero yo estaba decidido a no unirme a Werner en aquel estado de ánimo de autocompasión teutónica.

—Dicky será confirmado en el cargo de jefe supremo de Operaciones —le dije—, y eso es lo único que le importa. No va a derramar lágrimas por el colapso de la operación VERDI. Por una parte no acababa de comprenderlo. Y no era la clase de trabajo que pudiera hacerse de la noche a la mañana y establecerlo a él como un Wunderkind. Intervenir el ordenador de Karlshorst iba a ser un trabajo muy penoso y de mucho tiempo. Y cuando invitó a cenar en su casa a Bret la otra noche, no le quedó ninguna duda de que éste no iba a ofrecerle su apoyo. Dicky se dio cuenta de que iba a tener que luchar contra Frank, mientras el director general miraba el asunto con malos ojos y Bret le gritaría eso de «Ya te lo había dicho yo». Dicky vio que iba a ser un camino largo y pedregoso.

Werner me miró, más abatido aún si cabe. Como la mayoría de los prolijos argumentos, el que yo acababa de darle sonaba poco convincente incluso para mí.

—Ésta era la oportunidad de Dicky de convertirse en el hombre más importante del Departamento —me dijo Werner—. Y nosotros se la hemos jodido.

—Sí. Pero ¿funcionan así las mentes de los *apparatchiks* de Whitehall, Werner? Cuanto más éxito tuviera él, más se demostraría cuán equivocados estaban sus superiores. Ése no es el estilo de Whitehall, y desde luego no es el de Dicky.

—¿Por qué le iba a preocupar a Dicky que se demostrase que el director general estaba equivocado? Al fin y al cabo el director general hace tiempo que pasó la edad de jubilarse. Un empujón como ése por parte de Dicky y haría que cayera de bruces. ¿Y quién sería el héroe? Dicky.

—Tú no entiendes a los británicos, Werner. Ningún director general estaría nunca contento con un Departamento que interviniera a Karlshorst y que estuviera dirigido por personas procedentes de unas escuelas que no son las adecuadas, por personas que llevasen destornilladores pequeños en el bolsillo superior. El viejo siempre ha dicho que sólo se nos daba nuestra asignación de fondos porque utilizamos a seres humanos como agentes. Eso

es lo que nos mantiene en el negocio, Werner. Una vez le oí decir a Bret que la NASA no obtendría ni un centavo del Congreso si los cohetes que disparaban al espacio contuvieran sensores y equipo para mediciones en lugar de tripulantes. Me dijo que hacen falta hombres para sacarles dinero a los políticos. Y tiene razón. —Se oyó el retumbar de un trueno, y Werner echó una fugaz mirada a la ventana, como si estuviese considerando la posibilidad de escapar—. Y no creas que al director general se le hace caer tan fácilmente. No es él el que va a «perder» la operación VERDI, él se lo asigna todo al GCHQ y deja que ellos recojan los tuestos rotos.

—Eso es imposible. No hay nada que se pueda salvar.

—Creo que él sabe eso, Werner. Es su sutil manera de poner en su sitio al GCHQ, para que no se les ocurran ideas que estén por encima de su posición.

—El director general dijo que con la ayuda de VERDI podríamos aclarar el misterio de la muerte de Tessa Kosinski. —Werner me estudió la cara para ver cuál era mi reacción—. De una vez por todas, dijeron. Tú estabas allí cuando lo dijo.

—No tengo pensado contarles esa patraña de que Tessa aún sigue viva, si eso es lo que quieres sonsacarme.

—Yo no lo puse en mis notas —me aclaró Werner.

—Ya me fijé.

—Creí que debíamos hablarlo entre nosotros antes de contárselo a los de arriba.

—¿Qué tenemos que decirles? Un cuento de hadas totalmente insustancial en el que Tessa sigue viva, está prisionera misteriosamente y ellos algún día desvelarán el misterio. ¿La mujer de la máscara de hierro? Quiero decir... ¿qué tenemos que decirles, Werner?

—No puedes estar seguro de que sea un cuento de hadas. Podrían haberla sacado de la parte de atrás de la furgoneta Ford sin que tú te dieras cuenta. Pudo ser otra mujer a quien dispararon.

—No me vengas con tonterías, Werner. ¿Qué sabes tú? Ni siquiera estabas allí.

—Pero tú no le contradijiste, Bernie. Y yo te conozco; lo habrías acosado a preguntas si hubiera habido algún fallo en la descripción que hizo de los hechos.

Suspiré.

—Me estás mostrando exactamente lo que podría pasar ahí arriba, Werner. Si abrimos una caja de sorpresas como ésa, a los dos nos harán picadillo. Así que no abras la boca al respecto. Si hay algo de verdad en la

historia de Verdi, los muchachos de Magdeburgo encontrarán otra manera de airearla.

—¿No se lo has dicho a Fiona?

—¿A Fiona? Ése es un motivo importante para no decir nada. ¿Te imaginas el estruendo que un rumor tan alocado armaría en la familia de Tessa?

—El director general quería la ayuda de VERDI para esclarecer la muerte de Tessa Kosinski. Seguro que la junta lo apoyará.

—Eso es lo que el director general cree que ha hecho ya, Werner. El director general le enseñó a Fiona el informe de la autopsia, el veredicto del forense, las fotos satinadas y la bolsita de plástico con los perdigones. Ninguno de ellos tiene motivos para creer que el cadáver pertenezca a otra persona que no sea Tessa. Puede que con el tiempo los alemanes nos entreguen un cuerpo carbonizado. Yo no pienso examinarlo ni tratar de averiguar la verdadera identidad del cadáver. Le haremos un entierro como es debido y luego puede que acabe este desgraciado asunto.

—¿Y si Tessa sigue viva? —me preguntó Werner—. ¿Y si lo que dijo VERDI es cierto? ¿Y si de repente ella se presenta aquí?

Werner no se daba por vencido; aquélla era su gran virtud y su vicio más irritante.

—Pues todos tan contentos —respondí de mal humor—. Ella vivirá feliz para siempre.

—¿Eso es lo que opinas?

—Sí. Ya cruzaremos ese puente cuando lleguemos a él.

—Pero si realmente Tessa está viva, las cosas no sucederán de ese modo. —Werner no se echaba atrás—. Si está viva, ellos empezarán a ejercer presión sobre Fiona y sobre George, y, por lo que sé, también sobre tu suegro.

Lo miré. Werner era un hombre inteligente y perceptivo que me estaba recordando que la presión quizá hubiera empezado ya. Era un pensamiento algo funesto, como si lo peor estuviera por llegar.

—Tengo que cuidar de ella, Werner —le comenté—. Tenías razón en lo que me dijiste. Fiona está muy afectada por el dolor. ¿Qué efecto le produciría si le dijeran que un hombre muerto ha contado que su hermana Tessa está viva, pero que no ha podido dar ninguna prueba de ello?

—¿Entonces VERDI no dijo nada de Tessa? ¿Así piensas manejarlo cuando subas?

—Tú no tienes que apoyarme, Werner. Si quieres contárselo todo, yo diré que no estaba presente cuando él te lo contó.

—Seguiré tu plan, Bernard —me aseguró Werner—. Diré cualquier cosa que tú digas. Ya nos hemos metido en bastantes problemas, sólo nos faltaría darles versiones contradictorias de lo que ha ocurrido.

—Fiona me despierta en plena noche y me pregunta quién lo hizo.

—¿Y tú qué le dices? —quiso saber Werner.

—Le digo que vuelva a dormirse.

—Se trata de tu matrimonio, Bernard. Yo haría cualquier cosa... tú lo sabes.

—Ya lo sé, Werner. Gracias.

—¿Fiona seguirá trabajando?

—Todos le dicen que enterrarse en el trabajo es el mejor antídoto para el dolor. Pero enterrarse en el trabajo hasta el punto en que ella lo hace es sólo una manera de escapar del mundo real. Y eso no la ayudará. No ayudaría a nadie.

—¿Y a largo plazo?

—Con amor, atención y cariño, y también con los niños, se pondrá mejor. Yo creo que a ellos les gustaría tener una adjunta del director general, una mujer, aunque sólo sea para demostrar lo democráticos que llegan a ser en Whitehall. Creo que Bret servirá hasta agotar el plazo de que dispone, y si Fiona mantiene limpia la nariz la meterán a salto de rana en el despacho del adjunto del director general cuando Bret se vaya.

Werner asintió. Aquél era uno de mis acomodaticios cuentos de hadas, y él lo sabía.

—¿Y eso es lo que Fiona quiere?

—Va a coger ayuda doméstica interna para que cuiden de los niños —le expliqué—. De modo que no tiene planes de retirarse antes de tiempo. Si hoy me echan a mí, supongo que no me quedaría más remedio que convertirme en uno de esos maridos modernos que se quedan en casa a cuidar de los niños.

—Deseo que todo le salga bien a Fiona —me dijo Werner—. Necesitamos a alguien como ella en el piso de arriba.

Siempre me había figurado que necesitaban a alguien como yo en el piso de arriba, pero supongo que Werner tenía derecho a su propia opinión.

—Veo que por fin van a hacerte un contrato como es debido —le dije—. Tendrás más seguridad en el empleo que yo.

—No se ha firmado ningún contrato. Lo tenían los abogados la semana pasada —dijo Werner—. Ahora lo cancelarán.

—¿Por qué? No se hizo «en relación con la actuación», ¿no?

Oí que Bret volvía por el pasillo para llamar a alguno de nosotros. Luego oí la voz de Gloria que lo saludaba. Durante un momento estuvieron hablando y riendo juntos. Yo no podía oír lo que decían, pero la voz de Bret era firme y cordial, y la risa de Gloria era ligera, fresca y cálida.

El cielo se había puesto todavía más oscuro. De nuevo se oyó un trueno. ¿Cómo podía estar el cielo tan oscuro sin que empezase a llover?

—¿Qué es todo eso acerca de la fe? —me preguntó Werner—. ¿A qué se refiere cuando dice fe?

—Fe es la sustancia de las cosas que esperamos, la evidencia de las cosas que no vemos. *Hebreos* once, versículo uno. Lo encontré en una biblia que me regalaron hace poco.